EL JEFE AL QUE ODIO



LESLIE NORTH

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

LOS HERMANOS LOCKHART

El jefe al que odio

El tirano de mis pesadillas

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos aquí descriptos son producto de la imaginación y se usan de forma ficcional. Cualquier semejanza con personas, vivas o muertas, hechos o lugares reales es pura coincidencia.

RELAY PUBLISHING EDITION, ENERO 2026
Copyright © 2026 Relay Publishing Ltd.

Todos los derechos reservados. Publicado en el Reino Unido por Relay Publishing. Queda prohibida la reproducción o utilización de este libro y de cualquiera de sus partes sin previa autorización escrita por parte de la editorial, excepto en el caso de citas breves dentro de una reseña literaria.

Leslie North es un seudónimo creado por Relay Publishing para proyectos de novelas románticas escritas en colaboración por varios autores. Relay Publishing trabaja con equipos increíbles de escritores y editores para crear las mejores historias para sus lectores.

Traducción de: María Elena Gil Alegría

www.relaypub.com



EL JEFE AL QUE ODIO

LESLIE NORTH

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

SINOPSIS

Una mezcla entre *Cariño, cuanto te odio* y una versión más subida de tono de *Morning Glory*, si el ejecutivo antipático fuera el mejor amigo de su hermano y, esta vez, llegaran a besarse de verdad.

Liam Lockhart es el mejor amigo de mi hermano, tiene diez años más que yo y es la clase de error que juré que no cometería dos veces.

Hace dos años, nos besamos. Fue un beso excitante, apasionado e inolvidable, hasta que él me apartó como si yo fuera un desliz que no pudiera permitirse. De acuerdo, mensaje recibido.

Así que hice lo que habría hecho cualquier escritora con el corazón roto: convertirlo en el villano de mi webcómic. Un hombre antipático, engreído, insoportable e, indudablemente, basado en Liam. Creí haberlo hecho con sutileza, pero me equivoqué.

Y ahora, gracias a un giro del destino, y a que mi hermano se ha lesionado, Liam me ha ofrecido el trabajo de mis sueños: guionista principal en la serie más popular de su plataforma de *streaming.*

¿La trampa?

Tengo que trabajar con él todos los días, mientras él finge no haberse prendado del perrito abandonado que lo sigue a todas partes, e intentar no asesinarnos mutuamente. O besarnos.

Debería decir que no, debería recordar lo que sentí cuando me dejó sin ninguna explicación, pero este es el trabajo de mis sueños, y tengo intención de ser muy profesional. Hasta que él me vuelve a besar apasionadamente.

Podemos dejarlo en algo informal. Podemos ser discretos.

Es importante que mi hermano no se entere.
Es importante que no sintamos nada.
Y es muy importante que yo no haga ninguna estupidez, como enamorarme del mejor amigo de mi hermano.

Besar a Liam la primera vez fue un error, pero ¿la segunda? Eso es un completo desastre.

LISTA DE ENVÍO

Gracias por leer "El jefe al que odio"
(Los Hermanos Lockhart Libro 1)

Suscríbete a mi boletín informativo para enterarte de los nuevos lanzamientos.
www.leslienorthbooks.com/espanola

ÍNDICE

1. Mia
2. Liam
3. Liam
4. Mia
5. Liam
6. Mia
7. Liam
8. Liam
9. Mia
10. Mia
11. Mia
12. Liam
13. Mia
14. Mia
15. Liam
16. Liam
17. Mia
18. Mia
19. Liam
20. Mia
21. Liam
22. Mia
23. Liam
24. Mia
25. Mia
26. Liam
27. Liam
28. Mia
29. Liam
30. Mia
31. Liam
32. Mia

33. Liam
34. Mia
35. Liam
36. Liam
37. Mia
38. Liam
39. Liam
40. Liam
41. Mia
42. Mia

Fin de El jefe al que odio
¡Gracias!
Cómo alegrarle el día a una autora
Acerca de Leslie
Adelanto: El tirano de mis pesadillas
Otros títulos de Leslie

1

MIA

Las malas noticias entran mejor con mantequilla. No lo digo yo, lo dice la ciencia.

Mi lema principal era «trágate tus sentimientos», seguido de cerca por «que se mueran los ricos» y, desde luego, muy por encima de «cómete la verdura». Y, en un día como aquel, mi lema estaba trabajando más de la cuenta.

Me quedé mirando el expositor de bollería de Beans & Brews como quien elige un arma. ¿Un cruasán? Reconfortante, pero demasiado sutil. ¿Un bollo de crema de limón? Tentador, aunque demasiado alegre.

Entonces divisé una galleta de chocolate con pepitas de chocolate. Densa, obscena y más o menos del mismo tamaño que mi pena. Me miraba como si supiera que me encontraba a un paso de la autodestrucción emocional absoluta.

Era perfecta para mí.

Cuando me dirigí a Beans & Brews aquella mañana, estaba de buen humor y solo había previsto comprar un café. De hecho, estaba de muy buen humor. El sol brillaba en el cielo, y yo iba con adelanto

respecto de la fecha que me había impuesto para publicar el siguiente capítulo de mi cómic viral en internet. Pero cuando me sonó el teléfono, había cometido el grave error de contestarlo. ¿Quién contesta una llamada hoy en día? Yo, desde luego, podía habérmelo ahorrado, porque solo me llamaban mis padres o mi agente, y estaba garantizado que lo único que recibía de todos ellos eran noticias horribles, terribles y malísimas.

La fila, larga y retorcida, avanzó un poco y yo con ella, lo que me acercó un poco más a aquel expositor tan grande y maravilloso donde estaba la enorme galleta que, prácticamente, tenía mi nombre escrito sobre ella.

—¡Hola! —Kelsey, una de las camareras que, como tantas otras personas en la ciudad, buscaba convertirse en actriz, me había divisado en la fila—. Hace días que no te veo por aquí.

Yo era cliente habitual de Beans & Brews, donde solía acomodarme en una de las mesas del fondo para escribir o dibujar. Aunque North Hollywood estaba lleno de cafeterías, el buen ambiente de aquel lugar no tenía rival.

Kelsey se acercó a mí, cargada con un barreño lleno de platos y tazas sucios.

—Tienes cara de haberte enfadado con tu abuela favorita. ¿Te han dado malas noticias?

—Han rechazado aquel guion del que te hablé. Mi agente ha llamado hace un rato para decírmelo.

—Caray. ¿No podía haber esperado a que te tomaras un café, al menos?

—Eso mismo pienso yo… —dije con un suspiro.

Debería haber sabido que era mejor no hacerse ilusiones, pero los Estudios W6 habían mostrado mucho interés en mi guion, y eso me

había llevado a romper mi regla de oro: no te arriesgues a sufrir el dolor de un rechazo.

—He venido a enterrar mis penas bajo un montón de calorías vacías —expliqué.

—Me parece muy bien. —Apoyó en una cadera el barreño con los platos—. Creo que será mejor que vaya a ayudar detrás del mostrador. Pero que sepas que, si yo fuera uno de esos ejecutivos ricachones de un estudio, te contrataría sin pensarlo dos veces, con o sin guion. A mí me valdría con ver lo bueno que es *Corazón Apresurado*.

—Eso es muy bonito. Te lo agradezco un montón.

Aunque conseguí dedicarle una sonrisa antes de que se alejara, se me borró en cuanto me dio la espalda. Me llegaba al alma lo bien que el público había recibido mi cómic en internet, pero… *Corazón Apresurado* no era suficiente para pagar las facturas.

Había terminado la carrera seis años antes, y lo más cerca que había estado de trabajar como guionista para la televisión fue que me contrataran para una serie que se canceló poco después. ¿Conseguiría alguna vez algo que no se limitara a un montón de «quizás», o «tal vez en otra ocasión»?

Una persona muy alta se coló delante de mí, interrumpiendo mis pensamientos. Ah, no, ni hablar. Puede que tuviera que aguantar a quienes criticaban mi forma de escribir, pero no pensaba tolerar que se me colara nadie.

—¿En serio? —dije, con toda la mala leche que pude—. ¿Cómo es posible que no te hayas fijado en que hay diez personas haciendo cola?

Aquel capullo que, o bien estaba discutiendo con alguien por mensaje, o escribiendo el correo electrónico más agresivo del mundo, parecía tener ojos solo para su teléfono.

—¿Es que estás demasiado ocupado para esperar en la fila, como los demás mortales? —añadí.

Seguí sin recibir respuesta.

Lancé una mirada asesina a la parte posterior de su cabeza, y mis ojos bajaron hacia su traje hecho a medida, que seguramente costaría más de lo que yo ganaba en un mes. Mejor dicho: más de lo que ganaba en seis meses.

Los hombres como aquel solían creerse los amos del mundo, pero yo sabía muy bien que aquella cafetería era propiedad de un señor encantador llamado Gary, que tenía ochenta años y era adicto a los crucigramas. Aquel imbécil vestido de Armani no tenía ningún derecho a comportarse en ese lugar como si fuera mejor que los demás.

—Eh, ¡estoy hablando contigo, guaperas!

Él emitió una especie de gruñido irritado, pero no se molestó en mirar a su alrededor, ni levantar la vista del teléfono. Dios, no me gustaría nada ser el recipiente del mensaje que estaba escribiendo. Me empecé a sentir cada vez más molesta, así que le clavé un dedo en el hombro para llamar su atención. Él lo encogió un poco, pero no se dignó a darse la vuelta.

—Disculpa, señor «Paso de la Cola», ¿es que te crees que el mundo es tu propia sala VIP?

—¿Te dedicas a molestar a los desconocidos, o es que siempre eres así de insoportable? —espetó él, con los ojos aún clavados en la pantalla.

Pero ¿qué diantres…?

—Oye, que yo no soy quien se ha colado.

Aunque escuché murmullos de aprobación a mis espaldas, la única respuesta que recibí del capullo fue un sonido despectivo. ¿Se había atrevido a resoplarme? ¡Y una leche!

—Tal vez, si sacaras la nariz del maldito teléfono durante un par de segundos y demostraras algo de decencia…

—¿Ahora te vas a poner a gritar en voz más alta para parecer más importante?

¡A la mierda con ese tío!

—Mira —dije, levantando la voz de verdad—, siento mucho que tu secretaria no haya podido venir a por tu café, pero hasta los bebés saben cómo funcionan las filas. Así que, ¿por qué no te dedicas a estudiar ese concepto, en lugar de la pantalla de tu teléfono?

Se oyeron algunas risillas detrás de mí. Al oírlas, me envalentoné un poco, pero la sensación de triunfo murió al instante, cuando el guaperas eligió aquel preciso momento para darse la vuelta, resoplando como un toro enfadado. Me quedé helada.

Mi cuerpo entero se quedó congelado en el sitio durante un instante, porque el impacto de reconocerle fue como si me hubieran dado un golpe.

Conocía aquel pelo castaño. Conocía aquellos hombros tan anchos y aquella cara absurdamente perfecta, con el hoyuelo en la barbilla, la mandíbula cuadrada y el eterno ceño fruncido. Sus ojos marrones atravesaron los míos cuando él también me reconoció.

El maldito Liam Lockhart.

De todas las cafeterías de la ciudad, el guapísimo, y prohibido, mejor amigo de mi hermano tenía que aparecer en esta. Mi día no hacía más que mejorar, y con eso quería decir que cada vez iba peor.

—¿Mia? —dijo por fin, cuando cayó en quién era yo.

Me repuse, como si no hubiera estado decidiendo si tirarle una galleta a la cabeza.

—Vaya, ¿así que ahora me ves?

—Sí, bueno, es que no me había fijado en que esta…

—¿Que estaba aquí mismo?

Me crucé de brazos. Si mi hermano Jake hubiera estado allí, habría contenido mi rabia por él, pero lo que no sabía no le parecería mal, y la situación me estaba ofreciendo una forma de desahogarme por la espantosa mañana que llevaba.

—Y eso ¿por qué? ¿Es que la chulería no te dejaba verme? —añadí.

—Yo diría que es tu actitud, no la mía, la que está poniendo las cosas difíciles —dijo él, mirándome con recelo.

—¿Mi actitud? Eres tú quien se comporta como si te hubieran puesto una alfombra roja y unos cordones para apartar a la plebe.

—No sabía que tenía que dar explicaciones a nadie.

—¿No has podido permitirte comprar un poco de decencia con ese traje de Armani? —espeté.

—Así se habla, chica —dijo alguien situado en la fila detrás de mí.

—Debe ser agradable sentirse como si todo fuera tuyo —dijo otra persona.

La expresión de Liam se endureció y apretó la mandíbula, como para no decir algo que pudiera lamentar después.

—¿Qué es esto, una rebelión? —dijo, en un tono repleto de sarcasmo—. No es más que una fila, Mia. Tampoco hay que ponerse así.

—Si ser un capullo grosero fuera delito, serías el enemigo público número uno —respondí—. Te mereces cadena perpetua, sin posibilidad de condicional.

Él puso los ojos en blanco, como un niño con una rabieta.

—¿Por qué siempre llevas las cosas al extremo? —gruñó, en voz baja y ronca.

—Ay, perdona —dije con dulzura exagerada—. Se me olvida que solo soy un extra en el universo cinematográfico de Lockhart. No, déjalo. Estoy segura de que a los extras los tratan con más respeto.

Casi podía ver la irritación que emanaba de su cuerpo, como el calor que hace ondular el asfalto, así que me lancé a la yugular.

—Ten cuidado con lo que vayas a decir ahora —advertí—, si no quieres ver tus palabras en boca de Miles en breve.

Miles era uno de los personajes de mi cómic en internet: un chico malo taciturno, irritable, con cara de pocos amigos y muy popular entre los fans, aunque a Liam le resultaba exasperante, porque ambos sabíamos muy bien de dónde habían salido los peores rasgos del personaje.

Liam frunció tanto el entrecejo que pensé que le iba a reventar una de las venas de la frente. Su tono de voz bajó una octava y, de repente, mis piernas parecieron incapaces de sostenerme.

—Si se supone que Miles soy yo, creo que vas a tener que mejorarlo. Resulta un tanto blandengue.

—He tenido que reducir el nivel de represión emocional por exigencias del guion —dije, encogiéndome de hombros—. No hace falta que me des las gracias.

—Hay mascotas de los cereales que tienen más personalidad y sentimientos —dijo, con un resoplido.

Me encantaba ver lo mucho que Miles le fastidiaba, así que tuve que ocultar una sonrisa de superioridad. La verdad era que no tenía razón para alterarse tanto. Solo un puñado de lectores de *Corazón Apresurado* sabían que Miles estaba basado en una persona real, y aún menos gente sabía que esa persona era Liam, director ejecutivo de VeriTV, multimillonario y el hombre por el que, para mi desgracia, había estado colada durante demasiados años. El personaje de Miles había sido mi versión de una dulce venganza, y Liam, desde luego, se lo había merecido. Hay quien lo consideraría justicia creativa.

De acuerdo, *yo* lo consideraba justicia creativa.

—Así que aprecias el parecido, ¿no? —pregunté, otra vez con el mismo tono dulce y empalagoso.

—¿Podemos pasar ya al momento en el que te das cuenta de que no tengo tiempo para nada de esto? —gruñó él, sin apartar los ojos de mis labios.

Dios, ¿por qué tenía que ser así?

—¿Es que tu asistente te ha traído una ración doble de gilipollez para desayunar?

—¿Te parece gracioso? —Las aletas de su nariz se dilataron un poco. No lo suficiente para que lo notara la gente, pero yo no era la mayor parte de la gente.

—No, lo gracioso es que no sepas cómo funciona una cola —repliqué, mirándole desdeñosa.

Los demás clientes volvieron a intervenir entonces.

—¡Qué típico! El ricachón se cree que las reglas no van con él.

—¡Déjale colarse! Seguro que tiene prisa por ir a cargarse la economía.

—Por si aún no lo tienes claro, te están diciendo que el final de la cola está allí —expliqué, señalando con el pulgar—. Esto no es tu avión privado.

A medida que los comentarios subían de tono, Liam se enfurecía más y más, y dejó que su irritación se reflejara en la intensidad de su mirada. Si lo estuviera dibujando para mi cómic, en ese punto le empezaría a salir humo de las orejas.

—¿Por qué tienes que montar siempre un numerito?

—Lo has empezado tú, saltándote las reglas.

Él volvió a resoplar y se pasó una mano por el pelo. Era muy injusto, lo atractivo que resultaba cuando se cabreaba.

—Espera, no te muevas —dije mientras sacaba mi teléfono para hacerle una foto.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

—Es para inspirarme después. La luz destaca muy bien tu expresión enfurruñada, y me gusta que Miles sea lo más parecido posible.

Me dedicó una mirada tormentosa desde arriba. Siempre había sido muy alto, pero, así de cerca, tenía que inclinar el cuello para mirarle a aquellos ojos castaños tan intensos. Llevaba el pelo un poco más largo de lo normal, lo suficiente como para dar ganas de enredar los dedos en él. El pulso se me aceleró un poco al pensarlo, y tuve que volver a enterrar aquella imagen a toda prisa.

—Borra la foto.

Bajé el teléfono y fingí examinarla.

—Creo que no voy a hacerlo, Sonrisas.

—No me llames así.

—Pero si es de lo mejor que se me ha ocurrido. Te pega mucho.

Liam era incapaz de sonreír, aunque viniera el mismísimo Joker para grabarle una sonrisa en la cara… Llamarle Sonrisas tenía todo el sentido del mundo.

—Si eso es lo mejor que se te ha ocurrido, no me extraña que los estudios no se te estén rifando en estos momentos —observó.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, tensa.

—Venga ya. ¿Cuál fue tu último trabajo serio como guionista?

—El cómic es un trabajo serio —dije, notando cómo enrojecían mis mejillas.

Él se inclinó un poco hacia mí, lo bastante cerca como para permitirme contar cada uno de los pelos de su barba incipiente. Dios, cómo podía oler tan bien: a cedro, lino, y algo más oscuro que no quise identificar.

—Bueno, solo si no eres capaz de escribir nada más que chicos malos antipáticos y estereotipos trillados.

El pulso se me aceleró y me puse como una loca.

—¿Estereotipos trillados? Perdona, pero Miles es un personaje bien definido y multidimensional.

—¿Multidimensional? —resopló Liam—. Te tendré que regalar un diccionario, para que busques la definición de esa palabra.

De acuerdo, tal vez no estuviera bien desarrollado como personaje, pero tampoco hacía ninguna falta. No era más que un personaje secundario caracterizado por los rasgos más ridículos de Liam, para poder utilizarlo como desahogo cómico.

—Aparte de aparecer por las esquinas gruñendo por lo bajo, ¿para qué sirve, exactamente? —continuó Liam—. En mi opinión, no tiene ningún tipo de profundidad.

—Pues no sé. En tu caso, gruñir por lo bajo parece ser un trabajo a tiempo completo —repliqué—. Y, desde luego, ¡a lo que escribo no le falta profundidad!

—Es el personaje más ridículo de internet.

—Eso es porque tú eres ridículo, ¡así que todo encaja!

Los ojos de Liam centellearon o, al menos, eso me pareció, pero ese fue el momento en que el camarero me hizo señas para que me acercara al mostrador. Me aparté de Liam, dispuesta a no dejarle decir la última palabra.

—Y, al menos, Miles tiene la profundidad suficiente como para no colarse.

—¡Eso! ¡Ponte al final de la cola! —se oyó desde detrás de mí.

Sonreí un poco, agradecida por el apoyo, aunque una pequeña sombra de duda se había formado en mi interior y situado entre mis costillas. Odiaba admitir que la incisiva pregunta de Liam había dado en el blanco. ¿Cuál había sido mi último trabajo serio como guionista? Él sabía lo mucho que me dolía tener que ganarme la vida redactando textos técnicos como autónoma mientras esperaba la gran oportunidad que no llegaba nunca.

Ninguna niña ansiaba tener una carrera como escritora de informes, reportes y manuales de instrucciones, pero empezaba a parecer que jamás alcanzaría mi meta de ser guionista para una serie de televisión, ni vendería un guion para una película. Liam podía irse a la mierda por habérmelo dicho a la cara y hacer que el rechazo me doliera aún más. Sentí cómo enrojecía, cosa que odiaba. Y a Liam, también lo odiaba.

Me apoyé en el mostrador, deseosa de olvidar a Liam y aquella conversación, pero antes de que pudiera decir nada, apareció Kelsey para entregarme un vaso humeante y una bolsa para llevar.

—Un té con leche y un cruasán de chocolate —explicó.

—Gracias —dije, sacando la cartera.

—No te preocupes, amiga. Invita la casa.

—No, no puedo…

—Lo digo en serio —insistió—. Te lo mereces por aguantar a ese capullo insoportable.

—Eres mi heroína —le dije, con una sonrisa rápida.

—Lo intento —contestó, con un golpe de melena.

Cogí mi café y mi cruasán y me dirigí al mostrador de autoservicio para añadir un poco de canela a mi té y poner un cartón protector al

vaso. Por el rabillo del ojo, divisé a Liam, que por fin había llegado al mostrador.

—¿Me puedes poner un café con leche de avena?

—Lo siento, señor —dijo Kelsey sin entonación—. Nos hemos quedado sin leche de avena.

La leche de avena estaba en el mostrador, detrás de ella.

—Entonces, leche de almendras. —El tono de Liam volvía a traicionar su irritación.

Kelsey fingió mirar a su alrededor.

—Oh, vaya. Esa también se ha agotado.

—¿Y de soja?

—Se nos…

—Ha terminado. —Liam apretó la mandíbula—. Empiezo a comprenderlo.

Kelsey me dedicó un guiño y yo inspiré hondo, agradecida por las camareras protectoras y los cruasanes de chocolate. ¡A Liam, que le dieran! No pensaba permitir que me hiciera sentir peor en una mañana que ya había empezado fatal. Bebí un trago de mi té y pasé por su lado con la cabeza bien alta.

—No pasa nada, Sonrisas —dije, alegrándome un poco por lo fastidiado que estaba—. Me aseguraré de poner a Miles en una cafetería la próxima vez. Para él sí que habrá leche de avena. Y tendrá un corazón.

2

LIAM

Lo único que me fastidiaba más que Mia Collins era el ayuntamiento, pero no por mucho.

—¿Otra vez? —gruñí al teléfono mientras salía del ascensor más lento del mundo en el octavo piso y avanzaba por el pasillo, evitando las baldosas levantadas, que tantos problemas daban a Jake.

—Me da igual que esté ocupado —continué, ladrando instrucciones a uno de mis asistentes—. Pon a Cruz al teléfono y asegúrate de que, esta vez, nos hayan concedido los permisos de rodaje. Lo último que necesito es que me paren la grabación porque a alguien se le ha olvidado presentar los documentos *otra vez.* —Al parecer, para poder prender fuego a algo en una serie de televisión, había que avisar antes a las autoridades—. ¿Qué quieres decir con que no está disponible?

Mi asistente dijo algo sobre que Cruz se había comprometido, y yo puse los ojos en blanco y me detuve delante de la puerta del piso de Jake.

—Sí, envíale un correo electrónico. Ese hombre ha tenido todo el año para comprometerse, no es mi problema que haya decidido

hacerlo justo antes de empezar la segunda temporada. Cuando te conteste, reenvíame su mensaje.

Colgué y dejé escapar una exhalación, con los ojos puestos en la puerta cerrada. Cruz era un buen jefe de localizaciones, pero sus planes eran absurdos. La serie ya pendía de un hilo con todo el problema con los guionistas. Y ahora ¿esto?

Aun así, supuse que debía alegrarme por él. Escribí un recordatorio en mi teléfono para pedir a una de mis asistentes que enviara a Cruz unas flores con una tarjeta, y lo guardé en el bolsillo al terminar. Levanté la mano para llamar a la puerta de Jake, pero me detuve un momento. Me seguía resultando raro tener que prepararme mentalmente para ver a quien era mi mejor amigo desde que teníamos catorce años. Nos habíamos conocido en la pista de baloncesto el primer año de instituto, y para mí fue como encontrar a un hermano. En aquella época, Jake había estado repleto de optimismo. Daba igual cómo me estuviera yendo el día, me bastaba con su energía para animarme; pero ahora teníamos treinta y ocho años y todo había cambiado, sobre todo en el último año.

—Estás intentando hacer demasiadas cosas, ¡como siempre! —oí que decía justo antes de llamar a la puerta.

La voz que llegaba desde el otro lado de la pared parecía ser la de Gabrielle, la novia de Jake y, a juzgar por su tono, estaba cabreada con mayúsculas.

—¡Necesitas descansar!

—¡Llevo descansando toda la mañana!

Puse los ojos en blanco. Aquella discusión me resultaba muy familiar.

—¿Cómo esperas mejorar si no te lo tomas con calma? —gritó Gabrielle, que sonaba como si estuviera caminando de un lado a otro por el piso.

—¡Estoy bien! —exclamó Jake.

—¡No lo estás! ¡Tu pierna necesita tiempo para curarse!

—Ah, ¿sí? ¿Y cuánto tiempo es eso, Gabrielle?

—¡El que haga falta! Mira, no intento controlar…

—¿Controlar? —resopló Jake—. ¿Te refieres a lo de estar encima de mí todo el tiempo y regañarme por no hacer nada por mí mismo?

—¡Vale! Ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí, si no vas a hacer caso de nada de lo que digo.

—Te estoy haciendo caso —dijo él—. Es solo que…

—¡No dejas que te entre nada en esa cabeza tan dura que tienes!

Solté un largo suspiro y apreté los labios. Estaba empezando a pensar que debía marcharme, pero, cuando consideré alejarme de la puerta, deshacer el camino por el pasillo y volver a llamar el ascensor, recordé que no había conseguido encontrar ni un minuto para visitar a Jake en toda la semana. Si me marchaba, no estaba seguro de poder encontrar otro momento más adelante.

No presté atención a la siguiente parte de la discusión, pero escuché a Gabrielle emitir un sonido ahogado y me imaginé la mirada irritada que le habría dirigido a Jake. En los últimos tiempos, todo aquello se había convertido en parte de su relación. Llamé a la puerta.

—Hola, soy yo —dije en voz alta.

La conversación en el interior se detuvo en seco, y escuché unos pasos que se acercaban. Un segundo después, Gabrielle abrió la puerta, con una expresión suspicaz en sus ojos oscuros y los labios fruncidos en una mueca de desdén.

—¡Genial! —exclamó—. Quédate tú con él un rato. A lo mejor a ti te hace más caso que a mí.

—Cariño… —dijo Jake a sus espaldas, pero ella cogió su bolso y salió como una exhalación del piso, sin mirar atrás.

—¿Quieres que vaya a hablar con ella? —pregunté a Jake.

Él se dejó caer contra el respaldo de la silla de ruedas e hizo un gesto de desdén con la mano.

—Deja que se marche.

Cerré la puerta detrás de mí y me acerqué a Jake, que estaba en el salón.

Jake Collins era muchas cosas: exbombero, el tío que me había ayudado a perfeccionar mis tiros triples, y el protector hermano mayor de Mia. Pero lo que nunca había sido era un hombre dado a la autocompasión, así que hice lo que pude para mostrarme de buen humor.

—¿Cómo lo llevas?

Jake hizo una mueca y miró al suelo.

—No necesito un canguro.

—No he venido para eso. ¿Un mal día?

—¿Acaso no lo son todos?

Su voz sonaba hueca, sin entonación, mientras movía la silla de ruedas adelante y atrás, chocando con la mesa de café. Jake siempre había sido capaz de mejorar un mal día con una broma o una observación aguda. Nada de vasos medio llenos: el suyo siempre había estado repleto de entusiasmo y decisión, pero todo había cambiado con el accidente. Ahora parecía que la luz de su interior se había apagado. Ya no bromeaba, y apenas sonreía. Y si había algo que llenaba el vaso estos días, no era más que resentimiento.

—Oye, Connor me va a pasar una copia adelantada de *BladeBound Legacy*. La traeré para que lo probemos.

Desde que Jake estaba confinado en una silla de ruedas, habíamos cambiado los deportes por los videojuegos. Por suerte, ese era el

negocio de la empresa que dirigía mi hermano pequeño, lo que me permitía ofrecer a Jake una pequeña distracción.

—Guay. —La respuesta de Jake sonó tan desanimada como la anterior, sin ningún entusiasmo. Solo una palabra para llenar el silencio.

Tuve ganas de sacar el tema de la discusión con Gabrielle. En los últimos tiempos, discutían más de lo habitual, y era evidente que las cosas no iban bien. Claro, que no habían ido bien desde que Jake había entrado en un rascacielos en llamas el año anterior. El incendio hizo que se desplomara la parte del edificio en la que se encontraba, y él se destrozó las piernas al caer. Aunque sus compañeros lo habían sacado de entre los escombros, necesitó varias operaciones para restablecer sus huesos. Aún se estaba recuperando de la última de ellas, y después tendría que enfrentarse a una larga rehabilitación. Los médicos decían que podría recuperar algo de movilidad, pero sus piernas estaban demasiado dañadas para poder soportar su peso.

No podría volver a andar, y asimilarlo le había resultado muy difícil. Nunca volvería a correr por una pista de baloncesto, y nunca volvería a apagar un fuego. A veces, apenas podía maniobrar la silla de ruedas por el laberinto estrecho y abarrotado que era su apartamento.

Sin embargo, a mí no se me daban bien las conversaciones intensas y emotivas. Cuando veía un problema, lo que quería era arreglarlo, no hablar de él.

—Ahora en serio, ¿cómo te encuentras? —pregunté—. ¿Cómo va el dolor?

Jake soltó una carcajada seca, sin humor.

—Es soportable —contestó en tono sarcástico—. Esa parece ser la palabra mágica para los médicos. Mientras sea soportable, todo va bien.

Sabía que se sentía muy frustrado y me hubiera gustado poder hacer algo por él, pero, en aquel momento, lo único que podía hacer era aguantar un día tras otro, esperar e ir avanzando poco a poco.

—Bueno, no quiero que te sientas obligado a aguantar a un cascarrabias —murmuró—. Seguro que tienes cosas mejores que hacer.

—No eres un cascarrabias —mentí, para tratar de mantener un tono más ligero.

—Sí lo soy —replicó él—. Te lo noto en la cara.

—Es que mi cara es así —expliqué.

—Cierto —resopló—. Según Mia, tienes cara de «antipático en reposo».

Hice una mueca, pero Jake me ignoró y se dirigió a la cocina.

—¿Te apetece algo? ¿Una bebida? Creo que aún quedan cervezas en la nevera, de la última vez que estuviste aquí.

Mientras hablaba, su silla se atascó con una esquina del sofá, y le observé luchar para desengancharla. Movió las ruedas con más fuerza, gruñendo por el esfuerzo y la frustración, al tiempo que retorcía el torso. Su piso seguía igual que antes del accidente, y no estaba adaptado para moverse en silla de ruedas, sobre todo gracias a la moqueta que cubría el suelo.

—No, gracias —contesté—. Necesito mantener la cabeza despejada para trabajar. Me salen los problemas por las orejas.

Jake hizo girar su silla hacia mí.

—Como quieras.

—Escucha, sabes que puedes mudarte a mi casa cuando quieras, ¿verdad?

Ya se lo había ofrecido en numerosas ocasiones, pero tuve la sensación de que debía recordárselo. Aunque hacía poco que habían pintado la fachada del edificio de North Hollywood donde vivía Jake, el mantenimiento del interior dejaba mucho que desear. En cambio, mi casa en Studio City era muy amplia y tendría todo lo que necesitaba en un solo nivel.

Jake abrió la boca para protestar, pero le interrumpí.

—Tú piénsatelo. No tendrías que pelearte con ese ascensor birrioso, y el suelo es de parqué. ¡Hasta hay un *jacuzzi*! Tienes que admitir que te vendría bien después de las sesiones de rehabilitación.

—Seguro que Gabrielle se quejaría de que podría ahogarme ahí dentro —dijo Jake de mal humor.

—Podría quedarse contigo y disfrutar de él cuando quisiera. Tendrías toda el ala de invitados para ti solo. Y no tendrías que preocuparte de limpiar ni cocinar —añadí—. El personal se encargaría de todo.

—Tío, te lo voy a decir por última vez: ¡No!

Pronunció la última palabra con tanta intensidad que no pude obligarme a continuar la discusión, por mucho que me fastidiara verle enfrentarse a un problema que yo podía resolver con facilidad.

—Solo digo que la oferta sigue en pie.

—Me quedo aquí —insistió Jake—, y no pienso permitir que ni tú, ni nadie, contratéis a una enfermera o a alguien que se ocupe de mí, así que sácate esa idea de la cabeza. Mis padres, Gabrielle y tú podéis dejar de darme la paliza con todo eso.

—Tío, ¿me estás comparando con tus padres? —Arrugué la nariz—. Qué cruel.

Frank y Harriet Collins tenían buenas intenciones, pero eran lo peor. Desde el accidente, no habían dejado de recordar a Jake que siempre le habían advertido de lo peligrosa que era la profesión de bombero.

Él se encogió de hombros y su expresión pareció relajarse un poco.

—Vale, tal vez tú no seas tan malo. Es que últimamente han estado cargando mucho las tintas conmigo, y también con Mia. —Me miró a los ojos mientras continuaba hablando—. Como si ella no tuviera ya bastante mierda que aguantar.

Noté una presión en el pecho al recordar el incidente en la cafetería el día anterior.

—Un momento, ¿te ha contado *eso*? —espeté.

En serio, ¿era necesario que se chivara a su hermano?

Jake abrió la boca para contestar, pero, en ese momento, la mismísima Mia entró por la puerta, cargada con la compra y con las mejillas sonrojadas por el viento. Llevaba el pelo recogido en una especie de moño sujeto con un lápiz, como si hubiera estado garabateando algo y se hubiera distraído a medio terminar. Vestía unos *leggins*, una camiseta de canalé y zapatillas de deporte, la clase de atuendo descuidado que no merecería una segunda mirada, pero a mí se me olvidó durante un momento apartar la mía.

Era como si el universo estuviera tratando de fastidiarme a propósito.

3

LIAM

—Hablando del rey de Roma… —murmuré por lo bajo.

—¿Qué tal, colega? —preguntó Mia a su hermano, hablando a toda velocidad—. Me he encontrado a Gabrielle en la entrada, está cabreadísima contigo. Me ha dicho que entrara sin llamar.

—¿Y no entras siempre sin llamar desde que tienes llave? —preguntó Jake.

Aunque su voz seguía sonando tensa, parecía haber relajado un poco su postura. Siempre había sentido una enorme debilidad por la hermanita pequeña que había nacido cuando él tenía diez años, la edad perfecta para adoptar el papel de hermano mayor sobreprotector.

—Solo es para emergencias —explicó Mia—. Las pizzas congeladas estaban de oferta, así que he hecho acopio para ti.

Jake resopló, en un tono no exento de diversión.

—Tu definición de una emergencia es bastante diferente de la mía.

Mia se adentró en el apartamento y dejó las bolsas sobre una encimera en la cocina. Al verme, se detuvo en seco y arrugó la nariz

como si hubiera percibido un olor desagradable.

—Oh, estás aquí.

—¿Qué hiciste ayer? —exigí—. ¿Correr a ver a tu hermano para quejarte de que he herido tus sentimientos?

—Y ahora, ¿por qué discutís? —preguntó Jake, frunciendo el ceño y dejándose caer sobre el brazo de la silla de ruedas.

Mia se cruzó de brazos e inspiró hondo.

—¡No le he contado lo que pasó en la cafetería!

—¡Pues claro que lo has hecho! —protesté.

Intenté no fijarme en la forma en que la camiseta se pegaba a su cuerpo. Por millonésima vez, me advertí a mí mismo que no debía admirar aquellas curvas prohibidas. Por mucho que se hubiera convertido en una mujer *muy* atractiva al hacerse mayor, seguía siendo la hermana pequeña de Jake, y yo sabía muy bien lo poco que le habían gustado los hombres con los que había salido Mia. No pensaba entrar a formar parte de aquella lista, y mucho menos en aquel momento tan difícil para Jake, en el que necesitaba contar con su mejor amigo.

Claro, que mantener mi resolución resultaría mucho más fácil si Mia no fuera tan tremendamente atractiva. Toda aquella piel que quedaba a la vista gracias a las malditas camisetas de tirantes que solía ponerse; la forma en que se recogía los rizos alborotados en lo alto de la cabeza, dejando al aire un cuello largo y esbelto, y cómo agitaba sus largas pestañas cuando me miraba desde detrás de las gafas de pasta oscura que utilizaba para trabajar. A veces, me daban ganas de quitárselas, atraerla hacia mí y…

Por Dios, pero ¿qué diablos me pasaba? No podía pensar en ella de ese modo, eso no estaba bien. Jake me lo había dejado muy claro la única vez que me había pillado admirándola. Además, se trataba de

Mia. La cargante y agotadora Mia, que parecía dedicarse en exclusiva a ponerme de los nervios.

—Al contrario de lo que piensas —replicó Mia—. Mi día entero no giró en torno a nuestro encuentro en la cafetería.

—En serio, ¿de qué demonios estáis hablando? —volvió a preguntar Jake, harto de nuestra discusión.

—No, seguro que también encontraste tiempo para dibujar a Miles eligiendo entre diferentes alternativas a la leche —espeté.

Cómo me fastidiaba que me hubiera convertido en un personaje de su maldito cómic. Me había representado como un monigote pedante y emocionalmente reprimido, y reducido a un objeto de burla. Y lo peor de todo era que yo no lo había evitado.

—Ve con cuidado, Sonrisas —canturreó Mia—. Esa vena que tienes en la frente se está hinchando otra vez. A ver si va a acabar reventando. —Inclinó la cabeza para mirarme—. De hecho…

—Ya te gustaría —respondí molesto, pero ella se limitó a encogerse de hombros—. Acabarás conmigo de puro agotamiento. Al menos, en mi lápida, podrán escribir: «*Por fin descansa en paz*».

Mia resopló, giró sobre sus talones y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta.

—Tu capacidad para elegir amigos es bastante cuestionable —espetó a Jake—. Ya volveré a verte cuando este imbécil haya abandonado las instalaciones.

Y, con esas palabras, se marchó, dando un portazo.

—Eso ha sido muy intenso, incluso para vosotros dos —comentó Jake, girando la silla de ruedas para mirarme con suspicacia—. ¿Me vas a contar de qué iba esa historia? ¿O debo seguir tratando de imaginármelo por mi cuenta?

Vaya. Tal vez era verdad que Mia no le había contado lo del día anterior. Eso me fastidiaba aún más, pero Jake no iba a dejarlo estar sin que se lo contara todo, así que me dejé caer sobre el sofá y le conté el incidente de la cafetería: que no me había fijado en la cola, la reacción de Mia, nuestra discusión y el comportamiento irracional de la camarera para terminar.

Jake se echó a reír cuando estaba acabando mi relato. En cualquier otra circunstancia, me habría alegrado mucho de oír su risa, pero… Maldita sea, me alegraba de oírla de todos modos, aunque se estuviera riendo de mí. Haría cualquier cosa para que volviera a ser él mismo.

—Tú te lo buscaste —observó.

—¿Estás de coña?

—Eso te pasa por meterte con mi hermana pequeña. —Se encogió de hombros al decirlo—. Me sorprende que no te tirase el té a la cara.

—No me estaba metiendo con ella. De hecho, al principio ni me fijé en que era ella.

—¿Y qué pasó cuando te fijaste?

—Tuvimos una… conversación animada.

—¿«Animada»? Y un huevo. —Su tono había pasado a ser burlón—. Está claro que estabas demasiado concentrado en tu teléfono como para prestar atención a tu entorno.

—Oye, ahora no vayas a ponerte de su parte contra mí.

—No me extraña que te llame Sonrisas —comentó Jake.

—*Odio* ese apodo.

—Te va muy bien.

—¿En qué universo?

—En el que te comportas como un capullo en una cafetería.

Su traición me dejó boquiabierto, pero, cuando volvió a reír, me costó contener mi propia sonrisa.

—Vale, tienes razón. No fue mi mejor momento, pero ayer tenía muchas cosas en la cabeza. Ya te lo he dicho: las cosas no van bien en el trabajo y estoy tratando de mantener la empresa a flote.

—Aún no me has contado qué pasa —observó él, ladeando la cabeza.

Eso era cierto. Había estado tan ocupado que aún no había encontrado el momento de contarle todos los dramas.

—El equipo de guionistas de *Morir a fuego* ha saltado por los aires.

—¿Qué dices?

Morir a fuego era la primera serie dramática de VeriTV, un cambio radical respecto de los programas de telerrealidad que caracterizaban a nuestro servicio de *streaming*. Se trataba de una serie de misterio centrada en la historia de una estación de bomberos y ambientada en dos épocas distintas. Cuando había recibido la propuesta, tres años atrás, me había interesado inmediatamente, gracias a Jake. La primera temporada había concluido hacía seis meses y había sido un éxito rotundo.

—Lyle, el director creativo, se enzarzó en una discusión a gritos con los abogados durante la negociación de su contrato para la segunda temporada. Se largó hace una semana y se ha negado a volver.

—¿Le has ofrecido más dinero?

—Por supuesto. Hasta le ofrecí el puesto de coproductor, pero dijo que era una cuestión de principios.

—¿Qué clase de principios? —se interesó Jake.

—No tengo ni la menor idea. El único principio que parece interesarle es el de que le traten como a un dios al que todos deben

adorar.

Para conseguirlo, Lyle había formado un equipo de guionistas muy novatos e inexpertos. No les faltaba talento, pero resultaban fáciles de manipular, acataban todas sus decisiones y nunca le cuestionaban ni se oponían a nada.

—Ahora los guionistas van a tener que empezar desde cero para la segunda temporada, y es un maldito desastre.

La primera temporada había terminado con una escena muy dramática y las legiones de fans no dejaban de exigir respuestas, pero solo Lyle sabía cómo había previsto continuar la historia, y no había querido contárselo a nadie.

—¿Vas a cancelar la segunda temporada?

—¡Ni hablar! Tenemos que emitirla. Si anunciamos que se cancela, perderemos una barbaridad de suscriptores, pero estoy atrapado. Durante la primera temporada, me centré demasiado en las cuestiones de producción y dejé a los guionistas a su aire, así que no me di cuenta de hasta qué punto Lyle no contaba sus ideas a nadie.

—Entonces, lo habrás sustituido, ¿no? —preguntó Jake, levantando una ceja.

—Sí, la nueva directora es Paula.

—¿Paula, la de *Miami Beach*?

—Sí, pero hasta ahora solo ha trabajado en telerrealidad. Lo que necesito es un buen guionista principal, alguien con ideas nuevas, que pueda salvar la siguiente temporada. Hemos entrevistado a muchos candidatos, pero a Paula aún no le ha gustado nadie.

Jake se enderezó tan rápido que estuvo a punto de caerse de la silla.

—¡Venga ya, tío!

—¿Qué?

—¿No ves lo que tienes que hacer?

Me quedé mirándole, sin comprender, pero él estaba más animado de lo que le había visto en mucho tiempo.

—¡Entrevistar a Mia para el puesto!

Sus palabras me cayeron como un puñetazo en el estómago.

No.

Bajo ningún concepto.

Se me revolvió el estómago, y todo mi instinto se puso a gritar lo mala que era esa idea.

—Jake… No creo que ella…

—¡Pero si le encanta esa serie! Y tiene un montón de teorías sobre la segunda temporada. Lo sé muy bien, he tenido que aguantarlas durante los últimos seis meses. Por no hablar de que, gracias a mí, sabe todo lo que hay que saber sobre estaciones de bomberos.

Eso era innegable, al menos.

—Y los dos sabemos que se le da muy bien contar historias. A todo el mundo le encanta *Corazón Apresurado*.

Gruñí entre dientes y, aunque Jake me lanzó una mirada incisiva, sus labios se habían curvado en una media sonrisa, y su entusiasmo era evidente.

—Por mucho que te quejes de cómo representa a Miles, los dos sabemos que has programado un aviso en el teléfono para saber cuándo sale el siguiente capítulo.

—Solo lo hago para controlar la forma en que tu hermana está acabando con mi reputación.

Jake se echó a reír a carcajadas.

—Tío, pero si eres adicto a ese cómic. Admítelo.

Mentiras y más mentiras. Me aterraba la idea de ofrecer a Mia una entrevista para *Morir a fuego*. Por Dios, pasaría lo mismo que en la cafetería, y me hervía la sangre solo de pensarlo.

—¡Venga ya! —insistió Jake, sin dejar el tema—. Al menos, dale una oportunidad. Si Paula dice que no encaja, no pasa nada.

Estuve a punto de preguntarle si sería verdad que no pasaría nada, pero me mordí la lengua.

—Míralo de este modo —continuó Jake, en tono más calmado, pero aún muy intenso—. Podría ser la forma de hacer las paces con ella después de lo de ayer.

Me tragué una respuesta negativa y consideré la petición de Jake. Hacía muchos meses que no demostraba tanto entusiasmo e interés por nada. La expectación que veía en su cara mientras esperaba mi respuesta me dejó muy claro lo mucho que aquello significaba para él, y no quise lanzar un jarro de agua fría sobre lo único que parecía importarle desde hacía mucho tiempo. Resultaba alentador verle reponerse lo bastante como para luchar por alguien que le importaba, aunque hubiera preferido que dedicara ese esfuerzo a luchar por sí mismo.

Suspiré y me pasé una mano por el pelo. Tal vez, si ofrecía esa oportunidad a Mia, aquello podría ayudar a Jake, ofrecerle algo que le animara un poco.

—Está bien, de acuerdo —dije, a regañadientes—. Le ofreceré una entrevista, pero no te prometo nada más que eso. Paula es muy despiadada, así que no te hagas esperanzas.

La cara de Jake se iluminó con una enorme sonrisa.

—¡Sí! No te pido nada más que eso, tío. Te prometo que te vas a sorprender. ¡Es perfecta para el puesto!

Sí, era la candidata perfecta para destrozarme los nervios.

4

MIA

—¿Te lo puedes creer? ¡Me acusó de chivarme a Jake de lo de ayer! Ni que fuera una niña pequeña que se va llorando a casa porque el niño malo le ha insultado.

Me hundí un poco más en la esquina del sofá, donde llevaba los últimos quince minutos sumida en mi rabia. Por suerte, el piso que compartía estaba en la misma planta que el de Jake, así que había ido directa a casa para desahogarme con mi compañera de piso por lo que me había dicho Liam. Odiaba hasta qué punto podía hacerme rabiar con un solo comentario sarcástico o una sonrisa desdeñosa. Me daba ganas de agarrarle de aquella mandíbula cuadrada y…

—Tal vez debías ser *tú* quien se lo contara a Jake, para que sea él quien mande a Liam a la mierda —dijo Sophie desde su dormitorio.

—No necesito que Jake se pelee por mí. Soy muy capaz de decirle a Liam a dónde puede irse con su insoportable y engreído metro noventa tan trajeado.

Preferiblemente, de vuelta a su mansión en Studio City, donde debía de tener una habitación entera solo para su ego.

—¡Bien dicho!

Sophie entró en el salón como saldría a un escenario la estrella principal de un espectáculo de Las Vegas, subida a unos tacones de doce centímetros y enfundada en un atuendo de *vedette* digno de un cabaré de los años veinte. Llevaba un corsé azul marino, atado a la espalda con cintas de raso y cubierto con tantas piedras brillantes que deslumbraba. Brillaba tanto que casi me empecé a sentir mareada. El escote, en forma de corazón, estaba decorado con delicadas plumas negras, que aportaban un toque de glamur muy clásico.

—¿Qué te parece este?

—Es espectacular de narices —respondí, boquiabierta.

—¿A que sí?

Apartó un poco la mesa de café y giró sobre sí misma para exhibir hasta el último centímetro de tela cubierta de piedras brillantes. Sophie no tenía el más mínimo pudor, y con frecuencia me exhibía en el salón los distintos modelos que se probaba para sus espectáculos de variedades.

—No estaba segura de si este azul sería lo bastante brillante, pero con todas estas piedras, creo que no tengo que preocuparme.

Aquel corsé tan recargado se ceñía a las increíbles curvas de Sophie hasta crear la perfecta forma de reloj de arena. Lo había combinado con una falda de flecos en capas que cubría unos diminutos pantaloncitos de seda, y un par de guantes largos de satén.

Sophie Álvarez, actriz de cabaré, compañera de piso y copropietaria de un club, era la única persona a la que conocía capaz de mantener una conversación sobre impuestos, o sobre la compra, mientras se contoneaba provocativamente.

Era mi mejor amiga por muchas razones, que podían resumirse en aquella vez que había amenazado con patearle el culo a uno de mis exnovios, que se había presentado en el bar para acosarme y, al

final, lo había hecho de verdad. Él se marchó cojeando y con el ego magullado, y yo me zampé un trozo de tarta.

—Ese corsé brilla tanto que casi no puedo apartar la vista de tus tetas.

—Porque son fantásticas —contestó Sophie con una risa, sacudiéndolas un poco para demostrarlo.

—La que es fantástica es esa nueva diseñadora de vestuario —comenté.

—Estoy de acuerdo. Creo que me he enamorado un poco de ella.

Me levanté para mirar la etiqueta cosida en la parte posterior de la prenda.

—Puntos Provocativos, de Sierra —leí—. Caray.

—Y tanto. Creo que voy a pedir uno de cada color.

—Qué envidia. Si tuviera un cuerpo como el tuyo, yo también querría uno.

—Tienes un cuerpo increíble, mujer. Te lo digo siempre. Déjame que te suba al escenario, y ya verás cómo enloquece el público.

Solo de pensarlo, me ponía enferma.

—Por Dios. ¿Te lo imaginas?

—¿Las propinas? —preguntó Sophie—. Ya lo creo. Seguro que me forraba.

—Me refiero a que, sin duda, me caería del escenario. Las dos sabemos que no tengo ni pizca de coordinación; por eso, yo escribo y tú bailas.

Sophie desapareció un instante, con una sonrisa, y volvió con algo muy pequeño, rojo y brillante colgando de un dedo.

—Ponte esto.

—Me niego en redondo —dije, horrorizada.

—No te niegas.

Su sonrisa era implacable. Sophie siempre me desafiaba a aceptar riesgos y, en momentos como aquel, no sabía si la odiaba o la adoraba por ello.

Cogí el corsé, me quité la camiseta y me enfundé en la prenda de seda, que se deslizó por mi piel como mantequilla. La alisé con las manos mientras Sophie encendió los altavoces y *Strong Enough*, de Cher, empezó a llenar el piso con un ritmo pegadizo que me dio ganas de atreverme a lucir mis movimientos desacompasados en una pista de baile. Sophie se acercó para atar las cintas de mi corsé y me giró para mirarme de frente al terminar.

—Caray, estás tremenda.

—No estoy segura de poder respirar —dije, intentándolo.

—No tienes que poder respirar. Solo tienes que ser capaz de moverte con el ritmo. Tienes que sentirte despampanante.

Comenzó a andar con paso decidido por el salón, acompasando sus movimientos a la magnífica voz de Cher, hasta detenerse en una pose digna de una pasarela, con una mano en la cadera y la otra sujetando un micrófono invisible en el aire. A continuación, se arrancó la falda y la lanzó a una multitud inexistente situada en el sofá, lo que la dejó vestida con aquellos pantalones diminutos. Miré sorprendida cómo pequeños trozos de tela brillante volaban por la habitación. Al parecer, su atuendo estaba diseñado para hacer un *strip tease*. Sophie se contoneó ante su público imaginario.

—Esto no irá a arder espontáneamente, ¿verdad? —pregunté, tirando de mi propio corsé. Lo último que necesitaba era que mis diferentes partes acabaran al aire.

—No, el tuyo no está diseñado para desmontarse como este. Ay, es que me encanta —dijo Sophie, tirando de otros puntos sujetos con

velcro, de forma que su atuendo se fue deshaciendo pieza por pieza.

Al terminar, se quedó cubierta solo con los pantaloncitos y unas pezoneras con borlas, también de color azul y adornadas con cuentas diminutas. Dejó caer las manos a las caderas, con una sonrisa satisfecha.

—¿Sabes? Estar medio desnuda sobre un escenario da una cierta sensación de poder.

—Si tú lo dices…

—Te das cuenta de que se trata de adueñarte del espacio. Como hiciste tú ayer con Liam.

—Te puedo asegurar que yo no me desnudé en la cafetería. —Solo de pensarlo, me había puesto del mismo color que mi corsé.

—No, pero me alegro mucho de que le plantaras cara —dijo Sophie, cogiéndome las manos.

Yo resoplé. A otras personas, todo aquello podría parecerles muy raro, pero para Sophie, no era más que un día cualquiera, con pezoneras de borlas y todo.

—Me da que ahora viene otro «pero».

—*Peeeeeero* —canturreó Sophie.

Antes de seguir, acercó desde la cocina una silla que a veces utilizaba para practicar sus pasos de baile, apoyó un pie en el asiento e hizo una especie de estiramiento muy sexi.

—No deberías dejar que Liam te altere tanto. Preocuparte por su opinión le da poder sobre ti. ¿Y qué es lo que no podemos permitir? Repite conmigo. —Dio una palmada después de cada una de las palabras siguientes—. Que. Los. Hombres. Nos. Avergüencen. Por. Existir. Ya tenemos bastante que aguantar, no necesitamos que se nos metan en la cabeza también.

—Tampoco me importa *tanto* —murmuré, dejándome caer sobre el sofá con las palabras de Liam resonando en mi cabeza. Lo cierto era que me habían dolido más de lo que quería admitir.

Cuál fue tu último trabajo serio de guionista… Dios, ¡pero qué pedazo de imbécil! Era la clase de pregunta que me habrían hecho mis padres, aunque, en su caso, no lo harían para hacerme daño a propósito, sino para hacerme ver que siempre habían tenido razón, y que había elegido una carrera muy arriesgada y poco fiable.

—Lo único que digo —continuó Sophie—, es que tienes que recuperar tu poder. Es la única forma de dejar de pensar en lo que te dijo.

—Oh, eso es lo que haré, en el próximo capítulo de *Corazón Apresurado*.

Ya se me estaba ocurriendo una nueva escena con Miles de protagonista. Incluía un cubo de leche de avena, al estilo *Carrie*. Sophie sonrió al ver mi expresión.

—Deja que lo adivine…

Un golpe en la puerta interrumpió lo que fuera a decir a continuación. Sophie paró la música y se acercó bailando hasta la puerta para mirar por la mirilla. Su cara se iluminó como si acabara de ver una piñata llena de malas decisiones y abrió la puerta de par en par, sin importarle un ápice cómo iba vestida o, más bien, desvestida.

—Vaya, qué sorpresa más desagradable —dijo.

Era Liam; vi su cara desde donde estaba sentada en el sofá. A decir verdad, me impresionó un poco que no se alterase al ver a Sophie medio desnuda. Sabía que ella estaba intentando ponerle nervioso, pero él se limitó a ignorarla y clavar sus ojos en los míos.

—¿Podemos hablar?

Ah, conque esas teníamos.

—No sé. ¿Podemos? —dije, con la voz más dulce que pude—. ¿O solo has venido a seguir quejándote sobre Miles?

Liam abrió la boca, pero consiguió tragarse su réplica y ocultarla bajo su habitual expresión ceñuda.

—Creo que al menos podríamos mantener una conversación productiva.

¿Qué diablos quería decir con «productiva»? ¿Tendría algo que ver con la recuperación de Jake? Yo intentaba ayudar a mi hermano todo lo que podía, pero tenía la sensación de que Jake me ocultaba información para protegerme, como siempre, y evitar que me preocupara. Era mucho más sincero con Liam; tal vez, le había contado algo que yo necesitara saber.

Sophie me miró con una ceja levantada, y yo asentí una vez. Invitó a Liam a entrar con un amplio gesto teatral, como si admitiera a Drácula en su tocador.

—Adelante, Miles. —Se negaba a dirigirse a él por otro nombre, cosa que me encantaba—. Os dejaré solos.

Le dedicó un guiño exagerado, recogió las piezas de su atuendo y se dirigió bailando hacia su dormitorio. Solo recordé que aún llevaba puesto el corsé que me había prestado cuando Liam bajó la mirada para contemplarme, lo que me hizo desear encogerme en el sitio. Me obligué a enderezarme, pero me crucé de brazos y traté de ocultar mi azoramiento con una actitud desagradable.

Lo miré de arriba abajo, tratando de encontrar algo que criticar en su apariencia para equilibrar la situación. Pero, maldita sea, Liam estaba tan perfecto como siempre. Mis ojos se fijaron en la forma en que su camisa de lino se ajustaba a los músculos de su amplia silueta, en la sombra de una barba incipiente y sus profundos ojos castaños. A veces me parecía que su mirada sería capaz de atravesarme. *Ponte las pilas*, me dije a mí misma. *No le des poder sobre ti.*

—¿Has venido para seguir hablando de los estereotipos en mi forma de escribir?

—Más bien lo contrario. —El tono de Liam era seco, pero… honesto —. ¿Puedo sentarme?

Hice un gesto hacia el sofá, y él se sentó en el otro extremo, a la mayor distancia posible, para que la situación fuera lo más incómoda posible.

—Estoy seguro de que conoces cómo están las cosas en *Morir a fuego*.

Intenté ocultar mi sorpresa, porque Liam casi nunca me hablaba de su trabajo. A veces, me enteraba de cosas por Jake, pero lo habitual era que me enterase de los cotilleos a través de las publicaciones del sector y las redes sociales, como todo el mundo. Y todas ellas hervían con las noticias acerca de la salida del director creativo de la serie y la catástrofe que ello había supuesto para la segunda temporada.

—¿Te interesa que te entrevistemos para el puesto?

Mi mandíbula casi se cayó al suelo.

—¿Cómo?

—Ya tengo una nueva directora —dijo, como si estuviéramos hablando del tiempo—, pero necesitamos reorganizar el equipo de guionistas. Estamos buscando a alguien que dirija el equipo. Alguien que…

—Un momento. —Levanté una mano para hacer una pausa mientras registraba lo que había dicho—. ¿Te he entendido bien? ¿Me acabas de preguntar si quiero que me entrevistéis para un puesto de guionista en *Morir a fuego*?

—¿Qué parte es la que no has entendido? —preguntó, poniendo los ojos en blanco.

—No es que no lo entienda. Es que no tiene ningún sentido.

Había estado obsesionada con aquella serie durante meses. ¡Por supuesto que quería trabajar en ella como guionista! Sería imbécil si rechazara la oportunidad de que me entrevistaran, pero no entendía por qué Liam me había ofrecido la oportunidad, para empezar.

—Claro que tiene sentido. Necesitamos un guionista. Tú eres guionista. Por lo tanto, deberías acudir a una entrevista.

Lo miré con desconfianza e intenté ignorar su atractiva mirada, para encontrar la verdad que se escondiera detrás de sus palabras. Aquel comportamiento no era propio de Liam, a menos que… ¡*Claro!* Se lo tenía que haber pedido Jake.

Resoplé por lo bajo. Era típico de Jake aprovechar cualquier oportunidad para intervenir en mi ayuda, tanto si yo lo quería como si no. En otras circunstancias, me habría herido en el orgullo que me consiguiera una entrevista, pero aquella oportunidad era demasiado buena como para dejarme llevar por los escrúpulos. Y la guinda del pastel era que, sin duda, a Liam le debía estar fastidiando muchísimo hacerme esa oferta.

Una sonrisa astuta se dibujó en mi cara.

—Oh, esta escritora de estereotipos trillados estará encantada de que la entrevisten para el puesto. Tengo muchas ganas de contarle a tu directora mis ideas para hacer que todos los personajes resulten mucho más sosos.

—¿Puedes dejar de decir eso de una vez? —protestó él.

Me llevé una mano al pecho.

—No me gustaría que me acusaran de no saber aceptar una crítica constructiva.

—¿Quieres una entrevista, o no? —masculló Liam entre dientes.

—He dicho que sí, ¿no?

—Es que me da la sensación de que preferirías hacer cualquier otra cosa.

—¿Como qué? —pregunté—. ¿Qué más podría querer?

Él me miró de un modo muy intenso, y yo intenté mantener mis ojos apartados de la mueca de desdén en sus labios.

—Lamento interrumpir esta discusión tan apasionante —intervino Sophie, que volvió a entrar bailando en el salón, vestida con un atuendo distinto.

Ahora llevaba un corsé verde esmeralda, con apliques de malla transparente en zonas clave de su cuerpo e iba acompañado de una corona plateada que llevaba en la cabeza. Sophie dedicó a Liam una mirada que solía reservar a las cacas de perro de las aceras.

—Necesito practicar mi movimiento de caderas. Si vas a quedarte, tendrás que pagar por el espectáculo —le espetó.

Al principio, Liam no se movió, y se limitó a mirarme. Sophie le ignoró, puso otra canción de Cher a todo volumen y empezó a desprenderse de partes de su vestuario, tirando cada porción directamente a la cara de Liam, que no tuvo más remedio que apartarlas a manotazos, como un gato disgustado. Cuando la corona le dio en el estómago, terminó por levantarse.

—Mensaje recibido —resopló.

Sophie se dio la vuelta y se contoneó hacia él.

—Mañana, en los estudios de VeriTV. A las once en punto —gruñó en mi dirección antes de dirigirse a la puerta.

—¡Gracias por la visita! —gritó Sophie a sus espaldas y, tras hacer una dramática pirueta cuando él cerró la puerta, se dejó caer en el sofá a mi lado, mostrando una amplia extensión de piel tatuada—. ¿Sabes? Es una pena que no pueda utilizaros a los dos para un espectáculo en el club. Con toda esa tensión sexual, venderíamos entradas como churros. Se llenaría hasta los topes.

Solté una carcajada seca.

—Imposible. Liam solo me ve como la hermana pequeña de Jake, créeme. —Aunque me había gustado durante años, por el mero hecho de que estaba buenísimo, sabía muy bien que a él no se le ocurriría cruzar esa raya. Ya me lo había demostrado hacía dos años —. No se me olvidará nunca que me rechazó aquel día de Año Nuevo.

—No puedes basarte solo en aquella ocasión —dijo Sophie.

—¿Y en qué otra cosa me voy a basar? Ese hombre no me aguanta.

—Mira, yo solo digo que, prácticamente, le he puesto las tetas en la cara, y las dos sabemos que son unas tetas estupendas. Pero él apenas ha apartado los ojos de ti para echarles un vistazo rápido. Soy experta en reconocer el deseo en un hombre, y eso es lo que Liam siente por ti, tanto si quiere admitirlo como si no.

Ya, pensé con ironía. Tal vez sienta el deseo de estrangularme. Ignoré el ligero aleteo que sentí en el estómago al pensar que podría desearme de verdad.

Fuera lo que fuera lo que había entre nosotros, Liam nunca intentaría nada conmigo.

5

LIAM

Paula volvió a la sala de reuniones después del descanso, provista del café más grande que había visto en mi vida.

—¿Es legal tomar tanta cafeína? —pregunté.

—No. Con suerte, me provocará un infarto y la baja me dará un respiro de todas estas tonterías. —Se subió las gafas de ojo de gato, decoradas con perlas, para frotarse el puente de la nariz con gesto cansado—. He intentado revisar otra vez lo que queda de las notas de Lyle, y no son más que un maldito jeroglífico. Me han frito el cerebro. Por favor, dime que el siguiente candidato será medio competente, al menos.

Jerome, uno de los guionistas de la plantilla, entró en la sala con un montón de papeles en la mano. Era un hombre alto, que siempre llevaba pendientes de oro en las dos orejas y un bolígrafo en el bolsillo de la camiseta. Utilizaba los dorsos de sus manos para apuntar notas, que daban la impresión de ser tatuajes.

—He imprimido los nuevos currículos —dijo.

—¿Hay alguno prometedor?

La pregunta procedía de una chica joven sentada a mi lado. Llevaba los extremos de la melena rubia despuntada teñidos de rosa, y se llamaba Kit, o Kitty, o algo como Kit-Kat. No había prestado atención. A mí solo me parecían una panda de críos, pero Paula me aseguraba que estaban muy cualificados, y que era importante que los guionistas de la plantilla asistieran a las entrevistas. Teníamos que encontrar a alguien que se llevara bien con el resto del equipo, y no había tiempo que perder.

—He echado un vistazo rápido, pero no he visto nada que me llame la atención —contestó Jerome—. Creo que deberíamos revisarlos con calma.

Distribuyó los folios alrededor de la mesa, para repartir el trabajo.

—Uf —protestó Paula—. Descartad los que parezcan demasiado ansiosos, como los que dicen en la carta de presentación que siempre han soñado con escribir para un drama sobre bomberos. —Me lanzó una mirada—. No quiero ofender a nadie, pero ningún niño sueña con eso.

—Hace tiempo que dejé de sentirme ofendido por las cosas que dices —murmuré, revisando un par de currículos.

Agradecía que Paula no se anduviera por las ramas ni se preocupara por herir sentimientos. Hollywood estaba repleto de gente dispuesta a decirle a uno lo que deseaba oír, pero a mí me gustaba que me dejaran las cosas claras.

—¡Aquí hay uno que dice tener experiencia personal en provocar fuegos! ¿Cómo cojones ha podido meterse en la lista?

Miré a Tanya, la escritora que había hablado, sentada al otro lado de la mesa. Era tan diminuta que casi la había confundido con una niña al entrar en la sala aquella mañana, hasta que empezó a soltar tacos sin parar. Hizo un avión de papel con el currículo en cuestión y lo lanzó a un rincón de la sala, donde chocó con la papelera y cayó al suelo.

—¡Bien hecho! —dijo Kit, o Kitty, chocándole los cinco.

Jerome soltó un resoplido.

—Sí, creo que ese deberíamos enviarlo directamente a la policía.

Paula me miró por encima de la montura de sus gafas, y yo dejé escapar un suspiro.

—Le pediré a Carl que los filtre con más atención.

Mi asistente personal ya se estaba ocupando de la tarea monumental de revisar las decenas de solicitudes que habíamos recibido para el puesto de guionista, y yo sabía que una sola persona no podía detectar a todos los candidatos inadecuados.

—Tenemos la siguiente entrevista en un par de minutos —añadí.

Justo en ese momento, Carl llamó a la puerta para anunciar que el próximo candidato acababa de llegar. Hice un gesto con la cabeza para indicarle que le hiciera pasar y, durante los siguientes treinta minutos, nos dedicamos a tratar de librarnos de él.

—¡Por Dios! ¡Pensé que no se callaría nunca! —suspiró Jerome cuando se hubo marchado—. He estado a un pelo de levantarme para hacer sonar la alarma de incendios.

—Lo siento por el grupo de escritores para el que le contraten —observó Tanya.

—Oh, no creo que le vayan a contratar en ningún sitio —rio Paula sin ganas—. ¿Quién es el siguiente?

Abrí la carpeta que tenía delante, no sin cierto temor. La siguiente candidata hablaba mucho menos, pero se dedicaba sobre todo a escribir comedias, y no supo contestar con claridad a las preguntas que le hicimos sobre lo que estaba en juego en nuestro drama. Paula me dio un codazo discreto e hizo un sutil gesto negativo con la cabeza.

A continuación, hablamos con un chico que acababa de terminar sus estudios de cinematografía y, aunque era joven y estaba dispuesto a lo que fuera, no tenía ninguna experiencia. Yo me la podría haber jugado con alguien tan inexperto si hubiera tenido un grupo de guionistas más experimentado; pero dada la situación, no podía correr ese riesgo.

El siguiente candidato tenía el problema contrario: demasiada experiencia y demasiada actitud para acompañarla. Entró como si fuera el dueño del lugar y, en tan solo cinco minutos, había cabreado a los guionistas y ofendido a Paula. Lo último que me faltaba era tener a otro Lyle Clemmens entre manos.

—No sé si podré aguantar a otro de esos —dijo Tanya—. Al menos, no antes de comer.

—Me muero de hambre —corroboró Jerome—. Casi puedo notar el sabor de un *bagel* con queso y salmón ahumado.

—Jay —advirtió Tanya—. Tienes que probar otras cosas. No puedes comer lo mismo todos los días.

—Puedo, y lo hago —resopló Jerome, ofendido—. ¿Por qué iba a estropear una buena idea?

—Nos queda una entrevista más antes del descanso para comer —observé, lo que provocó un gemido colectivo en la sala—. Lo sé, he hecho un hueco para otra más —expliqué, tan frustrado y harto como los demás—. La terminaremos enseguida.

Había programado a Mia justo antes de comer para enfrentarla a un grupo deseoso de tener un descanso. Si lo había hecho a propósito, sabiendo que estarían ansiosos por encontrar cualquier defecto, solo para poder terminar antes y poder irse a comer, eso era algo que solo sabríamos yo mismo y yo.

Paula se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa.

—¿Quién es el siguiente?

—Mmm… Amelia Collins —dijo Jerome, consultando la lista.

Kit, o Kitty, rebuscó entre los papeles que tenía delante.

—Parece que no tenemos su currículo.

—Ha entrado en el último momento —expliqué, después de aclararme la garganta.

—¿La conoces? —Paula se inclinó hacia mí, y yo me encogí de hombros.

Si le decía que era la hermana pequeña de mi mejor amigo, recibiría una de sus características combinaciones de ceja levantada y ojos en blanco. Siendo sincero, esperaba que el grupo encontrara algo que objetar en Mia tan pronto como entrara por la puerta, aunque no porque creyera que era una mala escritora; yo era lo bastante decente como para admitir que era fantástica creando historias. Sin embargo, ¿trabajar con ella directamente? Estaba seguro de que no sería capaz de hacerlo.

No se trataba solo de proteger nuestra serie, sino de protegerme a mí mismo. Teníamos por delante largas discusiones, noches enteras haciendo correcciones al guion… Me imaginaba hasta el último detalle de la tensión latente bajo la superficie, amenazando estallar en cualquier momento. No me fiaba de mí mismo cuando ella estaba cerca, y no quería comprobar hasta dónde podría llegar. Necesitaba que el equipo la tratara fatal, que examinaran sus credenciales con tanto detalle que luego pudiera decir a Jake que no había sido culpa mía que el equipo creativo la hubiera descartado. Después, mi trabajo volvería a ser el mismo.

Estaba seguro de que habría algo que nos permitiera rechazarla, ya fuera su falta de experiencia, su estilo o alguna otra cuestión profesional. Así, nadie sabría hasta qué punto se me aceleraba el pulso cuando se me acercaba. Sabía que Jake se desilusionaría, por supuesto, pero lo entendería, y yo ganaría algunos puntos por haberle ofrecido a Mia la oportunidad.

Carl llamó a la puerta y la abrió para anunciar que Mia Collins ya estaba lista.

—Hazla pasar —dijo Paula con un gesto de la mano, como si eso fuera a acelerar el proceso—. Acabemos con esto.

Mia se deslizó por la puerta junto a Carl, con aspecto de estar un tanto intimidada. Se había sujetado el pelo detrás de las orejas, lo que me hizo notar que se lo había peinado de forma distinta para la entrevista. Casi eché de menos los mechones que se escapaban de su moño habitual, sobre todo cuando se alteraba al discutir conmigo.

Miró a su alrededor, sorprendida, mientras Paula presionaba repetidas veces el pulsador de su bolígrafo.

—¿Pasa algo?

—No —dijo Mia, sacudiendo la cabeza—. Lo siento, es que no esperaba que hubiera tanta gente.

—¿Es que no sabe cómo funciona un equipo de guionistas? —murmuró Jerome por lo bajo, lo que hizo que Tanya soltara un resoplido.

—Espero que venga con algo más que simples teorías de fan —susurró Kit, o Kitty, mientras intercambiaba una mirada significativa con Jerome, sin contener una sonrisa de superioridad.

Mia se acercó a la mesa y entregó su currículo a Paula.

—Soy Mia Collins. Encantada de conoceros a todos.

—Paula Jacobs —anunció Paula en un tono que no podía sonar más aburrido—. Este es Liam, nuestro director ejecutivo, y los demás son Jerome, Kait y Tanya, los guionistas de la plantilla.

Ah, eso era. *Kait*. Ese era su nombre. Tal vez debía volver a aumentar mi ingesta de café.

—Bueno, háblanos de ti —pidió Paula, sin esperar a la respuesta de Mia—. Parece que, ahora mismo, no estás trabajando en ningún

sitio. ¿Correcto?

—Así es —dijo Mia, que se había sentado torpemente en la silla disponible y pellizcaba la tela de sus pantalones negros de vestir.

Intenté no pensar en el corsé rojo que había llevado el día anterior y, cuando sus ojos se encontraron con los míos, aparté la vista. Estaba seguro de que, con una sola mirada, podría saber en qué estaba pensando.

—¿Cuál fue el último programa en el que trabajaste? —continuó Paula, mirando el currículo de Mia como si buscara algo más—. ¿Es este que has puesto aquí?

—Era una miniserie de ocho episodios —asintió Mia.

—Oh, ¿de qué iba? —preguntó Jerome.

—De suspense psicológico.

—¿Y qué has hecho desde entonces? —continuó Paula—. Aquí no veo gran cosa.

—Bueno, estuve a punto de que me contrataran para otra serie —explicó Mia—, pero nadie se interesó por el piloto después de que se rodara. También me contrataron para hacer revisiones a otra serie, pero la tercera temporada se canceló, así que se quedó en nada.

—Eso son muchos *casi…* —comentó Paula.

—¿Y en qué trabajas ahora? —preguntó Kait.

—Bueno… Redacto manuales y cosas así, para pagar las facturas. Y también escribo un cómic en internet… Eso me mantiene bastante ocupada.

Kait lanzó a Jerome una mirada que decía *cielos*. Esto iba a ser más fácil de lo que había previsto.

—Cuéntame por qué quieres trabajar en un proyecto como *Morir a fuego* —pidió Paula—, además del hecho de trabajar en la televisión,

porque eso es lo que quiere todo el mundo.

Al escuchar la pregunta, Mia se animó por fin.

—Creo que soy la persona adecuada para ayudaros a contar esta historia. Me siento muy implicada en esta serie, porque mi hermano era bombero. He vivido y respirado ese ambiente durante la mitad de mi vida, por lo menos, así que conozco bien cómo funciona una estación de bomberos y su personal. —Sonrió, pero yo me negué a permitir que me deslumbrara—. Sé qué sensaciones debería transmitir, cómo deberían hablar, lo que debe quedar en el trabajo y lo que los bomberos se llevan a casa. Creedme, nadie que no sea bombero se ha subido a más camiones que esta chica —continuó, señalándose a sí misma—. Mi hermano hasta se presentó con el camión y toda su unidad en mi fiesta del instituto, solo para tocar la sirena y avergonzarme.

Paula se recostó en la silla con los brazos cruzados, y supe que todo aquello le estaba interesando. Maldita sea. Mia la había atrapado con su implicación personal, que era un truco básico para vender un guion: una conexión con la historia que uno pretendía contar. Mia la había enganchado, y ahora solo tenía que terminar de convencerla.

—Pero, además de eso, hay que determinar dónde deben encontrarse las dos líneas temporales —continuó Mia—. Y yo no dejo de pensar en el personaje de Cade.

Los guionistas se removieron un poco en sus sillas, interesados también.

—Tengo la sensación de que, para el final de la temporada, había perdido un poco el norte —explicó Mia—. Creo que, si la serie introduce algo de drama en su vida personal, eso justificaría la evolución que ha seguido durante la primera temporada, y también explicaría algunas de las cosas tan raras que ha hecho. Durante un tiempo, me pregunté si él sería el pirómano, pero resultaría demasiado obvio, así que me imagino que se trataba de una pista falsa. —Miró alrededor de la mesa—. ¿Verdad?

La sala se quedó en completo silencio. Jerome miró a Kait, que miró a Tanya, y todos ellos se encogieron de hombros.

—No tengo ni idea de si era eso lo que Lyle había previsto —admitió Paula—. Sus notas no dicen nada sobre esa cuestión.

—No vas a encontrar nada —murmuró Tanya—. Seguro que se tragó todas las notas que tenían información relevante.

—Pero esa idea no es mala —dijo Kait—. Lo de dar más importancia a Cade esta temporada y aportar más contexto.

—De hecho, es un plan brillante —intervino Jerome—. Si lo hacemos poco a poco, podría ser nuestra pista falsa para la siguiente temporada.

—O una pista falsa que lleve a otra pista falsa —propuso Mia—. Podría haber más de un señuelo. Podríamos mostrar que no es él, sino alguien relacionado con él.

—Oooh, eso me gusta. —Jerome empezó a tomar notas a toda velocidad—. Encaja con el punto en el que han quedado las cosas.

—Y su personaje está desaprovechado —continuó Mia—. Solo ha servido para crear dramas y desviar el progreso de otros personajes, así que se ha quedado un poco colgado. Es una pena, porque lo poco que sabemos de su pasado es muy interesante.

—Estoy de acuerdo —confirmó Tanya—. Siempre nos pareció que tenía mucho potencial, pero Lyle nunca lo utilizó.

Me había quedado sin habla al ver cómo los comentarios de Mia habían llevado a aquella discusión sobre un personaje. ¿Qué demonios estaba pasando? Hacía un momento, estaban a punto de echarla, y ahora parecían encantados con todas sus ideas. Kait, Jerome y Tanya no dejaban de interrumpirse unos a otros.

—Podríamos hacer que volviera su exmujer…

—¿Porque está embarazada? —propuso Tanya.

—¡No! —Kait sacudió la cabeza—. Porque cree que puede conseguir parte del dinero que recibió su padrastro cuando se quemó el rancho.

—Pero ¿no lo odiaba? —preguntó Jerome.

—Exacto —dijo Mia—. Pero puede que también se hubiera estado acostando con él durante todo ese tiempo.

—Ay, ¡la leche! —exclamó Kait—. ¡Claro!

—Pero, a mitad de la temporada, se da cuenta de que no va a conseguir ningún dinero —continuó Mia—. Entonces, la enseñamos cargando una lata de gasolina en su coche, y ¡*bam*! De repente, ella parece ser la pirómana.

—¡Y ahí tenemos la motivación, colega! —gritó Jerome.

Aquello estaba yendo tan rápido que se me empezaba a revolver el estómago. Paula me dio un codazo, con una ligera sonrisa en los labios.

—¿De dónde has sacado a esta chica? —susurró—. Es increíble.

—Mejor que no lo sepas —murmuré.

—Es evidente que puede desarrollar ideas generales y líneas argumentales —continuó Paula en voz baja—. ¿Sabes si se le dan bien los diálogos?

Cada fibra de mi ser quiso gritar: ¡*No! ¡No me pidas que contrate a Mia*! Pero, al oír hablar a los guionistas y escuchar las ideas de Mia y cómo era capaz de utilizar cualquier detalle para inventar posibles argumentos...

Estaba claro que había comprendido bien lo que hacía que esa serie fuera especial. Era una de sus fans, y yo necesitaba un guionista con talento al que, además, le gustara la serie de verdad.

Mia tenía talento, eso era innegable. Yo había visto cómo evolucionaba su cómic en los últimos años. Sus diálogos eran

incisivos, realistas y resultaban agudos sin ningún esfuerzo. Sabía cómo hacer que un personaje pareciera tener vida propia. Tal vez, incluso demasiada vida propia, al menos en lo referente a Miles. Si quería que la segunda temporada de *Morir a fuego* fuera un éxito, la necesitaba a ella.

Suspiré, derrotado.

—Lo cierto es que se le dan muy bien los diálogos.

—Entonces creo que hemos encontrado a la persona adecuada —comentó Paula, mientras empezaba a recoger todos los currículos.

—¿Estás segura? ¿No quieres ver al menos al resto de los candidatos que Carl ha preseleccionado?

Paula cerró la carpeta y puso el currículo de Mia encima.

—No, lo que quiero es que el equipo se ponga a trabajar y empiece a escribir cuanto antes. ¿Podemos agilizar el papeleo de recursos humanos todo lo posible?

Asentí, dando la batalla por perdida. Miré al resto de la mesa, donde Mia y los demás guionistas seguían comentando ideas. *Es por el bien de la serie. Por el bien de la empresa*, me dije a mí mismo.

Observé a Mia reír por algo que había dicho Jerome, con una sonrisa alegre y auténtica, y volví a notar aquella presión en el pecho. Todo aquello era una pesadilla espantosa.

—Ya sabes lo que te toca —insistió Paula.

Me tragué el malestar que me atenazaba, me puse en pie y me aclaré la garganta. La sala quedó en silencio y los guionistas me miraron sorprendidos, como si hubieran olvidado mi presencia.

—La entrevista ha terminado —anuncié en tono inexpresivo.

Kait, Jerome y Tanya intercambiaron otra de esas miradas que seguramente habían perfeccionado a espaldas de Lyle.

Mia se cruzó de brazos y me dedicó una mirada desafiante. *Haz lo que tengas que hacer*, leí en ella.

—Mia… —Aunque no pude evitar titubear, conseguí pronunciar las palabras—. El puesto es tuyo.

Ella se inclinó un poco hacia delante, para provocarme fingiendo que no había oído.

—Perdona, ¿cómo dices?

Sentí cómo se formaba un gruñido en mi garganta.

—Estás contratada.

—¡Fantástico! —exclamó Jerome—. Bienvenida al equipo.

Mia se puso en pie, mientras Paula y los guionistas la felicitaban. Yo tendí una mano para estrechar la suya. Profesional. Cordial. Ella la tomó y se inclinó hacia mí.

—Apuesto a que nunca pensaste que dirías esas palabras —susurró.

Le apreté la mano, la solté enseguida y me aparté para hablar en voz alta, de forma que todos me escucharan.

—Antes de empezar a celebrar nada, quiero dejar claro que voy a supervisar el progreso del guion muy de cerca.

Miré a Mia a los ojos para asegurarme de que comprendía que, en realidad, lo que quería decir era: *Te voy a supervisar muy de cerca*. Después de lo ocurrido con Lyle, no pensaba dejar nada al azar.

—Escribir un guion con el director ejecutivo mirando por encima del hombro —dijo ella—. Será divertidísimo. —Inclinó la cabeza como diciendo: *Acepto el reto*.

Me acerqué un poco para que solo ella escuchara lo que tenía que decir.

—No me des motivos para lamentar esta decisión.

6

MIA

—Vamos a comer todos juntos —dijo Jerome cuando salimos de la sala de reuniones.

Se refería a los guionistas y yo, porque Liam y Paula se habían quedado atrás para hablar del papeleo, los contratos, el control del mundo, o lo que fuera que discutieran los ejecutivos cuando no tenían a los peones delante. Jerome me cogió del brazo.

—Antes me apetecía un *bagel,* pero ¡está claro que esto se merece un sushi!

—Nada mejor que el pescado crudo para celebrar algo —rio Kait.

—Eh, a veces está cocinado —replicó Jerome—. Hay un sitio increíble como a una manzana de aquí. Te hacen pagar por lo que te dejas, pero yo creo que, entre todos, podremos con lo que nos pongan. Te gusta el sushi, ¿verdad?

—Me encanta —dije, con la sensación de que había superado otra prueba.

—Excelente. —Jerome tiró de mí por el pasillo y me llevó hacia la salida del edificio.

Intenté recordar todas las vueltas que dimos, porque mi sentido de la orientación era lamentable y aquel lugar parecía un laberinto; pero íbamos demasiado deprisa, y estaba demasiado abrumada para pensar con claridad.

No dejaba de recordar cómo se había desarrollado la entrevista, y aún no sabía qué pensar. Todavía notaba el contacto de la mano de Liam en la mía, el rastro de la sensación de su piel, y el aliento de sus palabras en mi mejilla: *No me hagas lamentar esta decisión.*

Bien, pues se iba a enterar. Pensaba ser la mejor guionista que hubieran visto en aquel estudio. Ni de coña iba a fastidiar aquella oportunidad, ahora que por fin había conseguido un trabajo. Un trabajo de verdad, como guionista de televisión. ¡Y con un sueldo! ¡Para una de mis series favoritas! ¡Era la leche!

—Me muero de hambre —dijo Tanya mientras cruzábamos la calle—. La frustración me abre el apetito. ¿Tienes idea de cuántas entrevistas horribles hemos tenido que aguantar antes de que llegaras?

Solté una risilla ligera.

—Ha sido casi insoportable —continuó—. Uno de ellos no paraba de hablar. A ver, presta atención a los demás, colega.

—No tengo ni idea de cómo ha conseguido Paula echarlo —decía Jerome muerto de risa cuando llegamos al restaurante—. Es muy hábil.

—Sí, tiene una especie de poder divino —añadió Kait.

Una de las camareras nos llevó hasta la mesa, tomó nota de nuestras bebidas y nos dejó para consultar la carta. Decidimos pedir *edamame*, varios tipos diferentes de sushi y un plato de sashimi.

—¿Venís mucho a este sitio? —pregunté.

—Ajá —dijo Jerome con la boca llena—. Siempre que necesitamos animarnos un poco.

—Con Jerome, al menos una vez por semana. Tiene mucho de lo que quejarse —bromeó Tanya.

—¿Acaso es culpa mía que tuviera problemas con mi novio justo cuando pasó todo aquello con Lyle, el jefe espantoso?

—Sin olvidar las discusiones eternas sobre tu relación amor-odio con los programas de telerrealidad —dijo Kait.

—Ay, estoy obsesionado —explicó Jerome—. Pero no es sano. No me hagas hablar de las *Mujeres Ricas*.

—¿Cuáles de todas ellas? —pregunté.

—Las que sean.

—En serio —insistió Tanya—. Déjalo. No acabará bien.

Yo reí y me concentré en la comida. Con los nervios, no había sido capaz de desayunar antes de la entrevista, así que no podía evitar comerme el sushi a toda prisa. Mientras devoraba mi peso en arroz, Tanya me contó todos los detalles de la horrible ruptura con su ex, y me explicó que no estaba dispuesta a relacionarse nunca más con un hombre, por mucho que Jerome le insistiera en que volviera a descargarse las aplicaciones de citas.

Por su parte, Kait se había comprometido recientemente con su novio de hacía años. Al parecer, estaba tan estresada con la planificación de la boda, que estaba considerando escaparse con él para casarse en secreto.

—¿Y por qué no? —preguntó Jerome, indiferente—. Así podrás gastarte todo el dinero en una luna de miel muy sexi. Podríais hacer un safari.

—O bucear para ver tiburones desde una jaula —propuso Tanya.

—¡Esooooo! —exclamó Jerome, animándose con las ridiculeces—. O escalar el Everest. He oído que ahora lo hace mucha gente. Ya sabes, algo que sea una experiencia única en la vida.

—¿Y no se os ocurre ningún plan con el que no me juegue la vida? —protestó Kait.

—Pero si estás convencida de que un estornudo lo bastante fuerte puede acabar contigo —resopló Tanya.

—Te pueden reventar los globos oculares. ¡No es una leyenda urbana!

Me reí con los demás. Los guionistas eran muy divertidos, y tenía muchas ganas de adentrarme con ellos en las historias que contaríamos en la segunda temporada.

—Y, bueno —empecé—. ¿Cómo es trabajar en la serie?

—Es justo lo que uno se imagina cuando es joven, tonto y no tiene ni idea de lo despiadado que es este sector, ¿sabes? —dijo Kait, en un tono propio de alguien con mucha más experiencia y más años de los veinticinco que aparentaba tener—. Pero bueno, sí, trabajar con Lyle no era nada fácil.

—Eso es quedarse la hostia de corto —murmuró Tanya.

Les dediqué una mirada que intentaba transmitir mis condolencias. Yo no tenía mucha experiencia trabajando con jefes horribles, pero en una ocasión, tuve un mentor espantoso que se había dedicado a fastidiarme una gran oportunidad, así que creía hacerme una idea de lo que sentían.

—En cambio, esta serie… —continuó Kait—. Tener la oportunidad de trabajar con estos personajes, y crear una historia tan sustanciosa y divertida, bien vale tener que aguantar a un jefe obsesionado con el control. Y ahora que tenemos a Paula de directora y a ti como fuente de ideas nuevas, ¡esta temporada va a ser la bomba!

Me dedicó una sonrisa enorme, que le devolví, agradecida por la confianza que me mostraba. Aun así, me sorprendía que, hasta ahora, solo se hubieran quejado de Lyle.

—¿Nunca habéis tenido ningún problema con Liam?

—¿Con el jefe? Lo cierto es que, hasta hace poco, no le veíamos demasiado —dijo Jerome—. Pero desde que las cosas se complicaron, ha estado increíble, se ha asegurado de que nos encontráramos bien y nos sintiéramos apoyados. Creo que, por eso, Paula y él decidieron incluirnos en el proceso de entrevistas, para que fuéramos un equipo más unido.

—Siento mucho que hayáis tenido que pasar por todo eso —dije.

—No nos sorprendió mucho que Lyle nos dejara en la estacada. Siempre creyó que él era la única persona esencial para contar la historia, y nunca nos explicaba lo que tenía en mente —explicó Kait —. Fuera lo que fuera: historias, personajes… Se limitaba a darnos tan solo los elementos principales del siguiente episodio, y eso hacía dificilísimo escribir, porque no sabías cuál era la motivación de los personajes, o hacia dónde iba el guion.

—Y encima, luego le daba la vuelta a todo. Cortaba escenas enteras, literalmente, y cambiaba todos los diálogos —añadió Jerome—. Y mis diálogos son incendiarios, si se me permite la expresión.

—Me lo creo —confirmé, esbozando una leve sonrisa.

—Pero estamos muy ilusionados con la segunda temporada, como ha dicho Kait.

Cuando me había enterado de todo aquel problema, había asumido que Liam habría sido el malo de la película; tal vez se habría enfrentado a Lyle hasta el punto de forzar su salida, pero ahora era evidente que el problema no había sido Liam. Nunca habría esperado que se hubiera preocupado por sus empleados y tratado de resolver el problema por ellos.

—Me pregunto qué llevó a Lyle a decidir marcharse —dije—, si esta serie era tan importante para él.

—Yo creo que fue una cuestión de control —dijo Jerome—. Pidió una barbaridad de concesiones en su contrato, y supongo que los

abogados lo rechazaron, y eso fue suficiente para que decidiera largarse.

—Bueno, ya vale de hablar de ese hombre tan odioso —intervino Kait—. Háblanos de ti.

—Y del tío bueno de tu hermano, el bombero —apostilló Tanya—. Y digo que será un tío bueno porque, ya sabes, es bombero.

—Oh, vaya. —Me había pillado desprevenida—. No sabría decirte si está bueno o no. Y… en realidad, ya no es bombero. El año pasado sufrió un accidente muy serio en el trabajo y, desde entonces, ha ido de operación en operación.

—Vaya faena, chica. Lo siento —dijo Tanya.

—La verdad es que ha sido bastante duro. Le encantaba ser bombero, y siempre fue un hombre muy comprometido, muy activo. La clase de persona que siempre lo daba todo, ¿sabéis? Y ahora está en una silla de ruedas y le está costando mucho asimilarlo. Ha sido un cambio enorme. Pero, incluso con todos sus problemas, siempre me ha apoyado. Fue él quien me ayudó a conseguir esta entrevista, así que pienso trabajar al máximo, para que esté orgulloso de mí.

—Oooh, eso me encanta —dijo Kait, cogiendo mi mano por encima de la mesa para estrecharla.

—Y en mi caso… Lo que siempre me ha costado mucho es que me tomen en serio como escritora. Mis padres aún están esperando que lo deje de una vez y encuentre un trabajo «estable».

—¡Qué me vas a contar! —canturreó Jerome.

—Como os he dicho durante la entrevista, mis últimos intentos como guionista acabaron en completos desastres —continué—. Tengo la sensación de que llevo siglos trabajando, sin llegar a ningún sitio.

—Conozco la sensación —dijo Kait, mientras Jerome y Tanya asentían al unísono; al parecer, todos habíamos tenido experiencias similares al empezar—. A mí me contrataron para la última

temporada de *Marea escarlata* y me hicieron el vacío por completo. En todo el tiempo que estuve allí, solo me permitieron dar unos retoques a un único episodio. No me malinterpretes, agradecí la experiencia, pero apenas pude hacer nada allí.

—Sí, a mí me pasó algo similar en *Tirar el lazo* —confirmé.

—Ay, Dios mío, ¡cómo echo de menos a esos vaqueros! —se lamentó Jerome—. Estaban buenos de narices.

—Yo hice algunas correcciones en la última temporada —expliqué—. Había esperado que durase un par de temporadas más antes de que la cancelaran.

—Se merece que la vuelvan a hacer. Estaba seguro de que la compraría alguna otra plataforma.

—Me da que eras el único que la veía con regularidad —bromeó Tanya.

—Oye, que yo era muy fan, ¿eh?

—Ya sé que lo eras. Seguro que te compraste un sombrero Stetson y unas botas de vaquero.

—Qué bien me conoces.

Jerome le lanzó una sonrisa de superioridad y se estrecharon la mano por encima de la mesa con unos movimientos muy complicados. Tuve la sensación de que me estaban admitiendo en su propio club privado.

—Bueno, háblanos de ese cómic tuyo en internet —continuó Jerome, cogiendo un *edamame* con los palillos—. Espero que sea una historia oscura y subidita de tono.

Me eché a reír.

—Pues es justo lo contrario. Está un poco basado en mi vida, aunque con algunos cambios para añadir mucho melodrama, y

ambientado en un instituto. Parece que a los adolescentes les encanta.

—Ah, ¿no será algo parecido a *Corazón Apresurado*? —preguntó Tanya.

—No parecido. —Me sentí enrojecer un poco—. Es que… Bueno, eso es. Yo soy la autora de *Corazón Apresurado*.

—¿Eres *tú*? —chilló ella—. ¡A mi prima le encanta ese cómic! No para de hablar de las ganas que tiene de ir al instituto, gracias a esas historias.

—Lo voy a buscar ahora mismo. —Jerome sacó su teléfono y mis mejillas enrojecieron aún más.

Mis dos mundos acababan de colisionar.

—Esto es igual que *High School Musical* —dijo Jerome, sin dejar de deslizar el dedo por su pantalla.

—Pero sin canciones —explicó Tanya.

—Me apunto ya mismo —rio Jerome.

—Dios, yo estaba loquita por Zac Efron cuando salió la película —comentó Kait—. Tenía la pared llena de pósters.

—¡Yo también! —exclamó Jerome, justo cuando la camarera nos traía otro plato de sushi, así que levantó los palillos en gesto de brindis—. Por nuestra nueva escritora jefe.

Todos le imitamos y levantamos nuestros palillos al aire.

—Que el equipo de escritores prospere bajo tu reinado —entonó, con una solemnidad que hizo reír a Kait.

—¡Gracias! —Sonreí de oreja a oreja—. Y que les dejemos alucinados con la segunda temporada.

Me sentía tan llena cuando salimos del restaurante y nos separamos, que consideré ir a casa para desplomarme en el sofá y sumirme en un coma provocado por el sushi; pero, a medida que avanzaba poco a poco por North Hollywood, aún bajo los efectos del subidón de conseguir el trabajo, ni siquiera me fastidiaba el tráfico lento. Me sentía tan emocionada que llamé a mis padres desde el coche.

—¿Hola? —contestó mi madre, a través de los altavoces *bluetooth*.

—¡Hola! ¿Cómo estáis?

—Hola, cariño. Yo me estoy poniendo al día con el trabajo y tu padre está hablando por teléfono con un cliente.

Cómo no. Mis padres tenían una pequeña empresa dedicada a las inversiones financieras, y siempre decían que había sitio para dos personas más. En otras palabras: ¿cuándo íbamos a abandonar nuestros sueños y aceptar un trabajo de verdad con ellos?

Sabía que nos querían mucho a Jake y a mí, pero nunca les había gustado que hubiéramos elegido carreras tan inestables y volátiles, y el accidente de Jake solo había servido para añadir leña al fuego. Apreté el volante con fuerza, tratando de no pensar en todo eso. Sí, yo había tenido mala suerte en el pasado, pero el éxito reciente tendría que convencerles de que podría lograr mi sueño de ser escritora.

—Tengo una buena noticia que daros. He conseguido un trabajo, ¡como guionista en la televisión! —añadí con rapidez—. En los Estudios VeriTV.

—Oh —dijo mi madre, sin entusiasmo—. Espera, tu padre acaba de colgar el teléfono. Te pongo en altavoz.

—Hola, papá —dije, apretando el volante aún más fuerte, porque la tensión estaba acabando con mi buen humor.

—¿Has conseguido un trabajo, tesoro?

—Sí, como guionista para la segunda temporada de *Morir a fuego*. ¿La habéis visto?

—No —dijeron mis padres a la vez.

A mis padres no les gustaba nada que no fueran las series policiacas. Incluso al margen del trabajo, solo les interesaban las historias que tenían soluciones claras y no dejaban cabos sueltos, como en su negocio. Tragué saliva.

—Bueno, es un trabajo muy serio. El anterior director creativo de la serie se marchó y necesitaban un guionista principal que tomara las riendas, y…

—¿Que se marchó? —interrumpió mi madre—. Eso no suena muy prometedor.

—Esas cosas pasan, mamá. Lo importante es que…

—Tal vez deberías habértelo pensado un poco —intervino mi padre —. Puede que esa serie no tenga una base muy sólida.

—No necesito pensármelo. Es una serie tremendamente popular, a mí me encanta. Además, ya he aceptado el trabajo.

—Oh, vaya —dijo mi padre—. Enhorabuena, entonces.

Nunca me habían felicitado con tan poco entusiasmo. Sonaba como si le hubiera dicho que pensaba enmarcar una moneda que me había encontrado en la calle. Aunque mis padres nunca me habían apoyado en mi empeño de ser escritora, lo que era parte de la razón por la que nuestra relación era tan tensa, aquello establecía un nuevo récord.

—Gracias —dije en tono apagado—. Es una oportunidad increíble.

—Estoy seguro de eso —dijo mi padre—. Pero no olvides que este tipo de trabajos son muy impredecibles, y las cosas se podrían estropear, como ya ha sido el caso en el pasado.

De acuerdo, mensaje recibido.

—Sé que piensas que esta podría ser tu oportunidad para darte a conocer, Mia… —empezó mi madre.

Desconecté de lo que estaban diciendo, sintiendo un nudo en la garganta y que los ojos amenazaban con llenárseme de lágrimas, pero las contuve. Ese no era el momento, ni el lugar. Hasta ese día, mi padre seguía aprovechando cada oportunidad para intentar convencerme de que volviera a la universidad y estudiara algo «práctico», como enfermería. Por su parte, mi madre siempre estaba insistiendo para que me casara con alguien «estable». Traducción: alguien con un trabajo que le permitiera mantenerme cuando mis sueños se fueran a pique una vez más.

—Creo que va a ser fantástico. —Ni yo misma sonaba convencida. No debería haberles llamado.

—Bueno… —suspiró mi madre—. Supongo que ya lo veremos, ¿no? En fin. ¿Vendrás a cenar el viernes?

Giré el coche hacia la entrada del aparcamiento de mi edificio, al tiempo que hacía una mueca.

—No lo sé, mamá. Creo que voy a estar bastante liada con este trabajo.

—Estoy segura de que puedes encontrar un hueco para venir a ver a tus padres una tarde al…

—Vale —interrumpí, para evitar llevarme otro sermón—. *De acuerdo*.

—Estupendo. Te mandaré los detalles. Ya hablaremos, cariño.

—Adiós.

Al colgar, el silencio se extendió como una manta a mi alrededor. No me apetecía lo más mínimo ir a cenar con ellos. Ni siquiera habían mencionado invitar a Jake, y eso significaba que aquella cena, como tantas otras anteriores, no tenía nada que ver con la familia, sino que era para tratar de *arreglarme*. Estaba segura de que ya habría invitado a algún hombre con un trabajo «estable» para que

coincidiera conmigo. Probablemente, sería dentista o algo así. Solo de pensarlo, me daban ganas de ponerme a gritar.

Como necesitaba algo que me subiera el ánimo, me dirigí a casa de Jake. Al menos, podría contar con que él sí se alegraría por mí.

—¿No ha salido bien? —preguntó, al ver la expresión de mi cara cuando entré en su casa.

—En realidad, la entrevista ha salido genial. Mejor que genial. Los que me lo han fastidiado han sido mamá y papá. Les he llamado por el camino para contárselo.

—Un momento —dijo él, cambiando el tono al momento—. Contarles ¿qué? ¿A qué te refieres?

—Pueees… —No pude contener una sonrisa enorme—. ¡He conseguido el trabajo!

Jake se acercó a mí en su silla y yo me incliné para que pudiera abrazarme.

—Mia, ¡eso es increíble! Enhorabuena.

—Gracias.

Me sentí muy aliviada. Al menos, uno de los miembros de mi familia sabía recibir buenas noticias sin hacerme sentir culpable; pero, cuando Jake se apartó de mí, fruncía el ceño tanto como lo había hecho Liam esa mañana.

—¿Por qué narices has llamado a mamá y papá?

—Eso es lo que me he estado preguntando mientras subía en el ascensor —murmuré.

Jake se echó a reír, y yo con él. Al menos, quejarme de nuestros padres le subía un poco el ánimo, aunque estaba segura de que lo que le alegraba era que yo hubiera conseguido el trabajo. Fuera lo que fuera, ver a Jake sonreír o escuchar su risa siempre era una victoria para mí.

—¡Esto hay que celebrarlo! —propuso—. ¿Qué te apetece hacer?

—Lo que sea, mientras no incluya sushi. Solo con pensarlo me dan ganas de vomitar.

—Entonces, ¿no te pido ese plato de anguila frita con queso cremoso que tanto te gusta?

Hice ademán de darle un golpe, pero él apartó la silla con una risilla sarcástica. Aunque no tuviera a nadie más de mi parte, siempre podía contar con Jake, y me aliviaba ver que no estaba tan sumido en sus problemas como para no alegrarse por mí. Lo único que esperaba era que le durase el buen humor.

7

LIAM

Si Tanya no dejaba de darle al pulsador de su bolígrafo, iba a estallar. Al menos, podía hacerlo siguiendo un ritmo, por el amor del cielo.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos desde el otro lado de la sala, me miró y dejó caer el boli para centrarse en los papeles que tenía delante, al tiempo que sus mejillas se coloreaban. *Gracias a Dios*, pensé, mirando hacia la puerta, que acababa de abrirse para dar paso a Paula, cargada con otro de sus cafés tamaño industrial.

—¿Aún no ha llegado Mia? —preguntó.

—Qué va —dijo Jerome—. Está *desaparez-mía* ¡Ja! ¿Lo pilláis?

Silencio absoluto.

La broma se quedó en el aire. Todos estábamos muy tensos y, sí, yo era consciente de haber contribuido en parte a esa tensión, sentado en un extremo de la mesa con una expresión gruñona que seguramente ponía nerviosos a los jóvenes guionistas.

Paula me lanzó una mirada que decía: *¿De verdad tienes que estar aquí*? a la que respondí levantando una ceja que significaba: *Ya*

puedes irte acostumbrando. Hasta que estuviera seguro de que no me iba a encontrar en una situación similar a la que había creado Lyle, más les valía acostumbrarse a que el jefe estuviera presente en todas las sesiones de planteamiento de ideas.

Saqué el teléfono para volver a mirar la hora. Una parte de la tensión tenía que ver conmigo, pero eso no era todo. El resto era culpa de Mia, que nos estaba haciendo esperar a todos en su primer día de trabajo. ¿Dónde diablos se habría metido?

—¿Creéis que ha podido pasarle algo? —preguntó Kait, que se estaba mordisqueando el labio inferior.

—Seguro que está bien —respondió Tanya—. Esto es Los Ángeles, no un apocalipsis. Seguro que le ha pillado un atasco monumental, o algo así.

O algo así. Llegar cinco minutos tarde era una cosa; quizá, hasta quince minutos, pero nos estábamos acercando a media hora, y Carl no había avisado para decir que había llamado diciendo estaba enferma.

Las cosas se estaban empezando a poner feas para ella.

Me puse en pie y me abroché la chaqueta, lo que hizo callar a todo el mundo. Me miraron como si me acabaran de dar una espada afilada, y permiso para hacer rodar cabezas.

—¿Adónde vas? —preguntó Paula.

—A buscar a la que nos falta.

Atravesé la sala y, al salir, recorrí el pasillo del ala de creadores y me dirigí hasta el mostrador de seguridad situado a la entrada del estudio.

—Hola, jefe —dijo mi jefe de seguridad cuando me acerqué a él.

JT llevaba años trabajando para nosotros y, aunque a veces lo tomaban por una especie de Papá Noel simpático, gracias a su pelo

canoso, la impresión desaparecía en cuanto abría la boca para ponerles en su sitio. Siempre nos habíamos llevado muy bien.

Me acerqué a mirar las pantallas de los ordenadores que tenía delante.

—Estoy buscando a una empleada nueva, Mia Collins. ¿Ha pasado ya por aquí?

—Sí, ha firmado hace unos treinta y cinco minutos —contestó, después de consultar la lista que tenía en un sujetapapeles.

Eso descartaba la teoría de que estuviera en un atasco.

—¿Tienes idea de dónde podría estar?

Él negó con la cabeza.

—Le he dado una tarjeta de acceso de visitante, porque aún no ha recibido la identificación de recursos humanos. Le he preguntado si necesitaba que le indicara el camino, pero ha dicho que no.

Por supuesto. Típico de Mia. Con unos padres alérgicos al riesgo y un hermano sobreprotector, lo compensaba volviéndose independiente hasta el extremo.

—Aún no se ha presentado en su puesto.

JT se desplazó con su silla a lo largo de las pantallas para examinarlas con la concentración de un sabueso.

—Ahí la tienes —dijo al cabo de un momento—. Cámara cincuenta y dos. Está en postproducción. Parece que acaba de atravesar el departamento de sonido.

—Gracias.

Le dediqué un saludo con la cabeza y me di la vuelta para dirigirme de nuevo al pasillo. ¿Qué diantres estaría haciendo en postproducción? A ese paso, corría el riesgo de acabar en uno de los platós y meterse en una grabación en directo.

Tras doblar un par de esquinas, divisé una cabeza de pelo oscuro, recogido de aquella forma que tanto me gustaba. Esta vez, en lugar de los pantalones de vestir que se había puesto para la entrevista, llevaba unos vaqueros que convertían su trasero en una distracción muy problemática. Entonces, me fijé en lo que estaba haciendo.

Estaba agachada, acariciando la cabeza de un perro con aspecto bastante descuidado y un tanto indiferente. Parecía algún tipo de mezcla de *terrier*, con una oreja torcida hacia atrás y un hocico sospechosamente dramático. Me pareció que tenía más pinta de haber salido de una serie policiaca, o un anuncio de fideos, que de haberse colado en el estudio por error. Por supuesto, Mia lo estaba acariciando como si acabara de encontrar un cachorro de unicornio.

Sacudí la cabeza para obligarme a apartar la vista de su trasero. Y de sus rizos. Y del perro.

—¡Mia! —exclamé.

Ella se detuvo y se volvió con rapidez, con los ojos tan abiertos como un niño al que han pillado robando galletas. El perro se situó a su lado con la lengua fuera, como si mi autoridad no fuera con él.

—Llegas tarde. —Miré el reloj—. Más de treinta minutos. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Ella se me acercó con paso firme, mirándome con el ceño fruncido y los ojos entornados. Cada uno de sus pisotones transmitía con claridad el mensaje de que todo aquello era culpa mía.

—He llegado temprano, puedes confirmarlo con los de seguridad. He firmado con tiempo de sobra. ¡No es culpa mía que este sitio sea un maldito laberinto!

—Es como todos los estudios. —Señalé el pasillo delante de nosotros —. Ahí está el ala de creadores, que es donde deberías estar. Esto es postproducción, donde estás perdiendo el tiempo. —Me volví para indicar la dirección contraria—. Aquello es producción. ¿Tan difícil es?

—¿Que si es difícil? ¿*En serio*? —Agitó los brazos a su alrededor—. Entonces, ¿por qué todas las alas parecen iguales? ¿Por qué las puertas no están señaladas de forma que tenga sentido? ¿Y por qué no hay indicaciones en los pasillos? He estado en parques de atracciones con distribuciones mucho menos confusas que este sitio.

—¿Y por qué no has pedido indicaciones a alguien? —pregunté, irritado.

—¡Lo he hecho! —estalló ella—. En dos ocasiones. Y, aun así, no he conseguido llegar. He atravesado el Plató 7, el Edificio C, y algo que parecía un cementerio de mentira, antes de darme cuenta de que estaba andando en círculos.

—Muy bien, Pulgarcita. Tal vez deberías haber dejado un rastro de migas de pan.

—Muy gracioso, Sonrisas —resopló ella—. O, a lo mejor, podrías tener un detalle y colocar letreros que indicaran a la gente dónde está, para que tuvieran la oportunidad de descubrir hacia dónde dirigirse.

—Anda, vámonos —dije, alejándola de postproducción—. Ya has tenido a todo el mundo esperando bastante rato. A los guionistas, a Paula y a mí.

Ella echó a andar a mi lado, y los tacones de sus botas marcaron un ritmo rápido y seco. Cada uno de sus pasos emitía una irritación considerable.

—Bueno, pues discúlpame por no haber venido con un dispositivo GPS y un sherpa que me ayudaran a encontrar el camino en el edificio tan mal diseñado que has elegido.

—No está mal diseñado —observé.

—¡Entonces está tremendamente mal señalizado!

Detrás de nosotros se escuchaba un repiqueteo suave, como de uñas golpeando contra el suelo. Al mirar por encima del hombro, vi

que el perro nos estaba siguiendo, con la lengua fuera, sacudiendo la cola y sin ninguna vergüenza. Me paré en seco y el animal hizo lo mismo.

Miré a Mia.

—¿Te importa explicarme… esto? —Señalé al perro como si fuera la escena de un crimen.

Ella parpadeó, miró al perro y, después, a mí.

—No lo sé. Estaba dando vueltas por la parcela de atrás. Parecía un poco perdido…

Me lanzó una mirada de reojo, pero me limité a fruncir el ceño e intenté alejar al perro con gesto firme. Él se limitó a mirarme, y se estiró como si tuviera todo el tiempo del mundo. Después, se acercó despacio, con intención y sacudiendo la cola, como si no tuviera la más mínima preocupación. A continuación, se sentó sobre mi pie.

—Le gustas —dijo Mia, encantada.

Di un paso atrás, sacando el pie con cuidado de debajo de mi nuevo accesorio, y me di la vuelta para seguir andando.

—Vamos. Ya llevamos retraso y no tengo malditas las ganas de convertir esto en un refugio para animales.

La mirada que Mia lanzó al perro decía a las claras: *¿ves lo que tengo que aguantar*?; pero, al menos, me siguió de nuevo.

—Deberías…

—Por supuesto que debería, y por supuesto que lo haré —la interrumpí, lamentando todas las decisiones que me habían llevado a aquel momento.

Detrás de nosotros, el sonido suave de unas patas contra el suelo continuaba, sin vacilar.

—Pediré a TJ que averigüe de quién es el perro. —Envié un mensaje rápido mientras doblábamos otra esquina, tras la que aparecieron una serie de salas—. Este es el pasillo al que tienes que llegar.

Señalé una placa en la pared, en la que ponía *Callejón de los escritores*.

Mia apretó con fuerza el asa de su bolso, hasta que sus nudillos se pusieron blancos, y sus ojos centellearon, como si estuviera conteniendo las ganas de sacudirme con el bolso en cuestión. Si no hubiera sentido la necesidad de apartarme un poco por mi propia seguridad, puede que hubiera cedido a la tentación de acercarme más a ella. Joder, cuando estaba enfadada, resultaba irresistible.

—¿Sabes? —dije en voz baja—. Si las miradas matasen, habría caído fulminado en este momento.

—No me tientes —murmuró entre dientes.

Cuando llegamos a la puerta identificada como *Morir a fuego*, ella inspiró hondo, dejó caer los hombros y, solo con eso, se transformó. Su enfado dio paso a una sonrisa tan brillante que habría iluminado el estudio entero. Atravesó la puerta con una disculpa en los labios.

—Hola a todos. ¡Siento mucho llegar tarde!

Cuando fui a seguirla al interior, noté un golpecito en una pierna. El perro.

Al parecer, no se había dado por vencido. Lo miré con cara de pocos amigos, hice un gesto desganado para espantarlo y cerré la puerta. Con cuidado. En todo su hocico.

Listo. Problema resuelto.

—¿Dónde te habías metido, muchacha? —aulló Jerome—. Tenías a Kait imaginándose lo peor. ¿Quieres saber cuántas formas distintas se le han ocurrido de que hubieras muerto?

Mia dejó escapar una carcajada encantadora y se dirigió al asiento vacío al otro lado de la mesa.

—Este sitio es un laberinto, me he perdido por completo.

—Me lo imagino —dijo Paula—. Me pasé todas las mañanas de mi primera semana presentándome en el plató equivocado.

Le lancé una mirada enfurecida desde el otro lado de la mesa. Se suponía que debía ponerse de mi lado, no del de Mia. Joder, Paula.

Mia se sentó y procedió a sacar un montón de notas sin volver a mirarme. Por lo que a ella se refería, yo podía haberme desvanecido en el aire. Me dirigí a mi asiento y, al pasar por detrás de ella, le susurré:

—Bien hecho, Pulgarcita. Esta vez, has encontrado tu silla.

Ella no me miró ni se encogió, pero me fijé en que cerraba los puños. Una pequeña victoria, algo era algo. Me senté, saqué mi teléfono y abrí la aplicación del correo electrónico. Habíamos tardado tanto en empezar que tendría que hacer varias cosas a la vez. Leí los mensajes con rapidez y redacté un correo para Carl con una lista de tareas.

¿Has enviado unas flores a Cruz por su compromiso?

Sí, contestó Carl unos treinta segundos después. *Te das las gracias y dice que volverá a finales de semana.*

Gruñí, porque me habría gustado que volviera antes.

Pide a alguno de los asistentes que empiecen a preparar el orden del día para la reunión del lunes.

—De acuerdo —estaba diciendo Paula—. He conseguido revisar todo lo que hay en las notas de Lyle, sin sufrir un aneurisma cerebral.

Se oyeron unas risillas alrededor de la mesa.

—Parece que había previsto empezar la temporada con un funeral.

—Entonces, revelaríamos inmediatamente quién murió al final de la temporada anterior —observó Jerome—. ¿No queremos alargarlo un poco más?

—Creo que no deberíamos alargarlo —ofreció Mia—. Corremos el riesgo de perder el interés de los espectadores. No olvidemos que llevan esperando respuestas desde el final de la temporada anterior. No es que haya que resolverlo todo desde el principio, pero hay que responder algunas preguntas al tiempo que planteamos otras. Los espectadores deben terminar el primer episodio satisfechos, pero con ganas de más.

—Estoy de acuerdo —dijo Paula—. Deberíamos añadir un giro de guion para mantener la atención del público.

—¿Qué tal una muerte inesperada? —propuso Kait—. Los espectadores ya saben que muere un grupo de bomberos del pasado, porque hemos dejado entrever una placa conmemorativa en la pared de la estación. Pero ¿y si también perdemos a alguien en el incendio del presente que ya hemos mostrado?

—Eso será difícil, porque la mayoría de los actores ya han firmado sus contratos —explicó Paula.

—Claro —dijo Kait chasqueando la lengua.

—¿Y si alguien del presente resulta herido en el incendio? —sugirió Mia—. Creo que no deberíamos limitar las consecuencias serias al incendio del pasado. El que un bombero resulte herido y no pueda trabajar crea mucha tensión dramática, según cómo sea su proceso de recuperación.

Levanté la vista del teléfono para estudiar a Mia desde el otro lado de la mesa. Sabía que se estaba basando en su propia experiencia con Jake. Siempre se decía que las mejores historias surgen de las experiencias personales, y no tenía duda de que ella sería capaz de utilizar la suya para crear una narrativa emocionante.

—Eso me gusta —dijo Paula—. Ponlo en la pizarra.

Mia se puso en pie y se acercó a la pizarra blanca situada en un lado de la sala.

—Bien. La última temporada terminó con dos incendios, uno en cada época. Vimos derrumbarse un edificio, pero los espectadores no saben en qué época ocurrió. También sabemos que, en el incendio del pasado, hubo cuatro víctimas.

—De acuerdo —dijo Jerome—. Eso nos da el primer episodio de la segunda temporada: mostraremos las consecuencias de los incendios. El funeral nos muestra a quién perdimos en el pasado, y podemos alternar esas imágenes con las del herido del presente.

—Perfecto —dijo Mia—. Y Tanya tuvo aquella idea estupenda de que la unidad encontrara un llavero en el lugar donde empezó el fuego, lo que nos permitirá empezar a mostrar pistas. Podemos alargar el misterio del llavero durante toda la temporada, mientras intentan identificar al pirómano.

Volví a mirar el teléfono mientras los guionistas seguían hablando, y fruncí el ceño al ver la invitación que me había enviado Carl para una reunión. Yo no había dado el visto bueno para que me programara nada, así que le escribí para preguntar.

¿Qué es esta reunión?

La que no dejas de prometerle a Damien Álvarez para que te cuente su idea.

¿Qué idea?

Esa que tiene para una serie. Algo sobre una colonia en Plutón. Espacio. Alienígenas.

Dios, se me había olvidado. Era la clase de concepto que solía ignorar, pero había coincidido con Damien en un evento y él había mencionado una serie de nombres famosos que habían captado mi interés, lo bastante como para aceptar tener una reunión con él. Aunque preferiría cancelarla, no veía más opción que hablar con él,

porque no podía permitirme el lujo de quedar mal con nadie y que corrieran a la prensa a hablar mal de mí, con todo el problema de Lyle tan reciente.

—Yo sigo queriendo que prendamos fuego a un silo —dijo Tanya, lo que atrajo de nuevo mi atención a la conversación—. Lyle no me dejó hacer eso en la temporada anterior.

—Como imagen, sería increíble —dijo Mia, que lo añadió a la pizarra —. ¿Sabes que esos depósitos pueden entrar en combustión espontánea?

—¡Sí! —exclamó Tanya, saltando de la silla—. Por eso es una idea genial, porque el incendio podría haber sido provocado, pero también puede ser una pista falsa.

—¿Y si lo ponemos al final de la primera parte de la temporada? —propuso Mia.

Todos se pusieron de acuerdo con entusiasmo, y no pude evitar sentirme impresionado por la rapidez con la que Mia había aunado los esfuerzos del equipo, aunque me fastidiaba que se dedicara en cuerpo y alma a ignorarme. Los demás me lanzaban alguna mirada de vez en cuando, a ver si estaba de acuerdo con lo que decían, pero Mia se comportaba como si yo no existiera.

—De acuerdo —dijo ella—. Sé que, durante mi entrevista, hablamos de dar más relevancia a Cade, pero también tenemos que hablar de los otros personajes y sus…

—¿Eso no sería más propio del final de la temporada? —interrumpí.

—¿Disculpa? —dijo Mia, que dejó de escribir para mirarme molesta.

—Prender fuego a todo un silo es muy dramático, así que deberíamos dejarlo para el final de la temporada.

—Supongo que eso podría funcionar —dijo Tanya con voz queda.

—Sí, no está mal —apoyó Jerome—. Podemos convertirlo en el final.

—¿*En serio*? —dijo Mia, subrayando la palabra silo en la pizarra—. ¿Quieres que la segunda temporada solo conduzca a eso?

Tanya nos miraba a ambos, evidentemente sin saber qué partido tomar. Jerome y Kait se revolvieron en sus asientos, de repente muy interesados en sus notas. Se me ocurrió que podrían haber recibido instrucciones de evitar una confrontación a toda costa.

Pero Mia no se amedrentó. Se enderezó como si le hubiera propuesto resolverlo a puñetazos en el aparcamiento, y sus ojos se iluminaron ante el desafío.

—El incendio del silo solo es efectivo *porque* es una pista falsa. Si ocurre a mitad de temporada, podemos utilizarlo como base para algo aún más grande. Algo que los espectadores ni se imaginen.

—La última vez, se desplomó un edificio sobre una de las unidades. Si vamos con la idea del silo, las víctimas podrían ser una familia de granjeros. Así sería más personal —propuse.

Mia negó con la cabeza. Aunque, por una parte, me fastidiaba que actuara como si tuviera todas las respuestas, por otra parte, una que no quería analizar demasiado, su coraje y su determinación me ponían mucho.

—Si acabamos la temporada con el fuego del silo, le estaremos diciendo al público que lo más importante que ha ocurrido no es más que una pista falsa —explicó Mia—. El final tiene que hacer avanzar la historia hacia la temporada tres. Salvo que no vaya a haber una tercera temporada, claro.

Mia clavó sus ojos en los míos, desafiándome a seguir discutiendo. De repente, fue como si todo el aire de la habitación se hubiera evaporado. Paula se limitaba a mirarnos, mientras bebía su café y contenía una sonrisa divertida. Los demás seguían sin decir palabra, y era obvio que estaban esperando a ver si yo estallaba o cedía.

Apreté la mandíbula sin dejar de mirar a Mia a los ojos. ¡*Maldición*! Tenía razón, y los dos lo sabíamos. Solté el aire despacio por la

nariz.

—De acuerdo. Quemaremos el silo a mitad de temporada. Pero más vale que en el último capítulo ocurra algo realmente impresionante.

Los labios de Mia se curvaron en una sonrisa lenta y cruel. Su expresión era de triunfo absoluto, lo bastante intenso como para emitir calor.

—Te quedarás pasmado —replicó.

—Bien.

Se me ocurrieron un montón de formas interesantes de borrar aquella sonrisa de sus labios, y mi polla respondió removiéndose dentro de mis pantalones. Había llegado el momento de ausentarme de aquella la reunión, y escapar de Mia y de su mirada feroz. Me puse en pie.

—Ya he visto bastante por hoy. Seguid trabajando en esas ideas, y mañana vendré a ver cómo vais.

Hice un gesto con la cabeza a Paula, y no pude resistir la tentación de lanzar una última mirada rápida a Mia, que se había girado hacia la pizarra, y admirar su culo. Cuando estuve en el pasillo, saqué mi teléfono.

—Carl —dije—. Llama al jefe de mantenimiento. Quiero que instalen indicadores más claros en el edificio, sobre todo en la entrada, para que la gente sepa cómo llegar a cada departamento. Ah, y también hacen falta más indicadores para los baños. —Esperé un instante para que tomara nota de mis instrucciones—. No, me da igual de dónde los saquen, pero los quiero instalados hoy, sin falta.

Colgué, sintiendo que volvía a retomar el control del día, hasta que levanté la cabeza.

El perro estaba sentado al final del pasillo. Esperando. Con la lengua fuera y sacudiendo la cola, como si hubiera estado seguro de que volvería.

Maldición.

8

LIAM

—Que sepáis que yo me estoy llevando la peor parte. —Connor, mi hermano pequeño, se dejó caer en el asiento enfrente de mí, con un suspiro que era parte cansancio y parte exasperación.

Yo, que sabía bien a qué venía aquello, me limité a poner los ojos en blanco.

—Siempre te quejas de lo mismo —observó Finn, nuestro hermano mediano, sin levantar la vista de la carta que estudiaba con atención, aunque siempre pedía lo mismo cuando veníamos a ese restaurante.

—Ya, pero quiero que lo *reconozcáis* —insistió Connor, en un tono seco de voz que había perfeccionado al cabo de los años.

—Queja recibida, reconocida y archivada para la próxima vez —dije con sarcasmo.

—Tengo la sensación de que no apreciáis el hecho de que yo tenga que venir a Los Ángeles el doble de lo que venís vosotros a San Francisco.

—Es lo que hay —dijo Finn, dando una palmada en el hombro a Connor—. Eres tú quien decidió establecerse a seiscientos kilómetros de distancia.

Mis hermanos y yo comíamos juntos una vez por semana para ponernos al día, pasara lo que pasara. Hacía años que habíamos establecido esa tradición, y era la única cita de mi agenda que no cambiaba nunca, por muy ocupado que estuviera. O por muy ocupados que estuviéramos los tres, porque siempre andábamos todos muy liados.

Finn era el responsable del negocio cinematográfico de Nexus Media y Connor, de la rama de videojuegos. Por mi parte, yo dirigía los Estudios VeriTV, la parte de la empresa donde había empezado todo, y que había fundado cuando estaba en la universidad. Tres hermanos para tres ramas de negocio, todas ellas parte del imperio mediático que habíamos creado de la nada.

Solíamos alternar quién elegía el restaurante, lo que significaba que, cuando nos tocaba elegir a Finn o a mí, quedábamos en Los Ángeles, y solo íbamos a San Francisco una de cada tres semanas, cuando Connor no nos dejaba otra opción.

—¿Y es necesario comer tacos cada vez que te toca a ti? —volvió a protestar Connor.

—Nunca fallan —expliqué.

Aquel día, había elegido Sharkies, como en muchas otras ocasiones. Desde fuera, parecía un lugar cuestionable, pero dentro se ocultaban los mejores tacos de toda la ciudad.

—Lo que te gusta es que está cerca del trabajo —apostilló Finn.

Vale, de acuerdo. Estaba a solo unas manzanas de la oficina, lo que me permitía no perder mucho tiempo con la comida. La conveniencia me gustaba tanto como la seguridad, qué le iba a hacer.

—¿Cómo está Grace? —pregunté a Connor.

Hacía casi un mes que no veía a mi sobrina, de siete años, y sabía que el divorcio de Connor les estaba resultando difícil a él y a su hija, por mucho que intentara ocultarlo. Mi hermano encogió un hombro.

—Echa de menos a su tío favorito.

—Venga ya —resopló Finn—. Todos sabemos que *yo* soy su favorito.

—En estos momentos es Liam —insistió Connor con una débil sonrisa, que era lo más que conseguíamos de él en los últimos tiempos—, porque es quien juega con ella a ese absurdo juego de la granja.

—Yo no le encuentro la gracia —Finn arrugó la nariz.

—Estamos criando un ejército de ovejas, no cuestiones nuestra estrategia —advertí.

—Yo adopté el maldito gato que se empeñó en que me hacía falta.

Esa vez fui yo quien resopló. Después de visitar el piso de su tío Finn por primera vez, Grace le había informado de que necesitaba una mascota; y no una cualquiera, sino de la variedad sin pelo.

—Hasta le compré un vestuario completo y todo —continuó Finn—, porque pasa frío.

Eso me hizo reír. Grace nos tenía a todos a sus pies, y nosotros no teníamos ningún inconveniente.

Mientras tanto, la sonrisa de Connor se había desvanecido del todo. Aunque trataba de parecer despreocupado y mantener un tono ligero para no inquietarnos, era fácil ver lo que ocultaba, si uno sabía dónde mirar. Y, como hermano mayor, yo lo sabía bien: la forma en que frotaba una mano con la otra al hablar —su reacción al estrés desde que era pequeño—, las ojeras pronunciadas… Un divorcio era como si la historia de uno se hiciera añicos y le obligaran a caminar descalzo sobre los cristales rotos.

Finn atrajo la atención de la camarera lanzándole una de aquellas sonrisas brillantes, con las que habría podido vender agua a alguien que se ahogara. Finn Lockhart había venido al mundo rebosando encanto, y lo utilizaba como un arma. Mi madre decía que, cuando nació, ni las enfermeras del hospital habían podido resistirse a él. Era el rey de las relaciones sociales; la clase de hombre que podía convertir un consejo de administración en su propio club de fans.

—¿Nos podrías traer el combo de tres variedades? —preguntó Finn a la camarera con desparpajo—, ¿y una ronda de horchatas para todos?

—¿Con tortillas de trigo, o de maíz?

Finn se pasó la mano por el pelo, y los ojos de la pobre chica se desenfocaron, como si la hubiera asaltado una nube de feromonas.

—¿Por qué no nos sorprendes? —preguntó mi hermano, dedicándole un guiño que debería venir con una señal de advertencia.

Ella se alejó medio atontada para hacer el pedido, y yo sacudí la cabeza.

—¿Podrías dejar de ligarte a todo lo que se mueve?

Finn desactivó el encanto como quien apaga un interruptor, algo que no dejaba de resultarme chocante por muchas veces que lo viera en acción. Claro, que aún era más chocante verle sacar ese lado encantador, porque yo sabía bien que, en el fondo, era un gruñón malcriado de categoría. No comprendía cómo era capaz de ocultar su personalidad auténtica y convertirse en una especie de príncipe encantador a voluntad; era como verle meterse en un traje cinco tallas más pequeño. Una parte de mí no podía evitar admirar su capacidad para lograr algo que parecía imposible, pero… La otra parte no dejaba de preguntarse por qué diablos querría hacer algo que parecía tan incómodo.

—Bueno —resopló—, ¿y a ti cuánto te cuesta decidir lo que quieres? Me gustaría comer en algún momento del día.

—Creo que debes tener en cuenta lo que ha dicho Liam, no vaya a haber algún fotógrafo acechando detrás de una esquina —contestó Connor, conteniendo una mueca.

Finn apretó los dientes.

—¿Qué? —preguntó Connor—. Hasta tú tendrás que admitir que un escándalo en la prensa al año ya es suficiente.

Finn resopló y se masajeó los ojos. Aún le dolía que sus fotos con aquella actriz se hubieran hecho virales.

—Esa maldita historia no se acaba nunca.

—No me digas —dijo Connor—. Estoy temiendo el día que Grace encuentre una de esas revistas y tenga que explicárselo.

Otra camarera llegó con nuestras bebidas, y yo cambié de tema para hablar de algo un poco menos complicado.

—¿Cómo está mamá? —pregunté a Connor.

Desde que éramos pequeños, él era quien había estado más preparado para contestar esa pregunta, y ahora con más razón, porque era el único que vivía cerca de ella. Yo hablaba con mi madre a menudo, pero lo hacía principalmente para ver cómo estaba, y si necesitaba algo. Con el único que ella se sinceraba de verdad era con Connor.

—Lo cierto es que lleva un tiempo bastante bien —respondió—. Casi ha terminado su tesis, juega al tenis con un grupo de señoras los fines de semana, y ha empezado a dibujar.

—Está dando una clase de desnudo artístico, ¿verdad? —interrumpió Finn, con un guiño.

Los ojos casi se me salieron de las órbitas.

—El que se desnuda es el modelo —explicó Connor, al ver mi expresión.

—Es lo mismo.

—¿Cuál de las dos cosas es la que hace mamá? —pregunté horrorizado.

Finn se echó a reír.

—Mientras se lo pase bien, ¿qué más da? Al final, seguro que se echará atrás.

—Lleva una temporada muy buena, que lo sepas —dijo Connor, fastidiado.

—Sí, sí —dijo Finn con un gesto despectivo de la mano—. Siempre está genial, hasta que deja de estarlo.

Connor no tuvo argumentos para refutar aquello. Ninguno los teníamos.

Todos recordábamos muy bien cómo habían sido las cosas cuando éramos pequeños. En aquella época, solo el hecho de que nuestra madre tuviera algún día en el que fuera funcional, ya nos hacía felices. Esos días se levantaba sin que nadie le insistiera, se duchaba, se vestía e iba a trabajar. Eran los días buenos.

En los días malos no se movía. No hablaba. A veces, ni siquiera comía.

Según los médicos, debía haber estado luchando toda su vida contra una depresión no demasiado grave, por lo que era fácil no detectarla. Pero cuando mi padre se fue, se vino abajo. Se derrumbó por completo, y nos costó años, décadas, recuperarla.

Salir de una vez de la casa en la que había convivido con nuestro padre había sido un paso importante; lo primero que compré cuando VeriTV despegó y empecé a ganar dinero fue una casa nueva para ella. Fue la primera prioridad que atendí con mi primer gran cheque. El cuidado psicológico, los medicamentos y la terapia también ayudaron. Ahora parecía que, por fin, se estaba convirtiendo en la mujer que siempre debió ser, la que estaba oculta bajo la depresión

y el instinto de supervivencia. Había mejorado muchísimo, pero los progresos no siempre avanzaban en línea recta. Aún había muchas cosas que podían arrastrarla en dirección contraria y hacerla caer en otro episodio depresivo, así que la teníamos vigilada todo el tiempo.

Estábamos siempre a la espera.

—Se acerca la fecha del aniversario —observó Finn—, así que más vale que le dure el buen humor.

Cierto. El aniversario de su boda siempre le resultaba un día muy difícil.

—Creo que deberíamos turnarnos para vigilarla durante esos días —dijo Connor—. Con suerte, podremos tenerla entretenida.

Lo que dejó omitido fue: *Para evitar una recaída*.

—Lo último que queremos es que le dé otro episodio —aportó Finn.

En ese momento, se abrió la puerta del restaurante para dar paso a un grupo de gente que hablaba animadamente. Al mirarlos, me di cuenta de que se trataba de Mia y los demás guionistas.

Mierda.

9

MIA

—¿Seguro que queréis comer aquí? —pregunté al ver el papel de la pared medio despegado y la espesa capa de polvo que cubría las plantas artificiales que adornaban la entrada.

—No te preocupes —dijo Jerome mientras esperábamos que nos dieran una mesa—. La comida está buenísima. Además, venimos cada tres semanas, solo para admirar las vistas. —Subió y bajó las cejas rápidamente—. Créeme, los tíos están tan buenos como el queso fundido.

Sonreí un poco. ¿Tíos buenos? ¿En aquel lugar? Miré alrededor, preguntándome de qué estaría hablando, y el corazón me dio un vuelco en el pecho.

¡*Oh no*!

Los hermanos Lockhart.

A eso se refería Jerome. Ahí estaban los tres, sentados en una mesa al otro lado de la sala, tan guapos como para alterar a cualquiera. Yo apenas había coincidido con Finn y Connor cuando éramos pequeños, pero. a lo largo de los años, nos habíamos encontrado en

distintas ocasiones relacionadas con Jake o Liam, así que los conocía de vista. Y viceversa.

Finn lucía todo su encanto sonriendo a las camareras, mientras Connor se mantenía más callado, centrado en su bebida, aunque mostraba el rastro de una sonrisa, como si acabara de reírse de una broma.

—Como tres dioses griegos bajados del Olimpo —dijo Jerome—, para que los simples mortales podamos disfrutar de una dosis de…

—Perfección —terminó Tanya.

—Exacto —continuó Jerome—. Cuando se reúne tanta belleza en un mismo lugar, nuestro deber es acudir a rendir homenaje.

Les lancé una mirada azorada, pero hasta Kait, que estaba prometida, los observaba sin ningún reparo. Mis ojos se volvieron a la salida. ¿Podría fingir un dolor de estómago repentino? ¿Largarme sin que se dieran cuenta? Aún no les había dicho que conocía a la familia Lockhart, pero parecía que iba a tener que confesar, porque, en ese momento, Finn miró en mi dirección.

—¿Mia Collins? ¿Eres tú?

—¡La hoooooostia! —siseó Jerome, abriendo mucho los ojos—. Creo que se te ha olvidado contarnos algo muy importante, Mia.

Hice una mueca. Se había descubierto el pastel. Levanté una mano para saludar a Finn, que se había puesto en pie, seguido de Connor. Por suerte, Liam no se movió, sino que se quedó mirando al techo, como si deseara estar en cualquier otro lugar. ¡*Ya éramos dos, colega*!

Finn fue el primero en acercarse, con una mezcla de sorpresa y alegría en la cara.

—Te he reconocido.

—Hola, Finn —dije, en un tono no exento de rigidez—. Connor.

—Hola, Mia —respondió Connor—. Cuánto tiempo.

—Sí —confirmé.

Habían pasado un par de años, tal vez. La última vez que hablamos fue cuando me llamó para agradecer el regalo que le envié cuando me enteré de que iba a tener un bebé.

—¿Cómo está…? —Caray, ¿cómo se llamaba la niña?— ¿Tu hija? —terminé sin más.

—Grace está muy bien —sonrió él—. Le encantan los libros. Nos han venido muy bien los que nos enviaste.

Le había enviado una selección de los libros favoritos de mi infancia. Cuando era más joven, yo había sido la canguro más demandada de nuestro barrio, y la clave de mi éxito había estado en que siempre me presentaba con una bolsa llena de libros y juegos para entretener hasta al más difícil de los niños. Tenía opiniones muy claras sobre cómo debía ser un buen libro para niños, y no me había cortado en compartirlas. Me gustaba saber que habían sido bien recibidas.

Los ojos de Jerome iban de uno a otro de nosotros como si estuviera viendo un partido de tenis. Finn inclinó la cabeza, con aire de curiosidad.

—¿Cómo te va?

—Bueno, ya sabes. Aprovechando la hora de la comida, y trabajando mucho para tu hermano.

—Sí, nos hemos enterado. Lo sentimos mucho, debe ser una tortura —bromeó Finn.

—Solo en los días que acaban en «es».

—¿Y cómo está Jake? —preguntó Connor.

—Está… bien —dije con diplomacia—. Ya sabes, se toma las cosas con calma.

En ese momento, una camarera se acercó a su mesa con un plato de tacos y yo suspiré, aliviada.

—Bueno, dile que nos acordamos mucho de él —dijo Connor—. Me alegro de verte.

—Sí, yo también.

Jerome me agarró el brazo tan pronto como los hermanos se marcharon, y me condujo a una mesa que, por suerte, estaba bastante alejada de ellos. Tanya y Kait se apresuraron a seguirnos.

—Oye, perdona, no nos dijiste que eras amiga íntima de los Lockhart. ¡Tía, nos has ocultado información!

—Nuestra relación no tiene nada de íntima —me apresuré a aclarar, notando cómo me sonrojaba.

—Vas a tener que explicar eso mejor, Mia. —Kait me miraba con una ceja levantada—. Te han tratado como si fueras su hermana pequeña.

—Hermana pequeña por afinidad, si acaso. Liam ha sido el mejor amigo de mi hermano desde que estaban en el instituto. Conozco a los Lockhart de toda la vida.

—¿*Cómo*? —dijo Tanya, inclinándose tanto hacia delante que estuvo a punto de volcar su silla.

Jerome hizo un ruido como el de una explosión, con los ojos abiertos como platos.

—Me has dejado muerto.

Me encogí de hombros para tratar de quitarle importancia, aunque me estaba preparando para su reacción. ¿Me odiarían por haber conseguido el trabajo, pensando que se lo debía a mis contactos? Pero Jerome me sorprendió cogiéndome una mano.

—¿Estás diciendo que has tenido acceso directo a los Lockhart durante años? —Fingió desmayarse, lo que me hizo sonreír.

—Tampoco es para tanto.

—¿Que no es para tanto? —La voz de Jerome subió una octava—. ¡Mia! Yo dejaría a Finn Lockhart hacer conmigo lo que le diera la gana.

—Pues, según las revistas, tendrás que ponerte a la cola —intervino Kait—. Parece que está muy ocupado haciendo lo que le da la gana con otras personas.

—No me fastidies la fantasía. —Jerome se llevó una mano al pecho —. A todos nos gustan los chicos malos. Y no intentes negarlo, Kait. Sé de buena tinta que te pone mucho la moto de tu novio.

Tanya me plantó una mano en el brazo sin previo aviso.

—Por favor, ¡dime que tienes fotos de cuando Liam era joven! De cuando era un adolescente raro. Con aparato, el pelo fatal, acné. Todo eso.

La miré un momento, pestañeando, sorprendida por su tono alterado.

—Lo cierto es… —Dejé la frase a medias, mientras una sonrisa se extendía despacio por mi cara—. Creo que mis padres aún guardan los anuarios del instituto de Jake en su casa. Puedo echarles un vistazo esta noche, cuando vaya a verlos.

—¡Pues claro! —exclamó Jerome—. Ese es el contenido que nos merecemos.

—Solo por curiosidad. En una escala de cero a espectacular, ¿cómo de bueno estaba Liam en aquella época? —preguntó Tanya.

Reí un poco, porque, en realidad, no tenía ni idea. Liam me había gustado desde que mi cuerpo había empezado a producir hormonas, pero cuando él había terminado el instituto, yo solo tenía ocho años. En aquella época, no se me había ocurrido plantearme si estaba bueno.

—Te puedo asegurar que ya tenía la misma cara de mala leche —dije, en tono ligero.

—Me encantaría echarle el guante, incluso con esa cara de mala leche —murmuró Jerome.

—Eso es lo que has dicho de Finn —resopló Kait.

—¿Y qué? No soy tan exigente.

Eso nos hizo reír a todos, y la tensión en mi pecho se relajó un poco. Me ilusionaba la idea de revivir el pasado aquella noche, aunque solo fuera porque me ayudaría a olvidar durante un rato la perpetua desaprobación de mis padres.

10

MIA

—Ya estoy aquí —dije al entrar en casa de mis padres.

El corto viaje hasta Valley Village, a través de calles bordeadas de árboles, resultaba muy pintoresco. El barrio me recordaba las imágenes de los años cincuenta, con sus parques bien cuidados y las fiestas de vecinos, a las que todo el mundo llevaba su propia versión de la ensalada de patata.

No habíamos crecido allí, pero mis padres se habían mudado a una de esas casas de estilo ranchero cuando yo tenía veintiún años, y habían pasado los siguientes siete años adaptándose a unos vecinos demasiado amistosos y a tener los setos perfectamente recortados. Todas las casas parecían exhibir algún tipo de letrero de bienvenida en el porche delantero, costumbre a la que también se habían sumado mis padres. Ellos no lo verían así, pero a mí me parecía evidente que aquel ambiente recordaba mucho a una secta, del tipo que fomentan las asociaciones de vecinos.

Me quité los zapatos en la entrada y los dejé alineados en la alfombra, para que mi madre no me regañara. Al inclinarme, me fijé en un par de zapatos que no reconocí. Eran demasiado grandes para

ser de mi padre, quien, además, no había llevado mocasines en su vida.

Me sentí desfallecer. Aunque había imaginado que esa cena supondría una encerrona, me desanimaba haber tenido razón.

—Mierda —murmuré por lo bajo.

—Ahí estás —dijo mi madre.

Se acercó por el pasillo a toda prisa, como si tuviera que cumplir una misión: casarme antes de que se oreara el vino. Llevaba el pelo recogido y un delantal de volantes sobre el conjunto de blusa y falda; pero, lo peor de todo, era que se había maquillado. Hice una mueca. Solo se maquillaba cuando teníamos compañía.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó.

—¿Yo? Dijiste que viniera hacia las seis, y son las seis y siete minutos.

—Si solo se tarda cinco minutos en llegar hasta aquí —protestó mi madre—. ¿Tanto te cuesta ser puntual?

Me cogió del brazo y, prácticamente, me arrastró por el pasillo, aunque intenté clavar los pies en el suelo, en un intento de resistencia pasiva.

—Existe algo llamado tráfico —le informé, mientras me llevaba hacia el comedor.

—¿No tenías nada mejor que ponerte? —preguntó ella, mirándome de arriba abajo.

—No me dijiste que tuviera que arreglarme. —Llevaba una camiseta y unos vaqueros.

—¿Cenar con tus padres no es razón suficiente para arreglarte?

Me mordí la lengua. Con ganas. Sobre todo, para no decirle que era ella la que estaba convirtiendo aquella cena en una entrevista para

un matrimonio concertado.

—Bueno —dijo mi madre por lo bajo—. Tú solo habla mucho. Con suerte, tu personalidad le distraerá de esa camiseta que te has puesto.

—Que hable mucho ¿con quién? —murmuré.

Entramos en el comedor justo cuando estalló un coro de carcajadas. Un hombre desconocido estaba sentado al lado de mi padre, quien, al parecer, había sacado el whiskey caro. Caray, mis padres debían estar entusiasmados con aquel individuo; y, puesto que el que alguien les gustara era garantía de que no sería mi tipo en absoluto, estaba segura de que tenía por delante una noche *muy* larga.

—Mia. —Mi padre se levantó para darme un abrazo.

—Hola, papá. —Me deslicé entre sus brazos e intenté no cruzar una mirada incómoda con el desconocido.

—Este es Peter Porter —dijo mi padre, apartándose para presentarme a aquel hombre, cuya calva incipiente y mandíbula carnosa me indicaron que debía tener, al menos un par de décadas más que yo—. Es uno de nuestros clientes.

Le tendí la mano cortésmente.

—Encantada de conocerte, Peter. —*Por favor, que no diga lo de: «eres más guapa de lo que me habían contado tus padres».*

—Encantado de conocerte también, Mia —respondió con una amplia sonrisa.

Los pelos de la nuca se me erizaron, y me aparté para dirigirme a mi asiento, al otro lado de la mesa.

—Peter dirige una fábrica —dijo mi madre, como quien anuncia el pedigrí de un contendiente en un concurso canino.

—En realidad es la empresa de mi abuelo. Peter Porter, Porcelanas y Más —dijo Peter—. Él es el Peter original.

—Vaya —dije—. Es un nombre llamativo. Cuánta… aliteración.

—Es un buen trabajo, muy estable —indicó mi padre.

—Se gana mucho más de lo que parece —añadió mi madre por lo bajo, al pasar por detrás de mí con un cuenco enorme de ensalada César.

Madre de Dios. Querían que saliera con un hombre cuya estirpe entera vivía de los váteres.

Me dediqué a llenarme el plato con ensalada. Tal vez, si me metía en la boca un panecillo entero, no esperarían que dijera nada durante un par de minutos, al menos.

—Algún día, Peter heredará la totalidad de Porcelanas de Peter —dijo mi madre, en un tono más alto y orgulloso de la cuenta—. ¿No es así?

—Peter Porter, Porcelanas *y Más* —respondió Peter—. El *más* es muy importante. Las piezas para váteres generan mucho negocio. Tiradores, tazas, asientos, tapas, bisagras, cisternas, tapas de cisterna...

La lista era larga. Muy larga.

Miré a mis padres como si hubieran perdido sus malditas cabezas, sintiendo que me faltaba poco para perder la mía también.

—Válvulas, anillas de cera, juntas, aletas… —seguía diciendo Peter, impertérrito.

Me puse en pie de un salto.

—¿Sabéis? Me acabo de acordar de que tengo que recoger una cosa para Jake.

Sin esperar respuesta, eché a correr por el pasillo. Durante un momento, consideré la posibilidad de prenderme fuego en el camino delantero de la casa. Me parecía más digno que volver al comedor.

—¿Mia? —llamó mi madre—. ¿No puedes esperar a que acabemos de cenar?

—No tardo nada —dije, saliendo al garaje.

Como Peter siguiera así durante toda la cena, acabaría por olvidarme de buscar los anuarios del instituto, y necesitaba poder escapar lo más rápido posible cuando termináramos de cenar.

Me dirigí a las enormes estanterías donde mis padres habían apilado las cajas con nuestras cosas de cuando éramos pequeños. La casa no tenía un altillo, así que todos los trastos viejos acababan en el garaje. Por suerte, mi madre, en su obsesiva necesidad de etiquetarlo todo, había guardado mis cosas y las de Jake en cajas distintas, y las había identificado por años. Solo tenía que encontrar las que correspondían a la época del instituto.

¡Premio!

Saqué una caja de la estantería, pero resultó ser más pesada de lo que esperaba, y cayó a mis pies.

—¿Qué diablos guardas aquí, Jake?

La respuesta resultó ser veinte kilos de trofeos de baloncesto de metal, medallas de participación y las polvorientas pruebas de que hubo una época en la que mi hermano lo había hecho todo bien. Rebusqué por la caja, apartando sus jerséis antiguos y el resto de los cacharros. Saqué un trofeo de cristal envuelto en papel de burbujas con una mueca, esperando que no estuviera roto. Por fin, encontré lo que estaba buscando en el fondo de la caja: los anuarios del instituto.

El primero que saqué fue el del último curso, lleno de anotaciones de sus compañeros en todas las páginas. Notas, firmas, bromas… No había ni una página sin algo escrito. Jake había sido muy popular.

No es que fuera arrogante, ni la clase de deportista que llega a su máximo nivel en el instituto. No, Jake era el chico que se acordaba

de todos los cumpleaños, ayudaba a los más pequeños a cargar con sus libros, y era capaz de hablar con cualquiera y hacerle sentir a gusto. Siempre era el centro de cualquier reunión.

En aquella época, e incluso ahora, él no se había dado cuenta de lo especial que era. Pasé el dedo por encima de uno de los mensajes: *¡¡No olvides la noche del karaoke!! ¡¡¡Lo has prometido!!!* Iba seguido de una ristra de corazones diminutos.

Me pregunté si Jake recordaría aquella versión de sí mismo. Cerré el libro con cuidado, para no perderme en el pasado de mi hermano, y lo volví a abrí por la sección de las fotos de la clase.

Lockhart… Lockhart…

Ahí estaba. Me fijé bien en su cara. Vaya, vaya, vaya. Mira quién sí sabía sonreír en aquella época.

Y, maldita sea. Ya entonces era bastante guapo.

Cogí el resto de los anuarios con la intención de llevármelos. Con suerte, en alguno de los otros tendría un aspecto algo más vergonzoso, como un corte de pelo espantoso, o las puntas teñidas. Pero no tenía demasiadas esperanzas.

Escuché unas risas procedentes del interior e hice una mueca al oír a mi madre decir que iría a buscarme. Miré el interruptor de la puerta del garaje, valorando si podría escaparme antes de que me encontrara y me arrastrara de vuelta a la mesa. Pero había dejado los zapatos, el bolso y las llaves del coche en la consola junto a la puerta principal.

¡*Mierda*!

Sujeté los libros contra el pecho y abrí la puerta interior con más fuerza de la necesaria, provocando que mi madre pegara un grito de susto y mirarme con mala cara.

—Ah, estás aquí, Mia. ¿Qué hacías ahí fuera? Peter nos estaba contando una historia muy divertida de su trabajo. Vuelve a la mesa

ahora mismo. —Mi madre dio media vuelta y se dirigió al comedor, canturreando de un modo que me dio náuseas—: La he encontrado.

Puse los ojos en blanco y dejé los anuarios junto a mis zapatos para no olvidarme de ellos. Necesitaba preparar un plan de escape, porque, siendo realistas, ¿cuánto tiempo podía aguantar una persona hablando de váteres?

11

MIA

Resultó que mucho.

Muchísimo.

Para cuando terminó la cena y conseguí salir de la casa de los horrores, me sentía capaz de arrasar en cualquier concurso de curiosidades sobre váteres. También me había llevado referencias de varios fontaneros fiables, todos ellos de la familia Porter, por supuesto, y había recibido un cupón del quince por ciento de descuento para la compra de mi próximo váter inteligente.

—Tiene asientos calefactables y un bidé incorporado —me había explicado Peter mientras me estrechaba la mano para despedirse.

Le había dado las gracias y había corrido a mi coche a toda velocidad. Debí llegar a North Hollywood antes de que mi madre terminara de quitar la mesa. No conseguía entender por qué mis padres creían que saldría con un hombre como ese. Sabía que querían verme en una relación estable, pero ¿váteres?

Dios, me daban ganas de chillar.

Las cosas solo fueron a peor cuando entré en mi edificio y encontré el ascensor estropeado. Otra vez. Aquel trasto se rompía más que la wifi barata que teníamos Sophie y yo. Me dirigí a las escaleras gruñendo. Mentalmente, aún estaba tratando de olvidar todo lo que había aprendido sobre váteres, y preguntándome si me quedaría energía suficiente para subir hasta el octavo piso, pero, al llegar al tercero, me encontré con un obstáculo. Había un sofá encajado en el rellano de la escalera, como si lo hubieran dejado caer desde un helicóptero. Qué era aquello, ¿un capítulo de *Friends*?

—¿Señora Franklin? —grité, estirando el cuello para intentar ver al otro lado del sofá.

A veces me encontraba con la señora Franklin en el ascensor, cargada con su diminuto perro pomerania, o en la lavandería del edificio, donde su nieto Earl, un chico muy seguro de sí mismo, siempre se quitaba la camiseta para presumir de bíceps. No estaba mal, pero se lo tenía demasiado creído y, a sus veinte años, dudaba mucho de que contara con la experiencia necesaria para actuar como el Don Juan que aspiraba a ser.

—Hola, Mia —dijo la señora Franklin, que trataba de recuperar el aliento con las manos en las caderas.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté.

Parecía que estaba tratando de subir el sofá por las escaleras con ayuda de Earl, y habían bloqueado el único acceso a mi piso. El lugar al que estaba desesperada por llegar para poder desahogarme con Sophie por la horrible cena que había tenido que aguantar.

—Annika, la del 304 —jadeó la señora Franklin—. ¿La conoces?

Negué con la cabeza.

—Ha conseguido un trabajo en el extranjero y se muda. Nos ha dicho que nos regalaba su sofá. ¿Puedes creértelo?

—Está prácticamente nuevo —intervino Earl, que me dedicó una sonrisa amplia y perezosa—. Perfecto para acurrucarse.

Socorro. Auxilio.

—Estamos tratando de subirlo al quinto piso —continuó la señora Franklin—, pero se ha atascado.

—Estoy bastante seguro de que la escalera es más estrecha aquí arriba —añadió Earl.

—Bueno, dejadme que os ayude —dije.

Entregué la bolsa con los anuarios a la señora Franklin. Aunque era muy vivaracha para sus setenta y cinco años y siempre me hablaba de sus clases de yoga caliente, también hacía años que decía necesitar una operación de rodilla, sin duda debido a que había sido bailarina gogó en los años sesenta y setenta.

—¿Estás segura? —dijo la señora Franklin.

—Insisto. Earl y yo podemos encargarnos.

—Por supuesto —sonrió él, con un guiño.

Puaj.

—Tranquilo, Romeo —murmuré, estrujándome para pasar al otro lado del sofá y coger un extremo, mientras Earl se situaba tras el respaldo.

—¿Qué dices?

—Nada. ¿Estás listo?

—Tú prepárate para una exhibición muscular, Mia. —Earl flexionó los bíceps de forma exagerada, antes de levantar su extremo del sofá—. Estos pequeños no solo levantan pesas, también levantan…

—Ahora mismo, me vale con que levanten el sofá —interrumpí con un gruñido.

Aquel trasto pesaba horrores.

—Cualquier cosa por ti, guapa —sonrió Earl, sin alterarse—. Ya sabes, dicen que levantar peso ayuda a hacer amigos.

—¿Quién dice eso? —pregunté, arrugando la nariz.

—Yo —dijo Earl—. Lo acabo de decir.

Volvió a guiñar, de una forma tan exagerada que se me ocurrió que, tal vez, le había entrado algo en el ojo.

—Earl, menos hablar y más levantar, ¿vale?

Él levantó el sofá y, al momento, se desplomó contra la pared, soltando una bocanada de aire.

—Tienes que girarte y levantarlo —indiqué—, para que pase por encima de la barandilla.

Él lo hizo, sujetando parte de su lado con la cabeza.

—Ten cuidado con ese extremo —avisé.

—No te preocupes, estoy pendiente de mi extremo, y del tuyo.

Puse los ojos en blanco.

—Earl, deja de molestar a la pobre chica —intervino la señora Franklin.

—No la estoy molestando, abuela. Intento que me dé una oportunidad.

Más bien, le iba a dar un guantazo. Si era así como ligaba con las chicas, tendría suerte si conseguía una cita este siglo.

—Mejor, vamos a centrarnos en la tarea.

—Puedo hacer más de una cosa a la vez —dijo Earl, que asomó la cabeza para mirarme, subiendo y bajando las cejas con rapidez.

De algún modo, nos las apañamos para subir el sofá hasta el siguiente rellano, y después, hasta la mitad del tramo siguiente de escaleras, antes de que la cara de Earl se pusiera como un tomate por el esfuerzo. No quería ni pensar en cómo estaría la mía.

—Sé que te estás haciendo la dura conmigo, Mia, pero no pasa nada —gruñó—. Soy un hombre paciente.

—Earl, si no hace nada que has cumplido la edad de conducir.

—Oye, soy lo bastante mayor para reconocer algo bueno cuando lo veo. Y ¿sabes para qué va a venir bien este sofá? Para las noches de películas. Noches *románticas* de películas.

Como si me hiciera falta la aclaración.

—¿Con tu abuela?

—Oh, ¡venga ya! —protestó Earl—. Soy un buen partido.

Sí, uno de tercera división.

Al terminar de subir el siguiente tramo de escaleras, escuchamos pasos que subían detrás de nosotros, y se detenían. La figura que asomó la cabeza por el recodo de la barandilla… resultó ser Liam.

Genial, pensé, resoplando y muy consciente de lo rojas que debía tener las mejillas, y lo mucho que estaba sudando.

—¿Interrumpo algo? —preguntó.

—Solo un poco de ejercicio físico, tío —dijo Earl, dándole una palmada en un hombro.

Liam lo miró como si fuera un bicho al que quería aplastar de un pisotón.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

Liam mostró un paquete de seis cervezas.

—He venido a ver el partido con Jake, y no se puede subir en ascensor —dijo con brusquedad, analizando la escena que tenía delante.

Su mirada se detuvo un momento en Earl, que me miraba con una sonrisa ladeada.

—Ah, es verdad.

Había olvidado que los Lakers jugaban esa noche. De hecho, lo había olvidado todo, excepto lo mucho que abultaba aquel estúpido sofá.

—¿Os echo una mano? —dijo Liam, en tono seco pero cortés.

—Mi chica y yo lo tenemos controlado —dijo Earl, sacando pecho—. No hace falta…

—No soy tu chica —interrumpí, pronunciando con claridad.

—Aún no, pero espera a que instalemos esta preciosidad en su sitio. Alguien va a tener que estrenarlo conmigo.

Se hizo una pausa muy larga, y luego, Liam le miró.

Simplemente, se le quedó mirando. Una mirada tan fría, incisiva y letal, que podría haber congelado el sol.

—Quita —dijo.

Earl parpadeó y se encogió.

—Vale, tío. Como quieras —murmuró—. Si te apetece intentarlo…

Se hizo a un lado, y Liam levantó el extremo del sofá como si no pesara nada.

—Cuidado con…

—La barandilla —dijo él—. Lo sé.

Cuando llegamos por fin al quinto piso, la señora Franklin corrió a acercarse.

—Abriré la puerta —dijo.

Liam y yo maniobramos el sofá por el pasillo, mientras Earl caminaba a mi lado lanzándome piropos como quien lanza billetes a una *stripper*. El chaval no lo pillaba.

Por fin, conseguimos meter el sofá en el piso, lo que nos costó lo nuestro, porque la entrada era muy estrecha. Cuando estuvo en su sitio en el salón, me quedé a ayudar a la señora Franklin a organizar la habitación mientras Liam desaparecía. Pensé que, tal vez, se habría marchado, cabreado por haber tenido que ayudar, pero oí su voz hablando en el descansillo.

—¿Ya está todo? —pregunté a la señora Franklin.

—Sí, muchísimas gracias.

—De nada. —Recogí la bolsa con los anuarios y me dirigí a la puerta.

—No creo que entiendas el significado de «dejar en paz». —La voz de Liam sonaba grave, afilada y peligrosa.

¿Estaba hablando con Earl? Tenía que ser eso.

—No le interesas —continuó Liam—. Y maldita la falta que le hace que tú le des la brasa.

Cuando salí al descansillo, Earl se apresuró a entrar en el piso, pasando por mi lado sin mirarme. Estaba claro que Liam le había metido el miedo en el cuerpo. Contuve una sonrisa.

Cuando se cerró la puerta del piso de los Franklin, me volví hacia Liam con una mirada inquisitiva.

—¿Qué? —gruñó.

Nos dirigimos a la escalera para subir los tres pisos que quedaban.

—Sabes, no necesito que me protejas de los veinteañeros arrogantes —le dije.

—Pues parece que sí lo necesitas, vista la forma en que ese trataba de pegarse a ti como una lapa.

—No es para tanto.

—Eres más vulnerable de lo que crees. —Liam me miró con los ojos entornados.

—¿Vulnerable? ¡Ja! —No pude impedir que mi voz sonara divertida —. Haces que parezca que necesito un guardaespaldas.

—Tienes la costumbre de atraer la atención de quien no debes —dijo él con un resoplido.

¿Y qué diablos se suponía que significaba eso?

—No soy una damisela en apuros a la que tengas que salvar.

—Cuando he llegado, estabas prácticamente atrapada debajo de un sofá —insistió—. Así que, sí, eras una damisela en peligro.

Habíamos llegado por fin al octavo piso, y me detuve frente a la puerta de Jake, con los brazos cruzados y muy furiosa. Liam se me acercó, con los ojos brillantes.

—Los tíos como ese se pasan mucho. Hay que ponerlos en su sitio.

—¿Y supongo que tú vas a encargarte de eso?

—Si es necesario, lo haré —gruñó, mirándome de arriba abajo—. Y disfrutaré de cada segundo.

—¿Porque te gusta acosar a los pobres veinteañeros?

—Porque me gusta recordarles que deben alejarse de lo que no les pertenece.

El ambiente se cargó de tensión, y la piel se me erizó, mientras contenía una inhalación. Yo no le pertenecía a él, ¿de qué estaba

hablando? Una oleada de calor delicioso recorrió mi cuerpo y se asentó en mi estómago. Era justo la reacción opuesta a la que había tenido ante Peter Porter o Earl Franklin.

—Bueno, a lo mejor no quiero que los pongas en su lugar —dije, en una voz que era poco más que un susurro—. No necesito que lo hagas.

Liam dio un paso hacia mí, abrumándome con su presencia.

—¿Estás segura? —murmuró, y su aliento cálido acarició mi mejilla —. Porque algo me dice que no te ha molestado mucho ver a Earl correr a meterse en casa.

Sus palabras quedaron en el aire entre nosotros durante un instante, y el pulso se me aceleró.

—Creo que no sabes lo que quieres —dijo Liam, en un gruñido grave.

Tal vez tenía razón porque, en ese momento, con la forma en que me miraba desde su altura, sentía el impulso de lanzarme sobre él para besarle. Pero hacerlo sería una locura.

La puerta se abrió detrás de nosotros y, al girarme, vi a Jake en el umbral.

—Hola —dijo, mirando a Liam—. El partido ya ha empezado. ¿Por qué has tardado tanto?

—El ascensor está roto y había un obstáculo en la escalera — murmuró Liam, entrando en el piso.

Jake me lanzó una mirada, pero yo me limité a encogerme de hombros.

—Un sofá.

—¿Quieres ver el partido con nosotros? —preguntó Jake.

¡Ni de coña! No con Liam.

—Paso.

—De acuerdo. Ya hablaremos.

Asentí y seguí caminando por el pasillo hasta mi casa, sonrojada y alterada a partes iguales, y sumida en una enorme confusión.

¿Desde cuándo se ponía Liam en plan oso enfadado y protector por mí, y por qué su actitud me resultaba tan tremendamente atractiva?

12

LIAM

—¡Día de la primera lectura del guion! —dijo Paula, que se había acercado emocionada para sacudirme el hombro, mientras la sala de ensayos se iba llenando de gente.

Me entregó un vaso de café.

—Negro, como el humor que tienes hoy.

—Umm —murmuré al coger la bebida—. Vamos con mucho retraso.

—Oh, venga ya —dijo ella—. Sabes que a todo el mundo le cuesta un poco meterse en el papel el primer día. Dales tiempo.

—Lo hago, estoy siendo generoso con la planificación.

Capté la atención de uno de los asistentes, que estaba al otro lado de la sala, y le hice un gesto discreto con la cabeza. Al momento, salió al pasillo y animó al resto de los actores a entrar en la sala; después, cerró la puerta tras ellos.

—Esto te tiene que hacer ilusión —continuó Paula—. Cuando me llamaste para ofrecerme este trabajo, ni siquiera estabas seguro de que podrías reorganizar el equipo de guionistas. Ahora ya tenemos el primer episodio, estamos a punto de escucharlo leído en voz alta,

y después pondremos a toda esta gente guapa delante de las cámaras. Tenemos a todos los actores, un guion decente, y el equipo de producción hasta ha adoptado a una mascota no oficial. Yo diría que las cosas van a pedir de boca.

—Un momento. ¿Una… mascota?

—El perro ese —dijo Paula—. Resulta que el pobre se ha estado colando en el estudio desde hace semanas. TJ ha intentado averiguar de dónde ha salido, pero parece que lleva mucho tiempo vagando por aquí. Algunos miembros del equipo le han estado dando de comer y, bueno… —Se encogió de hombros.

—Lo han llamado Ceniza. Ya sabes, porque… —Señaló la pizarra, donde alguien había escrito *MORIR A FUEGO* en mayúsculas.

Miré a la pizarra y, después, a Paula.

Cómo no, el equipo había adoptado al perro vagabundo y le habían puesto nombre. Yo ni siquiera había aprobado aún el plan de marketing, pero claro, por qué no adoptar como mascota a un perro vagabundo que se nos había colado en las instalaciones, robado corazones y, seguramente, hasta se alimentaba del catering del equipo.

Suspiré y miré a los actores, que se estaban saludando al volver a reunirse después de la pausa entre temporadas.

—Dios, esto me recuerda cuando hicimos aquella audición en Miami Beach —dijo Paula—. ¿Te acuerdas de *Vacaciones de primavera*? Demasiada gente guapa en el mismo sitio. Era como una realidad paralela.

También había sido un gran éxito para nosotros dos, uno que había afianzado la reputación de VeriTV como el servicio de *streaming* imprescindible. En aquella época, habíamos creído tener todas las respuestas y que, a partir de entonces, todo nos resultaría muy sencillo.

Años después, ahí estábamos, tratando de asimilar algo nuevo y muy diferente: los rituales relacionados con gestionar un drama de calidad con guion. ¿Alguien me podía recordar qué idiota nos había metido en semejante lío?

Ah, sí, el idiota era yo. En más de un sentido.

A pesar de mí mismo, mis ojos recorrieron la sala, ignorando a toda aquella gente tan supuestamente guapa, en busca de una única persona. Por fin, mi mirada se detuvo al localizar a Mia, sentada a la pequeña mesa que ocupaban los guionistas. Tras ellos había una serie de pizarras blancas.

Mia levantó los brazos para recogerse los rizos, dejando al aire aquel cuello largo y tentador, y se rio de algo que decía Jerome, subiéndose las gafas para frotarse los ojos. El sonido de su risa era como un canto de sirena para mí, me costaba resistirme.

—¿Empezamos?

—¿Eh? —pregunté, apartando la mirada.

Paula hizo un gesto hacia la sala, donde los actores estaban ya sentados en las largas mesas, cada uno de ellos con una copia del guion y un micrófono delante, para leer sus papeles. Unos cuantos de los ejecutivos del estudio estaban sentados junto a la pared trasera, junto a algunos miembros del equipo de producción.

—Sí, vamos allá —dije.

Paula se situó en el centro de la sala, donde se le unió Ian Gillespie, el director del primer episodio. Había estado a cargo del piloto de la serie y había sido mi primera opción para dirigir el inicio de la segunda temporada. Tras una serie de presentaciones rápidas, los actores comenzaron la lectura.

Jerome hizo las veces de narrador, leyendo las líneas de acción entre los diálogos de los actores. Los ojos de Mia saltaban de un actor a otro, mientras se mordía el labio inferior de un modo muy sexi. Sabía

que estaba pendiente de cada reacción, ansiosa por conocer lo que opinaban los actores sobre el primer borrador.

En un momento dado, sujetó el bolígrafo tan fuerte que pensé que lo iba a partir por la mitad. Jerome y ella se habían ocupado del primer episodio —literalmente, su bautismo de fuego— con algo de ayuda de Paula, y la forma en que sacudía la rodilla debajo de la mesa me indicaba lo nerviosa que estaba.

Me imaginé junto a ella, sentado a su lado, acariciándole el muslo con la mano para calmar aquel temblor con mi contacto. Creí oír el respingo sorprendido que saldría de sus labios, y la mirada larga e intensa que me dirigiría. Yo apretaría la mano un poco, y dejaría que mis dedos subieran…

Los aplausos me arrancaron de mi fantasía.

¡*Por todos los santos*! Me había distraído tanto que había perdido la noción de todo lo demás, incluyendo el hecho de que la lectura estaba a punto de terminar. Había sido como lo que había ocurrido dos años antes, en la fiesta de Año Nuevo de Jake, cuando me había quedado embelesado mirando a los ojos de Mia y no me había dado cuenta de que Jake me había pillado. Me había dado un golpe en la cabeza, diciendo: «No mires así a mi hermana pequeña, pervertido».

Jake había bebido un poco y, seguramente, ni se acordaba de haberlo dicho, pero yo no lo había olvidado. Sus palabras resonaban en mi cabeza cada vez que me acercaba a menos de tres metros de Mia y, aun así, no podía evitar quedarme mirándola a la menor oportunidad.

—Vamos a dedicar un aplauso a nuestro equipo de guionistas —dijo Paula, haciendo un gesto para que se acercaran Mia y Jerome—. Creo que han arrasado.

Se oyeron algunos silbidos penetrantes. Mia sonrió, y un delicado rubor rosa cubrió sus mejillas y descendió por su cuello, de un modo que me hizo preguntarme hasta dónde llegaría el color. Me volví a

perder en mi fantasía, en la que no me importaba lo más mínimo la advertencia de Jake; sin embargo, mi yo real, el que tenía que mirar a mi amigo a la cara todas las semanas, no era capaz de hacerlo. No podía intentar nada con su hermana pequeña.

Me despreciaría a mí mismo, al igual que Jake despreciaba a todos los tíos con los que se había liado Mia, y eso no podía permitirlo.

—Liam —dijo alguien, y me di la vuelta para reunirme con los ejecutivos, que estaban comentando el episodio.

—¿Qué os ha parecido? —pregunté, haciendo un gesto a mi asistente.

Carl apareció a mi lado, con el teléfono listo para tomar notas.

—Creo que deberíamos añadir algo más de acción —dijo Stan Helms, que había participado en la serie desde el principio—. Este episodio está demasiado centrado en los personajes, y esa es una buena forma de retomar la historia. Me gusta mucho cómo se han ido desarrollando, y sé que partimos del impresionante final de la temporada anterior, pero esta historia trata sobre incendios, así que necesitamos más fuego.

—De acuerdo —asentí—. Demos a la gente lo que quiere.

Stan me dio una palmada en el hombro.

—Tengo muchas ganas de ver qué opina el público de esta temporada. Esa nueva escritora jefe ha sido todo un hallazgo.

Estuve a punto de soltar un resoplido. Si él supiera…

En lugar de eso, me volví hacia mi asistente.

—Dale esas notas a Paula, ya me dirás qué te contesta.

Carl asintió y se dirigió al otro lado de la sala.

—¿Te llegaste a reunir con Damien Álvarez? —preguntó Stan.

Asentí, mientras mis ojos volvían a vagar por la sala hasta encontrar a Mia. La había acaparado Leo Sinclair, el actor que interpretaba a Cade, el personaje que ella planeaba hacer más relevante durante la segunda temporada. Cómo no.

—¿Y qué te pareció? —continuó Stan.

—Esto… —dije, totalmente despistado.

La reunión con Damien había ido bien, pero en aquel momento, no podía pensar en eso. Las opiniones en internet habían declarado que Leo era el tío bueno de la Estación 14, y en aquel momento, a juzgar por las risas de Mia, ese hombre estaba tonteando con ella.

Intenté no estrujar el vaso de café que tenía en la mano. Ya me había fastidiado bastante ver a aquel veinteañero idiota tratar de ligar con ella unos días atrás, pero al menos había sabido que a Mia no le interesaba Earl lo más mínimo.

Lo de Leo era mucho peor. Era un hombre adulto que sabía bien lo que hacía, y contaba con la experiencia suficiente como para tener éxito. Además, era una de esas personas guapas a las que Paula se había referido antes. Sus rasgos oscuros resultaban muy atractivos, su sonrisa se ladeaba hasta el punto adecuado, y se inclinaba hacia ella sobre la mesa de un modo que dejaba muy claras sus intenciones.

—Así que, ¿VeriTV se va a atrever con una historia espacial? —preguntó Stan.

—Aún no estoy seguro —dije sin entonación, volviéndome a mirarle —. La premisa es interesante, pero es muy diferente de una serie realista sobre una estación de bomberos.

—*Morir a fuego* también es muy distinta de la telerrealidad —observó Stan—, y fíjate en cómo nos ha ido.

Mi atención volvió a centrarse en Mia y Leo, sin que pudiera evitarlo.

—Discúlpame —dije a Stan—. Tengo que darle unas observaciones a nuestra nueva escritora jefe.

Atravesé la sala como un hombre con una misión, conteniéndome a duras penas para no empujar a Leo contra la pared contraria.

—Tenemos que hablar —dije a Mia.

—Claro, sí. —Me miró pestañeando.

—Ya hablaremos después —dijo Leo—. Estoy muy entusiasmado con esta nueva temporada.

—Estupendo —sonrió Mia.

Tampoco era para ponerme así. En absoluto. Pero, entonces, ¿por qué no podía evitarlo?

—Ven conmigo, hablemos en privado —dije entre dientes, muy consciente de las docenas de personas que nos rodeaban.

—Creo que ha ido tan bien como habíamos esperado —dijo Mia, acompañándome fuera de la sala—. De hecho, ¡mejor de lo que había esperado!

Entramos en una sala lateral, y cerré la puerta, con un golpe demasiado fuerte. La situación ya se me estaba yendo de las manos.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

La mirada de Mia se volvió recelosa al momento.

—Un primer episodio excelente. ¿O es que no te has dado cuenta de que a todo el mundo le ha encantado? —Levantó la barbilla, con los dientes apretados, la postura que siempre adoptaba cuando se ponía a la defensiva.

Me costó un momento comprender que pensaba que mi problema era el episodio.

—Pues claro que les ha encantado —dije con sequedad—. Tengo algunos comentarios, pero no son nada serio. Jerome y tú lo habéis clavado.

Ella se sonrojó y sus labios empezaron a curvarse en una leve sonrisa, que desapareció en cuanto seguí hablando.

—A lo que me refiero es a qué hacías con Leo.

Prácticamente escupí su nombre. Odiaba que se notara tanto lo que me disgustaba pronunciarlo, pero no podía evitarlo.

—¿Tienes idea de lo poco profesional que resultaría que te liaras con uno de los actores de la serie? ¡Y, encima, con Leo! ¿Qué impresión crees que darías, teniendo en cuenta que planeas dar más importancia a su personaje esta temporada? ¿Has pensado en lo que diría la prensa? —Gracias a Finn, sabía que la prensa se volvía loca con ese tipo de historias—. ¿Y sabes quién tendrá que salir a rectificar todo lo que se publique?

—Discúlpame —dijo ella, cruzándose de brazos, de aquel modo que me hacía perder la cabeza—. Aquí nadie se está «liando» con nadie. Solo estábamos hablando de la evolución de su personaje esta temporada; cosa que, por si lo has olvidado, es parte de mi trabajo. Pero nada de eso es relevante, ¡porque no tienes ningún derecho a controlar con quién hablo!

—Para proteger esta serie, por supuesto que sí.

Ella resopló y sacudió la cabeza con incredulidad.

—Pero ¿quién te has creído que eres? Si quiero salir con un actor, saldré con un actor. Aunque no creo que sea Leo, me da que le iría más Jerome.

La miré parpadeando. Era la primera noticia que tenía. Me quedé en blanco durante un instante, y Mia sonrió con sorna, disfrutando de mi parálisis momentánea.

—Claro, que esta ciudad está llena de actores, así que, si quisiera y estuvieran interesados, podría salir con alguno de ellos. ¡Con todos ellos! —continuó en voz más alta—. Saldré con quien me dé la gana, y no quiero oírte decir ni una palabra sobre el tema, ¡porque no es asunto tuyo!

—Oh, créeme, tengo mucho que decir sobre los hombres que te gustan —gruñí—. Los dos sabemos con qué clase de hombres has salido.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo —dijo ella, enfadada.

—Oh, venga ya. Jake no hace más que quejarse de tus exnovios. —Empecé a contar con los dedos—. El chico que te gustaba durante la secundaria, que te pidió salir por una apuesta y luego se rio de ti cuando aceptaste. Tu novio del instituto, al que pillaron tirándose a otra en la fiesta de fin de curso. El tío de la universidad que te ordenó que te enrollaras con su amigo porque se lo había apostado al póquer.

—Dios mío, no me puedo creer que estés haciendo esto —dijo ella, con los ojos muy abiertos.

—¿Quieres que siga? —ofrecí.

Mia cruzó los brazos y me dedicó una mirada que habría cortado la leche.

—Sí, bueno, ¿a quién le importa lo que pasó en la secundaria? Los adolescentes son todos idiotas. Y sí, Joe el del póquer resultó ser un capullo, pero era increíble en la cama. —Se estremeció un poco y dejó escapar un leve gemido—. Sí, me dejó un montón de buenos recuerdos para compensar los malos. Mmm. Sinceramente, valió la pena. Diez de diez, no me arrepiento.

Una especie de llama recorrió todo mi cuerpo. Ella sonrió con dulzura.

—Gracias por recordarme esas historias. —Cambió de tono y suspiró —. ¿Y a ti qué te importa, Liam? Es mi vida.

Aquello me golpeó como un puñetazo en el estómago. Tenía razón. ¿Por qué me importaba, en realidad?

—¿Quién ha dicho que me importe? —gruñí—. No podría importarme menos que…

—Ah, qué bien —interrumpió, en aquel tono dulce como el veneno —. Entonces, supongo que no te importará que te explique cómo usaba Joe la lengua para darme placer en las duchas mixtas.

Me tragué el grito que se me formó en la garganta. Lo último que quería escuchar era cómo Mia se había acostado con aquel tío; con cualquier tío que no fuera yo. Pero la imagen de Mia desnuda en la ducha, con la cabeza hacia atrás, tratando de contener aquellos deliciosos gemidos… Esa idea me estaba despertando otra clase de sentimientos en ese momento.

—Más vale que dejes de hablar —dije con voz ronca.

—¿Por qué? —Me dedicó una sonrisa incómoda—. ¿Te molesta? ¿Te estoy haciendo sentir incómodo?

La tensión creció entre nosotros, una energía tan intensa que no se habría podido cortar con un cuchillo. Necesitaba salir de allí antes de que me estrangulara, pero Mia no dejó de presionar.

—En serio —continuó, deslizando una mano despacio por su cuerpo, como si imitara la de aquel tío—. Creo que nunca en mi vida me he corr…

El último ápice de control que me quedaba reventó. Me lancé hacia ella, le tomé la cara entre las manos y la besé con ganas. A fondo.

Aquella vez, Jake no estaba allí para interrumpirnos. No había excusas, ni mentiras. Solo nosotros dos, nuestras bocas unidas, el fuego que corría por mis venas.

No pude pensar en nada que no fuera el placer que se apoderó de mí cuando le animé a separar los labios y mi lengua comenzó a explorar aquel calor húmedo que no había podido olvidar, aunque solo lo había probado una vez, hacía dos años. Joder, dos años más tarde, ella seguía sabiendo a pecado, desafío y todo lo que no debía desear, pero deseaba.

Los brazos de Mia me rodearon la cintura despacio, y tiró de mi camisa como si quisiera desnudarme allí mismo. La besé aún más fuerte, con más intensidad, saboreando cada milímetro de su boca, y tragándome el leve gemido que escapó de sus labios. La pasión me hacía latir el corazón con fuerza, pero justo cuando ella empezó a subir las manos por mi pecho, un único pensamiento se abrió paso entre la bruma de deseo que se había apoderado de mí.

Jake.

Me aparté de golpe, aterrado y arrepentido a partes iguales. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Cómo podía hacerle algo así a Jake?

Mia me miró parpadeando, con los ojos desenfocados.

—¿Por qué paras?

¿Por qué? La pregunta correcta era por qué había empezado. Sabía que Mia y yo no podíamos estar juntos, no si quería mantener intacta mi amistad con Jake y, en aquel momento, con su vida entera patas arriba, no sería yo quien la pusiera en peligro. Porque si empezaba algo con Mia, si dejaba que fuera a más, Jake no volvería a fiarse de mí.

Solo había una salida.

Sacudí la cabeza, miré a los ojos confundidos de Mia, y me dirigí a la puerta, sin mirar atrás.

La dejé allí de pie. Sumida en las ruinas de otra decisión estúpida.

13

MIA

El interior del Salón Escarlata, el extraordinario y refinado club de cabaré de Sophie, siempre olía a una embriagadora mezcla de jazmín y licor. Cuando la puerta se cerró detrás de mí, inspiré una bocanada profunda.

—¡Hola, Mia! —saludó una de las bailarinas desde el escenario, y le respondí con un gesto de la cabeza, aunque no sabía bien de quién se trataba.

En el local, lámparas de luz tenue bañaban los cómodos sofás tapizados en terciopelo con una suave luz dorada. Los detalles de madera oscura y los espejos antiguos con marcos dorados que cubrían las paredes acentuaban el color púrpura de las cortinas que enmarcaban el escenario. Al otro lado del espacio, la larga barra del bar recorría toda la pared. Aquel lugar era justo lo que necesitaba después del desastre con Liam un rato antes.

¡*Por Dios*!

Me pasé la mano por la cara. Cuanto antes olvidara aquel beso, mejor para mí. Necesitaba borrar de mi mente cada horrible segundo de aquel beso. Pero, incluso mientras lo pensaba, noté un aleteo traidor en el estómago, que lamenté con un gemido.

—Ajá —canturreó una voz—. Reconozco esa expresión. —Craig, un exbailarín de ballet de metro noventa, que ahora actuaba en el cabaré, se me acercó sacudiendo la cabeza—. Problemas de chicos, ¡y de los malos!

—No es un problema con un chico, es un hombre. —Hice una mueca —. Problemas de hombres, en todo caso. Da igual, son todos un asco.

Craig asintió, de acuerdo conmigo.

—Y que lo digas, guapa. ¿Por qué crees que subo ahí arriba cada noche y sacudo el culo al ritmo de baladas sobre rupturas? —Me guiñó un ojo, haciendo que el maquillaje negro que llevaba en los ojos centelleara como un cielo nocturno.

—¿Has visto a Sophie? —pregunté. Necesitaba una dosis de apoyo moral de mejor amiga, cuanto antes.

—Ha sido vista por última vez en la parte de atrás, lidiando con una crisis de vestuario. ¿Quieres compañía hasta la hora de abrir?

—No —suspiré.

Sabía que los bailarines siempre estaban muy ocupados justo antes de abrir, repasando la lista de baile, asegurándose de que todo el atrezo estuviera en su sitio, y demás.

—Vale, de acuerdo. Resérvame una bebida para cuando termine mi espectáculo —dijo Craig—. Quiero que me cuentes todo… —Hizo un vago gesto circular con la mano—. Lo que sea que te pasa.

—Haré lo que pueda.

A juzgar por cómo me sentía, seguro que llevaría varias copas encima para cuando Craig terminara. Fui directa al bar, donde Ollie, una mujer con melena de color arcoíris y vestida con un corsé rojo sangre, estaba cortando limas. Me lanzó una mirada rápida y arrugó la nariz.

—Tienes mala pinta.

—Y me siento aún peor —murmuré, sentándome en un taburete.

Si es que lo que se sentía cuando un tío iba directo a tu pecho para estrujarte un poco el corazón podía llamarse «peor».

—En ese caso, ¿qué te pongo?

—Vodka con zumo de arándanos, por favor.

Ella asintió, preparó la bebida y la deslizó hacia mí por la barra. Bebí despacio, mirando el escenario, donde un grupo de bailarines practicaba un baile muy energético, tipo cancán. Eran muy buenos y muy guapos, y si yo pudiera levantar la pierna tanto como ellos, la usaría para dar una patada a la fastidiosamente perfecta cara de Liam y mandarla a la luna. Esa idea me distrajo durante unos minutos, mientras terminaba mi copa. Miré con el ceño fruncido el vaso vacío e hice sonar los cubitos de hielo en su interior. Después, lo dejé en el mostrador y le lancé una mirada a Ollie.

—¿Otra cuando puedas?

—Claro.

Mientras esperaba, mi teléfono vibró al recibir un mensaje, pero no me molesté en mirarlo. Solo quería esperar al dulce licor que me ayudaría a olvidar todos mis problemas. Al menos, hasta que me despertara con una resaca tremenda a la mañana siguiente. Pero ese era un problema para otro momento. Esa noche, solo quería olvidar la existencia de Liam Lockhart. Porque, ¿quién se había creído que era, para besarme y dejarme tirada? ¡Otra vez!

Los recuerdos de la fiesta de Año Nuevo dos años atrás se arremolinaron en mi cabeza, en horribles destellos llenos de detalle. Parpadeé con fuerza para tratar de apartarlos, pero, a juzgar por la preocupación con la que Craig me miraba desde el otro lado de la sala, debía tener pinta de que me iba a dar un infarto. Recogí la

nueva bebida que me entregó Ollie y bebí un trago. ¿Cuántas veces iba a permitir a Liam hacerme lo mismo?

¡*Nunca más*! Gritó la parte más razonable de mi cerebro.

Pero la otra parte, la que era tonta y dada a las ensoñaciones, no dejaba de recordarme la forma en que sus labios habían acariciado los míos esa tarde, su aliento cálido cuando su lengua pidió entrar en mi boca, sus manos rodeando mi cara para atraerme hacia él… Quería sentir todo eso de nuevo. Lo deseaba a él, en todo su malhumorado, insoportable y desagradable esplendor. Deseaba a un hombre que no me deseaba a mí.

Bueno, *cierta* parte de él sí que me deseaba, eso me había quedado claro después de lo ocurrido. Era solo que no se permitía a sí mismo desearme, y eso resultaba aún más frustrante que un rechazo directo.

El taburete junto al mío se arrastró por el suelo cuando apareció Sofia, vestida con un conjunto que no había visto antes. Tendí una mano para tocar los pantaloncitos de seda verde esmeralda que se ajustaban a sus caderas.

—Craig dice que, cuando has llegado, tenías pinta de querer asesinar a alguien.

—Ya me he calmado un poco. Ahora me siento un poco menos asesina —repliqué.

—Ha dicho algo de «problemas de chicos». —Sophie levantó una ceja—. Así que, a menos que uno de tus ex haya aparecido de la nada, solo conozco a un chico que te dé problemas.

Deslicé el dedo por las gotas de condensación en el cristal de mi copa, resoplé y me volví a mirarla.

—Liam me ha vuelto a besar. ¡Otra vez! Y, encima, en el trabajo.

—¿Qué? —preguntó, entre divertida y sorprendida—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Hoy.

—¿Cómo?

—¿Qué quieres decir con «cómo»? —Le puse las manos a los dos lados de la cara, para demostrar la situación—. Pues así. Me ha cogido la cara y ha fruncido los labios.

—¡Bien hecho, chica! —gritó Craig desde el otro lado de la sala—. ¡Recupérate! No lo necesitas.

Yo resoplé y solté la cara de Sophie.

—¿Ha habido mucha lengua? —preguntó.

—No empieces —protesté.

—¿Qué? —Ella se echó a reír—. No quiero recordarte que te lo dije, pero desde luego, sin ninguna duda, y totalmente: ¡te lo dije!

—¡No tiene gracia!

—Te dije que puedo identificar el deseo en un hombre, y Liam te desea. Y mucho.

—Está claro que no lo bastante, porque no hace más que el equivalente masculino de dejarse invitar y salir huyendo. De hecho, ni siquiera me invita a nada —protesté—. Lo único que hace es… huir justo después de probar un poco.

Sophie tendió una mano para recolocarme un mechón de pelo que se me había escapado del moño.

—Porque está tratando de hacer lo correcto.

—¿Y lo correcto es rechazarme? ¿En repetidas ocasiones?

—Lo correcto es no tirarse a la hermana pequeña de su mejor amigo. —Cogió mi copa y bebió un pequeño trago—. Pero es obvio que estás empezando a acabar con su resistencia.

—Pues no lo hago a propósito —dije, aunque el corazón se me había acelerado al pensarlo.

—Te propongo una cosa. Invítale a venir aquí. Yo te haré subir al escenario para que sacudas ese cuerpazo que tienes. Créeme, ni el mismo Liam Lockhart podrá resistirse.

Solté un bufido.

—Sabes muy bien que me caería del escenario con tanta sacudida. —Mi teléfono vibró de nuevo y las dos lo miramos.

—¿Es él? —preguntó.

—Ni idea —admití—. Es probable. Me ha enviado un montón de mensajes mientras venía, así que he terminado por ignorar el teléfono.

—¿De verdad quieres ignorar a Liam?

—Sí —dije, con los dientes apretados, mientras recordaba la forma en que había salido a toda prisa de aquella sala, dejándome ahí jadeante, tratando de recuperarme del beso—. Que le den, ¿sabes? A ver, ¿por qué no deja de destrozarme los sentimientos?

—Bueno, tómate un par de copas más. —Sophie me dio unas palmaditas en la rodilla—. Y, si al final de la noche aún te sientes igual, te acompañaré a llenarle de mortadela y papel higiénico ese Porsche tan chulo que tiene.

—Por eso somos amigas —dije, cogiéndole la mano.

—Lo sé.

Me dedicó un guiño y se marchó bailando a abrir el local y recibir a los primeros clientes.

Mi teléfono vibró una vez más y, por fin, decidí mirarlo. El mensaje era de Liam, al igual que los cinco anteriores.

¡Mia, sé que me estás ignorando!

Tenemos que hablar.

No quería marcharme así.

Tenemos que hablar de eso.

Tenemos que mantener las cosas a nivel profesional para poder trabajar juntos.

Sentí que me invadía la ira. Agarré el teléfono y mis dedos volaron por el teclado.

Conque, profesional… ¿Como esta tarde? Te refieres a la parte en la que me has besado y has salido corriendo, ¿verdad? Porque eso ha sido muy profesional por tu parte.

¡Era *él* quien me había sacado de la sala de ensayos, y me había acusado de intentar ligar con un actor! ¡*Él* me había besado primero! Y ahora que llevaba un poco de valor líquido en el cuerpo, estaba dispuesta a decirle a Liam exactamente lo que pensaba.

¿Se te ha pasado la rabieta lo bastante como para mantener una conversación?, fue su mordaz respuesta.

Fruncí tanto el ceño que noté un dolor en el centro de la frente.

Estoy en el Salón Escarlata. Si quieres hablar, aquí o en ningún sitio.

Después de otro vodka con arándanos, no estaba en condiciones de tener una discusión por mensajes de texto. Además, quería mirarle a los ojos cuando le informara de lo capullo que era. Claro, que lo más probable era que ni siquiera apareciese.

Llego en quince minutos.

Miré su respuesta y le dediqué un bufido sarcástico.

Claro, Sonrisas. Lo que tú digas.

14

MIA

Quince minutos después, cuando Liam Lockhart entró por la puerta, casi me atraganto con la bebida. El vodka me supo fuerte y amargo, como yo misma.

Me sentía fuerte y amarga.

—La leche —murmuró Ollie detrás de mí—. Necesitamos que vengan más clientes como ese.

Liam dedicó una mirada rápida al sugerente número en el escenario, donde *Toxic*, de Britney Spears, ponía el fondo musical a un montón de contoneos y frotamientos. Me fijé en cómo apretaba los dientes, antes de examinar el resto del local despacio y sin perder detalle. Cuando me vio por fin, se dirigió con paso firme hacia donde estaba.

—¿En serio? —dijo con desdén cuando se acercó—. De todos los sitios de la ciudad, ¿teníamos que vernos aquí?

Era evidente que no le hacía ninguna gracia estar en el club.

—Si los movimientos de cadera te molestan tanto —dije, envalentonada por el alcohol—, ya sabes dónde está la puerta.

—No me molestan.

—Pues pareces un poco incómodo. —Le clavé un dedo en el pecho.

Él miró mi dedo con furia, y lo retiré.

—No pienso irme hasta que acordemos una tregua.

La música del escenario aumentó de ritmo y yo animé a Craig, que pasó contoneándose cerca de nosotros. Liam se limitó a fruncir aún más el ceño.

—¿Podemos ir a hablar a algún sitio? —gritó por encima del sonido del bajo.

Apuré el resto de mi copa y me bajé del taburete de un salto.

—Por aquí.

Conduje a Liam al otro lado de la barra y a través de una puerta señalada como SOLO EMPLEADOS, por la que se accedía a la parte posterior del escenario.

—¿Estás segura de que podemos estar aquí? —preguntó.

—Y tanto —contesté—. Ventajas de conocer a una de las dueñas.

—Pues más vale que no nos perdamos, Pulgarcita. No he traído miguitas de pan esta noche.

Le lancé una mirada enfurecida por encima del hombro. Aquel pasillo era un laberinto de perchas para ropa, cajas de suministros y cuerpos que iban y venían, pero no se parecía en nada al interior de los Estudios VeriTV. Sobre todo, porque había estado allí tantas veces que podría recorrerlo a ciegas.

A ese lado del escenario, los artistas estaban en movimiento constante, pero yo los esquivé con habilidad mientras Liam gruñía disculpas al chocarse con unos y otros.

—Es aquí —indiqué, haciendo un giro a la izquierda para entrar en el vestuario de Sophie.

Cerré la puerta detrás de Liam, bloqueando buena parte del ruido y el caos, y me dejé caer en el sofá sobre una boa de plumas, que saqué de detrás de mi espalda y tiré a Liam.

—¿Ya estás contento?

Él recogió la boa y la dejó sobre el tocador de Sophie.

—Oye, Mia. Lo que ha pasado antes…

—¿Te refieres a cuando me has acusado de intentar liarme con uno de los actores? ¿O a cuando me has besado? Vas a tener que ser más concreto.

—Ya sabes de qué quiero hablar. —Liam se frotó la mandíbula, masajeándose esa barba incipiente tan sexi—. Y también sabes que no es posible.

—Pues ya ha sido posible —observé—. Y van dos veces.

—No debería haber ocurrido nunca —continuó Liam, en el tono de quien suelta un sermón. Me acomodé en el sofá, mientras él caminaba de un lado a otro—. Eres la hermana pequeña de Jake.

—Sí, soy consciente de ello.

—¡Y yo soy tu jefe! —Se pasó una mano por el pelo castaño, tirando un poco de las puntas—. Sería completamente inapropiado.

—Eh, que yo no soy la que está complicando las cosas con ataques de celos cada cinco minutos. Yo no me he pasado de la raya.

—¿Y dónde estaba la raya cuando has intentado arrancarme la camisa esta tarde? —replicó.

Noté una oleada de vergüenza que me calentaba las mejillas, pero no pensaba dejar que me echara la culpa de todo.

—Me ha parecido una respuesta apropiada a alguien que estaba intentando tragarse mi lengua. Pero si de verdad no quieres que te

toque, tal vez deberías empezar por *no acercarte a mí*. No soy yo quien te ha pedido salir a «hablar» en privado, ¿sabes?

—Estabas tonteando con un actor del equipo. Tengo mucho interés en proteger mi serie.

Me puse en pie y me acerqué a él, buscando una mentira en aquellos bonitos ojos castaños.

—Creo que lo que te interesa soy yo.

—Mia —gruñó en tono grave de advertencia, como si yo fuera la encarnación de una de sus malas ideas.

Y tal vez lo era. Dios sabía que él era una de las mías. Aquel hombre me hacía perder la cabeza. Arrogante, controlador, emocionalmente atrofiado. Y a pesar de todo, ahí estaba yo, mirando aquellos ojos tan profundos, deseando a la única persona a la que debería olvidar.

Él era capaz de enfurecerme con solo media frase, pero también podía prender fuego a mi cuerpo con solo una mirada. Y lo odiaba, odiaba que me hiciera eso. Me odiaba a mí misma aún más por seguir deseándolo.

A la mierda.

¿Quería fingir que no me veía de *ese* modo? ¿Que no ansiaba arrancarme la ropa, como yo quería arrancarle la suya? Muy bien, ya me había cansado de sus rechazos desganados, que los dos sabíamos que eran falsos. Agarré la pechera de su camisa y lo empujé al sillón de Sophie, en el que cayó tambaleándose. Me incliné sobre él, dejando que mi aliento le acariciara la mandíbula.

—¿Qué haces?

—Ver qué pasa —dije, rozándole la oreja con mis labios al hablar.

Él me miró con los ojos entornados, pero le empujé el pecho para indicarle sin palabras que debía quedarse donde estaba. Me volví

hacia uno de los percheros de ropa de Sophie, considerando las opciones.

—Mia, esto es ridículo.

Me quité la camiseta y se la lancé a la cara. En sujetador, me metí detrás del perchero y le miré por encima. No podría ver mucho entre las prendas colgadas, pero sabía que yo estaba a medio desnudar, y me fijé en cómo tragaba saliva, mientras desde el escenario nos llegaba *I Put a Spell on You*, de Nina Simone. Perfecto.

—¿Qué estás haciendo? —protestó.

—¿A ti qué te parece?

Elegí un corsé dorado, me quité el sujetador e hice lo que pude para atármelo sola. Fue muy precipitado, y enredé tanto las cintas de la espalda que me las iban a tener que cortar cuando acabara todo aquello; pero, al menos, estaba segura de que mis tetas estaban impresionantes.

—Se suponía que íbamos a hablar.

—Y vamos a hablar —dije, saliendo de detrás del perchero.

Recogí la boa de plumas que él había dejado antes sobre el tocador y reuní hasta el último átomo de actitud sexi que pude para dirigirme bailando a una silla.

—Adelante. Di lo que tengas que decir.

Los ojos de Liam recorrieron mi cuerpo de arriba abajo, de un modo que me hizo temblar. Resistí la necesidad de soltar un gemido, porque sentía el pulso latirme entre las piernas. Me contoneé en la silla y le acaricié el regazo con el extremo de la boa de plumas.

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

Él no dijo nada. Solo me miraba, pero su mandíbula estaba tensa y agarraba con fuerza los brazos del sillón. La mirada de sus ojos me dijo todo lo que necesitaba saber.

—¿Cómo esperas que diga nada, si estás vestida así otra vez? —consiguió decir por fin.

Me incliné hacia él y le planté el escote delante de la cara.

—¿Has estado pensando en mí con un corsé? —Mi voz apenas era un susurro—. ¿Desde aquel día en mi piso?

El músculo de su mandíbula se contrajo, como si estuviera conteniendo lo que quería decir. *Ríndete de una vez*, rogué en mi interior. *Admite que me deseas*.

Me levanté de la silla y me senté sobre su regazo. La temperatura entre nosotros subió hasta alcanzar nuevas cotas.

—Esto me resulta familiar —dije, acomodándome sobre sus piernas como si ese fuera mi sitio—. ¿Recuerdas la Nochevieja de hace dos años?

Él volvió a tragar con dificultad.

—¿Cómo iba a olvidarla?

Sus manos aún no me habían tocado, pero estaban muy cerca. Un gesto, un solo fallo en su control y volvería a lanzarse sobre mí. Lo notaba.

—Cuéntamelo —pedí con suavidad—. Nunca volviste a mencionarlo.

Aún recordaba la forma en que me había estado mirando toda la noche durante la fiesta de Jake, de una forma cada vez más explícita cuanto más bebía. Había estado tan guapo que, para cuando me tocó, yo estaba prácticamente temblando. Fue la primera vez que me había tocado así, sentándome sobre él mientras nos besábamos bajo los efectos del alcohol, hasta que entró Jake, y Liam me hizo levantar de un empujón, rechazándome. Jake había estado demasiado borracho como para recordar que nos había pillado, pero yo había revivido aquel momento en mi mente mil veces, preguntándome si habría significado algo para Liam, o si solo lo consideraría un desliz causado por la bebida.

Si me besaba en cómo lo había hecho esa tarde, y por la forma en que me miraba en ese momento, *tenía* que haber significado algo, pero ¿qué?

—Mia —dijo Liam en un tono que era una advertencia, cuando cogí una de sus manos, que había dejado caer a los lados.

—Creo que empezamos más o menos así —dije, pasando su mano alrededor de mi cintura.

Apoyé una de mis manos en su pecho y la deslicé hasta su cuello, donde noté cómo el pulso le martilleaba bajo la piel. Liam estaba rígido debajo de mí, con todos los músculos en tensión, como si temiera que, una vez que se moviera, no podría parar.

—Aquello no debió ocurrir nunca —murmuró.

—Pero sí que ocurrió —repliqué—. Y el beso de hoy en el estudio también ha ocurrido. ¿Vas a seguir mintiéndote a ti mismo y fingiendo que no quieres esto?

Deslicé las caderas hacia delante, hasta llegar a una parte de su cuerpo que parecía *muy* interesada en continuar la representación de aquella noche. Él dio un respingo, apretó los puños y, por fin, consiguió hablar.

—No me estoy engañando a mí mismo —dijo con voz ronca—. Sé que quiero esto.

¡*Por fin!* ¿Tan difícil era decirlo?

—Pero, aun así, no puede ocurrir nunca.

Antes de que pudiera reaccionar, me sujetó las caderas con las manos, no con deseo, sino con decisión, y me puso en pie como si yo no pesara nada.

A continuación, se marchó, sin más. Abrió la puerta de golpe y desapareció por el pasillo, dejando que la puerta se cerrara sola tras él. Yo me quedé de pie, sin moverme, sintiendo cómo se me iba

enfriando la excitación, hasta convertirse en algo parecido a la humillación.

Dios, cómo le odiaba.

Y también odiaba lo mucho que deseaba que volviera.

15

LIAM

—¿Le apetece algo de beber mientras espera a los demás?

La camarera se alejó tras oírme gruñir «agua», y me dejó mirando al teléfono, donde estaba leyendo el último episodio de *Corazón Apresurado* de Mia. Miles tenía un papel prominente en el nuevo capítulo, en el que aparecía gruñendo como si le fuera la vida en ello. De algún modo, resultaba aún más insoportable de lo habitual, y supe que esa era la forma que tenía Mia de vengarse por lo de la otra noche. Sujetaba el teléfono con tanta fuerza que se me habían puesto blancos los nudillos.

—O alguien ha prendido fuego al estudio, o lo que lees tiene que ver con Miles, otra vez —dijo Finn, que se acercaba con Connor tras él.

Aquel día comíamos en San Francisco, porque le tocaba a Connor elegir restaurante, y me alegraba de haber podido escapar de la oficina durante un buen rato. Había escogido Horno de Brasas, una pequeña pizzería en la zona del puerto deportivo, que olía muy bien; pero lo único que me importaba a mí era que, en aquel lugar, no había posibilidad de encontrarnos con Mia. Desde luego, encontrarnos se había convertido en un auténtico problema en los últimos tiempos.

—Son cosas del trabajo —murmuré.

—¿Estás seguro? —se burló Connor—. Pensaba que ese cómic solo se actualizaba los miércoles.

—Oh, está claro que se trata de Miles —dijo Finn, dándome un golpecito desde el otro lado de la mesa—. Le está latiendo esa vena de la frente. ¿En qué lío se ha metido ahora ese chaval?

Apreté los dientes, sin paciencia para sus bromas. Mia había acabado ya con la poca que me quedaba. ¿Por qué no entendía que era lo mejor para los dos? ¿Para Jake? Yo lo había parado antes de que las cosas fueran a más porque eso era lo correcto. ¿Por qué me convertía eso en el malo de la historia?

—Tío —rio Finn mientras cogía la carta—. Has dejado que esa chica se adueñe de tu vida.

Si él supiera.

—Lo que no entiendo es por qué la has contratado, con lo mucho que te altera —se interesó Connor.

Una pregunta buena de cojones porque, en aquel momento, no podía lamentar más haberle ofrecido aquella entrevista.

—Fue por hacerle un favor a Jake —refunfuñé—. Se suponía que solo iría a la entrevista, pero Mia resultó ser la mejor candidata que habíamos visto. —*Esa* fue la parte que no había podido prever.

—¿Estás diciendo que solo lo has hecho por la empresa? —preguntó Finn.

—Sí, ella era la mejor opción para sacar la serie adelante.

Esa serie era esencial para asegurar el éxito de VeriTV, y para mí, VeriTV siempre era y siempre sería lo más importante. El dinero que había conseguido con el negocio era lo que me permitía ocuparme de mi familia, comprarle a mamá una casa nueva y enviarle dinero suficiente cada mes como para que pudiera dedicarse a sus

aficiones, en lugar de trabajar. También me había permitido dar a mis hermanos el capital inicial que habían necesitado para montar sus propios negocios y alcanzar el éxito.

Nada de aquello habría sido posible sin VeriTV y, por esa razón, mi prioridad número uno era proteger la empresa. Era incluso más importante que mantener mi propia cordura, que se había erosionado poco a poco cuanto más tiempo pasaba trabajando con Mia.

—¿Esa es la única razón por la que la has contratado? —insistió Connor.

—¡Pues claro que es la única! —protesté.

—¿Y no tiene nada que ver con lo mono que te dibuja cada semana? —preguntó Finn—. Todos sabemos que estás obsesionado con el cómic, no es ningún secreto.

—Miles no aparece en todos los capítulos y, además, lo único que me obsesiona es lo mal que me representa.

—¿Cuánto hace que no te miras al espejo? —quiso saber Finn—. Porque ha clavado esa expresión ceñuda. Mia sabe bien lo que hace.

Lo miré enfurecido. A veces, tenía que recordarme a mí mismo que quería a mis hermanos. En aquel momento, no sabía por qué, pero era cierto.

La camarera nos trajo agua y una cesta de pan de ajo.

—En cualquier caso, debe ser una escritora fantástica porque, con todo eso de que estás muy ocupado para el amor, esa parece ser la única razón por la que te permites pasar más de cinco minutos con una mujer a la que no puedes quitar los ojos de encima —observó Finn.

Abrí la boca para protestar enérgicamente, pero mi hermano siguió hablando.

—¡No intentes negarlo! Nos fijamos en cómo la mirabas aquel día en Sharkies. No podías apartar la vista de su culo. Claro, que no te culpo por eso.

—Te la estás jugando —mascullé entre dientes.

Finn fingió abanicarse con la carta.

—Parece que te estás alterando un poco, Liam.

Connor dejó ver una de aquellas sonrisas que apenas hacían aparición desde su divorcio.

—Callaos los dos de una vez —estallé, lo que fue un grave error.

—¿Que nos callemos? —exclamó Finn—. ¡Punto para mí!

Desde que éramos pequeños, los dos habían considerado un reto provocarme hasta el punto en el que no podía más y les gritaba que se callaran. En aquella época, hasta llevaban la cuenta. Cuando uno de los dos llegaba a un número determinado de veces, el otro tenía que comprarle algo. Por lo visto, las viejas costumbres no morían con facilidad.

—¡Lo sabía! —continuó Finn, dando una palmada sobre la mesa—. Tengo un sexto sentido para estas cosas y tú, hermano mío, has perdido la cabeza por Mia.

Connor soltó una risilla, mientras yo sentía que el pulso me latía en la garganta. ¿Tan fácil era leerme el pensamiento, joder? ¿Acaso llevaba las palabras *Deseo a Mia Collins* grabadas en la frente?

—Dime que me equivoco —pidió Finn.

—Es una relación de trabajo estrictamente profesional —le espeté.

—*Profesional* —repitieron Finn y Connor a la vez—. ¡Oooh!

—En serio —murmuré por lo bajo.

Intenté ignorarlos poniéndome la carta delante de la cara, pero no sirvió para nada. Siguieron riendo como hienas, sin que pudiera hacer nada para bloquear sus carcajadas, ni para dejar de pensar en Mia, sentada en mi regazo en el Salón Escarlata.

Había ansiado tanto volver a besarla... Joder, había querido hacer mucho más que besarla, y solo con recordarlo, mi cuerpo se alteraba de una forma muy peligrosa.

¡Rápido! Piensa en cachorritos, hambrientos y sin casa. Cachorritos que necesitaban ayuda. Seguro que Mia querría acariciar a esos cachorritos, mientras me miraba con sus grandes ojos castaños. Frunciría los labios y yo los acariciaría con el dedo, antes de probar su sabor…

¿Y los cachorritos? ¡Mierda!

Me dejé llevar por la irritación, mientras Finn fingía llamar a la camarera.

—Por favor, sí, ¿pueden traer una pizza de engañarse-a-sí-mismo para él?

—No creas que no me rebajaría a darte un puñetazo —advertí.

—Me gustaría ver cómo lo intentas —dijo Finn con una sonrisa sarcástica.

—A mí también, la verdad —añadió Connor—. Hace mucho que no tenemos una pelea en condiciones.

—¡Ja! —rio Finn—. Creo que la última vez fue para decidir quién se llevaba el coche de mamá para una cita. Dios, hace siglos de eso. —Subió y levantó las cejas con rapidez—. Lo pasamos bien en el viejo Chevy, ¿verdad? Al menos, yo sí.

Connor le tiró un trozo de pan de ajo.

—Demasiado bien, porque para cuando me tocó a mí, nos habían prohibido coger el coche para las citas.

Finn volvió a sonreír.

—No tengo ni idea de por qué sigo quedando con vosotros —murmuré.

—Porque te alegramos esa vida tan aburrida, en la que todo es trabajo y no hay diversión —explicó Finn—. En serio, tío, tienes que salir más.

—Ya salgo lo suficiente —mentí.

Bueno, de acuerdo. Tal vez no era el alma de ninguna fiesta, pero tenía mejores cosas que hacer. Además, las fiestas nunca me habían gustado demasiado. ¿Por qué perder el tiempo socializando sin necesidad, cuando podía estar trabajando?

—Además, tú no eres quién para dar consejos, teniendo en cuenta los acontecimientos recientes —dije a Finn.

Me refería al escándalo sexual con la actriz principal de una de sus franquicias de más éxito, otro buen ejemplo de por qué lo más inteligente era no salir con gente que trabajara para uno.

—Vale, sí, pero tampoco es que Mia sea famosa —señaló Connor—. Es guionista, uno de los trabajos más discretos con los que te puedes liar en este sector.

—No estoy intentando ser discreto, y tampoco estamos liados —dije.

—Pero quieres estarlo —replicó Finn.

—Da igual lo que yo quiera, porque ya le he dicho que no ocurrirá nunca. Jake me mataría. Ya me advirtió una vez que me mantuviera alejado de ella. Claro, que sería peor si no me matara.

—No te entiendo. ¿Por qué eso sería peor? —preguntó Connor.

—Sería peor si eso retrasara su recuperación. Después de su última operación, lo que necesita es recuperarse y centrarse en la rehabilitación. Si se preocupa por lo que haya entre Mia y yo, eso

podría dificultarle las cosas, y si deja de hablarme, no podré seguir ayudándole.

—Y no quiera Dios que te impidan entrometerte y decidir qué necesitan los demás —dijo Finn, en un tono que no llegó a ser un murmullo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada —dijo Connor, lanzando una mirada de advertencia a Finn—. No ha querido decir nada, *¿verdad*?

Finn puso los ojos en blanco, pero asintió.

—Sí, no quería decir nada. Es solo que… A veces te tomas demasiado en serio la idea de que necesitas intervenir para arreglar los problemas de la gente. Pero sabemos que siempre lo haces con buenas intenciones, y estoy seguro de que a Mia le impresionará mucho que te sacrifiques por el bien de su hermano —concluyó Finn.

«Impresionar» no era la palabra que yo habría utilizado. Sabía lo que sentía y lo que quería, pero no podía dárselo. No, si quería ser un amigo decente para Jake. Me limité a echar chispas por los ojos y tamborilear sobre la mesa con los dedos. ¿Por qué diablos no venía la camarera a tomar nota de una vez?

—La vena de tu frente empieza a dar miedo —observó Connor.

—Podría reventar —añadió Finn.

—No tendré tanta suerte —murmuré.

—Vale, vale —dijo Finn—. Te dejaremos dar vueltas a todo ese tema con Mia cuando estés solo. ¿Cómo van las cosas en *Morir a fuego*?

De eso sí que me apetecía hablar, ya que las cosas avanzaban muy bien. Tuve cuidado de no mencionar a Mia mientras lo contaba, a pesar de que le debía a ella buena parte del progreso de la serie. Lo último que quería era que volvieran a empezar a hablar de ella.

Estaba intentando borrarla de mis pensamientos, no tatuarla en mi cerebro de forma permanente.

—Acabamos de hacer la primera lectura de la segunda temporada y a los actores les ha encantado el guion. Todo el mundo está entusiasmado con lo que hemos preparado para esta temporada.

—Bueno, parece una mejora importante respecto de todo el drama con Lyle —dijo Connor—. Durante un tiempo, pareció que tendríais que hacer una pausa muy larga para resolverlo todo.

—No sé si la serie se habría recuperado en ese caso —dije con una mueca.

—Exacto —observó Connor—. Es malo para los negocios.

—Pero hasta los financieros parecen contentos —proseguí—. A ver, ellos quieren más incendios, pero eso es bastante obvio, considerando el tema de la serie.

—¿Y quién no querría más fuego? —preguntó Finn—. Eso es lo que hacemos en *Corre y dispara*. Fuego y explosiones. La gente no se cansa.

Corre y dispara, una serie de películas producidas por Finn, había tenido un enorme éxito internacional. La verdad es que yo no tenía ni idea de cuántas formas distintas se podía rodar una persecución de coches para que pareciera diferente, pero, de algún modo, la productora *Hart of Gold* lo había conseguido.

—Hemos aumentado el presupuesto para la segunda temporada, y hemos contratado a una nueva empresa de efectos especiales, así que, si conseguimos que la historia siga resultando interesante, creo que el público estará contento —dije.

A pesar de las buenas noticias, decirlo en voz alta seguía dejándome un sabor amargo en la boca. Una parte de mí seguía esperando que todo se fuera a pique en cualquier momento. En aquel negocio, nada iba bien durante mucho tiempo.

Intenta disfrutar al menos de la fase de calma, me dije a mí mismo. *Sigue trabajando en los otros proyectos. Si no te centras demasiado en una sola cosa, si eso falla, siempre te quedará todo lo demás.*

—Dentro de poco hará un año del accidente de Jake —comenté.

—¿Y cómo crees que se lo va a tomar? —preguntó Connor, con una mueca.

—Mal —murmuró Finn—. Ya oísteis lo que dijo Mia aquel día. «Poco a poco». Es lo mismo que decíamos de mamá cuando tenía sus altibajos.

Suspiré, porque estaba en lo cierto. Jake se había animado un poco cuando Mia había conseguido el trabajo de guionista, pero no había tardado mucho en volver a sumirse en el pozo de la desesperación y la rabia.

—He estado pensando en pagar unas vacaciones de lujo para Jake y Gabrielle, para que no estén aquí cuando llegue el aniversario. Bueno, he hecho más que pensarlo, el plan ya está en marcha.

—¿En serio? —dijo Finn.

—Es que creo que a los dos les vendría bien alejarse de todo el estrés que tienen encima. Así, en lugar de pensar en ese día y lo que ocurrió, tendrían la oportunidad de relajarse y volver a empezar. Ya sabéis, ponerse de acuerdo.

—Ponerse de acuerdo ¿en qué? —preguntó Connor.

—No lo sé… Últimamente, parecen atrapados en su rutina.

Se me había ocurrido que la mejor manera de remediarlo era cambiar un poco de ambiente. Por suerte, podía permitirme organizarlo de forma que se ajustara a las necesidades de Jake sin dejar de ser una experiencia de lujo.

Finn me lanzó una mirada, levantando una ceja hasta casi el nacimiento del pelo.

—¿Qué?

—Nada. Solo me sorprende que dediques tus esfuerzos a ayudar a Jake y Gabrielle a resolver sus problemas. ¿No eres tú el que siempre dice que las relaciones son una pérdida de tiempo?

—Y lo son —confirmé.

El amor solo servía para distraerle a uno de sus responsabilidades, y yo no me podía permitir distracciones, considerando todo lo que tenía a mi cargo. Debía proteger mi negocio, a mi madre, mis hermanos y toda la gente que se ganaba la vida trabajando en VeriTV.

—Pero creo que a Jake le vendría muy bien una distracción. Necesita algo que le haga sentirse bien, en lugar de estar siempre irritado.

—¿Sí? —dijo Finn, con una sonrisa altanera que me dio ganas de darle un puñetazo—. Y ya que has dicho que «sales lo suficiente», ¿quiere eso decir que has encontrado a alguien que te ayude a ti con tu irritación?

—Ve a llamar a la camarera para que podamos pedir de una vez —refunfuñé.

—Tomamos nota del cambio de tema —observó Connor.

Me limité a resoplar a modo de respuesta, pero no pude evitar recordar la fantasía que había estado utilizando últimamente para aliviar la frustración con mi mano derecha: Mia vestida con aquel corsé dorado en el cabaré.

Aunque daba igual cuántas veces aliviara aquella frustración en concreto: descargar la tensión no me ayudaba a controlar la atracción que sentía por ella.

Si acaso, iba de mal en peor.

16

LIAM

El ruido en el atrio del Centro de Convenciones de Los Ángeles era tan fuerte que apenas podía oír mis pensamientos, mucho menos escuchar nada de lo que Carl estaba diciendo a mi lado. Algo relacionado con una reunión de seguimiento con Damien Álvarez para hablar del dichoso piloto para su serie espacial, y aprobar las nuevas fotografías promocionales de *Morir a fuego* para una valla publicitaria en Hollywood Boulevard.

—Firma esto —dijo, poniéndome una tableta en las manos.

Miré a la pantalla con mala cara.

—¿Qué es?

—La carta de agradecimiento que vamos a enviar al parque de bomberos de Los Ángeles por su ayuda como consultores para *Morir a fuego*. Creo que sería bueno, desde el punto de vista de relaciones públicas, invitar a unos cuantos bomberos al plató, y que salgan en algunas escenas esta temporada.

—Me parece bien —dije a Carl, al tiempo que firmaba en la tableta y se la devolvía—. Habla con Paula y que lo vayan preparando.

—Eh, ¡esos somos nosotros! —dijo Carl cuando se escuchó un anuncio por los altavoces, que a mí solo me pareció una sarta de sonidos incomprensibles—. Sesión de preguntas en el Salón A.

—¿Cómo diablos puedes comprender lo que dicen?

—Porque ese es mi trabajo —explicó.

Se dio la vuelta y atravesó un grupo de gente disfrazada de personajes de *Doctor Who*. Yo esquivé una TARDIS con piernas mientras le seguía.

La convención *GeekCon* de Los Ángeles había caído en el mejor momento para promocionar la segunda temporada de *Morir a fuego*, así que había pedido a los de marketing que se ocuparan de incluirnos y organizaran una mesa redonda con algunos de los actores y miembros del equipo de producción. Como guinda del pastel, Paula había previsto emitir unas escenas del primer episodio, para que los fans empezaran a interesarse.

En el Salón A, todas las sillas parecían ocupadas por distintos personajes de anime, supervillanos, alienígenas de *Star Trek* o lo que fuera, y un Gandalf de aspecto muy realista. Mis ojos encontraron el escenario, donde había una serie de sillas situadas bajo el brillo de los focos. El logo de *Morir a fuego* apareció en la pantalla que servía de fondo al escenario y, cuando Paula salió con un micrófono, la sala estalló en aplausos.

—¡Fijaos en este público! —dijo ella—. Estáis todos fantásticos.

Más aplausos.

—Bueno, muchas gracias a todos por estar aquí hoy. Tenemos un montón de cosas estupendas que mostraros esta temporada, así que ¡vamos a dar la bienvenida al escenario a un grupo de gente muy especial, que os lo contarán todo!

Leo Sinclair salió de detrás de una cortina, sonriendo al público con aquella sonrisa perfectamente ladeada. Todas las mujeres de

mediana edad presentes en el público parecieron a punto de desmayarse, y Carl soltó un resoplido a mi lado.

—Sí que le saca partido a lo de ser el guaperas de la Estación 14, ¿eh?

Respondí con un gruñido mientras el resto de actores y personal salían al escenario, sin apartar los ojos de la cortina lateral para ver salir a Mia. Había sido invitada a participar en la mesa redonda y, aunque le había hecho mucha ilusión intervenir, Paula había dicho que parecía muy nerviosa.

Cuando la vi allí sentada, y recorrí con los ojos cada centímetro de las piernas bien torneadas que su falda negra ajustada dejaba al aire, me costó mucho ver nada que no fuera emoción. Mostraba una amplia sonrisa y saludó al público cuando Paula la presentó.

Una vez que todos estuvieron situados en el escenario, las luces se apagaron y las voces del público se redujeron a murmullos, mientras las imágenes del primer capítulo seleccionadas por Paula se mostraban en la enorme pantalla detrás del escenario. Aunque se alzaron numerosos teléfonos por todas partes para grabarlas, yo lo había aprobado por adelantado. No me importaba que se distribuyeran por internet unos cuantos vídeos de diez segundos. El hecho de que hubiera tanto público y pareciera tan receptivo era una buena señal, pero yo solo podía pensar en lo mucho que nos jugábamos al éxito de esa temporada. La gente ya tenía mucho interés en la serie, necesitábamos conseguir que les encantara. No podía permitir que nada saliera mal.

Y ese fue justo el momento en el que vi al perro.

Un destello de pelaje gris pasó por delante de la primera fila de asientos, como unos efectos especiales baratos, y se detuvo en seco delante del escenario. Llevaba puesta una capa roja, hecha con una camiseta de promoción de *Morir a fuego* recortada, en la que ponía en letras brillantes: *MORIR LADRANDO*.

—Pero qué cojones —gruñí, saltando de mi asiento y esperando que nadie se fijara en mí.

Me moví con rapidez, un poco agachado y tratando de confundirme con el personal de la productora alineado contra la pared. Uno de los vigilantes de seguridad me vio y empezó a acercarse, pero lo detuve con una mirada.

Mientras tanto, el perro estaba haciendo amigos. Se acercó al borde del escenario como si desfilara por una maldita pasarela, con la cola levantada, la lengua fuera y deteniéndose de vez en cuando para aceptar caricias de una mujer que llevaba una camiseta del Club de Esposas de la Estación 14.

—Ceniza —siseé, esperando llamar su atención—. Ceniza. *Ceniza*.

Nada.

El maldito bicho se dirigió en línea recta a las escaleras que subían al escenario, justo cuando el vídeo llegaba a su punto álgido. Se detuvo antes de subir, se dio la vuelta y me miró directamente a los ojos.

Me… ¿me estaba retando?

—Tiene que ser una broma.

Me abalancé sobre él.

Lo atrapé por el tronco justo cuando intentaba subir por las escaleras. Se retorció entre mis brazos, en un remolino de patas agitadas y sacudidas felices, y me lamió una oreja. Su capa me acarició la barbilla y yo lo miré con el ceño fruncido.

—No puedes estar aquí —murmuré—. Lo sabes, ¿verdad? —Esa vez, me lamió la nariz.

Suspiré con fuerza, pero no lo solté. Hice un gesto discreto con la barbilla a un becario que observaba la escena con ojos alucinados, para que se acercara y se llevara al perro.

—¿Cómo ha entrado aquí? —pregunté.

—Bueno, creo… —Titubeó, incómodo bajo mi mirada—. Creo que alguien de marketing pensó que era buena idea…

—Pues no ha sido una buena idea —interrumpí—. No dejes que vuelva a entrar aquí, no vaya a ser que empiece a dar entrevistas.

El chico asintió, sujetando a Ceniza como si se tratara de una reliquia sagrada. El perro soltó un ladrido de alegría y se acomodó en los brazos del becario como si hubiera ganado. Yo me limpié las babas de perro que tenía en la cara y volví a deslizarme entre las sombras a tiempo de oír el final de los aplausos.

—Bien, ahora vamos a dar paso a las preguntas —dijo Paula.

Hubo un revuelo inmediato entre la gente, que se puso en fila en los pasillos para acceder a los micrófonos por turno.

—Mientras os organizáis, yo haré la pregunta que sé que está en mente de todos. Cuéntanos, Leo, ¿va a posar Cade para el calendario de los bomberos de este año?

La sala volvió a romper en vítores, y aproveché para dejarme caer en mi asiento como si no hubiera pasado nada. Carl se inclinó hacia mí.

—Muy bien manejado.

—Olvidémoslo.

Miré al escenario rezando por que no se torciera nada más. Mientras tanto, Leo rio y le pasó la pregunta a Mia.

—Creo que esa es una buena pregunta para nuestra escritora jefe.

—No lo sé —dijo Mia en el micrófono, en tono divertido—. No estoy segura de que eso les interese mucho a los fans.

—¡Pues claro que sí! —gritó la TARDIS con piernas.

—Perdona, ¿cómo dices? —preguntó Mia—. Vais a tener que gritar un poco más fuerte, si es verdad que estáis interesados.

La sala entera se puso a gritar. El entusiasmo del público era evidente.

—Podríamos hacerlo por una buena causa —dijo Carl, inclinándose hacia mí de forma que le escuchara por encima de los gritos—. Fotografiamos a todos los actores y sacamos el calendario al mismo tiempo que el primer episodio de la temporada.

—Organiza una reunión con los de marketing —asentí.

—Ahora mismo. —La añadió a la lista interminable de tareas de su teléfono.

Mis ojos se volvieron a Mia, y se quedaron allí durante el resto de la sesión, mientras los actores contestaban una pregunta tras otra. Por fin, el tiempo que nos habían asignado terminó, y todo el grupo salió del escenario para ser despedidos con una última ronda de aplausos entusiasmados.

Para mi sorpresa, en lugar de dirigirse entre bastidores, con los demás, Mia bajó las escaleras del escenario y se mezcló con el público que salía de la sala.

—Nos vemos en la oficina —dije a Carl.

Él asintió y se alejó con la nariz metida en el teléfono. Yo salí también con la marea de gente, mirando a derecha e izquierda hasta que divisé a Mia justo cuando doblaba una esquina. Corrí tras ella, preguntándome a dónde iría. Tal vez, ni siquiera ella lo sabía. El apodo que le había puesto, Pulgarcita, me pareció más adecuado que nunca mientras la seguía por un pasillo del edificio tras otro.

Para cuando la alcancé, habíamos cruzado medio centro de convenciones y habíamos llegado a la sección de los Artistas. Aquella zona estaba llena de puestos en los que los creadores vendían objetos de promoción y pósters de su trabajo. A lo largo de las

paredes, había varias mesas para que los fans pudieran hablar con los escritores, dibujantes de cómics y…

¿Mia?

La vi tomar asiento en una mesa situada bajo un cartel de *Corazón Apresurado*. Me acerqué a un puesto cercano para coger una guía para visitantes, y pasé las páginas con rapidez. Ahí estaba, anunciado en negrita: **Mia Collins, creadora del cómic viral, *Corazón Apresurado*. Firmará a las 14:00 horas.**

No sabía que había aceptado aquella oportunidad. Jake no lo había mencionado la última vez que le vi. Era posible que ni siquiera se lo hubiera contado a él. ¿Lo sabría alguien?

Me acerqué un poco, impresionado con la cantidad de gente que hacía cola para hablar con ella. No era comparable a la multitud que había venido a la sesión de *Morir a fuego*, pero no dejaba de ser sorprendente. A la distancia a la que estaba, podía ver que algunos de sus fans llevaban camisetas, pines y bolsas hechos en casa, decorados con sus personajes.

Y, entonces, me fijé.

Oh, no, por Dios.

Miles. Camisetas de *Miles*. Alguien había dibujado su cara presuntuosa en una sudadera, y le había decorado los ojos con purpurina.

Fruncí el ceño. Pero, al parecer, esa fue la decisión equivocada.

—Ay. ¡La LECHE! ¿Tú eres Miles? ¡Desde luego que eres Miles! —chilló una voz.

Las cejas debieron llegarme hasta la línea del pelo cuando alguien me plantó un teléfono en la cara, y una adolescente que llevaba pulseras de la amistad con el mensaje ADORO A MILES se puso a chillar.

—¿Puedo hacerme un selfi contigo?

—Oh…

Miré a mi alrededor, buscando una vía de escape, y mis ojos se encontraron con los de Mia, esperando que pudiera ayudarme. Supe que me había metido directamente en la boca del lobo, cuando me rodeó un grupo de jovencitas enloquecidas. Mia abrió mucho los ojos, sorprendida, pero su expresión se transformó enseguida en una más peligrosa, adornada con una sonrisa torcida muy irónica.

—¡Tienes la misma cara de malas pulgas! —exclamó otra cría—. ¡Aaaay!

—Ay, sí, ¡es que es igualito! ¡Son las cejas!

Alguien me tocó el brazo y di un salto involuntario. Puede que hasta chillara. Necesitaba salir de allí a toda velocidad, antes de que me comieran vivo. Había teléfonos haciendo fotos desde todos los ángulos. La traidora de Mia se puso las manos a los dos lados de la boca para gritar:

—¡Si os ponéis en fila, os dedicará una de sus miradas enfurruñadas a cada uno!

La miré, horrorizado. Ella me guiñó un ojo.

—Ah, no, no lo haré —dije, buscando una salida.

Iba a matarla. O a matarme yo. Lo que fuera más rápido.

Pero entonces, miré a aquellos chavales, que prácticamente vibraban de entusiasmo. Hacían gestos de la paz, lanzaban besos y todo era muy, pero que muy horrible. Aun así, parecían tan ilusionados de estar allí y tan entusiasmados con el trabajo de Mia, que desilusionarlos sería como dar una patada a un cachorrito. Un cachorrito molesto a más no poder, y provisto de un palo para selfis. Era evidente que me encontraba en uno de los nueve círculos del infierno de Dante. Habría preferido ser condenado a subir una roca

hasta la cima de una montaña todos los días de mi vida, que enfrentarme a una manada de fans adolescentes con cámaras.

Miré a Mia, que se limitó a encogerse de hombros.

—Tú solo acéptalo —dijo.

Se estaba riendo con tantas ganas, que tenía que limpiarse las lágrimas de los ojos.

Si Dios tuviera compasión, me aniquilaría en este momento.

—No tiene gracia —refunfuñé.

Eso hizo que las fans chillaran aún más.

—Le encanta que le llamen Sonrisas —añadió Mia.

¡De acuerdo, esa era la última gota! Agarré un boli de una de las manos y empecé a escribir mi nombre en todos los ejemplares que me estaban poniendo delante de las narices.

—Un selfi para ti —dije, mirando enfurruñado un teléfono—. ¡Siguiente! Otro para ti. ¡Siguiente!

La única forma de salir de aquel lío era hacer las malditas fotos y firmar los dichosos cómics, para que aquellos chavales se marcharan de una vez, así que eso era lo que pensaba hacer.

—Bueno, ya está bien —dije a una chica que ya se había hecho una foto conmigo y tenía mi autógrafo y el de Mia—. Lárgate.

—¡Me ha dicho que me largue! —dijo a su amiga, con una sonrisa gigante—. ¡Igual que Miles!

¿Era demasiado esperar que cayera un meteorito sobre aquel lugar justo en ese momento? Me hice las fotos tan rápido como pude, pero cada vez que levantaba la vista, la fila parecía más larga, porque la gente terminaba con Mia y, al instante, se ponía a la cola para verme a mí.

Miré la camiseta que alguien me había puesto en la mano, con la cara ceñuda de Miles. En un bocadillo ponía: «No me hables».

—Uf.

La firmé y la devolví cuanto antes. El karma me debía estar dando una lección: no sigas a una mujer por una convención de fans, porque acabarás teniendo que participar en su firma de autógrafos.

Volví a mirar a Mia y sentí que se aliviaba un poco la irritación de mi pecho. Ella sonreía de oreja a oreja, tan evidentemente encantada con las reacciones de los fans, que mi humor mejoró incluso a pesar de mí mismo. Había algo encantador en la forma en que se relacionaba con las chicas: hablaba con ellas de sus historias, escuchaba los problemas que tenían en el instituto y con los chicos… Sentí una especie de dolor, motivado por lo mucho que deseaba que encontrara el éxito.

Aguanté otro selfi y mandé a otra cría a reunirse con sus amigas, cosa que hizo dando saltitos, emocionada por haberme visto. Volví a mirar a Mia y la encontré observándome con una sonrisa. Una de verdad, no burlona ni irónica. Como si estuviera orgullosa de mí.

Y, que Dios me ayudara, yo le devolví la sonrisa.

La oleada de atracción que sentí en ese momento me sorprendió porque, junto con ella, comprendí lo mucho que me *gustaba* estar con Mia. Ni siquiera estaba pensando en arrancarle la ropa, solo me alegraba de verla como estaba en ese momento: segura, radiante, rodeada de gente a la que le encantaba lo que ella había creado.

Y me gustaba saber que yo no le había estropeado aquel momento. Que, de algún modo, al quedarme y sobrevivir al apocalipsis de los selfis, la había hecho un poco más feliz.

De acuerdo, también estaba pensando en arrancarle la ropa, pero esa no era mi idea principal y eso… Eso suponía una novedad.

17

MIA

Cuando terminó la sesión de autógrafos, me sentí como si hubiera corrido una maratón. Había hablado con tantos adolescentes y preadolescentes chillones que estaba bastante segura de que, al día siguiente, estaría afónica. Eso sí, el subidón que sentía era aún mayor que el del día en que conseguí el trabajo en *Morir a fuego*.

Pero la sorpresa más grande había sido que Liam no solo se presentara allí, sino que se hubiera quedado a representar el papel del gruñón de Miles.

—¿Sabes? Creo que has hecho que esta experiencia haya sido mucho más especial para todos ellos —dije a Liam cuando, por fin, consiguió librarse del último de los fans.

Parecía haberse quedado sin aliento y me mordí un labio, pensando en lo agradable que sería pasarle los dedos por el pelo.

—Y, por cierto, muy bien hecho lo de antes, con Ceniza.

—¿Lo has visto?

—He visto cómo lo placabas.

—No lo he placado —su ceño se hizo más pronunciado.

—Lo has levantado en volandas —reí.

—Ese perro es una amenaza.

—Sí, en el mejor sentido —dije—. Y le gustas.

—También le gusto a los de Hacienda, pero eso no significa que el sentimiento sea recíproco. Aún no puedo creer que alguien pensara que era buena idea traer aquí al perro. Podía haber arruinado el…

—Venga ya, no ha pasado nada —interrumpí—. Disfruta un poco. Relájate. Como ahora… Te he visto firmando cosas con las frases que más les gustan a los fans. No ha estado tan mal, ¿verdad? Estoy segura de que eres superblandito con tu sobrina. No has podido decir que no a ninguna de esas crías. —Solté un bufido—. De hecho, creo que no habrías firmado algunas de las frases que te han pedido si hubieras sabido cuál era el contexto.

Había una escena basada en nuestra discusión en Beans & Brews, con leche de avena y todo, que se había hecho famosa, pero que no le haría ninguna gracia.

—Sé lo de la leche de avena —dijo con sarcasmo—. Creo que me deberías incluir como autor por haber dado pie a toda esa historia de la cafetería que has exprimido —y va con intención— durante dos capítulos.

Abrí mucho los ojos por la sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

Él se encogió de hombros.

Sabía que seguía la pista de Miles para saber a qué nuevos horrores le sometía a «él», pero había asumido que no seguiría el resto de la historia. Me puse las manos en las caderas, sonriendo.

—Te lees mi cómic. Todo entero.

—Bueno, está claro que necesito el contexto para estar al tanto de lo que le haces a Miles —gruñó, tratando de mantener la fachada.

—Ajá —dije, cruzándome de brazos, incapaz de ocultar lo mucho que me divertía.

—Y eso significa que tengo que saber en qué clase de escándalos le van a implicar el resto de tus personajes, que no son más que malas influencias.

Me eché a reír mientras terminaba de recoger mis cosas.

—¡No son malas influencias!

—Estuviste a punto de hacer que Miles se la cargara por culpa de ese imbécil de Chris, que intentó hacer pasar el trabajo de Melanie como suyo propio en el proyecto de fin de curso.

—Sí, eso desató toda una batalla en los comentarios —murmuré.

Había terminado por desactivar los comentarios durante un tiempo, hasta que las cosas se calmaran. Aquel argumento lo había inspirado mi exnovio más reciente, que había sentido celos de mi éxito con *Corazón Apresurado*, cuando empezó a irme bien.

Aquella era precisamente la razón por la que los escritores no debían salir con otros escritores. Mi ex había utilizado cuentas falsas para publicar en los comentarios cosas horribles sobre mí y mi trabajo. Lo supe porque el muy idiota había dejado la sesión iniciada en el ordenador de su casa con un alias absurdo. No hacía falta explicar lo rápido que había roto con él.

—Sí, bueno, está claro que PuppetMaster3000 nunca recibió cariño cuando era pequeño y estaba falto de atención —murmuró Liam—. Tampoco aprendió nunca ortografía. Y no intentes decirme que debería ser más amable con él porque tal vez solo es un niño. Estoy seguro de que es un hombre de mediana edad que escribe desde el sótano de su madre, porque abusa de la palabra «radical» como si estuviéramos en los ochenta.

Abrí la boca, pero no supe qué decir. Nunca le había contado a Jake que el gilipollas de los comentarios era Keith, mi ex, porque me daba

vergüenza, y él ya odiaba a todos mis novios por principio. No necesitaba demostrarle que tenía razón, *otra vez.* Pero, si Jake no sabía que era Keith, no podía habérselo contado a Liam, y lo que decía Liam… sugería que él mismo podía haber sido una de las personas que intentaron defenderme en la discusión de los comentarios.

—Un momento. ¿Tú no serás… PulpFrustration?

—¿Qué? ¡No! —Liam lo negó con tanto énfasis que me resultó clarísimo que mentía—. ¿De qué hablas?

—¡Eres tú! —insistí—. Te pusiste a discutir con PuppetMaster3000.

—Y qué? —preguntó él.

No podía creerlo. PulpFrustration era una de mis personas favoritas de los comentarios. No tenía ni idea de que era él.

—Liam, yo…

—¿Qué? —repitió, como si no pasara nada, aunque para mí era algo muy importante—. Necesitas gente normal en tus comentarios, para compensar lo que dicen los imbéciles.

—Bueno, creo que la mayoría son adolescentes.

—Salvo idiotas como PuppetMaster3000, que no son capaces de reconocer a alguien con talento —gruñó él.

—Ojalá mis padres pensaran como tú —dije, mientras salíamos juntos del centro de convenciones—. Siempre pensaron que el arte era una pérdida de tiempo. Si quería materiales de dibujo, tenía que gastarme el dinero que ganaba como canguro, y esperar a que los niños se fueran a dormir para practicar un poco. Si dibujaba en casa, tenía que esconderme, porque si mis padres me pillaban, me regañaban por no hacer algo «útil».

Liam sacudió la cabeza.

—¿Quién se negaría a comprar a su hija materiales para dibujar?

—No lo sé. Ellos querían que Jake y yo nos apuntáramos a actividades extraescolares útiles. Ya sabes, cosas que destacaran en las solicitudes para la universidad, cuando llegara el momento. Sobre todo, deportes. No paraban de hablar de cuánto le gustaba el baloncesto a Jake, y que yo tenía que encontrar algo similar. El problema era que yo ya había encontrado lo que me gustaba, pero a ellos no les parecía bien.

—Pues es una estupidez, porque tienes muchísimo talento. —Liam arrugó la nariz—. Además, los deportes y tú no sois una buena combinación.

—¡Eh, que intenté el voleibol en serio! —protesté, riendo.

—¿Y cómo te fue?

—Me rompí dos dedos, ¿te acuerdas? Por suerte, fue la mano izquierda, así que pude seguir dibujando.

—Tal vez deberías haber invitado a tus padres a venir hoy, para que vieran a ese montón de fans desquiciados —sugirió—. Si vieran hasta qué punto les entusiasma lo que haces, tal vez lo entenderían un poco más.

—Ellos nunca vendrían a un evento así —protesté.

—Pues ellos se lo pierden —observó Liam, en un tono tan sincero que me llegó al alma—. Aunque esa horda de adolescentes casi me destroza, reconozco que es evidente cuánto les gusta lo que escribes y la historia que les estás ofreciendo. Estás dejando una huella en sus vidas, y creo que eso es lo que identifica a un gran artista.

Tuve que pestañear para contener las lágrimas, y me costó tragar saliva. ¿Me acababa de dedicar Liam Lockhart el mejor elogio que había recibido en mi vida? No pude evitar sonreír.

—Vale, ¿quién eres tú y qué has hecho con el auténtico Liam?

—¿El auténtico Liam? —repitió, poniendo los ojos en blanco—. Venga ya, Pulgarcita. Estate atenta, o volverás a perderte.

—Eso ya está mejor —aprobé—. Por un momento, me había asustado. He pensado que los fans te habían traumatizado tanto que habías desarrollado una nueva personalidad.

Liam me miró con el ceño fruncido y, por una vez, me resultó reconfortante.

—Recuérdame que no vuelva a apuntarme a enfrentarme con una horda de fans adolescentes.

—Has disfrutado de cada instante, y lo sabes.

Pasamos por delante del puesto de un artista que exhibía ilustraciones de gatos. Había gatos de temática de Harry Potter, del *Señor de los Anillos*, gatos de anime, y una fila entera de gatos malhumorados. Uno de esos últimos vestía un traje gris.

—¡Dios mío! —exclamé, parándome delante del puesto—. ¡Eres tú! —cogí la ilustración y, prácticamente, se la planté a Liam en las narices—. ¡Mira!

Él hizo una mueca y arrugó toda la cara, mirando aquel adorable gato atigrado, con su nariz en forma de corazón, corbata azul y expresión feroz.

—Ese *no* soy yo.

—Hola —dije al vendedor—. ¿Me puedes dar uno de estos gatos enfadados con traje?

—No compres eso —advirtió Liam.

—Me puedo gastar el dinero como me parezca —dije, dedicándole una sonrisa malvada—. Además, es igualito a ti. Mira estos ojos sin expresión, la rabia latente…

—¿Lo quieres con marco? —preguntó el vendedor—. Solo cuesta diez dólares más.

—No, no lo quiere —contestó Liam, al tiempo que yo gritaba—: ¡Sí, claro!

—Estoy totalmente en contra de esto —hizo constar Liam.

—Lo sé —contesté, encantada—. Me lo estoy pasando genial.

El vendedor me entregó la ilustración enmarcada del gato, y la alcé como si fuera un trofeo.

—Lo voy a poner en la sala de guionistas.

—Ni en broma.

—No puedes impedírmelo.

—Te lo prohíbo.

—Tampoco puedes prohibírmelo.

Los ojos de Liam brillaron con un destello de advertencia.

—El edificio es mío. Ya verás si puedo.

Volví a sonreír.

—Se te está ocurriendo algo que tiene que ver con recursos humanos, ¿no?

Él apretó los dientes, sin quitar los ojos de la ilustración.

—Así que no solo tengo que aguantar a Miles habitualmente, sino que, ¿ahora me has reducido a un gato?

—Ah, tienes razón. Tal vez lo que necesita *Corazón Apresurado* sea un gato gruñón. ¡Tal vez Miles necesita un gato gruñón! Podría sacarlo a pasear con una correa y así podrían lanzar miradas enfurruñadas a todos los que se encuentren.

—Estoy seguro de que no lo necesita.

—Sería adorable. ¡A los fans les encantará! Y aportará al personaje esa profundidad que tanta falta le hace —me burlé—. Con eso de que es tan plano, y tal.

—¿Aún estás obsesionada con eso? —preguntó Liam, con una ceja levantada.

—No —mentí—. Ya lo he superado.

—¿Estás segura? Porque suena como si estuvieras esperando otra disculpa.

—En serio, lo he olvidado —reí.

—Te conozco lo bastante como para creerlo —resopló él—. Nunca se te olvida nada.

Hizo una pausa, durante la que pareció pensar un poco, antes de seguir hablando.

—¿Y si te soborno con una cena, para olvidar el incidente de la cafetería, de una vez por todas?

—¿Ahora lo llamamos así? —pregunté—. ¿El *incidente*?

—¿Quieres cenar o no? —dijo casualmente por encima del hombro, mientras empezaba a alejarse.

Me apresuré a ir tras él.

—Me muero de hambre. Ver cómo te acosaban los fans de *Corazón Apresurado* me ha abierto el apetito.

Liam me lanzó una mirada diseñada para helarme la sangre en las venas, pero, en aquel momento, lo único que consiguió fue calentarme el espacio entre las costillas.

—Deja que te ayude a llevar eso —dijo, tendiendo la mano hacia una de mis bolsas.

—Ni hablar —protesté, y las apreté más fuerte—. Sé que solo quieres apoderarte del gato Liam para tirarlo a la primera papelera que veas. —Él no se molestó en negarlo—. El gato Liam se unirá a los guionistas mañana en la sesión de ideas.

—No quiero ver esa cosa en la oficina.

—Ahora es nuestra mascota.

—Mia, como vea esa ilustración, te juro que…

—Lo siento, no te oigo —grité, escabulléndome entre un grupo de fans.

Me di la vuelta justo a tiempo de ver cómo una TARDIS con piernas se estrellaba contra Liam.

18

MIA

Aún me estaba riendo cuando llegamos al restaurante, un sitio que servía ramen y estaba decorado con carteles de películas antiguas. La cocina estaba a la vista y podíamos ver a los cocineros trabajar bajo una hilera de farolillos rojos. El olor a caldo de cerdo hizo que me rugiera el estómago.

—Tampoco ha sido *tan* gracioso —murmuró Liam cuando nos sentamos.

La camarera nos entregó dos cartas de papel y señaló un código QR que nos permitiría pedir la cena directamente.

—Ha rebotado contra ti como una pelota de goma y ha salido volando.

La imagen de aquella chica, atrapada en el suelo dentro de una caja de cartón azul, con los pies en el aire, se me había grabado en el cerebro. Pero solo me permití reír cuando supe que no se había hecho daño. Hasta ella misma se había reído cuando volvió a ponerse en pie.

—Pero te has comportado como un caballero y la has ayudado a levantarse.

De hecho, Liam, con su metro noventa, se había apresurado a recogerla del suelo como si no pesara nada, y yo me había sentido desfallecer un poco. Por un momento, había deseado ser yo la chica a la que Liam había cogido en sus brazos, y sabía muy bien que, si me hubiera caído yo, Liam habría sido el primero en correr a ayudarme y asegurarse de que estaba bien. Eso sí, seguro que me soltaría al momento como si fuera radioactiva porque, si algo podía esperar ya de Liam, era que saliera huyendo de cualquier sitio para dejarme tirada cuando las cosas se ponían serias. Al parecer, en su mundo, el amor era demasiado complicado, y él y yo… Eso sería la mayor complicación del mundo.

—Bueno, tampoco iba a dejarla tirada en el suelo —protestó Liam.

—Ha sido muy galante por tu parte. —Ya se me estaban ocurriendo escenas para el próximo capítulo de *Corazón Apresurado*—. Me parece que a Miles le va a pasar algo similar dentro de poco. Necesita un momento heroico. Los fans se volverán locos.

—No voy a volver a firmar en la vida.

—Te prometo que te avisaré de todas las firmas que tenga en el futuro, para que puedas evitarlas.

—Mentirosa —resopló él.

—Esta noche me apetece algo clásico. ¿Un *tonkatsu*, tal vez?

—Yo estaba pensando en ramen picantes con kimchi. —Escaneó el código QR con su teléfono—. ¿Te apetece compartir unas *gyozas*?

—Yo pediré mi comida —dije al momento.

—Te he invitado *yo* a cenar —rebatió él, haciendo el pedido—. Así que yo me encargo.

—No necesito que me invites.

—Te estoy sobornando, ¿recuerdas? Para olvidar lo de la cafetería. No puedes pagar tu propio soborno, eso sería absurdo. —Me miró

furioso, con unos ojos que lanzaron destellos bajo las luces, y una ceja levantada que me desafiaba a seguir discutiendo.

Muy bien. Si quería invitarme, ¿quién era yo para quejarme? Tampoco es que aquello fuera una cita, así que no tenía nada que demostrar pagando mi parte de la cena. Solo era una cena entre… ¿amigos? No, no se trataba de eso. ¿Compañeros de trabajo? ¿El hombre que era la cruz que llevaba a cuestas, y yo?

Sonó una notificación en el teléfono de Liam y él lo cogió y escribió con rapidez un correo electrónico, con la frente arrugada por la preocupación.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Solo estoy reorganizando unas cuantas reuniones.

¿Se refería a que las tenía ahora? ¿Estaba perdiéndose alguna reunión importante para cenar conmigo?

—Oye, si tienes que irte…

—No —respondió, dejando el teléfono boca abajo sobre la mesa.

—Supongo que el trabajo no se acaba nunca, ¿eh? —pregunté, sintiéndome un tanto incómoda.

—Yo no puedo desconectar a las cinco, si es eso a lo que te refieres.

—¿Y alguna vez…? —empecé—. Bueno, eso parece demasiado. ¿Alguna vez tienes tiempo de desconectar?

La camarera apareció un instante para dejar dos vasos de agua delante de nosotros.

—Llevo tantos años a este ritmo que ya me resulta normal —explicó Liam—. Si no tuviera mucho que hacer, o si dejara de recibir mensajes, creo que me preocuparía.

—La verdad es que no sé cómo lo haces —comenté, sacudiendo la cabeza—. A mí me parece que trabajar en *Morir a fuego* y seguir con

Corazón Apresurado ya es muy complicado.

—Recuerdo que así pensaba yo cuando estaba en la universidad y empecé a montar este negocio.

—Jake siempre me dijo que lo empezaste como una broma. —Bebí un poco de agua.

—En aquella época tenía una novia que hacía teatro y siempre hablaba de los dramas que había en las representaciones de los estudiantes. Cada día había un problema distinto: los de iluminación y los de sonido discutían sobre quién era más importante, había fallos de vestuario, todo el mundo se acostaba con todo el mundo… Un día, se me ocurrió la idea de grabar una pequeña serie con todo aquello.

—Como *¿Gran hermano entre bastidores*? —bromeé.

—Exacto —respondió con una sonrisa—. Creamos una página web para emitirla, y cobramos un precio de suscripción muy bajo, lo mínimo para cubrir gastos.

—Tengo la sensación de que eso ya es mucho más de lo que la mayoría de los universitarios consiguen en cuatro años.

Él ignoró el cumplido.

—La compañera de habitación de mi novia estudiaba filmografía, y creo que consiguió créditos para su carrera por participar en la serie. Mi compañero de habitación hizo lo mismo con la página web, porque estudiaba informática.

—¿Y tú?

—Yo estudiaba empresariales. Preparé el presupuesto, alquilé los equipos, me hice cargo de las suscripciones y me aseguré de que todos los estudiantes que salieran en las imágenes firmaran un consentimiento. Básicamente, hice de productor, aunque en aquella época no me preocupaban los títulos. La serie tuvo mucho éxito en la universidad y, en poco tiempo, un montón de estudiantes

empezaron a ponerse en contacto conmigo para decirme que querían hacer sus propias series. Se corrió la voz, y empezamos a recibir suscripciones de otras universidades del país.

—Y entonces dejó de ser una broma, ¿no? —pregunté—. Aun así, no entiendo qué te hizo dar el salto de la telerrealidad a *Morir a fuego*. ¿No es más barato hacer series de telerrealidad?

—Ya lo creo —confirmó Liam—. Y también se graban mucho más rápido. Además, siempre hay alguien con una nueva idea que proponer. Pero cuando Lyle me planteó hacer *Morir a fuego*, hace tres años, el guion me pareció muy bueno. Y, ya sabes, gracias a Jake, el mundo de los bomberos me resultaba muy cercano y conocido. Algo me dijo que me lanzara.

—Buen instinto —observé.

—O pura suerte.

—Creo que hace falta más que suerte para tener tanto éxito —señalé.

—Tampoco es que todo hayan sido éxitos —dijo él, encogiendo los hombros—. También ha habido algún fracaso. *Morir a fuego* no ha sido la primera serie que he intentado emitir. Hace unos diez años, vino a verme un compañero de la facultad con una idea.

—¿Ha habido otra serie de ficción en VeriTV? No recuerdo verla —dije, sorprendida.

Incluso aunque no hubiera sido un éxito como *Morir a fuego*, no imaginaba que la hubiera eliminado de la plataforma por completo. En el mundo del *streaming* mandan los contenidos, e incluso un contenido malo es mejor que no tener nada. Por esa razón, los catálogos de los servicios incluían tantas cosas aleatorias: dramones suecos, concursos tailandeses… cualquier cosa que ofrecer para el consumo de los usuarios.

—Eso es porque no conseguimos completar ni un solo episodio.

Oh, vaya.

—Me gasté un montón de dinero en desarrollar la idea, y di a mi amigo bastante libertad para hacer lo que quisiera, porque me fiaba de él —explicó Liam, con expresión malhumorada—. Eso resultó ser una idea horrible, porque la producción fue un desastre. Me aseguré de que con *Morir a fuego* no nos ocurriera lo mismo, y estuve presente en el rodaje cada día, aunque solo fuera durante un rato. Estuve muy encima del presupuesto y la planificación, me aseguré de que tuviéramos todo lo necesario para los decorados, el vestuario, lo que hiciera falta. No dejé nada al azar.

—¿Salvo el equipo de guionistas?

—Salvo a los guionistas —confirmó él, con un suspiro—. No quería interferir en el aspecto creativo de la historia, porque había oído que eso no le hacía ninguna gracia a Lyle. Debería haber sabido que acabaría por saltar por los aires.

—Siento mucho que ocurriera todo eso.

Era la primera vez que Liam me había permitido atisbar lo que había detrás de todo el proyecto, y eso ponía en perspectiva algunos de los aspectos más fastidiosos de su comportamiento controlador.

—Solo quiero que VeriTV tenga éxito —afirmó—, para poder seguir ocupándome de la gente que depende de mí. Y también quiero que nuestros contenidos sean divertidos, entretenidos y le gusten a la gente. El hecho de que Lyle casi lo echara todo a perder… —Sacudió la cabeza y apretó los dientes.

Yo sentía algo similar respecto de *Corazón Apresurado*. Quería que fuera una historia con la que la gente se identificara, y que les importara. El corazón me había dado un vuelco al comprender hasta qué punto se preocupaba Liam por VeriTV y por sus empleados. La razón por la que me había gustado desde hacía tantos años no era muy profunda: principalmente se debía a lo bueno que estaba. Pero

ahora nos encontrábamos en posiciones similares, y maldita sea si eso no hacía que me resultara aún más atractivo.

Me gustaba mucho más de lo que debería.

—La segunda temporada va a ser increíble —dije—, en serio. Tenemos un equipo estupendo, y ya has visto las reacciones de la gente hoy. Si sacamos un calendario de bomberos sexis, no habrá quien nos pare.

—Carl cree que es una idea estupenda para fines benéficos —sonrió él.

—Y tanto. Podemos sacar uno por cada temporada de la serie. ¡Sería un regalo de Navidad estupendo!

Nuestra comida llegó en ese momento, y Liam probó el caldo de sus fideos antes de añadir chile picante molido.

—¿Vas a regalar un calendario a tus padres? —preguntó escéptico.

—Ni en broma. Siguen pensando que este trabajo no es más que un juego. Seguramente, en estos momentos me están preparando un escritorio en la empresa familiar.

—¿Sabes? Podrías traerlos a visitar el estudio algún día, si quieres —propuso Liam.

Negué con la cabeza.

—No serviría de nada. Ellos no entienden este mundo. A ver, tampoco les gustó nunca el trabajo de Jake, pero en lo que se refiere a escribir… Creen que no es un trabajo *de verdad*, y nunca han creído que pueda tener ningún éxito con ello.

—Pero ya tienes éxito —protestó él—. *Corazón Apresurado* es más popular cada día

—Lo sé, pero mi padre no deja de insistir para que me dedique a otra cosa, y mi madre quiere que me convierta en una especie de mujer florero.

Liam se atragantó con sus fideos.

—¿Cómo dices? —Se limpió la boca con la servilleta—. Cuéntame más sobre eso de ser una mujer florero.

—No para de buscarme futuros maridos. —Encogí un hombro.

—¿Cómo? ¿Quiere que seas ama de casa?

—No creo que eso le importe mucho. Lo que quiere es que me case con un hombre que tenga un buen sueldo y un seguro médico en el que me pueda incluir. En su defensa, pagar por un seguro médico es un horror.

—Tu salario en VeriTV incluye un seguro médico —observó Liam.

—Sí, y mi cuenta corriente te lo agradece mucho. Pero el trabajo en VeriTV es el primero con seguro médico incluido que he tenido en los tres últimos años, y mi madre lo sabe. De ahí la procesión de hombres que me ha presentado. Creo que, a estas alturas, ha debido de ser media ciudad. El último vendía váteres.

—¿Váteres? —Liam echó la cabeza hacia atrás con una gran carcajada—. No me lo creo.

—¡Es verdad! —Rebusqué en mi bolso—. Hasta me regaló un cupón.

—¿Para qué?

—¡Para un váter! —Encontré el papel y se lo planté en la cara.

Liam entornó un poco los ojos mientras me quitaba el cupón de la mano.

—Lo voy a enmarcar.

—Cállate.

—Lo digo en serio.

—Genial —murmuré—. Podemos ponerlo junto a la ilustración del gato. En serio, si ya ha llegado a alguien que se dedica a los váteres,

miedo me da pensar a quién me presentará a continuación.

Intenté no compadecerme de mí misma. Sí, a posteriori, aquella cena me permitía contar una historia muy divertida, pero ir a visitar a mis padres una y otra vez, solo para que me dijeran que mi vida no iba a ninguna parte e intentaran colocarme con el hombre de la semana, resultaba humillante y desalentador.

—¿Les has pedido alguna vez que lo dejen? —preguntó Liam, en un tono amable que me sorprendió y me hizo sonreír un poco.

—Muchísimas veces, pero mi madre no conoce el significado de la palabra «no». Ella se lo toma como un reto para esforzarse más.

En ese momento, mi teléfono empezó a vibrar, y el nombre de mi madre apareció en la pantalla. Se lo mostré a Liam.

—Y ahora, el universo ha decidido que te va a demostrar lo que digo.

Contesté y activé el altavoz del teléfono.

—¡Llevo intentando dar contigo todo el día!

—Hola, mamá —dije, conteniendo un suspiro—. Estaba en una convención sobre la serie. ¿Te acuerdas de que te lo conté? Y he firmado autógrafos para *Corazón Apresurado*. Ha ido muy bien, hemos…

—Esta semana vendrás a cenar, ¿verdad? Es que tengo que hacer la compra mañana.

Más pretendientes, dije a Liam sin voz, poniendo los ojos en blanco, y fingiendo que no me importaba que mi madre ni siquiera me hubiera dejado terminar la frase antes de ignorar por completo lo que le estaba contando.

—¿Te va bien el viernes?

—Sí, el viernes puedo. —Me froté la frente.

—De acuerdo, genial. Nos vemos el viernes.

Mi madre colgó antes de que yo pudiera hacerlo, y traté de esbozar una sonrisa para Liam.

—Como sea otra vez Peter Porter el de las Porcelanas, me va a dar algo.

—Creía que lo decías en broma —dijo Liam.

—Nunca bromeo con los váteres —dije en tono ligero, aunque dejé caer los hombros.

—¿Por qué no llevas a alguien a la cena contigo, para que te apoye? —sugirió Liam—. Así, al menos no te enfrentarías sola a esos pretendientes tan horribles que invitan tus padres.

—Lo he intentado, pero Jake se niega a ir.

—Me refería a mí.

—¿Cómo? —le miré, parpadeando sorprendida—. Si me acompañas el viernes, mis padres asumirán que estamos saliendo.

—Bien. —Se encogió de hombros—. Si lo creen, te dejarán en paz.

¿Haría algo así por mí? Le miré con suspicacia.

—Una vez más: ¿quién eres tú y qué has hecho con Liam?

—No deberías tener que aguantar una encerrona cada vez que vas a cenar con tus padres. —Comió una cucharada de fideos, y continuó —: Además, necesito que mi guionista jefe se centre en la serie, no puedo permitir que se estrese por un vendedor de váteres.

Se me escapó un resoplido. *Claro*. La serie. Durante un momento, había llegado a pensar que yo le importaba algo más que un comino. Aunque, visto de otro modo, que estuviera dispuesto a *fingir* que salía conmigo para que mis padres me dejaran tranquila suponía un cambio muy considerable respecto del «no puede ocurrir nunca» que dijo cuando estuve sentada en su regazo en el club de Sophie.

Aunque… ¿era realmente un cambio? Sí, me había dejado muy claro que no habría nada de sexo, pero… No era nada nuevo que estuviera dispuesto a ayudarme. Siempre había sido la clase de hombre que se ocupaba de ayudar a la gente a la que quería. No había más que ver lo que había hecho por Jake durante el accidente. Así que tampoco era para tanto. Le había contado mi problema, y a él se le había ocurrido una solución, como era propio de Liam.

—Salvo que prefieras convertirte en la Princesa de la Porcelana —continuó Liam—. ¿Crees que tu trono vendrá con una escobilla para limpiar?

—No me obligues a tirarte este huevo escalfado a la cara —le amenacé.

Liam se echó a reír.

—Exigiré un pago por mis servicios.

—¿Qué tipo de pago?

Una sonrisa, malvada y muy amplia, se extendió despacio por su cara, mientras señalaba la bolsa con mis compras.

—Ah, no.

—Oh, sí —dijo él—. La ilustración del gato enfurruñado. La quiero.

—Capullo. —Hice una mueca.

—Y no acepto sustituciones.

Gilipollas, pensé, sin saber si era con enfado o… con afecto.

19

LIAM

—¿Quién es el mejor? —exclamé cuando Jake me abrió la puerta de su piso, enseñándole la copia avanzada de *BladeBound Legacy* que me había dado Connor.

—Qué bien —dijo con una sonrisa débil, que no llegó a sus ojos, cuando alzó la vista hacia el juego.

Vaya, había esperado un pelín más de entusiasmo, pero, al menos, tendió la mano para coger el juego, lo que me pareció una pequeña victoria. Jake hizo rodar su silla hasta el salón, metió el juego en la consola y me lanzó un mando. Yo me dejé caer en el sofá mientras él situaba la silla a mi lado.

—¿Te acuerdas cuando nos saltamos las clases el lunes en que salió el GTA III, y nos escondimos en casa de tus padres para jugar durante todo el día?

Teníamos quince años, y ni siquiera habíamos podido comprar aquel juego nosotros mismos. Habíamos pagado a un porreta todo el dinero que habíamos ganado cortando césped, para que fuera a la tienda y nos lo comprara.

—Se te olvidó borrar del contestador el mensaje que dejaron los del instituto cuando llamaron para avisar de que no habías ido, y tu madre se enteró.

—Y apareció en mi cuarto y arrancó la consola de la televisión —dijo Jake, resoplando al recordarlo—. ¿Tienes idea de cuántas tareas tuve que hacer después para que me la devolvieran?

—Pero nunca te devolvieron el juego.

—Seguramente estará todavía en alguna caja en el garaje de mis padres. —Dejó caer los hombros—. Eran buenos tiempos.

Fruncí el ceño, porque mi intención había sido mantener un tono ligero. No había querido hacer recordar a Jake lo que había perdido desde entonces. Él presionó el botón de su mando y yo me centré en el juego, que había terminado de cargar por fin.

—¿Quieres ser un elfo o un guerrero? —preguntó Jake—. Un momento, este tío es más de tu estilo. —La pantalla mostraba un enorme orco enfurecido.

A Jake siempre le habían gustado los videojuegos y, aunque a mí también me gustaban, él les había dedicado mucho más tiempo después del accidente. Había días en los que los juegos eran el único respiro que yo podía ofrecerle, así que había estado trayéndole las últimas creaciones de la empresa de Connor, y también las novedades de otras empresas.

—Caray —dije—. Vas a muerte.

—No me digas que Connor no ha basado este personaje en ti.

Se estaba riendo de la expresión de mi cara, lo que me hizo pensar en la ilustración que había comprado Mia en la convención, y lo empeñada que estaba en convertirla en la mascota de los guionistas. Pero había cumplido su promesa, y el gato estaba ahora en mi posesión. Había sido reacia a entregármela, pero no demasiado.

Sacudí la cabeza, tratando de olvidar la imagen de Mia, sonriéndome desde el otro lado de la mesa aquella noche: la forma en que la luz había hecho centellear motas doradas en sus ojos castaños, sus mejillas sonrojadas y sus labios brillantes. Apreté un poco más el mando que tenía en la mano.

—Tío, solo era una broma —murmuró Jake.

Miré a la pantalla y me di cuenta de que había seleccionado el orco.

—Ese va a ser la leche de lento —continuó Jake—. Mira sus estadísticas.

Seleccioné otro personaje y comenzamos el juego, que nos situó inmediatamente en mitad de una batalla en el mundo ficticio de Endrith, mientras una voz femenina hablaba sobre el fragor de las espadas.

Unidos por un legado, impulsados por el destino. Quien empuña la espada es responsable del futuro de un reino.

—Bueno —comentó Jake, mientras le cortaba la cabeza a un enemigo—. Me he enterado de que cenas con mis padres el viernes.

Abrí la boca, pero no supe qué decir. Me había pillado tan desprevenido que ni siquiera me fijé en los adversarios que rodeaban a mi personaje, hasta que lo atravesaron sin piedad con una espada.

—Tío, acabamos de empezar ¿y ya tengo que curarte? —protestó Jake, aunque corrió a resucitar a mi personaje.

—Esto… sí —dije, en respuesta a su pregunta sobre la cena.

No había esperado que Mia se lo contara a Jake. Habíamos decidido no avisar a sus padres de antemano, porque Mia quería ser quien les tendiera una trampa a ellos, para variar, así que Jake solo podía haberse enterado a través de ella.

Intenté averiguar qué pensaba Jake de ello, pero él estaba centrado en la pantalla, donde su personaje lanzaba flechas llameantes a una especie de murciélago diabólico. ¿Le fastidiaría que fingiera ser el novio de Mia por una noche? No estaba muy seguro de lo que pensaría, pero una alarma en mi interior me exigía explicárselo todo cuanto antes.

—Me ha contado que vuestros padres se lo estaban haciendo pasar mal, con todo eso de intentar liarla con tíos raros… —El corazón me martilleaba en el pecho.

Jake se limitó a hacer un gesto despectivo con la mano.

—Sí, ya lo sé. Cuidado con esas cuchillas negras, están envenenadas. Están insistiendo mucho en que se case. Si te soy sincero, me alegro de que la ayudes, pero no estoy seguro de que mis padres se vayan a tragar que Mia y tú estáis juntos.

—Ah, ¿no?

—A ver, todos sabemos que la ves como una hermana pequeña.

Estaba demasiado absorto en la pantalla como para fijarse en mi expresión, y eso me alivió, porque le impedía ver hasta qué punto se equivocaba. Y era mejor que no se diera cuenta, porque si lo hiciera, podría lanzarse directo a mi garganta.

—Bueno, supongo que, aun si no se lo creen —continuó Jake—, tu presencia puede ser suficiente para fastidiarles el plan.

—Exacto —dije, abriéndome paso entre un grupo de enemigos.

¿Por qué tenía que ser tan difícil? ¿Y por qué no podía sacarme a Mia de la cabeza?

—Sé que se han pasado un poco con ella, y es culpa mía —dijo Jake —. Me siento fatal por eso.

—No es culpa tuya —dije, sin pensar.

—Sí lo es. Nuestros padres siempre han intentado decirnos cómo vivir nuestra vida, pero desde el accidente, ha sido mucho peor, porque ahora piensan que siempre han tenido la razón.

Ese era el momento en que habían redoblado sus esfuerzos con los pretendientes de Mia. Preferirían verla casada con algún perdedor y tener dos coma cinco hijos, a permitirle que intentara cumplir sus sueños.

—Sé que soy yo quien debería acompañarla —gruñó Jake—, pero ahora mismo no puedo enfrentarme a ellos, así que te agradezco mucho que te ocupes tú, tío.

Me sentí culpable a más no poder.

—Por supuesto, me alegro de poder ayudar. —El tono amargo de Jake me resultaba desagradablemente familiar, y ni siquiera el juego aliviaba la sensación—. ¿Y cómo va lo demás?

—Ni idea. —Jake se encogió de hombros.

Esa era su respuesta habitual.

—No tenemos que jugar a *BladeBound* —dije—. ¿Prefieres hacer alguna otra cosa?

—Ese es el problema —dijo Jake, justo cuando un duende tiraba a su personaje por un precipicio—. No sé qué hacer. Me siento atrapado. En este cuerpo, en la silla, en mi cabeza. ¡Y no se me ocurre qué se supone que debo hacer!

Si estaba inquieto y aburrido, yo estaba seguro de que, al menos, podría ayudarle con eso.

—Podrías volver a estudiar, alguna otra cosa —propuse—. Hay muchas oportunidades por ahí. Por ejemplo, en los videojuegos. Eso te gusta, ¿no? Podríamos encontrarte un lugar cerca del campus donde vivir, que fuera accesible. Y cuando te gradúes, te pondría en contacto con Connor.

—Que me guste jugar a videojuegos no significa que quiera hacerlos yo —dijo Jake con un mohín—. ¿Y volver a estudiar? ¿Empezar de cero en algo nuevo? Todavía no estoy preparado para eso. Tío, si casi ni puedo con la rehabilitación semanal.

—Sí, igual eso sería demasiado, y demasiado pronto. Podemos ir paso a paso. Hay una liga de baloncesto en silla de ruedas, con partidos semanales…

—¿Y vas a ser tú quien le explique a mi cirujano ortopédico por qué tengo contusiones cada semana en la misma pierna que me estuvo operando durante ocho horas? —dijo Jake, mirándome de reojo.

Hice una mueca. Sí, tenía razón.

—¿Y por qué no vienes al estudio? Solo para echar un vistazo, y ver si algo despierta tu interés. A lo mejor tienes un director de cine en tu interior, esperando su oportunidad.

Jake tiró el mando al sofá.

—Lo de contar historias es lo tuyo, colega. Y lo de Mia. A mí nunca se me dará bien.

Ojalá lo fuera. Si dependiera de mí, dedicaría millones a financiar una nueva serie, si eso devolviera a Jake su entusiasmo.

—El problema es que ya no sé quién soy. Eso dice Gabrielle.

Sacudí la cabeza, sin creer que ella pudiera haber dicho tal cosa.

—Ya no soy el hombre del que se enamoró —murmuró Jake—. A veces dice que ya casi no me reconoce.

—No creo que se refiera a eso.

Gabrielle había estado a su lado en los momentos más duros, durante todas las operaciones y la recuperación, y también en las difíciles conversaciones con los médicos acerca de las limitaciones a las que se enfrentaba. Durante todo aquello, se había mantenido leal. ¿Por qué diría algo así ahora?

—Últimamente no hacemos más que discutir —continuó Jake—. Yo solo… Es como si ella hubiera llegado al límite. Me mira como si… como si se estuviera replanteando seguir conmigo.

Aunque no quería creer que Gabrielle fuera esa clase de persona, era innegable que Jake lo estaba pasando mal, y eso estaba afectando a su relación.

—Bueno, da igual —terminó Jake, cogiendo de nuevo el mando para reiniciar el juego—. Intenta que no te maten esta vez.

Miré a la pantalla, preocupado por Jake, Gabrielle y el futuro de su relación. Tenía muchas ganas de que llegara el momento de hacer el viaje que les estaba preparando. Los dos necesitaban empezar de nuevo.



Una hora y una sangrienta batalla más tarde, me despedí de Jake y le prometí que le llamaría más adelante, esa misma semana. Había pensado dirigirme al ascensor, pero, en lugar de caminar en esa dirección, mis pies me llevaron en dirección contraria por el pasillo, hacia el piso de Mia. A través de la puerta, escuché el sonido de la televisión, que se detuvo cuando llamé. Al cabo de un instante, la puerta se abrió una rendija.

—Eres tú.

Mia iba vestida con un pijama, que tenía ¿un estampado de gatitos? Eran gatos diminutos, que me recordaron la ilustración que había comprado. Llevaba el pelo suelto, con los rizos sujetos tras las orejas, y la cara limpia de maquillaje. Su aspecto era encantador, y eso dejaba en evidencia que ir a verla había sido un error. Mia en pijama me resultaba tan atractiva como con un corsé. ¿Qué diablos me estaba pasando? Bajé la vista a las zapatillas forradas de peluche que envolvían sus pies.

—Tenía los pies fríos —dijo, a la defensiva, antes incluso de que yo pudiera decir nada.

Abrió la puerta del todo y se apartó para dejarme entrar.

—¿Estabas con Jake?

—Sí, le he traído el nuevo juego de *BladeBound* para que lo probara.

Mia arrugó la nariz.

—Ya sé que no te gusta —añadí.

—No es cierto —dijo ella—. La historia está bien, y la idea de buscar espadas mágicas en un mundo de fantasía es entretenida. Pero tantísima sangre por todos lados… Eso ya no es tan divertido.

—Comunicaré tu opinión a Connor—reí.

—Bien. —Mia se dirigió al sofá.

—¿Está Sophie por aquí? —pregunté, con los ojos puestos en los diminutos pantalones de su pijama, que dejaban un *montón* de pierna al aire. Sentí que se me secaba la boca.

—No, está trabajando.

En la televisión, el programa que Mia había estado viendo estaba detenido en una imagen. Me sorprendió reconocer lo que era.

—¿*Morir a fuego*? Pulgarcita, dime que no te pasas las noches viendo esto. No deberías dedicarte al trabajo durante tu tiempo libre.

Ella se echó a reír.

—Me has pillado. Estoy tratando de asegurarme de que no cambiamos nada que haya quedado ya establecido en la historia. Pero se trataba solo de esta escena, te lo prometo. En cuanto acabe, voy a pasar a los dramas coreanos. —Me sonrió, y yo no pude evitar devolverle la sonrisa.

—Bien.

Parpadeé al darme cuenta de que me había quedado mirándola demasiado tiempo: su sonrisa, ese pijama diminuto, ¡sus piernas! Desvié la mirada y me aclaré la garganta, mientras me reprendía a mí mismo por dejar que mis pensamientos se adentraran en terreno peligroso.

Eso hizo que me fijara en la pila de anuarios que había sobre la mesa de centro, que me resultaron conocidos.

—¿Qué es todo esto?

—¿Los reconoces? —La sonrisa de Mia se había vuelto pícara.

Cogió uno de ellos y lo abrió por una página que, evidentemente, había marcado antes.

—Eras un chico muy guapo, Liam.

Su tono provocador hizo que el estómago me diera un salto. Me incliné hacia delante sin poder evitarlo, y vi una imagen de mi cara a los diecisiete años, sonriéndome desde la página con total naturalidad y una actitud de mucha seguridad en mí mismo.

—Muy gracioso —murmuré, aunque noté una oleada de calor que subía por mi cuello.

—Lo digo en serio —insistió ella, con un brillo travieso en los ojos—. Fíjate en esa sonrisa tan amplia y optimista. ¿Dónde te la has dejado?

Volví a carraspear y me pasé una mano por el pelo, tratando de parecer desinteresado.

—Ya —dije—. El caso es que hay algo de lo que quería hablar contigo.

Para eso había venido, porque me preocupaba Jake. No para admirar su trasero o ponerme sentimental ante los anuarios del instituto.

—¿El qué? —preguntó ella, extendiendo la mano para coger el mando de la televisión.

—Tu hermano.

Mia se dio la vuelta tan rápido que estuvo a punto de caerse, y yo tendí un brazo para sujetarla.

—¿Te ha dicho algo?

—Bueno, sí y no. ¿Tú crees que Gabrielle está pensando en romper con él? —pregunté con una mueca, pues me pareció que decirlo en voz alta podría convertirlo en realidad.

Mia dejó escapar un murmullo dubitativo y se dejó caer en el sofá. Yo me senté a su lado, dejando un espacio adecuado entre nosotros por culpa de la gran cantidad de piel tentadora que dejaba al aire.

—Si lo que preguntas es si han discutido mucho últimamente…

—Jake dice que sí.

—A estas alturas, parece que discuten todos los días —dijo Mia—, pero no creo que podamos hacer nada. Si su relación se está viniendo abajo…

—¿Nos limitamos a permitirlo? —pregunté, porque no estaba dispuesto a hacerlo.

—No creo que seamos nosotros quienes deban permitir nada —observó Mia—. No podemos obligarles a seguir con algo que ya no funciona. Y, siendo sincera, ahora mismo me preocupa más el estado mental de Jake que su relación.

Al menos, en eso estábamos de acuerdo.

—Siente que ya no tiene ninguna meta —observé—. Y no sé cómo hacer que vuelva a encontrar una. Le he sugerido la liga de baloncesto en silla de ruedas.

—No estoy segura de que esté en condiciones de intentar eso —dijo Mia con una mueca—. No hace mucho de la última operación, ya sabes.

—Sí, él dijo lo mismo. Se me había ocurrido que los deportes podrían ser un buen punto de partida. —Después de todo, así era como nos habíamos conocido, en su día—. Pero también le he propuesto volver a estudiar algo, y lo ha rechazado al momento.

—Antes de volver a estudiar, tendría que aclararse las ideas sobre lo que quiere hacer —dijo Mia, con un suspiro—. Y no creo que nunca haya querido ser nada más que bombero. Él se ve a sí mismo como alguien que salva a la gente, y ahora se siente perdido porque ni siquiera sabe cómo salvarse a sí mismo.

—Creo que deberíamos sacarlo más de casa —comenté, dejándome caer sobre el respaldo del sofá—, para algo que no sean las visitas al médico.

—Necesita rodearse de gente —confirmó Mia—. Siempre ha sido esa clase de tío, ¿sabes? El centro de todas las reuniones.

—Oh, claro que lo sé. —Reí entre dientes—. Solía tener que quitarle a las chicas de encima en los bares.

Mia sonrió.

—Si podemos conseguir que salga más, creo que se dará cuenta de que, aunque algunas cosas sean distintas a partir de ahora, hay planes de los que aún puede disfrutar. Es el mismo Jake, solo que con otras circunstancias.

—Podría intentar que viniera a mi casa —propuse—. Decirle que necesito ayuda con algo.

—O podrías convencerle para que utilice tu piscina —dijo Mia—. He estado leyendo sobre terapia acuática. Puede ayudar mucho con el equilibrio, y aumentar la capacidad de movimiento de alguien en silla de ruedas. Hasta puede ayudar a gestionar el dolor. Tal vez se

anime, si es tu piscina en lugar de una pública. Cuando mi madre lo mencionó hace unos meses, se negó al instante.

—Es buena idea, pero antes tengo que encontrar un entrenador acreditado dispuesto a venir a casa. —Me aclaré la garganta—. Y, hablando de tu madre, me ha sorprendido que Jake supiera que voy a ir a cenar a casa de tus padres.

—Perdona, se me olvidó decirte que se lo había contado. Imaginé que, si no se lo decía yo, se enteraría por mi madre o mi padre, y se preguntaría por qué no se lo había dicho yo misma. Es mejor que esté al tanto, para que sepa que no es nada serio.

Asentí despacio.

—Porque no es nada *serio* —continuó, en voz baja e insegura—. ¿Verdad?

Su pregunta despertó la vieja sensación de culpa en mi pecho. No podía ser serio, yo lo sabía bien, pero no conseguía dejar de pensar en ella, de tener fantasías sobre ella. Y, siendo sincero, estar sentado a su lado en el sofá cuando ella parecía tan apetecible y vulnerable, por no hablar de que no llevaba sujetador, no me estaba ayudando a mantener mi resolución. Para nada.

—Liam —dijo ella con suavidad—. ¿Por qué no podemos ir en serio?

No lo decía como una broma, ni me estaba retando. Era solo… honesta.

—Ya sabes por qué, Mia.

Respondí con toda la convicción que pude porque, al mirarla, me estaba costando mucho recordar mis razones.

20

MIA

—Bueno, ¿cómo vamos a hacerlo?

Estaba sentada en el asiento delantero del sofisticado Porsche de Liam, el mismo que Sophie había ofrecido ayudarme a decorar con mortadela. El motor rugía mientras avanzábamos a toda velocidad por Valley Village. Era un coche espectacular, sí, pero yo no era capaz de relajarme, porque me preocupaba arañar el cuero del asiento o dejar huellas pringosas en algún sitio. Hubiera preferido coger mi coche, viejo y fiable, pero Liam opinaba que mi tartana no era digna de una cita falsa. Así que me había recogido en esta *cosa*, había hecho sonar el motor para presumir un poco al llegar, y yo había puesto los ojos en blanco, mientras él corría a abrirme la puerta.

—Tenemos que practicar —había dicho cuando yo me había quejado del coche y de que me hubiera abierto la puerta—. ¿Quieres convencer a tus padres, o no?

Cuando llegamos a la casa, empecé a hacerme la misma pregunta. ¿Cómo íbamos a convencer a mis padres? Tal vez deberíamos cogernos de la mano, mirarnos a los ojos con cariño o tontear. No habíamos planeado los detalles de fingir una relación. Y de eso se

trataba: de *fingir*. A ver si las mariposas que revoloteaban en mi estómago se daban por enteradas. Liam siguió hablando.

—He pensado que, cuando entremos, miraré a tu padre directamente a los ojos y le diré: «Señor, quiero cortejar a su hija», y entonces él…

—Ah, ¿conque te lo vas a tomar a broma?

Liam me dedicó una rara sonrisa despreocupada, y verla me alegró el alma de un modo que no quise analizar.

—Vale, vale, nada de bromas. Me lo tomaré en serio —dijo, entrando con el coche en el camino de la casa, con una soltura desconcertante.

Me fijé en un coche desconocido aparcado en la calle, delante de la casa, y le lancé una mirada furiosa, preguntándome qué clase de pretendiente horrible habrían traído mis padres esa noche.

—Piénsalo de este modo —dijo Liam—. Sea quien sea, no puede ser peor que el de los váteres.

—No pienso subestimar a mis padres.

—Entonces, vamos a darles un buen espectáculo.

Salió del coche, dio la vuelta para abrir mi puerta y me tendió la mano. El corazón se me aceleró cuando nuestras manos se tocaron, pero decidí ignorarlo. ¡No era real! Tan solo era una farsa. Inspiré hondo mientras subíamos los escalones del porche. *Allá vamos.*

—¡Hola! —dije, para anunciar nuestra presencia cuando entramos en la casa—. Ya hemos llegado.

Me quité los zapatos y los dejé junto a los de Liam.

—¿Hemos? —preguntó mi madre desde la cocina—. ¿Con quién has venido?

Apareció al final del pasillo, vestida con su delantal rosa de volantes especial para las visitas y provista de una sonrisa dubitativa, que se relajó en cuanto nos vio.

—Ah, Liam. ¡Qué sorpresa! Me alegro de verte.

—Hola, Harriet —dijo Liam con una sonrisa brillante—. Eso que estás cocinando huele de maravilla.

Le lancé una mirada. Dios, cuando se ponía en plan encantador, me recordaba a Jake. Mi madre le devolvió otra sonrisa enorme.

—Qué detalle que hayas traído a Mia. ¿Te lo ha pedido Jake? Supongo que el coche de Mia la ha dejado tirada. Ya te dije que no parecía que fuera a aguantar mucho, tesoro.

—En realidad, a mi coche no le pasa nada… —empecé, pero mi madre me ignoró, como siempre.

—Al menos, has llegado a tiempo, para variar. Liam, tienes que quedarte a cenar. Pasad los dos al comedor, yo voy a poner otro cubierto. —Tras decir aquello, volvió a meterse en la cocina.

—Mamá, no es que me haya traído, es que estamos jun… —dije tras ella, pero había desaparecido sin siquiera mirar atrás.

Liam me cogió una mano, apretó un poco y entrelazó sus dedos con los míos. Al mirar nuestras manos unidas, olvidé lo que estaba diciendo.

—¿Cómo es eso que decís los escritores? —murmuró—. Lo de que hay que mostrar las cosas, no contarlas.

Con una ligera sonrisa, tiré de él por el pasillo, en dirección al comedor.

—¡Liam! —exclamó mi padre cuando entramos—. No sabía que ibas a venir. ¿Cómo va el negocio televisivo?

Liam me soltó la mano para estrechar la de mi padre, y yo dejé de prestar atención para fijarme en el hombre que había ocupado el

puesto de Peter, el de los váteres. Era pálido, de una forma casi enfermiza, con pelo fino y ralo, la mayor parte del cual crecía en sus orejas, y vestía un traje negro demasiado grande.

—Viento en popa —dijo Liam, lo que me devolvió a la realidad—. Estamos en plena preproducción de la segunda temporada.

—Suena aterrador —bromeó mi padre—. Claro, que no tengo ni idea de cómo funciona el mundo del espectáculo, pero, mientras siga dando beneficios, eso es lo que importa, ¿no? —Por fin, me miró—. Y ahí está mi princesa. Bill, esta es Mia, nuestra hija.

Bill se puso en pie y me tendió la mano por encima de la mesa.

—Es tan encantadora como dijiste, Frank.

Le di la mano, apretando los dientes. Su piel tenía el tacto del papel. Mi irritación se redujo cuando Liam me pasó un brazo alrededor de la cadera, mientras estrechaba la de Bill con la otra y se presentaba.

—¿Y a qué te dedicas, Bill? —preguntó Liam.

Él se sentó e hizo girar el vino en su copa.

—Me dedico a los cuerpos.

—Pero solo a los muertos —bromeó mi padre—. Bill trabaja en la Funeraria del Valle.

Liam me apretó la cadera, y me susurró al oído «*uf, cuerpos*», cuando nadie nos miraba.

Oh, por el amor de…

—Ven —dijo Liam en voz alta, apartando una silla para que me sentara.

—Gracias —susurré.

¿Sería demasiado tarde para salir corriendo a esconderme en el Porsche? Mi madre, que había estado yendo y viniendo para poner

en la mesa un cubierto para Liam, volvió a entrar en el comedor cargada con una gran fuente de comida, sujeta con guantes de cocina.

—¿Quién tiene hambre?

Durante la siguiente hora y media, nos dedicamos a comer mientras Bill nos obsequiaba con toda clase de detalles sobre el embalsamado de cuerpos humanos. Cuando me preguntó si preferiría un entierro tradicional o una incineración, Liam se atragantó tanto que tuve que darle unas palmadas en la espalda. Bebió agua de su vaso, tratando de ocultar la risa tras él.

—Supongo que aún tengo tiempo para decidirlo —dije, con toda la cortesía que me fue posible.

—Nunca es demasiado pronto —advirtió Bill—. Deberías ver la cantidad de gente joven a la que atiendo.

—Vaya, es bueno saberlo —dije, notando que se me revolvía el estómago.

Intenté imaginar cómo sería estar casada con un director de funeraria. ¿Iríamos por ahí oliendo a líquido de embalsamar? *Uf*, qué idea más horrible. Pero el horror alcanzó cotas aún más altas cuando Bill se aclaró la garganta, me miró de lleno a los ojos y me pidió una cita. Me atraganté con las palabras.

—Bill, yo… Lo siento. Debe de haber algún malentendido. —Me incliné hacia Liam, preguntándome si nadie se había dado cuenta de que habíamos entrado cogidos de la mano—. He venido con Liam. Estamos juntos.

Bill parpadeó, mientras un silencio incómodo descendía sobre la mesa.

—Tu madre me dijo que estabas soltera y desesperada.

—Pues está equivocada —repliqué, muy irritada.

—Lo que Mia quiere decir —dijo mi madre con diplomacia, tratando de defenderse—, es que Liam y ella son amigos de la infancia. De hecho, él es un buen amigo de nuestro hijo. ¿Te hemos hablado de Jake?

—Lo que *Mia* quiere decir… —dije, poniéndome en pie—, es que se va a casa.

Me di la vuelta y salí a grandes pasos del comedor, sin detenerme a comprobar si Liam me seguía, aunque pude oírle dar las gracias a mis padres con sequedad, por una cena muy *agradable*. Yo, sin embargo, no podía salir de allí lo bastante rápido.

Para cuando llegué al porche, estaba desesperada por respirar aire fresco. Me sentía como si fuera *yo* a quien habían metido en un ataúd, para impedirme vivir mi vida como yo quería. Estaba temblando, y no sabía si echarme a reír por lo absurdo de la situación, o romper a llorar. Seguramente, habría hecho las dos cosas, pero mantuve la compostura, porque Liam apareció en ese momento y me puso una mano en el hombro. No podía derrumbarme delante de él, la noche ya había sido bastante vergonzosa. Me rodeé el cuerpo con los brazos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Ves la clase de pesadilla que tengo que aguantar? —estallé, sin poder contenerme más.

—Váteres —dijo él, tratando de mantener un tono ligero—, funerarias… No se me ocurre a dónde pueden ir después.

—A peor —murmuré—. Solo puede ir a peor. —Me eché a reír de pronto, aunque la situación no tenía ninguna gracia—. ¿Sabes qué es lo más lamentable de todo? Mis padres no se han creído, ni por un instante, que seamos pareja.

—Pensaba que lo habíamos fingido bastante bien.

—No ha servido para nada. —Sacudí la cabeza—. Podías haberme besado en la mesa, delante de todos, y mi madre habría asumido que me estabas haciendo el boca a boca, o algo así. El que pudieras estar interesado en mí está tan lejos de cómo ve ella el mundo, que se le ocurriría cualquier otra explicación, sin importar lo que hagamos o lo que digamos.

Solté un resoplido y me dirigí hacia el coche.

—¿Cómo pueden mis padres decir que me quieren, si no creen que un hombre atractivo y con éxito podría enamorarse de mí?

Liam abrió el coche, y yo me hundí en mi asiento. Él se sentó a mi lado, pero no pareció tener ninguna prisa por arrancar el motor.

—Creo que esa es la única forma que tienen de quererte. No tiene nada que ver contigo, es solo su forma de ser.

Apoyé la cabeza en mis manos.

—Cuando yo… —empezó, en un tono dubitativo nada propio de él, que me hizo levantar la vista. Golpeaba el volante con un dedo—. Mi madre siempre ha tenido depresión, tal vez Jake te lo haya contado.

Asentí, insegura. Jake había mencionado algo, aunque no mucho, y me daba la sensación de que tampoco sabía demasiado de ese asunto. Estaba claro que a Liam le costaba mucho hablar de aquello.

—Ahora está mucho mejor, pero después de que mi padre se marchara cuando Finn, Connor y yo éramos pequeños… Se ponía muy mal. Realmente mal. Yo sabía que mi madre nos quería a mis hermanos y a mí, pero había días en los que ni siquiera nos veía, aunque estuviéramos justo delante de ella. Le suplicábamos que se levantara de la cama, que viniera a comer algo, o que, al menos, hablara con nosotros, pero no parecía ser consciente de nada de lo que decíamos.

Dejó escapar una exhalación y, por la mirada de sus ojos, deduje que estaba reviviendo parte de todo aquello.

—Otros días, lloraba durante horas, y nada la consolaba. Me sentía tan inútil. Yo era el mayor, mis hermanos esperaban que tuviera todas las respuestas, pero yo no sabía cómo ayudarla. No sabía por qué estaba bien algunos días y, otros días, se venía abajo o desconectaba de todo por completo. No comprendía por qué el hecho de que la quisiéramos no era suficiente para compensar el abandono de mi padre.

Se me ocurrieron un millón de preguntas, pero no dije nada. No quería asustar a Liam ahora que estaba contando algo tan profundamente personal.

—Por fin, fui lo bastante mayor como para comprender que todo era mucho más complicado, pero una parte de mí sigue sintiéndose como un fracasado cuando no puedo arreglar algo, y eso es a causa de mi madre. La quiero, y sé que ella me quiere, pero esa parte de mi infancia me ha dejado cicatrices que no desaparecerán nunca. Supongo que estoy intentando decir que querer a tu familia no implica estar de acuerdo con todo lo que hacen. Y que ellos te quieran tampoco es una excusa para las decisiones que toman.

—¿Podemos volver dentro? —pregunté con una sonrisa dulce—. Puedes repetir todo ese discurso a mis padres. Es posible que a ti te escuchen, porque a mí no me han escuchado jamás.

—Los padres son difíciles, lo sé —dijo él con una especie de risa—. También sé que cada minuto de esta noche te ha parecido odioso, como debe ser. Pero, si te ayuda, creo que, a su propia manera equivocada, lo único que quieren es asegurarse de que estés bien. Que alguien cuidará de ti.

—Y algún día lo agradeceré —gruñí—. Hasta entonces, lo único que quiero es volver a casa y olvidarme de Bill el de la funeraria.

—Se me ocurre algo mejor —dijo Liam, arrancando el coche.

—¿Qué es este lugar? —pregunté cuando Liam y yo entramos en un edificio de ladrillo en el centro de Los Ángeles.

—Ahora verás —dijo él, saludando con la cabeza al portero.

El hombre nos hizo pasar a una sala iluminada con luz tenue, que olía a madera antigua y whiskey ahumado. El sonido melancólico de una guitarra llenaba el aire, mientras Liam me llevaba a un sofá de aspecto muy cómodo y del tamaño justo para nosotros dos. En los posavasos situados sobre la mesa ponía el nombre *Blue Dawn*.

—¿Un club de *blues*? —dije, sorprendida—. No te habría tomado por un aficionado al *blues*.

—Soy un hombre complejo —murmuró en mi oído, de un modo que me hizo estremecer.

Tratando de recuperarme, miré a la cantante que acababa de salir al escenario, acompañada de un par de músicos. Su voz era rica y tranquilizadora, y noté que se me relajaban los hombros y se me pasaba la tensión.

Liam pidió las bebidas, y yo aplaudí con entusiasmo al terminar la canción. La cantante hizo un gesto al guitarrista para comenzar la siguiente, y se acercó al micrófono cuando empezaron las notas de *I Put a Spell on You*, tocada esa vez con un ritmo mucho más lento y sensual que cuando la habíamos escuchado en el Salón Escarlata. No pude evitar recordar el momento en el que me había sentado en el regazo de Liam y sentido su calor y sus músculos presionando contra mi cuerpo. El recuerdo me hizo estremecer una vez más.

Liam me tendió una mano.

—Deberíamos bailar.

—¿Tú crees?

Miré a la pista, en la que varias parejas se mecían despacio, con los cuerpos tan juntos que me sentí enrojecer.

Él asintió, me ayudó a levantarme y me llevó a la pista de baile. El corazón se me aceleró cuando me puso una mano en la cadera y me atrajo hacia su pecho. Se me escapó un pequeño respingo. Cuando despertara al día siguiente y comprendiera que todo había sido un sueño… Bueno, eso iba a ser un asco.

—Antes pensaba que bailar lento estaba sobrevalorado —dije, mientras girábamos con lentitud.

—¿Y ahora?

—Te mantendré informado.

Él sonrió, y sus ojos castaños brillaron con los reflejos dorados de las luces del escenario. Noté cómo le latía el corazón, firme y fuerte, contra mi antebrazo, que tenía apoyado en su pecho. El resto del mundo desapareció estando entre sus brazos: no existía nadie más, no tenía ninguna responsabilidad pendiente. Sólo estábamos nosotros dos, cediendo a aquella atracción que yo llevaba años sintiendo entre nosotros.

Cuando la canción se acercó a su fin, tensé la mano sobre su hombro, preparándome para cuando se apartara de mí. No quería que terminara aquel momento, pero fue inevitable, y las últimas notas de la canción se desvanecieron en el silencio. Hubiera querido atraparlas en un puño, retener a Liam conmigo un poco más, pero él cambió de postura. Para mi sorpresa, en lugar de alejarse de mí, se acercó aún más y, aunque lo vi ocurrir, como en cámara lenta, la sorpresa se apoderó de mí cuando sus labios se posaron sobre los míos en un beso.

Cerré los ojos, y le devolví el beso con un leve gemido. Su aliento aún guardaba el aroma del licor, y sus manos eran cálidas alrededor de mi cintura. Me besó como si no pudiera imaginar hacer otra cosa durante el resto de su vida y, cuando terminó, contuve la respiración, a la espera de ver si se apartaría de mí y me dejaría, como había hecho siempre. Pero, aquella vez…

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó con voz ronca—, o…

—¿O? —pregunté, casi sin aliento.

—O… ¿quieres venir a la mía?

Me pareció sentir una explosión de fuegos artificiales en mi cabeza.

—A tu casa —respondí—. Sin ninguna duda.

21

LIAM

El trayecto desde el centro hasta Studio City debía durar menos de veinte minutos a aquellas horas de la noche, pero, con la forma en que me estaba mirando Mia, me pareció que no se acababa nunca. Cada semáforo en rojo era una tortura. Cuando me había mirado en el club, con los labios hinchados por los besos y los ojos ardiendo de deseo, supe que, aquella noche, no podría dejarla marchar.

No, si ella seguía queriendo algo entre nosotros.

Tu casa… Sus palabras resonaban en mi cabeza como un redoble. *Sin ninguna duda*.

El deseo se había apoderado de mi sangre, que se apresuró a descender por mi cuerpo, hasta que solo pude pensar en tener a Mia en mi cama para continuar lo que habíamos empezado. La miré mientras ella se recogía el pelo en lo alto de la cabeza, y apenas pude contener el impulso de extender la mano y deslizar un dedo por su cuello desnudo. ¿Le latiría rápido el pulso? ¿Mi caricia le cortaría la respiración?

—Mira la carretera —bromeó ella.

—Miro lo único que importa.

Eso hizo que se le entrecortara la respiración, y se mordió el labio inferior. Cuando sacudió la cabeza un par de veces, algunos rizos escaparon de su recogido.

—Buena respuesta —dijo ella, riendo.

—Casi tan buena como este coche —dije, cambiando de carril para adelantar a un par de taxis.

—Los coches suelen ser buenos cuando cuestan cientos de miles de dólares —observó Mia con un resoplido.

—Venga ya —dije, y cambié de marcha para enfatizar—. El secreto es saber llevarlo.

—Ah, ¿sí?

—Ajá —dije—. Si quieres que el viaje resulte cómodo, tienes que saber manejarlo. Hay que saber hacerlo rugir.

Volví a mirar a Mia, que respiraba con rapidez, recostada en su asiento.

—Es una habilidad muy útil —murmuró.

—Hasta ahora, me ha venido muy bien —respondí con una sonrisa despiadada.

Mia se agitó un poco en su asiento, y sus movimientos me hicieron sentir una oleada de calor por todo el cuerpo. Pensé en detener el coche y sentarla sobre mi regazo sin esperar un instante más. Quería hacerla sentir tanto placer que lo único que saliera de sus labios fuera mi nombre, pero no quería limitarme a un polvo rápido e incómodo en los estrechos confines del Porsche. Deseaba tomarme mi tiempo y tener el espacio necesario para poder dedicarle toda mi atención y hacerla sentir tan bien como merecía. Y, si me iba a permitir tenerla, si iba a romper todas las reglas, quería devorarla en mi propia cama.

El coche volaba por las calles sinuosas, y las luces de la ciudad brillaban como estrellas sobre nosotros. Notaba los ojos de Mia sobre mí, y el peso de su mirada me aceleró el pulso aún más. Aunque nos habíamos quedado en silencio, no resultaba incómodo; más bien, se trataba de una sensación de anticipación, una tensión cálida que se hacía cada vez más intensa. Me estaba muriendo por ella.

Cuando atravesamos la entrada de mi urbanización privada, no pude contener un suspiro al ver por fin la silueta de mi amplia mansión recortada contra el cielo oscuro. Conduje deprisa por el camino hacia la casa, mientras la puerta del garaje se abría automáticamente. Para cuando aparqué el coche y apagué el motor, la tensión entre nosotros era tan intensa que me costaba respirar. Mia estaba justo a mi alcance, y la expectación hacía que me temblaran las manos.

—Creí que no llegaríamos nunca —observó, rompiendo el silencio.

Me volví hacia Mia, que me dedicó una sonrisa tímida. Sin aguantar ni un segundo más, tendí la mano hacia ella y la atraje para darle un beso apasionado. Ella se soltó el cinturón de seguridad, se acercó a mí y me devolvió el beso con tantas ganas que casi se deslizó del asiento de cuero.

—Calma —murmuré.

—Sé cuidar de mí misma —dijo ella, acariciándome la mandíbula con la punta de los dedos.

—Oh, preciosa —gruñí, y le rocé los labios con el pulgar, antes de morder con suavidad el lóbulo de su oreja, y murmurarle junto a una mejilla—: No tienes ni idea. Voy a hacerte perder el control.

Salí del coche y lo rodeé para ofrecerle mi mano. Cuando la atraje hacia mí, despacio, ella se situó entre mis brazos de buen grado y se apretó contra mí. Yo dejé de contenerme y di rienda suelta a mis manos. Le agarré el culo para apretarlo por encima de su falda, y ella emitió un sonido que amortigüé con el siguiente beso.

—¿Estás segura de esto? —pregunté, porque necesitaba oírselo decir antes de que las cosas fueran a más.

—Estoy muy segura, ¿y tú? —jadeó ella mientras yo aplicaba mis labios a su cuello—. No olvides que siempre eres tú quien se marcha corriendo.

La apreté aún más contra mí, para dejarle claro que eso no ocurriría esta vez de nuevo.

—Esta noche, solo te voy a llevar corriendo hasta mi cama.

—Promesas, promesas —suspiró ella.

—Te lo prometo. —La empujé contra el Porsche, y apreté las caderas contra su cuerpo, mientras le besaba el cuello.

—Oh —gimió ella.

Tiró de mi camisa, mi cinturón, mis hombros. No supe si intentaba desnudarme, o si solo buscaba algo a lo que agarrarse mientras yo apretaba mi cuerpo contra el suyo. Cómo la deseaba así: relajada, cálida y, evidentemente, tan ansiosa como yo.

—Liam —susurró, en un tono insistente y desesperado—. Por favor.

Bajé una mano despacio, apreté la palma de mi mano entre sus piernas y vi cómo cerraba los ojos y se sujetaba en mis hombros para frotarse contra mí.

—Liam —jadeó cuando dejé de apretar un poco, y sus caderas intentaron recuperar la presión, mientras me clavaba los dedos con desesperación—. Dios, por favor.

—Quiero que te corras ya —dije, apartando la mano solo el tiempo necesario para levantarle la falda.

La miré a los ojos antes de hacer el siguiente movimiento, esperando su permiso. Ella asintió, con la boca abierta en una pequeña *O* de placer. Volví a deslizar la mano entre sus piernas y aparté sus braguitas, para encontrarla húmeda y dispuesta. Mia

cerró los ojos, sin reprimir los sonidos ansiosos que escapaban de su garganta mientras yo le acariciaba el clítoris con los dedos.

—Quiero que, cada vez que veas este coche, pienses en correrte. Que recuerdes lo bien que te he hecho sentir.

Ella respondió con un gemido, y movió las caderas al ritmo de mis dedos. Le rodeé los hombros con los brazos, apoyándome contra la puerta del pasajero y dedicando la otra mano por completo a volverla loca. Al cabo de unos instantes, ella se contrajo y todo su cuerpo se sacudió, como si hubiera recibido una descarga; después se relajó, y se quedó temblando en mis brazos, estremecida por el orgasmo.

—Joder —dijo, dejándose caer contra mí.

—Eso es lo que viene ahora —dije, sin dejar de acariciarle el clítoris con suavidad para alargar el placer que recorría su cuerpo—. ¿Qué tal tus piernas?

—¿Como gelatina? —murmuró.

—¿Necesitas que te lleve hasta el dormitorio? —reí.

Mia me miró con modestia fingida.

—¿Por qué? ¿Necesitas algo?

—Sí, *a ti* —gruñí, inclinándome hacia ella—. Tumbada en mi cama y gimiendo mi nombre mientras te follo.

Ella dio un respingo.

—Voy a hacer que te corras tantas veces esta noche, que no podrás andar por la mañana.

Ella levantó la barbilla y me miró a los ojos desafiante.

—Pues deberíamos empezar. Tienes mucho trabajo por delante. —Tiró de mi mano y dejé que me llevara hacia una de las puertas del

garaje, donde se detuvo para mirarme por encima del hombro—. No sé a dónde voy.

—Eso no es una novedad, Pulgarcita.

Ella puso los ojos en blanco, riendo, y yo la conduje hacia la puerta que daba a la cocina. De ahí pasamos al salón, donde Mia soltó una exclamación de admiración por lo bajo.

—¿Quieres que te enseñe la casa? —pregunté.

—Tal vez en otro momento.

—Buena respuesta.

Para cuando llegamos a mi dormitorio, mi polla estaba tratando de salirse de los pantalones. No pude resistir atrapar a Mia contra la puerta para besarla de nuevo. Ella sonrió bajo mis labios al notar la presión de mi cuerpo contra el suyo, y bajó una mano para acariciar el bulto que se le hundía en la cadera.

—Hola —susurró en voz baja.

—Hola —gruñí yo, recorriéndole el cuello con los dientes, sin hacerle daño, pero presionando lo bastante como para hacerla gemir.

Nos desnudamos con torpeza y yo admiré su cuerpo, recorriendo cada centímetro de su piel con deseo, antes de quitarle la goma del pelo y hundir las manos en sus rizos abundantes. La besé con ganas y la empujé con cuidado hacia la cama. Ella me cogió la polla para frotarla, lo que me arrancó un gemido de placer. La sensación era la hostia, y ni siquiera estaba dentro de ella todavía.

Al cabo de un momento, Mia se tumbó en el centro de la cama, apoyada en los codos, y me miró. Yo me aparté de ella y abrí un cajón de la mesilla.

—¿Qué haces?

Le mostré un condón, que me puse en un instante.

—Ah —dijo ella—. Me alegro de que aún te funcione la cabeza.

—Supongo que la tuya aún está en las nubes, después de ese orgasmo.

—Mhmmm —dijo ella en un murmullo.

Me acerqué a ella y deslicé una mano por su muslo, antes de introducirla en la humedad entre sus piernas. La miré a los ojos mientras jugaba de nuevo con su clítoris, obligándome a ir despacio y con intención, para disfrutar de cada cambio de su expresión mientras la llevaba de nuevo al límite del placer. Cuando cerró los ojos, presioné un dedo contra su entrada. Ella respondió con un respingo y abrió más las piernas, lo que me permitió introducir un dedo en su calidez. La sensación fue tan increíble como esperaba, y añadí un segundo dedo, dándole tiempo para que se ajustara. Ella dejó escapar una exhalación cuando empecé a meter y sacar los dedos.

—Más rápido —pidió.

Obedecí su orden presionando su clítoris con la palma de la mano, antes de inclinarme para meterme uno de sus pezones en la boca. Mia sacudió la cabeza de un lado a otro, buscando el siguiente orgasmo.

—Más —gimió, atrayéndome hacia ella para darme un beso apasionado—. Te necesito a ti.

—¿Estás segura? —pregunté una vez más.

Cuando asintió, aparté la mano, situé la punta de mi polla en su entrada, y me introduje en su cuerpo con un solo empujón ágil.

—Joder —mascullé entre dientes.

Comencé a moverme, y Mia gimió y me rodeó el cuello con las manos. La sensación era demasiado, y demasiado pronto. El calor, la presión, el roce, los sonidos que salían de su garganta… La follé con todas mis ansias, mientras nuestras caderas chocaban una y otra

vez. El placer comenzó a acumularse en la base de mi espalda, y aunque me dolían los brazos por tener que aguantar mi peso sobre ella, no se me ocurrió detenerme. La deseaba, quería sentirla correrse sobre mi polla. Quería sentir sus temblores bajo mi cuerpo.

¿Por qué me había negado aquello a mí mismo durante tanto tiempo? ¿Por qué nos lo había negado a los dos?

—Oh, sí —dijo ella con una sacudida de las caderas—. ¡*Sí*! ¡*Mmm!*

Apoyé los antebrazos a cada lado de su cabeza y martilleé dentro de ella como un pistón. Ella se soltó cuando el siguiente orgasmo se apoderó de su cuerpo, y se retorció y gimió debajo de mí mientras sus músculos me apretaban, extrayendo hasta el último ápice de placer. No dejé de follarla mientras se corría, en busca de mi propio placer y de alcanzar el olvido junto con ella.

Jamás había sentido algo así.

Mia era… Era como un sueño que hubiera estado persiguiendo durante mucho tiempo, pero la realidad había resultado ser mucho mejor que cualquier fantasía.

—Liam —dijo con voz ronca—. Liam… ¡*Oh!*

Sí, grita mi puto nombre, pensé, mientras me entregaba a un orgasmo que me atravesó desde la base de la espalda hasta las puntas del pelo, radiando placer por todo mi cuerpo. Con un gruñido, empujé dentro de ella un par de veces más. Cuando terminó todo y pude recuperar la presencia de ánimo, me aparté de Mia, me encargué del condón y volví a acercarme a ella para estrecharla en mis brazos.

—La leche —dijo ella.

Corroboré sus sentimientos con un murmullo.

—Eso ha sido… —Se apoyó sobre un codo, con una sonrisa peculiar en la cara.

—La fase de calentamiento —interrumpí, mientras la abrazaba—. Tómate un descanso. Te va a hacer falta.

22

MIA

Desperté acurrucada contra un pecho amplio y cálido y, durante un momento, me limité a disfrutar de la presencia de Liam. Y del hecho de que estuviera desnudo, pegado a mí. Y yo también estaba desnuda. ¡En su cama! Con el pelo enredado por el sexo y las sábanas enrolladas en la cintura. No conseguía acordarme de cuándo habíamos parado la noche anterior.

Recordaba cerrar los ojos después de la ronda número… quién sabe, con la idea de volverlos a abrir enseguida para seguir tocándolo; pero cuando volví en mí, ya era por la mañana. Al mirarlo tras despertar, noté dos sensaciones innegables: una, el latido entre mis piernas que pedía más de su cuerpo; dos, necesitaba ir al baño.

Mi vejiga salió ganando, así que me liberé de las sábanas con cuidado para no despertarle. No sabía con qué frecuencia se permitiría Liam dormir hasta tarde, pero sospechaba que no lo haría a menudo, y no quería estropeárselo. Tampoco quería estropearlo para mí si, como me temía, él se daba cuenta al despertar de que aquello había sido un error monumental. Quería seguir aislada en aquel momento perfecto durante todo el tiempo posible, así que procedí con muchísimo cuidado hasta acercarme al borde de la enorme cama. Me senté e intenté identificar cuáles de las prendas

tiradas en el suelo eran mías, pero me pareció demasiado complicado, así que desistí de la idea de vestirme y me dirigí desnuda al baño.

Después de terminar y limpiarme, eché un vistazo a mi pelo en el espejo, y decidí que sería mejor afeitarme la cabeza, porque tratar de dominar mis rizos me llevaría unos cinco años o así, por no hablar del tiempo y esfuerzo necesarios para cubrir las marcas rojas que los besos de Liam me habían dejado en el pecho y el cuello.

Aunque verlos me alegró el alma, no pude evitar echarme a reír mientras me tapaba la cara con las manos. Tendría que ponerme un jersey de cuello vuelto antes de ir al estudio. De hecho, iba a tener que encontrar uno antes de ponerme delante de Jake. Estaba segura de que él asumiría que el culpable sería *un cualquiera*, un lío sin importancia; pero no le haría ninguna gracia, y odiaría, por cuestión de principios, al supuesto imbécil que me había dejado esas marcas.

Un lío sin importancia. Noté una presión en el pecho.

No quería que se tratara solo de eso.

Volví al dormitorio de puntillas, intentando no hacer ruido, aunque no debí haberme preocupado, porque, al parecer, Liam Lockhart dormía como un tronco y, además, roncaba un poco, pero a un volumen tolerable.

Cogí mi móvil de la mesilla. La noche anterior, en algún momento entre una ronda y otra, había enviado un mensaje a Sophie avisando de que no iría a casa a dormir, para que no se preocupara. Ella había respondido con tres emoticonos: un pulgar hacia arriba, una cara lanzando un beso… y una berenjena. Solté el teléfono y volví a meterme en la cama, con la esperanza de conseguir otra media hora de acurrucarme entre los brazos de Liam antes de volver a la dura realidad.

Me metí entre las sábanas y me acerqué al cuerpo de Liam, que tendió un brazo para pasármelo alrededor de la cintura y apretarme

contra él.

—¡Estás despierto! —dije, sorprendida.

Él abrió un ojo para mirarme y volvió a cerrarlo.

—Llevo un rato despierto.

—¿Cuánto es «un rato»? ¿Estabas haciéndote el dormido mientras yo iba de puntillas de un lado a otro?

—Ha sido divertido ver cómo te movías como un ninja tratando de salir de la cama.

—¡Liam! —Le di un golpecito en el pecho.

—¿Qué? ¿Crees que voy a interrumpir a una mujer que se pasea desnuda por mi dormitorio? —Apretó más los brazos a mi alrededor —. Nunca me negaría a ver ese espectáculo.

—Ajá —Él volvió la cabeza para mordisquearme el cuello, pero me aparté—. No me hagas más marcas, bastante me va a costar ya ocultar las que me has hecho.

—Te marcaré como me parezca bien —gruñó Liam, acariciando una de las marcas de mi cuello.

Su contacto me pareció posesivo, protector. Una oleada de emoción que comenzó en mi pecho y bajó hasta mi estómago hizo que resultara difícil reprimir el latido que sentía entre mis muslos. Pasé una pierna por encima de la cadera de Liam, buscando fricción.

—Marco lo que me pertenece —dijo, en tono dulce pero no menos intenso.

Él bajó una de sus manos, me agarró el culo y apretó su cuerpo contra el mío. La sensación me hizo gemir, y se me ocurrió que la ciencia debería analizar lo rápido que ese hombre era capaz de ponerme a cien. Solo la sensación que me provocaba al abrazarme merecía varios estudios.

Liam puso la mano entre mis muslos y yo cerré los ojos.

—Dios, ¡sí!

Y entonces, mi teléfono empezó a sonar.

—Dios, no… —protesté.

—Déjalo —ordenó él.

—¿Y si es importante? —Me estiré hacia el extremo de la cama para cogerlo, cosa que Liam aprovechó para explorar otras partes de mi cuerpo que me hicieron retorcerme—. ¿Hola? —contesté.

—Tía —dijo Sophie—. ¡La leche! Quiero que me lo cuentes *todo*, pero eso podemos dejarlo para otro momento. Esta es una llamada de advertencia de mejor amiga.

—¿Qué ha pasado?

—He pensado que querrías saber que tu hermano acaba de pasar por casa.

—¿Jake?

—Sí, creo que ese es el único hermano que tienes.

Me froté los ojos, esperando que mi cerebro se pusiera en marcha, porque aún estaba sumido en el mundo de ensueño al que me transportaba Liam cada vez que ponía una mano entre mis piernas.

—¿Y qué quería?

—Saber cómo fueron las cosas con tus padres anoche. Le he mentido y he dicho que habías salido a hacer recados.

—Gracias, Soph. Eres la mejor.

—Lo sé. Sería conveniente que Liam y tú os pusierais de acuerdo en lo que vayáis a contar, porque es probable que Jake os llame a alguno de los dos en cualquier momento.

Le di las gracias, me despedí y me volví hacia Liam, que me estaba mirando con una sonrisa pícara mientras deslizaba los dedos por mi abdomen.

—¿Le has dicho a Sophie que, a partir de ahora, está prohibido llamarte mientras estás desnuda en mi cama?

—No, porque no sabe que aún estoy desnuda en tu cama. —Aunque era probable que lo sospechara—. Pero ha llamado para avisar de que Jake ha venido a casa esta mañana para preguntar por la cena de anoche.

—Oh.

—Oh —corroboré—. ¿Cómo quieres que lo manejemos?

—No me hace gracia la idea de ocultarnos de él —dijo Liam, al tiempo que dibujaba círculos alrededor del hueso de mi cadera.

Me invadió la esperanza. ¿Querría eso decir que quería contárselo a Jake? ¿Podríamos ser sinceros con él?

—Pero, por otro lado —continuó, y el alma se me cayó a los pies—, se encuentra tan mal con todos los cambios en su vida, que no me parece justo abrumarle con otro cambio más. Y, de todos modos, tendremos que ser discretos en el trabajo para evitar rumores.

Cierto, pensé. *También está el trabajo*. Sabía que el estudio no tenía una política expresa sobre relaciones entre empleados, pero era consciente de cómo se vería la nuestra desde cierto punto de vista. Me imaginaba hasta los titulares: *Director ejecutivo se lía con la nueva jefa de guionistas, después de echar al anterior.* Mi humor empeoraba por momentos.

—Creo que podríamos ir con cuidado —dijo Liam, acariciando mi muslo de un modo que me erizó la piel—, para conseguir que esto funcione.

Al menos, me reconfortaba que quisiera continuar aquella… ¿Relación? ¿Complicación? No tenía ni idea de lo que éramos, pero él

parecía querer que estuviéramos juntos, aunque fuera solo a puerta cerrada. Aun así, yo no quería tener que ir con cuidado.

Liam se puso sobre mí y se apoyó en los antebrazos para mirarme.

—¿En qué estás pensando tan seria? —Me besó el cuello, después la clavícula, y mi corazón latió con fuerza.

—En nada —dije.

—Oh, es evidente que hay un montón de pensamientos dando vueltas en esa cabecita tan linda que tienes.

Me acarició un pezón con la barba y, cuando se erizó, lo lamió con la lengua antes de metérselo en la boca, disparando una oleada de sensaciones por mi cuerpo. Emití un gemido profundo.

—Así me gusta —dijo Liam—. Te ayudaré a olvidar todo eso en lo que estabas pensando.

Era posible que estuviera pensando demasiado. Tal vez debería limitarme a disfrutarlo y divertirme con él. Sobre todo, teniendo en cuenta la forma en que su polla se endureció entre nosotros. Él se movió hacia abajo poco a poco, besándome hasta llegar a mi vientre, donde introdujo la lengua en mi ombligo. Después…

Mi teléfono volvió a sonar.

—Es Jake —dije al mirar la pantalla, y contuve un gemido.

—Ignóralo —dijo Liam, dibujando un camino de besos por mi muslo izquierdo.

—No puedo —dije, y contesté con un «¡hola!» que intenté que sonara alegre, no jadeante.

Me incorporé e intenté cerrar las piernas, pero el cuerpo de Liam me lo impidió. Él se movió debajo de la sábana para seguir besándome hasta la rodilla, y luego volver a subir, succionando un poco la piel del interior de mi muslo.

Oh, mierda. No tenía la menor intención de parar. Iba a tener que desempolvar mis habilidades como actriz y esperar que fueran lo bastante buenas como para impedir que mi hermano se diera cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Dónde estás? —preguntó Jake.

—He ido a tomar café —mentí—, y luego tengo que hacer la compra. Sophie quiere que esta noche nos quedemos viendo películas.

La respiración cálida de Liam acarició el centro de mi cuerpo. La parte racional de mi cerebro me apremió para que le apartara, pero esa parte no estaba a cargo de las decisiones en aquel momento. Estaba demasiado excitada para ser racional.

—¿Qué tal fue la cena?

Los labios de Liam me acariciaron el clítoris y tuve que apretar los dientes con fuerza, al tiempo que cerraba los ojos.

—Un horror —dije, tratando de que sonara convincente—, pero al menos estaba Liam para darme apoyo moral cuando mamá y papá se pasaron de la raya.

Liam se dejó de medias tintas y empezó a lamerme el clítoris con ganas. Aparté el teléfono de la cara cuando no pude contener el gemido que se escapó de mi garganta, y levanté la sábana de un tirón para mirarlo enfadada; pero fue un error, porque solo verle entre mis piernas bastaba para que me hirviera la sangre. Moví las caderas contra su lengua, desesperada. Ansiosa.

—¿Vas a volver pronto a casa? —preguntó Jake—. Tal vez podríamos pedir algo para comer.

—No —espeté, sin quitar ojo de la forma en que Liam movía la lengua—. Aún no he terminado.

—Pero terminarás pronto —murmuró Liam con una sonrisa traviesa, en voz muy baja, para que Jake no lo oyera.

El latido entre mis piernas aumentó de intensidad.

—¿Qué tal si comemos más tarde? —propuse.

—Claro —aceptó Jake.

—Perfecto. Hablamos luego.

Colgué antes de que pudiera decir nada más, y dejé caer la cabeza sobre la almohada mientras Liam seguía excitándome con la lengua. Le hundí la mano en el pelo con los ojos cerrados, sintiendo que el placer se apoderaba de mi cuerpo. Aquello se le daba demasiado bien.

Antes de que pudiera dejarme llevar del todo, él subió por mi cuerpo, con un condón ya puesto, y deslizó la polla entre mis pliegues húmedos, acariciándome el clítoris una y otra vez. Yo estaba tan excitada que no hizo falta mucho más, y me corrí tan pronto como se introdujo en mi interior, con un orgasmo que me estremeció todo el cuerpo mientras él empujaba dentro de mí.

Liam se corrió con un fuerte gruñido, y se detuvo mientras los espasmos de mi propio orgasmo estimulaban su polla. Mi cuerpo estaba envuelto en tantas sensaciones que parecía de gelatina. Liam se dejó caer a mi lado al terminar.

—No puedes hacer eso cuando estoy hablando con Jake —murmuré cuando recuperé el sentido.

—Vas a tener que aprender a contenerte —dijo él, orgulloso y satisfecho—. Si no, tendrás que contestar un montón de preguntas incómodas.

23

LIAM

—¡Tienes que ver esto! —exclamó Paula, entrando en mi oficina.

Los golpes secos de sus botas de tacón interrumpieron mis pensamientos, y detuve las manos sobre el teclado. Carl entró para pedirle que se fuera, pero le indiqué con un gesto que nos dejara. Normalmente, no toleraba que nadie entrara en mi oficina sin avisar, pero Paula no haría un escándalo por nada, y la expresión de su cara me resultó preocupante. Fuera lo que fuera, tenía que enterarme, cuanto antes.

Sin embargo, no tuve la oportunidad de preguntarlo porque, detrás de ella, entró también el perro. Trotaba agitando la cola, como si le hubieran invitado, y el sonido de sus patas contra el suelo de madera acompañó los pasos de Paula.

—¿Me está persiguiendo este perro? —pregunté.

—Alguien se ha dejado abierta la sala de conferencias —dijo Paula sin entonación—. Ha estado olisqueando por allí toda la mañana, se ha comido medio bollo y se ha meado en la bolsa del ordenador de Carl.

—Cómo no.

Ceniza se acercó más, bostezó como si fuera el dueño del lugar y se acurrucó entre mis pies, como una alfombra de pelo muy presuntuosa.

—Puedes agradecérselo cuando quieras. —Paula se subió las gafas con forma de ojo de gato y me plantó el teléfono debajo de la nariz.

—¿Qué es esto? —pregunté, y me aparté un poco para poder ver la pantalla.

—Tú mira el vídeo.

Lo puse en marcha y vi a Lyle, mi anterior director creativo, dando una entrevista en la alfombra roja de algún evento en la ciudad. La mujer que le entrevistaba sujetaba un micrófono ante él.

—¿Tienes algún futuro en *Morir a fuego*?

—Oh, por supuesto —dijo Lyle—. De hecho, el estudio y yo hemos estado hablando recientemente. Hemos tenido varias conversaciones, incluyendo una disculpa por su parte. —Guiñó un ojo y susurró el resto de la frase, como si estuviera compartiendo un secreto—. Se podría decir que me están suplicando que vuelva.

—¿Suplicando? —preguntó la entrevistadora—. ¿Significa eso lo que creo que significa?

—¿Que volveré a hacerme cargo del guion de la segunda temporada, después de todo? —preguntó él, con una sonrisa deslumbrante dirigida a la cámara—. Tenlo por seguro.

¿*Qué cojones*?

—Ya saben, ¡nosotros se lo hemos contado primero! —exclamó la entrevistadora, muy animada—. ¿Podrías contarnos algo de lo que podemos esperar en la segunda temporada?

—Tenemos preparadas algunas historias muy emocionantes —dijo Lyle—, y me alegra que hayamos podido dejar de lado nuestras

diferencias creativas para lograr que esta producción sea fantástica. Sobre todo, se lo agradezco a los fans, que nos han apoyado, bueno, que me han apoyado a mí, en este recorrido.

La entrevistadora se volvió a la cámara.

—Esto ha sido *Tres, dos, uno, ¡acción!*, con toda la información de lo que ocurre detrás de las cámaras.

Paula recogió su teléfono. Sentí que me subía la tensión y el pulso me latía en la frente.

—¿De qué puta disculpa está hablando? ¿Te has puesto en contacto con él?

—¡Y una mierda! —dijo Paula, al tiempo que se sentaba en la silla frente a mi mesa—. ¿Con esa maldita comadreja? ¿Por qué iba a querer invitarle a que me quitase mi trabajo?

—Entonces, ¿de qué está hablando?

—¡Está claro que se lo ha inventado todo! —exclamó Paula—. Y está poniendo la serie en un compromiso muy complicado.

Me froté la cara con las dos manos. *Mierda*. Desde que Lyle se había marchado, habíamos actuado con la prensa como si no hubiera ocurrido nada en absoluto. Cada una de nuestras declaraciones públicas habían sido anodinas y aburridas, limitadas a afirmar que habíamos decidido separarnos de mutuo acuerdo. Por muy fuerte que hubiera sido la tentación, no había hablado mal en público de la pataleta que le había llevado a abandonar la serie y a sus fans. Aunque habría estado justificado revelar a todo el mundo que nos había dejado en la estacada, sin un plan para la segunda temporada, hacerlo nos habría perjudicado más a nosotros que a él.

Por ello, habíamos tomado la decisión de mantenerlo todo en secreto, mientras intentábamos retomar el rumbo sin él. Por supuesto, no podíamos impedir que los fans especularan, o que se preocuparan por cómo continuaría la serie con otra persona al

mando, pero habíamos hecho todo lo posible por que la transición pareciera sencilla y sin baches. Hasta ahora, el plan había funcionado. El pánico de los fans había sido reemplazado, casi en su totalidad, por emoción y anticipación, sobre todo después de los vídeos que mostramos durante *GeekCon*. Y, justo cuando parecía que las cosas empezaban a ir bien, Lyle había aparecido de la nada para ponerlo todo patas arriba. Qué desastre.

—¡Por Dios! ¿Qué cree que está haciendo? ¿En serio ha dicho que le hemos *suplicado* que vuelva?

—Eso ha dicho —confirmó Paula—, y después de todo eso, no le sacaría ni de un puto edificio en llamas.

En eso estábamos de acuerdo.

—La serie no le necesita. Estamos mucho mejor con el nuevo equipo de guionistas —añadí.

Sin embargo, Paula no confirmó inmediatamente estar de acuerdo con mi opinión, y eso me preocupó. Fruncía los labios y se daba golpecitos en la barbilla con un dedo.

—¿Qué? —le espeté.

—No lo necesitamos —dijo ella—. Quiero que eso quede muy claro, pero…

—No quiero oír ni un maldito *pero* —refunfuñé.

—Lo sé. Es solo que… Desde que se emitió esa entrevista, los foros de fans se han vuelto locos. No hablan de otra cosa.

Apreté los dientes, hasta casi sentir que se me rompían las muelas.

—Los fans están entusiasmados. Quieren que vuelva.

Sus palabras me cayeron como un jarro de agua fría, pero, por la forma en que apretaba los labios en una delgada línea, supe que aún no había terminado de hablar. Me apreté el puente de la nariz.

—¿Qué más?

—He hablado con contabilidad para que me dieran las cifras después de que saliera ese vídeo. Desde que se emitió, las suscripciones nuevas han aumentado de forma considerable. Todo este revuelo ha llamado la atención de un montón de gente nueva, que se han interesado lo bastante como para suscribirse de una vez, a ver de qué va todo el drama.

Así que los fans, y los posibles fans, también estaban hablando con la cartera. *Joder.*

—No creo que podamos darle con la puerta en las narices, por muy satisfactorio que resultara —continuó Paula—. Hacerlo podría…

—Afectar a la serie —terminé la frase por ella.

Podría afectar a la empresa, poner en riesgo puestos de trabajo, y también a gente que me importaba. No estaba dispuesto a hacer algo así, sobre todo por culpa de un imbécil como Lyle.

—Creo que deberíamos reunirnos con él —sugirió Paula—, para ver si hay algún modo de…

—¿De qué? —estallé—. ¿De aplacarlo?

—De satisfacer a todo el mundo. —Se encogió de hombros.

¡Maldita sea! Me repugnaba la idea de invitar a Lyle a volver, de permitirle entrar una vez más en mi estudio, después de lo que había hecho. Pero Paula tenía razón. Eso era lo que necesitaba VeriTV, y por mucho que deseara mandar a Lyle al infierno, también era mi prioridad.

Me apoyé en el respaldo de la silla con un suspiro y me pasé una mano por la cara. Fue entonces cuando me fijé en que Ceniza seguía enroscado a mis pies.

—Tú no deberías estar aquí, ¿sabes? —murmuré.

Él golpeó el suelo con la cola.

—De acuerdo, pero no te acostumbres.



Dos días más tarde, Paula y yo nos reunimos en mi despacho con un abogado del estudio, alguien de recursos humanos, un especialista en relaciones públicas, y el agente y el abogado de Lyle. El propio Lyle Clemmens estaba sentado en una silla en el centro de la sala, en una actitud de tensión palpable. Yo me había prometido una cosa antes de la reunión: controlaría mi temperamento y mis reacciones, porque lo último que necesitaba era dar a Lyle munición con la que correr a la prensa. Casi podía ver los titulares. *¡Director creativo despedido por segunda vez! La cosa está que arde en* Morir a fuego*. La tensión echa chispas en VeriTV.*

Los juegos de palabras serían insoportables. No, no podía permitir que todo se viniera abajo. Incluso le había pedido a un becario que se ocupara de vigilar a Ceniza durante una hora, para que no irrumpiera en la oficina a mitad de la reunión y se meara en los zapatos de Lyle, o algo por el estilo. Por tentadora que fuera la idea, no podía arriesgarme.

—¿Qué has venido a buscar aquí, Lyle? —empecé.

Aunque habíamos estado evitando el tema, todos sabíamos bien por qué Lyle estaba allí. La expectación positiva generada por la nueva temporada le había asustado. Estaba convencido de que la serie se iría a pique sin él y, cuando descubrió que ese no era el caso, había manipulado la situación para obligarnos a readmitirle, de forma que pudiera atribuirse el mérito del éxito de la segunda temporada.

Sus razones estaban muy claras. Lo que no estaba claro era qué esperaba sacar de todo ello. Como había dicho Paula, tendríamos que darle algo para evitar espantar a los fans, pero yo estaba dispuesto a que ese *algo* fuera lo menos posible.

—Pensaba que sería obvio —dijo él.

—Vas a tener que decirlo a las claras —expliqué, tras un largo suspiro.

—Quiero mi antiguo trabajo —pidió, con voz tensa.

—¿Director creativo?

Lancé una mirada a Paula, que me la devolvió con una ceja levantada, a la espera de ver cómo respondía a esa petición.

—Ni hablar. —Señalé a Paula con la cabeza—. Ahí tienes a la nueva directora creativa, y no me interesa reemplazarla.

Los abogados se apresuraron a tomar notas.

—Paula ha hecho un trabajo increíble hasta ahora —continué—. No vamos a cambiar de director a mitad de temporada.

—¿Aunque yo sea el único capaz de contar esta historia?

—Creo que ya hemos demostrado que ese no es el caso. Tú te fuiste, y nosotros seguimos trabajando.

—Podría haber ofrecido mis ideas a cualquier otro —insistió Lyle—. Podía haber empezado en cualquier otra plataforma y quitaros a vuestro público. Pero no lo hice.

Ya estaba amenazando a VeriTV. Dios, cómo deseaba que los de seguridad lo sacaran de allí a rastras.

—El puesto de director no está disponible —gruñí.

Lyle intercambió una mirada con su agente, pero no siguió insistiendo. Estaba claro que sabía cuándo ceder. Me pregunté qué pediría a continuación.

—En ese caso, quiero volver al equipo de guionistas.

—De eso sí podemos hablar.

—Guionista jefe.

—Ya tenemos una guionista jefe. —Negué con la cabeza.

—Sí, Mia Collins —dijo Lyle—. Sé quién es. Escribe ese cómic tan mono, ¿verdad?

Apreté un puño.

—Ve al grano.

—He visto los vídeos promocionales. Hay hilos conductores que no habéis tenido en cuenta. Hay cosas que solo sé *yo*, que se iban a desarrollar durante las próximas tres temporadas. Me necesitáis para que conecte todas esas ideas.

Tragué saliva.

—No voy a quitarle el puesto a Mia.

—¿Y si hacemos un descanso? —sugirió el abogado del estudio.

Lyle intercambió miradas con su abogado y su agente. Los tres asintieron y salieron de mi oficina con el de recursos humanos, dejándonos a Paula, a mí y a nuestro abogado sentados alrededor de mi mesa.

—¿Estás dispuesto a romper la negociación por esto? —preguntó Paula—. ¿Por el puesto de guionista jefe?

—¿Por qué no? —repliqué—. He aceptado reunirme con él, incluso estoy dispuesto a dejar que se una al equipo de guionistas. Pero ¿por qué iba a ponerle a cargo otra vez, después de lo que hizo?

—¿Y cómo vamos a pedirle que vuelva, pero no encargarle la narrativa de un proyecto que ha sido idea suya desde el principio? —argumentó Paula—. Sí, para Mia será una desilusión que le quites el puesto de guionista jefe, pero esa chica es bastante sensata. Lo entenderá.

¿Lo haría? No quería ni imaginarme su expresión cuando se lo dijera.

—Ser guionista jefe me parece un buen compromiso —insistió Paula.

—No lo es —murmuré.

Paula me miró con los ojos entornados.

—Los dos sabemos que no va a ceder en eso. Si insistes, puedes echarlo todo a perder. No es propio de ti asumir este tipo de riesgo, cuando el bien de la empresa está en juego.

Aquello me sorprendió. ¿Tendría razón? ¿Me estaba obcecando a ciegas, dejando que mis sentimientos por Mia me distrajeran de una solución adecuada? Eso no era propio de mí.

—Tenemos que ceder un poco —dijo Paula—. *Tú* tienes que ceder un poco.

Maldita sea, tenía razón. Hice un gesto brusco con la cabeza, para indicar al abogado que llamara a los demás para que volvieran a entrar.

—Esto es lo que podemos ofrecerte —anuncié cuando volvieron a sentarse.

Lyle y su equipo se inclinaron hacia delante, pendientes de mis palabras.

—Mia y tú dirigiréis conjuntamente el equipo de guionistas. Los dos decidiréis cómo avanzan las diferentes historias en lo que queda de temporada, y Paula lo supervisará todo, como directora creativa. Si es cierto que has venido a contar una gran historia, entonces hazlo.

Eso era todo. Era el único compromiso que estaba dispuesto a hacer. Coguionista jefe, o nada.

El abogado de Lyle le susurró algo al oído, y él hizo una mueca y se tomó un instante para pensarlo.

—De acuerdo —dijo, por fin—. Pero si voy a ceder tanto, quiero hacer algunos cambios en el equipo de guionistas.

—Nada de cambios —dije.

No estaba dispuesto a despedir a nadie para alimentar las ansias de poder de Lyle. Ellos no habían hecho nada malo.

—Entonces, quiero añadir a alguien.

Miré a Paula, que se encogió de hombros.

—Conozco algunos guionistas con talento que podrían aportar el nivel de experiencia que le falta al equipo actual —añadió Lyle.

Me disgustó la insinuación de que los guionistas actuales no tenían bastante experiencia, pero una parte de mí sabía que era cierto. Y él era el responsable: Era él quien había formado un equipo de gente muy joven, que no se opondrían a nada de lo que dijera. Y ahora quería inclinar la balanza a su favor con unos cuantos esbirros que le apoyaran en cualquier desacuerdo que tuviera con Mia.

—¿De quién estás hablando? —pregunté.

—Alex Barnett —empezó él—. Ethan Moore. James Singh. Damien Álvarez.

—Dos —dije, para imponer un límite y que no superasen en número a Mia y Paula, por muy cualificados que estuvieran—. Puedes traer a dos guionistas más.

La propuesta de Damien Álvarez para su propia serie había llegado hasta la fase preliminar de desarrollo en VeriTV. Tal vez no sería mala idea que se uniera al equipo, para ver cómo trabajaba con el resto de los creativos antes de comprometernos con él. Todo el mundo exhibía su mejor comportamiento cuando quería venderte algo, así que ponerlo a trabajar me permitiría ver cómo era en realidad. Y, si tenía suerte, su forma de ser no se parecería en nada a la de Lyle.

—Damien y otro más. Tú eliges.

—De acuerdo. Y, además —continuó Lyle—. Quiero el título de director ejecutivo de la serie.

—De acuerdo —mascullé entre dientes.

—Y quiero que hablemos de una bonificación por resultados, si la segunda temporada tiene tanto éxito como la primera.

Aquel hombre se la estaba jugando, pero si ese trato nos aseguraba que Lyle no acabara con *Morir a fuego*, estaba dispuesto a darle algo más de dinero. Hice un gesto con la cabeza al abogado del estudio, que apuntó algo en sus notas, y tendí una mano por encima de la mesa.

—¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo —asintió Lyle.

24

MIA

Debería haber sentido un montón de mariposas en el estómago al acercarme a la mansión de Liam en Studio City. Además, el guardia de seguridad del acceso a la urbanización me puso mala cara, porque mi vieja tartana desentonaba mucho en aquel lugar, donde los vecinos se debían bañar en agua adornada con copos de oro. Pero estaba de un humor demasiado bueno como para que me preocupara ninguna de esas cosas. El sol brillaba, hacía un día precioso, e iba a reunirme con un hombre guapísimo, por el que había estado colada desde los quince años, para que me follara a placer. Y, además, tenía buenas noticias que contarle.

Ellie Park, del *podcast La mancha de tinta*, me había invitado a su programa para hablar de la edición limitada impresa de *Corazón Apresurado* que estaba a punto de publicarse. Debido a las insistentes peticiones de mis lectores, sobre todo los que habían asistido a la firma de autógrafos en la convención, había decidido arriesgarme a publicar una edición impresa, y cualquier oportunidad de hablar de ella podría ayudarme mucho a conseguir que las librerías se interesaran por venderla. Estaba deseando contarle a Liam lo de la entrevista.

Introduje el código de acceso a la casa de Liam y entré en su enorme recibidor, donde mis pasos resonaron con un eco.

—¿Liam?

No recibí respuesta, así que me asomé al salón, o uno de los salones; después miré en la habitación que había catalogado para mis adentros como la biblioteca y, por fin, en una oficina, que no era *su* oficina.

—¿Liam? —llamé de nuevo.

Tenía que estar en casa, ¡habíamos quedado para cenar! Como se hubiera entretenido en la oficina, se iba a llevar una larga serie de emoticonos enfadados. Cuando entré en la cocina, estuve a punto de tropezar con un cuerpo muy peludo desplomado frente a la nevera.

—¿Ceniza?

El perro golpeó el suelo con la cola sin molestarse en levantar la cabeza, y yo me quedé mirándolo como si acabara de descubrir un oso en la despensa. Pero qué narices… ¿Liam había traído el perro a su casa? La última vez que había hablado de él, se había referido al animal como «una catástrofe peluda». ¿Por qué lo habría traído allí?

Pasé por encima del perro con cuidado, como si me preocupara que el mínimo ruido pudiera deshacer el hechizo que había dado lugar a aquel acontecimiento extraordinario. Entonces, escuché el sonido de una salpicadura.

Al darme la vuelta, vi que la puerta corredera de la cocina estaba abierta. Salí al jardín, que era casi más impresionante que la casa, adornado con grandes cantidades de plantas, palmeras gigantes y helechos por todas partes. Había también un patio con suelo de cemento pulido, unas hamacas que debían costar más que mi coche, una pérgola con cortinas y una piscina. ¡La maldita piscina era espectacular! Casi tanto como el hombre que la ocupaba en ese

momento, dedicado, al parecer, a nadar unos largos. Me quedé mirando a Liam, preguntándome cuándo saldría a coger aire.

Habíamos planeado una cena tranquila en casa, para relajarnos después de una semana de mucho trabajo. Yo sabía que había tenido una reunión que le había estresado mucho y, a juzgar por la forma en que golpeaba el agua con cada brazada, se diría que las cosas no habían ido bien. Mi buen humor se desinfló un poco, y me planteé si, tal vez, aquella no sería la noche adecuada para contarle lo del *podcast*, porque daba la sensación de que él también tendría algo que contarme. Me agaché en el borde de la piscina para tratar de llamar su atención.

Mientras se deslizaba junto a mí, con la piel brillante por el efecto del agua, me pregunté con qué frecuencia nadaría para aliviar el estrés. Me senté e introduje los pies en la piscina, haciendo ondear la superficie, y él debió notarlo, porque sacó la cabeza y, con un gesto, se quitó el agua de la cara y se echó el pelo castaño hacia atrás.

—Aquí estás —dijo, antes de empezar a nadar hacia mí, flexionando los músculos de los brazos de una forma muy atractiva.

—Aquí estoy —confirmé—. Y, al parecer, el perro también.

—Me siguió hasta el aparcamiento, y pensé que, si no lo traía, acabarían por atropellarlo.

—Qué amable por tu parte.

—Siempre soy amable. —Me dedicó una sonrisa altanera y tendió las manos hacia mis rodillas.

—No me mojes —advertí.

Sus ojos se animaron con el desafío.

—Si me salpicas, Liam, te prometo que…

—Se me están ocurriendo otras formas de que acabes mojada, y creo que esas no te importarán tanto.

Me besó una rodilla, con labios helados a pesar de la temperatura del agua. Con un estremecimiento, le peiné el pelo mojado con los dedos. Él me besó un muslo, antes de pasar al otro.

—Me gustan estos pantalones.

Eran unos vaqueros muy cortos, que a mí también me gustaban mucho. Y aún me gustaba más la forma en que me estaba mirando.

—¿Estás bien? —pregunté.

Él dejó de besarme y soltó un largo suspiro.

—Solo ha sido… un día muy intenso.

—¿Tiene algo que ver con esa reunión que has tenido?

Él se dejó caer para flotar de espaldas en el agua, mirando al cielo. Yo extendí una pierna para tocarle el pecho con un pie, y él me la agarró y tiró un poco.

—No lo hagas —avisé. No me apetecía nada bañarme.

—Ven aquí —pidió él.

—Háblame de la reunión —pedí.

Sabía que intentaba evitar hablar de ello, pero no pensaba dejar que se saliera con la suya. Vi que le temblaba un músculo en la mandíbula.

—Paula y yo nos hemos reunido con Lyle Clemmens hoy.

Asentí. No era tonta, había visto el vídeo de la entrevista a Lyle en aquella alfombra roja y, desde que me habían contratado para la serie, había estado siguiendo la etiqueta *#morirafuego* en todas las redes sociales. Me venía bien estar al día de lo que decían los fans, y todas las conversaciones habían estado al rojo vivo desde la

entrevista. Que Liam y Paula se reunieran con él había sido inevitable.

Lo único que no sabía aún era qué habían decidido, pero no quería forzarle a contármelo; esperaba que fuera él quien decidiera hacerlo. El sexo era increíble, pero yo quería ser algo más para él que un cuerpo en su cama. Quería ser su *compañera*, alguien con quien pudiera sincerarse.

Guardar silencio debió funcionar, porque él siguió hablando.

—Si te soy sincero, no quería saber nada de él, pero Paula me recordó la impresión que daríamos al público si Lyle volviera a tener un conflicto con la serie. Nos ha puesto en una situación muy complicada. Quería el puesto de director creativo, pero me he plantado. Lo malo es que no he podido *no* darle nada. De lo contrario, habría cabreado a los fans.

Todo aquello también se me había ocurrido. La serie era idea de Lyle, y por supuesto que él quería ser quien continuara la historia. ¿Cómo lo habrían resuelto? ¿A qué acuerdo habrían llegado?

—Al final… —Liam suspiró de nuevo—. Le he dado el cargo de coguionista jefe.

Miré a Liam parpadeando por la sorpresa.

—¿Coguionista jefe?

—Tu tendrás la misma capacidad de decisión que él —se apresuró a decir—. Y no vamos a descartar nada de lo que se haya grabado ya. Te lo prometo.

—No, eso no es… —Solté una carcajada sin ganas—. Creía que me habría quedado sin trabajo. No pensé que compartiríamos el puesto.

—¿Por qué no? —gruñó él—. Has hecho un trabajo fantástico hasta ahora, no pensaba permitir que te echara.

—¿Y ha aceptado ese trato? ¿Compartir el puesto de guionista jefe con una desconocida? ¿Se ha conformado con eso?

—He tenido que hacer otras concesiones. —Liam se encogió de hombros—. Dinero, créditos y dejar que traiga a un par de guionistas más, aunque me he asegurado de que no superen en número a los que ya tenemos.

Nada de eso me sorprendió, salvo el hecho de que Liam se asegurase de que yo conservara mi puesto. Le sonreí mientras él nadaba hacia mí para rodear mi cintura con sus brazos helados. El agua me empapó la camiseta, pero no me importó.

—¿No estás enfadada por eso? —preguntó.

Mentiría si dijera que no. Una parte de mí estaba molesta por el hecho de que Lyle pudiera volver a la serie como si nada después de lo ocurrido. El futuro de *Morir a fuego* estaba en manos de los fans, literalmente, y por mucho que me fastidiara lo que había hecho Lyle, sabía bien lo que era proteger algo que amaba.

Esa era la razón por la que había desactivado los comentarios en *Corazón Apresurado* cuando mi ex intentó empezar una guerra en ellos. Lyle había hecho las cosas mal de un millón de maneras distintas, lo que me cabreaba de forma considerable, pero comprendía por qué había querido volver. Se sentía vinculado a la serie de una forma que yo entendía bien y, siendo sincera, me ilusionaba un poco ver qué podía aportar. Después de todo, la primera temporada me había encantado.

—No estoy enfadada contigo —dije, porque eso sí era cierto.

¿Y qué otra opción tenía? No pensaba dejar la serie, a menos que me despidieran.

—Bien —murmuró Liam contra mi muslo. Yo le acaricié el pelo.

—Lo que más me preocupa son los otros guionistas, Jerome, Kait y Tanya. No va a ser fácil para ellos.

—Paula ya se está ocupando de eso. Nos aseguraremos de que se sientan apoyados.

Acaricié los hombros tensos de Liam con las manos, y le besé la cabeza. Ahora que habíamos tenido aquella conversación, Liam empezó a relajarse y me dedicó una sonrisa malvada.

—En serio, deberías bañarte conmigo.

—No tengo bañador —le provoqué.

—No te hace ninguna falta —dijo él—. Ven, te lo voy a mostrar.

Me abrió el botón de los pantalones y me miró, esperando que le detuviera, pero no lo hice. Mi cuerpo reaccionó a su contacto al instante. Dios, cómo deseaba que me devorase allí mismo, al borde de la piscina y, a juzgar por su expresión, era posible que me concediera el deseo, si se lo pedía con amabilidad.

Liam se inclinó hacia delante, tiró de la cremallera de mis pantalones con los dientes y después lamió la parte inferior de mi abdomen con la lengua. Yo levanté las caderas lo bastante para bajarme los pantalones y me los quité del todo, para que no entorpecieran los movimientos de Liam, que comenzó a besarme por encima de las braguitas. Gemí, mientras le sujetaba la cabeza con las manos, y él rio un poco.

—¿Querías algo?

—Solo a ti —gemí—. Ahí mismo.

Liam siguió lamiéndome, rodeándome con los brazos para atraerme hacia el borde de la piscina. Aquello era como una fantasía, como vivir en una realidad que no existía. Volví a gemir, más fuerte, dispuesta a arrancarme la ropa interior para que pudiera tocarme como ansiaba que lo hiciera, hasta que…

¡*Brrrrrrr*!

A duras penas, reconocí el zumbido del timbre de la entrada. Debía ser alguien que no tenía el código, y necesitaba que le abrieran.

—Eso será la comida. —Liam se detuvo.

¿*Se detuvo*?

—¿Comida? —murmuré.

¿Qué comida? Yo no quería comer, quería que Liam me comiera a mí. No pensaría parar ahora, ¿no?

Él rio al ver mi expresión, y se desplazó hasta el borde de la piscina, donde se impulsó con los brazos para salir. Sus músculos se tensaron, mientras el agua resbalaba por su piel. No pude contener un gemido, y lancé la cabeza hacia atrás, para poner los ojos en el cielo. Yo estaba a punto de estallar y ¿ese hombre se iba a ir a abrir la puerta a un repartidor?

—Deberías volver a ponerte los pantalones —me indicó.

Mi estómago dio un vuelco. No. Quería seguir sin ellos. Quería quitarme más cosas. Quería tumbarme sobre la mesa del patio mientras me follaba hasta el olvido.

—El repartidor está esperando.

¡Un momento! ¿Acaso me iba a obligar a recoger la comida? Me puse en pie, boquiabierta, y volví a ponerme los pantalones. Aquello me ofendía más que el que hubiera hecho a Lyle coguionista jefe.

—Esto es muy grosero por tu parte.

Liam me dio un beso rápido en los labios.

—Yo no puedo abrir estando empapado.

Gruñí por lo bajo que tampoco parecía importarle mucho que yo sí estuviera empapada, pero él se limitó a reírse y darme una palmada en el culo cuando pasé por su lado. Refunfuñando, me dirigí a la entrada del jardín para recoger la comida. Liam había pedido comida

tailandesa, y tuve que admitir que olía a gloria. Cuando volví, dejé las bolsas en la isla de la cocina, porque más le valía a aquel hombre terminar lo que había empezado antes de que le permitiera acercarse al *pad thai*.

Me quité la camiseta antes de salir al patio, y me puse delante de Liam exhibiendo mi sujetador de encaje. La treta surtió efecto, porque abrió mucho los ojos.

—La cena está servida —anuncié.

—No, claro que no es Mia. ¿Por qué iba a estar tu hermana aquí? —dijo Liam.

Solo entonces me di cuenta de que estaba hablando por teléfono, y me mordí el labio. Estaba hablando con Jake.

Liam me dio la espalda antes de ver mi mueca de preocupación. Comprendía las razones por las que Liam ocultaba lo nuestro a Jake, y yo tampoco quería hacerle daño a mi hermano, ni dificultar su recuperación. Aun así, escuchar a Liam negarlo de ese modo, como si la idea de estar juntos fuera totalmente ridícula, me había dolido. No pude evitar preguntarme si el amor siempre sería así para mí, si siempre me haría daño. Hasta ahora, no había tenido ninguna suerte en ese aspecto.

Liam terminó la llamada, y yo aparté aquellas ideas de la cabeza y forcé una sonrisa. ¿Por qué me estaba estresando por todo aquello? Debería pensar en el momento presente, centrarme y disfrutar de aquel pedazo de hombre que me miraba como si fuera un delicioso bocado que se disponía a devorar.

—Por poco —dijo Liam.

Dejó el teléfono y se acercó a mí como un depredador, pero yo lo detuve con una mano en el pecho.

—¿Te cuento una cosa? —pregunté.

—¿Qué?

—Me han invitado a *La mancha de tinta*, para hablar de *Corazón Apresurado*.

Liam volvió a abrir mucho los ojos.

—¿El *podcast* de *anime* del que me hablaste?

—Es mucho más que *anime* —dije con una risa—. Pero sí, llevo escuchándolo mucho tiempo, y estoy emocionadísima.

El público de Ellie era muy especializado y estaba muy entregado, así que, si todos ellos acudían a su librería independiente más cercana para pedir mi libro, podría conseguir un volumen de ventas bastante decente. Aunque me seguía haciendo muchísima ilusión trabajar en *Morir a fuego*, *Corazón Apresurado* siempre sería la niña de mis ojos, y solo esperaba que la edición impresa fuera un éxito.

—Mia, ¡eso es increíble!

En un instante, pasó de mirarme con excitación a mirarme con orgullo, y me envolvió en un abrazo enorme.

—Gracias —murmuré contra su hombro—. Siendo sincera, estoy un poco nerviosa.

Suponía un paso enorme para *Corazón Apresurado*. Si lograba causar una buena impresión, el *podcast* supondría la mejor oportunidad para que mi historia triunfara fuera de internet, pero si la fastidiaba, sería un desastre.

—¿Cuándo es la entrevista? —preguntó.

—Dentro de unas semanas.

—¿Quieres que te acompañe para darte apoyo moral? Tal vez podría evitar que te agobies mucho. Podría dedicarme a poner caras raras mientras contestas las preguntas, o algo así —bromeó.

Me eché a reír, pero me había llegado al alma que quisiera acompañarme para ofrecerme su apoyo.

—Eso sería increíble.

Me incliné para besarle, y ya no me detuve, ni siquiera cuando me quitó toda la ropa y me llevó en brazos hasta la mesa del patio. Solo dejé de besarle el tiempo suficiente para recostarme y permitirle que me mostrara que sabía muy bien cómo terminar lo que había empezado.

25

MIA

M*aldita sea*, pensé al entrar en la sala de guionistas el lunes por la mañana. Me quedé helada justo al cruzar la puerta, con los pies clavados en el suelo, al ver al hombre que hablaba con Kait junto a la pizarra. Damien Álvarez, mi antiguo profesor de escritura de guiones y mentor en la universidad. El hombre que me había tutelado, solo para jugármela después.

¿Qué *demonios* estaría haciendo él aquí?

—Bueno —dijo Jerome, que se acercó a mí y se cruzó de brazos, con los dientes apretados. Nunca lo había visto tan cabreado—. Lyle ha traído refuerzos.

—Solo dos —dije, con esfuerzo.

Damien tocó el codo de Kait, mientras reía con esa risa tan asquerosamente falsa que había usado conmigo en su día, y estuve a punto de rechinar los dientes. Seguía siendo el mismo capullo charlatán de siempre, y sentí el impulso de llevarme a Kait muy, muy lejos de él.

—Ojalá Paula hubiera avisado en el chat de grupo.

Como había prometido Liam, Paula había avisado a los guionistas por adelantado, para evitar un completo desastre esa mañana. Y, en parte, había funcionado, aunque Tanya estaba sentada en su extremo de la mesa, apretando el pulsador de su bolígrafo y mirando enfadada a todo el mundo. Vale, era obvio que ella aún lo estaba procesando.

Podía comprenderlo. Les iba a costar soportar a Lyle otra vez, al igual que a mí me costaba aceptar la presencia del hombre que tenía delante. Hacía años que no veía a Damien, pero echarle la vista encima de nuevo era como si me hubieran arrojado un cubo de agua helada por encima: Una sorpresa muy desagradable.

Jerome me dio un golpe con el hombro y señaló a Damien con la cabeza.

—Me da la sensación de que lo conoces. ¿De qué va eso?

—¿Qué parte quieres que te cuente? ¿La parte en la que era mi profesor en la universidad, que me apoyaba y me ayudó a presentar un guion a un ejecutivo de un estudio? ¿O la parte en la que se las apañó para que el acuerdo se fuera a pique?

—Venga ya —dijo Jerome—. Menudo capullo.

En realidad, esa no era *toda* la historia, pero bastaba para que Jerome se hiciera una idea. Aquel tío no era más que un vil capullo lisonjero, con un ego del tamaño de una casa.

—Capullo es quedarse bastante corto.

—En ese caso, iré a rescatar a Kait —dijo Jerome, poniéndose en marcha.

Se alejó, y yo conseguí por fin traspasar el umbral de la puerta y sacar de mi bolsa el portátil y las notas de la semana anterior. Ceniza también estaba allí, acurrucado bajo la pizarra, dormido como un tronco y con una pata moviéndose en espasmos, como si estuviera

persiguiendo conejos en sus sueños. Cómo no iba a estar allí; a esas alturas, era ya prácticamente parte del mobiliario.

Le rasqué detrás de una oreja antes de tomar asiento, con la esperanza de distraerme un poco. El pulso aún me latía a toda velocidad, pero no de un modo agradable. El subidón de adrenalina había activado mi instinto de huida o lucha, y lo único que quería hacer era salir corriendo de allí.

—Encantado de conocerte —dijo Damien, estrechando la mano de Jerome, quien le miraba como si fuera un parásito que se había arrancado de la piel—. Supongo que ya he terminado con las presentaciones, porque a Mia ya la conozco.

Al oír que pronunciaba mi nombre, se me dispararon las alarmas. No quería que hablara conmigo, que me mirase, ni siquiera que pensara en mí y, desde luego, no quería ver cómo se me acercaba.

—Ha pasado mucho tiempo, Mia —dijo, pasándome un brazo por los hombros, de un modo que me erizó la piel de los brazos, hasta resultar casi doloroso—. Por si no lo ha mencionado —continuó, dirigiéndose al resto de la sala con una enorme sonrisa—, que sepáis que yo fui el profesor favorito de Mia en la universidad. Yo le enseñé todo lo que sabe.

Dios, estaba a punto de vomitar. Él se inclinó hacia mi oído.

—Alguien me prometió que seguiría en contacto conmigo.

Uf. Cómo deseaba quitar su brazo de mi hombro y lanzarle al otro lado de la pared de un empujón. Pero eso sería montar un espectáculo, así que me escurrí con agilidad de debajo de su brazo y sonreí sin ganas.

—La vida me ha mantenido ocupada.

Damien abrió la boca para decir algo más, pero, por suerte, ese fue el momento que Liam eligió para entrar con Paula, Lyle y el otro lacayo elegido por Lyle, enfrascados en alguna conversación.

—¡Hola a todos! —dijo Lyle, situándose al frente de la sala.

El ambiente cambió al instante, porque Kait, Jerome y Tanya se pusieron tensos, mientras yo pensaba que preferiría mil veces enfrentarme a Lyle a estar atrapada con Damien.

Lyle se volvió hacia mí con la mano extendida.

—Lyle Clemmens.

—Mia Collins —dije, estrechándosela con firmeza.

—Ah, mi codirectora.

Por la forma en que lo dijo, supe que Lyle se tomaba su nuevo título como una broma, y que yo misma era una broma. Sin embargo, enderecé los hombros y alcé la barbilla, dispuesta a no permitir que me avasallara. Por fin, me soltó la mano para terminar las presentaciones.

—Este es James Singh —dijo, con un gesto hacia el otro escritor, cuyo nombre reconocí porque había trabajado en varias series muy conocidas—. Y Damien Álvarez.

—Ya nos hemos presentado —murmuró Jerome, mientras Damien se inclinaba hacia Liam para susurrarle algo.

—Muy bien, atención. Sentaos todos, vamos a empezar —dijo Lyle—. He estado considerando cómo avanzaría la historia una vez pasado el punto medio.

Se dirigió a la pizarra, donde habíamos escrito en tarjetas varias ideas para el argumento, y comenzó a romperlas. Yo miré a Paula y Liam, que parecían no inmutarse por el hecho de que Lyle estuviera destrozando nuestro trabajo, literalmente, delante de nuestras narices. Mi mirada recayó en los demás guionistas, aquella gente que se habían convertido en buenos amigos. Jerome hizo una mueca, y Kait había dejado caer la cabeza entre las manos. Tanya se limitaba a mirar al infinito, con los puños apretados sobre la mesa.

—Vamos a tener que prescindir de todo esto para que mi plan funcione —dijo Lyle, mientras rompía otra tarjeta.

Inspiré hondo y me aclaré la garganta, preparada para enfrentarme con aquel hombre, cara a cara.

—No vamos a prescindir de todo.

Lyle se dio la vuelta despacio, como si le sorprendiera que me hubiera atrevido a hablar.

—¿Disculpa?

Señalé la tarjeta rota que tenía en la mano.

—Eso es el resto de la historia de Cade. Hay que terminarla.

—Yo nunca tuve ningún plan para él.

—Pues yo sí —insistí, cruzando los brazos.

—Pues ahora que estoy aquí, eso va a cambiar.

—No, no puedes hacerlo.

—Y eso ¿por qué, exactamente? —resopló él.

—Porque tendrías que cambiar toda la primera mitad de la temporada, que ya casi hemos terminado de rodar —dije—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que los fans piensen que, en cuanto has llegado, lo has puesto todo patas arriba?

Dio la sensación de que alguien había extraído todo el aire de la sala. Los demás contuvieron la respiración y esperaron ver si las cosas iban a saltar por los aires, pero me mantuve firme. Sabía que a Lyle le importaba cómo le percibían los fans, lo había comprendido al ver aquella entrevista. Así que, si eso era lo necesario para conseguir que trabajara en equipo, eso es lo que haría. Le arranqué de la mano la tarjeta rota y sujeté las dos mitades con el marco de la pizarra.

—Bien —dijo él, rompiendo otra tarjeta—. Pero hay que eliminar el fuego del silo. He planeado otra cosa para la mitad de la temporada.

Escuché un fuerte respingo, y miré al otro lado de la mesa, donde estaba Tanya. Ella ya había empezado a trabajar en aquel episodio, y estaba muy ilusionada por escribirlo e incluir el incendio del silo en la serie. Hasta Ceniza se removió un poco al escuchar aquello, y levantó la cabeza para emitir una especie de gemido confuso, como si hubiera notado los cambios en el ambiente. Esperé que Paula o Liam dijeran algo, pero no se escuchó ni una palabra. Todo el maldito ambiente de la sala se había envenenado en el momento en que Lyle entró por la puerta.

—Una vez más: lo que ya hemos rodado conduce a ese punto —dije a Lyle, con el enfado presionándome en las sienes—. Es demasiado tarde para hacer un cambio así. El argumento de la temporada ya está planeado. Puedes hacer cambios menores, pero…

—¿Menores? —Se echó a reír—. Ah, no. El fuego del silo se va.

Me volví a mirar a los demás. ¿En serio? ¿Nadie iba a decir nada? Jerome, Kait y Tanya se habían quedado en silencio; Paula se frotaba el puente de la nariz por debajo de las gafas; los esbirros de Lyle tomaban notas, pero Liam… ¡Él tendría que hacer algo! Le miré a los ojos e hice un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Vamos a descansar cinco minutos —dijo él.

Salí de la sala, y Liam me siguió al pasillo.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja.

¿*Qué pasa*? quise gritar. ¡Pues un montón de cosas! Mi mayor problema era que hubiera dejado a Lyle traer a Damien como parte de su entorno, pero recordé que ese era solo mi problema, y no podía permitir que se hiciera una montaña de aquello. Tampoco era que Liam pudiera haberlo sabido, pero el hecho de que Lyle estuviera tomando el control del equipo de guionistas, y que Jerome, Kait y Tanya hubieran quedado reducidos a sombras de sí mismos

era un problema que debería haber reconocido con un solo vistazo. Así que, ¿por qué no estaba haciendo nada para resolverlo?

—Mia…

—¿No puedes hacer nada con Lyle? Está ignorando por completo todo lo que ya hemos hecho. ¡El equipo de la serie ya está preparando la escena del incendio del silo!

—Yo… creo que deberíamos escuchar lo que propone. —Liam se frotó la mandíbula.

—¿Escucharle?

—Es posible que tenga una idea mejor.

—¿En serio? —Incliné la cabeza.

—Me preocupa que, si me planto desde el principio, vuelva a largarse y provoque otro escándalo. Podría cargarse la segunda temporada solo con volver a hablar mal de nosotros a la prensa, y no puedo permitir que eso ocurra.

—¿No dijiste que le habías dejado claro que no cambiaríamos nada de los episodios que ya hemos rodado? Llevamos cuatro de diez, y el siguiente es el de la mitad de temporada. Tanya ya casi tiene terminado el guion.

—Estoy de acuerdo en que todo lo que se le ocurra tiene que cuadrar con lo que ya hemos rodado —dijo Liam—. Pero lo del silo… no se ha rodado aún.

—¿Estás diciendo que vas a dejar que lo elimine? —dije, mientras la rabia y una enorme decepción se expandían por mi pecho.

—He dicho que quería escuchar su propuesta —corrigió Liam.

—Y eso significa que le vas a dar el visto bueno para hacer los cambios que quiera, siempre y cuando todo tenga sentido, ¿no? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Ya sé que no es lo que quieres oír, pero él es el coguionista jefe —resopló Liam—. Si quiere cambiar elementos, reescribir parte del guion, cambiar de dirección… Tiene derecho a presentar esas ideas al grupo y a cuestionar lo que has planeado para el resto de la temporada.

Asentí despacio mientras asimilaba sus palabras e intentaba no tomármelo como algo personal, pero fracasé de la forma más lamentable. Porque, sí, era personal. Yo había llegado cuando la serie se había ido a pique, y había vuelto a encauzarla, y ahora parecía que me estaban arrebatando todo lo que había logrado. Lyle ya había manipulado al equipo una vez, y se estaba preparando para hacer lo mismo de nuevo. Lancé un bufido de irritación.

—¿Lo entiendes? —preguntó en tono brusco. Estaba claro que se había cansado de la conversación.

—Sí —contesté con toda la sequedad de la que fui capaz.

Liam hizo una pausa.

—¿Estás bien? —preguntó, en un tono algo más dulce.

Eso no lo preguntaba el Liam director ejecutivo, sino *mi* Liam. El hombre que quería que me reconfortara, pero no podía pedirle que lo hiciera estando enfadada con él. Y lo cierto era que estaba *muy* cabreada. Sabía que su puesto le obligaba a tomar decisiones difíciles, y que volver a traer a Lyle había sido la más difícil de todas; también entendía que debíamos trabajar con Lyle por el bien de la serie, y que eso nos obligaba a hacer concesiones. Sin embargo, no podía evitar sentirme traicionada porque Liam no había dicho ni una palabra para apoyarme.

—Deberíamos volver a entrar —dije—. Nos están esperando.

Liam asintió y se dirigió hacia la puerta. Yo intenté calmar mis emociones antes de seguirle, para que no viera lo estúpida que me sentía por haber creído que me apoyaría.

26

LIAM

Un coro de carcajadas resonó por el salón, y aparté la vista de Mia el tiempo suficiente para mirar a Jake. Estaba junto al sofá, con un grupo de bomberos enormes sentados a su alrededor, a uno de los cuales dio un golpe en el hombro, bromeando.

—Tío, eso no es verdad —exclamó, con una expresión mucho más alegre de lo que había visto en bastante tiempo. Sacudió la cabeza con una enorme sonrisa de oreja a oreja que me alegró el corazón.

—¡Estabas demasiado borracho para acordarte! —replicó uno de sus amigos antes de beber un trago de cerveza—. Pues claro que te fuiste a llorarle al capitán.

—Mentira —rio Jake—. Sois una panda de mentirosos.

Ceniza soltó un ladrido como si estuviera de acuerdo, lo que volvió a desatar las risas de los presentes. Uno de los chicos se inclinó para acariciarle las orejas, mientras otro intentó ponerle una galleta salada en la nariz.

—¿Veis? —Jake señaló al perro—. Hasta él sabe que es todo mentira.

No había esperado que Ceniza fuera tan bien acogido en una reunión de bomberos escandalosos, pero, al parecer, el perro se adaptaba a lo que fuera. Era Mia quien había sugerido que lo lleváramos, lo que resultó ser una buena idea. Había pasado mucho, mucho tiempo desde la última vez que había visto a Jake tan relajado y despreocupado. Cuando Mia, Gabrielle y yo hablamos de prepararle una fiesta de cumpleaños, no habíamos estado seguros de cómo reaccionaría, pero ahora me daba cuenta, con alivio, de que había sido la decisión correcta.

Lo único que podía mejorar la velada sería tener a Mia junto a mí, entre mis brazos, en lugar de estar tan irritantemente lejos, pero esa era una sorpresa que no estaba preparado para dar a mi amigo esa noche.

Jake chocó su botella de cerveza con las de sus amigos en un brindis y se alejó para hablar con otras personas. Gabrielle se acercó a él por detrás y le rodeó el cuerpo con los brazos, y él volvió la cabeza para besarle la mejilla. A petición de Gabrielle, llevaba puesta una chapa que le identificaba como «cumpleañero», que centelleaba al reflejar la luz y, aunque también le había comprado un gorro de fiesta cónico, Jake se había negado en redondo a llevarlo. Menos mal, porque si hubiera cedido, Gabrielle nos habría obligado a los demás a llevar gorros también.

Me dirigí a la cocina, donde Mia servía bebidas junto al cuenco de las galletas saladas, y me situé al final de la cola para que, cuando le tocara atenderme a mí, no hubiera nadie más alrededor.

—¿Quieres otra? —me preguntó ella, mirando la bebida que tenía en la mano.

Sacudí la cabeza y, con la excusa de coger una galleta del cuenco, me incliné hacia ella.

—¿Te ha dicho alguien que resultas una camarera muy sexi? —pregunté en voz baja.

Las mejillas de Mia enrojecieron un poco y sus labios se curvaron en una sonrisa, pero no dejó de mirar al frente mientras me contestaba.

—A mi novio no le haría ninguna gracia que me lo dijeran.

—Ah, y ¿quién es tu novio?

—Un tío muy grande —dijo, lanzándome una mirada rápida y una sonrisa burlona—. No lo conoces.

—¿Y no te gustaría conocerme mejor a mí? —protesté en broma.

Mia dio un pequeño respingo y se mordió el labio inferior. Dios, cómo la deseaba. Me había costado la vida quitarle los ojos de encima desde que la había visto enfundada en aquel vestido que se pegaba a su cuerpo. La tela, suave y elástica, acariciaba cada una de sus curvas cada vez que se movía. Me moría por comprobar si era tan suave como parecía, y cómo sentiría su tacto bajo mis manos al deslizarlo hacia arriba para acceder a la suavidad aún más increíble que ocultaba debajo.

Como siguiera pensando así, me iba a resultar muy difícil mantener nuestra relación en secreto, pero, por mucho que intentara mantener las distancias, estaba descubriendo que mi cuerpo seguía gravitando hacia el suyo. Mis manos estaban desesperadas por tocarla, por rodear su cuerpo, por no hablar de hacer saber a todos los que la admiraban que ella era *mía*.

Pero aquel era el día de Jake, y yo no iba a echárselo a perder.

Alguien se acercó a donde estábamos, en busca de algo para comer, y me aclaré la garganta, intentando disimular.

—Creo que la fiesta va muy bien.

Mia asintió y se puso seria al momento.

—Ha sido buena idea invitar a algunos de sus antiguos compañeros. ¿Le has dado ya su regalo?

—Estaba a punto de hacerlo —dije al pasar detrás de ella, hablando de nuevo en voz baja—. Pero antes, quería ver si había algo *apetecible* por aquí.

Ella resopló un poco, pero, a juzgar por el color en sus mejillas, sentía la atracción entre nosotros con tanta intensidad como yo. Con aquella idea tan agradable en la cabeza, volví de nuevo al salón y me acerqué a Jake y Gabrielle.

—¡Eh, cumpleañero!

—Te voy a tirar esta chapa a la cabeza —dijo él, poniendo los ojos en blanco.

Gabrielle le pasó la mano por el pelo.

—Pero si es muy graciosa, cariño. ¿Por qué no ibas a llevar algo especial? Todo el mundo tiene que saber que celebramos tu día.

Jake sonrió y la acercó para darle un beso en la mejilla.

—Me gustaría saber cómo piensas celebrarlo tú… —murmuró él.

—No os paséis, chicos —dije, al tiempo que sacaba un sobre del bolsillo trasero—. Feliz cumpleaños, tío.

—¿Qué es esto? —preguntó Jake, abriendo el sobre de un tirón, de modo que los billetes para el crucero cayeron sobre su regazo—. ¿Esto es…?

—Un crucero de cuatro días para ti y Gabrielle —dije.

Había previsto que el aniversario de su accidente cayera justo en medio del viaje, para que estuviera distraído y, con suerte, se le pasara el día sin darse cuenta.

—Y no te preocupes, lo he comprobado todo. Esta compañía es famosa por ser muy accesible, así que no tendrás problemas de movilidad.

—Ooh, tío —dijo Jake, sorprendido pero encantado—. Eso es… Es realmente estupendo. Muchísimas gracias.

Gabrielle recogió los billetes y revisó la información con el ceño fruncido. Después, me miró con una sonrisa tensa.

—Sí, gracias, Liam. Es todo un detalle… Pero la fecha está a la vuelta de la esquina, y me habría venido bien si me lo hubieras dicho con un poco más de tiempo.

—Quería que fuera una sorpresa —dije, encogiéndome de hombros, sin entender dónde estaba el problema. Su sonrisa se volvió aún más forzada.

—Bueno, verás, a mi jefe le va a sorprender un montón que me pida unos días de vacaciones sin apenas preaviso.

Abrí la boca para contestar, pero ella se había apartado de mí y empujaba a Jake hacia otro regalo, que dejó caer en su regazo para que lo abriera. Todo el mundo se acercó a ellos con sus regalos, mientras yo me apartaba del grupo para situarme cerca de Mia.

—A Gabrielle no le ha hecho gracia —comenté, mientras repasaba en mi mente las formas de arreglarlo.

Lo más importante era que a Jake le había gustado el regalo, pero se suponía que Gabrielle iría al crucero con él para que pudieran trabajar en su relación. A ella también tenía que hacerle ilusión el crucero.

—Tiene razón, ¿sabes? —comentó Mia, tras beber un trago de su bebida.

—¿Qué quieres decir?

—No todo el mundo es un director ejecutivo. Hay gente que tiene jefes difíciles, a los que no les gusta que te cojas vacaciones sin avisar.

—Sí, sí, yo me encargo —dije, poniendo los ojos en blanco.

Gabrielle trabajaba como recepcionista en la oficina central de una empresa de electrónica, así que tampoco se iba a hundir el mundo porque no fuera ella quien atendiera el mostrador de recepción durante unos días. Aun así, yo recordaba algunos jefes que había tenido cuando era un adolescente con tres trabajos a tiempo parcial, que aprovechaban cualquier excusa para echárseme encima. No quería ser el causante de que Gabrielle tuviera problemas en el trabajo.

—Llamaré a su jefe, le explicaré la situación y pagaré el coste de contratar a un sustituto temporal durante su ausencia. Todo irá bien.

Pensé que eso resolvería el problema, pero en lugar de sonreírme, Mia me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Y si hablas con Gabrielle primero? —sugirió—, ¿antes de hablar con su jefe?

—¿Para qué? —Eso no tenía sentido—. ¿Por qué no resolver el problema yo mismo?

—No sé si te has dado cuenta… —dijo, en voz baja pero seria—, pero sueles entrometerte y tomar todas las decisiones por tu cuenta. Siempre asumes que sabes qué es lo mejor para todo el mundo.

Pues claro que lo sabía.

—Mi trabajo es saber lo que quiere la gente, y dárselo.

Si no fuera así, nunca se resolvería nada. Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que la gente es indecisa por naturaleza, y yo tenía demasiados objetivos que alcanzar y problemas que resolver.

—¿Y nunca se te ha ocurrido que pudieras estar equivocado? —preguntó ella.

—¿Por qué, si sé que tengo razón? —repliqué.

Entonces fue ella quien puso los ojos en blanco, pero también estaba tratando de contener una sonrisa.

—¿Me estás diciendo que no sé lo que buscas tú, Pulgarcita? —bromeé, acercándome un poco—. Lo que quieres oír, lo que quieres sentir… Cómo quieres que te toquen.

Mia apartó su bebida y cruzó los brazos bajo el pecho, de esa forma que me volvía loco. Ella lo sabía muy bien.

—¿Crees que sabes lo que quiero? —preguntó en un tono muy seductor, mientras su mirada descendía por mi cuerpo de un modo muy deliberado que hizo fluir toda mi sangre hacia abajo—. Demuéstralo.

Se alejó, lanzándome una mirada cargada de significado por encima del hombro, antes de desaparecer en dirección al baño.

Oh, sí, joder. Ahora mismo.

Esperé un minuto para asegurarme de que Jake estuviera entretenido, un minuto que se me hizo eterno, antes de seguirla. Entré en el baño, cerré la puerta tras de mí y eché el pestillo.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó Mia en tono ligero, mientras se arreglaba el pelo frente al espejo.

—He venido a darte una cosa.

—Más te vale, joder. —Mia se lanzó a mis brazos con una sonrisa traviesa.

Le cogí la cara entre las manos y la besé en los labios con ganas. Ella emitió un gemido suave y desesperado que detuve con mi lengua.

—No podemos hacer ruido —advertí.

Mia frotó las caderas contra mi pierna.

—No quiero estar callada. Te quiero dentro de mí, y quiero que todo el maldito mundo sepa lo bien que me haces sentir.

Algo estalló en mi interior. Le agarré el culo, la levanté y la senté en la encimera. Ella me miró con una mezcla de deseo y sorpresa en la cara.

—Tienes que estar calladita —le ordené, mientras le levantaba el vestido, que resultó ser bastante menos suave que sus muslos.

La acaricié a través de la ropa interior y ella dio una sacudida con las caderas.

—¿Podrás estar en silencio?

—Sí —susurró, en una especie de grito ahogado, porque mis dedos estaban explorando, sin llegar a tocar su clítoris, pero lo bastante cerca como para hacer que se retorciera en mis brazos.

—Estás muy húmeda —dije, atrayéndola hacia mí y besándola de nuevo—. Estás empapada para mí.

Aparté su ropa interior y presioné el pulgar contra ella. Mia se mordió el labio mientras yo frotaba en círculos, hasta que empezó a gemir.

—Silencio —le recordé.

Mia cerró la boca y yo deslicé los dedos entre sus pliegues, mientras ella separaba más las piernas para darme acceso y su permiso.

—Buena chica —dije, hundiendo dos dedos dentro de ella.

Le rodeé los hombros con un brazo y ella se movió contra mis dedos. Con un beso, silencié sus jadeos roncos.

—Sigue así, coge lo que necesites de mí.

Dios, me volvía loco verla así. Desesperada y desinhibida, con mis dedos dentro de ella. Mi polla dio un salto en mis pantalones, y solo deseé llevarla a casa, tumbarla sobre…

¡Bang!

—¿Qué diablos ha sido eso? —Mia se sobresaltó, y se hubiera caído de la encimera si yo no la hubiera estado sujetando.

Oí una exclamación, que me pareció venir de Jake. La adrenalina reemplazó al deseo mientras ayudaba a Mia a bajar de la encimera. Ella se recompuso mientras yo quitaba el pestillo y, cuando estuvo presentable, abrí la puerta y corrí al salón, con ella pegada a mis talones.

—¡Jake! —gritó.

La silla de ruedas de Jake estaba caída de lado, y él estaba en el suelo. Mia se dejó caer a su lado y yo me detuve junto a ella.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —gruñó Jake, que se dio la vuelta con una mueca—. Dame solo un segundo para recuperarme.

—¡No está bien! —dijo Gabrielle—. Ayúdame a ponerlo en su silla.

Me puse en pie y, con ayuda de uno de sus amigos bomberos, volvimos a sentarlo en la silla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mia.

Aunque tenía la cara sonrojada y el pelo enredado por mis dedos, nadie pareció fijarse en su aspecto en medio del caos. Ceniza estaba un poco más allá, con el rabo entre las patas y las orejas gachas, mirando a Jake con ojos asustados. Dejó escapar un gemido bajo y preocupado, como si quisiera ayudar y no supiera cómo.

—Ha sido… una estupidez —dijo Jake, con los dientes apretados—. He visto que alguien tiraba una copa con el codo, y no lo he pensado: he intentado levantarme a cogerla antes de que se cayera.

Jesús. ¿Ha intentado ponerse en pie? No me extrañaba que hubiera acabado en el suelo. Miré el vino que empapaba la alfombra y me alegré de que hubiera servido para algo, por una vez. Si el suelo del

piso hubiera sido de parqué, la copa se habría hecho añicos y Jake habría caído sobre los cristales.

—¿Te duele algo? —preguntó Mia.

—Estoy bien —dijo Jake, apartándola. La gente murmuraba a nuestro alrededor, y supe que se sentía avergonzado—. Volvamos a la fiesta.

—No estás bien —volvió a insistir Gabrielle.

—Creo que conozco mi propio cuerpo —masculló Jake.

Me pregunté si estaría dolorido, o si solo estaba enfadado con Gabrielle por montar una escena.

—En serio, Jake —dijo Mia con más decisión—. ¿Te duele algo?

—Me he golpeado la pierna derecha al caer, pero estoy seguro de que no me he hecho nada —suspiró Jake.

Mia me miró, pidiéndome que dijera algo.

—Tal vez podrías ir a que te echen un vistazo —propuse—. No pierdes nada.

—No pienso dejar mi fiesta de cumpleaños para ir al hospital —zanjó Jake al momento—. Ya paso bastante tiempo allí de todos modos.

—Tienes que ir —dijo Gabrielle—. ¿Y si te has hecho algo de verdad?

—Venga, hombre —dije—. Vamos a que te echen un vistazo rápido y volvemos enseguida a la fiesta.

Jake me miró enfadado, como si cuestionara en silencio mi mentira. Los dos sabíamos que la fiesta había terminado.

—Vas a ir —dijo Mia, en un tono que no dejaba opción a cuestionar sus palabras—. Estamos perdiendo el tiempo con esta discusión. Liam tiene razón. Vamos a que te lo miren y nos quedamos tranquilos.

—Yo le llevo —dijo Gabrielle—. ¿Me ayudáis a meterlo en el coche?

Jake resopló y dirigió su silla hacia la puerta, mientras Mia y Gabrielle agradecían a los invitados su asistencia y los hacían salir del piso. Yo apagué la música, para poner fin a la fiesta definitivamente.

—¿Te llevo al hospital? —pregunté a Mia mientras los cuatro bajábamos al vestíbulo.

—Sí, gracias.

Jake ni se inmutó al oír mi propuesta, y yo dejé escapar un suspiro de alivio. Seguro que, en ese momento, tenía otras cosas en la cabeza, como lo mucho que se había torcido el día.

27

LIAM

Durante el último año, había estado mucho tiempo en hospitales: junto a la cama de Jack, esperando información, pasando el tiempo hasta saber si la última operación había ido bien… Siempre había que esperar mucho, y aquella vez no fue distinta. Nos apretujamos los cuatro en la habitación individual de Jack mientras aguardábamos que nos dieran sus resultados.

Bueno, técnicamente, éramos cinco. Ceniza estaba enroscado bajo la ventana, mirando con aire de desconfianza a todos los que entraban. Había tenido que sobornar a los recepcionistas y dedicar vagas amenazas a la supervisora de turno para conseguir pasarlo por seguridad, pero… Había merecido la pena. El perro se negaba a separarse de Jake, y yo respetaba su fidelidad.

Jake empezaba a inquietarse, y leía algo en su teléfono, resoplando de vez en cuando. No podía culparle: Hasta yo mismo estaba deseando salir de allí, y no era yo quien estaba en una cama, vestido con un pijama, con una pierna apoyada en una almohada. ¿Dónde diablos se había metido el doctor?

—¿Te sigues encontrando bien? —preguntó Mia, que estaba sentada en una silla junto a la cama—. ¿El dolor está controlado?

Jake asintió con brusquedad. Una enfermera le había dado un analgésico hacía un rato, antes de llevarlo a hacerle unas radiografías.

—Ya os dije a todos que solo era un golpe. No hacía falta que me arrastrarais hasta aquí para hacerme pruebas.

—Aún no estamos seguros —dijo Gabrielle—. No podemos arriesgarnos a que tengas un coágulo, o un síndrome compartimental, o una fractura que no hayas notado.

Caminaba de un lado a otro frente al pie de la cama, con la vista clavada en su teléfono, en el que obviamente estaba consultando lo que podría ocurrir en los peores casos posibles. Hubiera preferido que se sentara, porque me estaba contagiando sus nervios. La pierna de Jake parecía normal vista desde fuera, pero Gabrielle tenía razón en que no podíamos saber si habría algún daño interno. ¿Y si se había roto algo y eso retrasaba su recuperación? ¿Y si necesitaba otra operación? Eso sería aún peor. No quería ni imaginar lo irritado, estresado y resentido que se sentiría. En ese caso, sería como empezar desde cero.

Miré hacia Mia e intenté captar su atención, para comunicarle en silencio, de algún modo, que conseguiríamos superar aquello. Sin embargo, ella continuaba esquivando mi mirada, sin dejar de morderse el labio y con la vista clavada en la pared. Sabía que debíamos mantener la distancia, sobre todo en esos momentos en los que era importante apoyar a Jake, pero no me resultaba fácil. Siendo sincero, lo único que me impedía estrechar a Mia entre mis brazos era la cama, situada entre nosotros dos.

Al oír un golpe en la puerta, todos nos sorprendimos y nos pusimos en alerta al ver entrar al médico. El doctor Patterson era un hombre mayor, de pelo algo canoso y, aunque lucía una leve sonrisa, eso no fue suficiente para que me relajara. Necesitaba oírselo decir en voz alta.

—Bueno, Jake. Acabo de ver tus radiografías —empezó—, y me alegra decirte que no he visto daños nuevos.

Mia suspiró aliviada y murmuró por lo bajo:

—Oh, gracias a Dios.

—Parece que solo te has lesionado los tejidos blandos. Seguramente tendrás algo de hinchazón en los próximos días —dijo el doctor Patterson—, pero debería desaparecer con antiinflamatorios y reposo. Pero deberás controlar el dolor y, si empeora, vuelve a vernos, o acude a tu médico habitual. —Dio una palmada en el hombro de Jake—. Y no hagas esfuerzos.

—Eso mismo le digo yo siempre —apostilló Gabrielle, mientras se pasaba las manos por el pelo.

—Tienes que cuidar un poco más de ti mismo —continuó el doctor—. Esta vez has tenido suerte, pero no es fácil que ocurra lo mismo la próxima.

—Créame, doctor —dijo Jake—, eso ya lo sé.

El doctor Patterson nos preguntó si teníamos alguna otra pregunta, y después se marchó a seguir viendo a otros pacientes. En cuanto desapareció, Gabrielle se echó a llorar. Alarmado, miré a Jake, y después a Mia.

—Lo siento —dijo Gabrielle, cubriéndose la cara con las manos.

No supe si las lágrimas se debían al alivio de saber que Jake estaba bien, o a que se sentía abrumada por la situación, pero corrió hacia la puerta sin dejar de llorar.

—¿Gabrielle? —dijo Jake tras ella, mientras trataba de moverse hacia el borde de la cama para pasar a la silla de ruedas.

—Necesito un momento —dijo ella por encima del hombro, antes de desaparecer por el pasillo.

—¡Gabrielle! —exclamó Jake, más fuerte.

—Ya voy yo —dijo Mia, que se puso en pie—. Tú cámbiate, e intenta no darnos más sustos como ese.

Se inclinó para dar a Jake un beso en la cabeza, que él recibió con un bufido mientras luchaba por llegar al borde de la cama. Yo no le ofrecí ayuda, porque ya había cometido ese error en alguna ocasión anterior y le había sentado tan mal que casi me había sacudido. Si quería ayuda, sabía que la pediría, o eso era lo que decía. Lo que sí hice fue acercarle la silla un poco y sujetarla para que no se moviera, mientras él se apoyaba en los brazos para dejarse caer desde la cama.

—Dios, esto es… —Dejó la frase en el aire cuando cayó en la silla con un golpe.

—Lo sé, una mierda —dije—, pero ¿no te sientes algo mejor ahora que sabes que todo está bien?

—Pero no está bien, ¿no? —espetó en tono amargo, haciendo un gesto hacia la puerta por la que había salido Gabrielle.

No soportaba oírle tan desalentado y pesimista, pero, sobre todo, odiaba el hecho de que, además de preocuparse por sus heridas, su relación pendiera de un hilo. Tenía que ayudarle a arreglarlo todo, a seguir adelante. El crucero me parecía ahora más necesario que nunca. Solo esperaba que dejarlo todo durante unos días les ayudara a superar lo que estuviera pasando, y a que las cosas volvieran a la normalidad.

Y, si no funcionaba… No tenía ni la menor idea de qué demonios podría hacer.

28

MIA

Gabrielle era la leche de rápida. Para cuando salí al pasillo, ya había desaparecido de la vista.

—Disculpe —dije a la enfermera que estaba en el puesto, pero, cuando se volvió hacia mí, vi que tenía un teléfono sujeto entre el hombro y la barbilla—. Oh, lo siento.

—No pasa nada, estoy en espera —explicó—. Los celadores. ¿Tan difícil es venir a recoger un paciente a tiempo? —Puso los ojos en blanco—. ¿Qué necesita?

—¿Ha visto pasar a una chica ahora mismo? Con el pelo castaño. —Hice una mueca—. Seguramente estaba llorando.

Ella señaló una puerta, un poco más adelante, identificada como «Sala Silenciosa».

—Ah, gracias.

Me dirigí hacia allí y, al llegar, llamé a la puerta, antes de entrar y cerrar detrás de mí.

—¿Gabrielle?

Ella sorbió por la nariz y se limpió los ojos. Estaba sentada en la penumbra, pues la sala estaba mal iluminada por una sola lámpara cuya bombilla parpadeaba un poco.

—Lo siento. Ahora vuelvo…

—No pasa nada —dije—. No hay prisa. Solo quería ver si estabas bien.

Ella asintió y volvió a limpiarse las lágrimas, aunque no dejaron de rodar por sus mejillas. Me dejé caer en la silla junto a ella, con una larga exhalación.

—Cada vez que volvemos aquí —dije— no puedo evitar recordar aquella llamada una y otra vez.

Me refería a la que me había informado de que Jake había tenido un accidente; después vinieron los sollozos frenéticos de mi madre, mi padre, pálido y sin habla por primera vez en su vida… Odiaba revivir todo aquello.

—Es solo… —empezó Gabrielle—. Siempre me estoy preocupando por si se esfuerza demasiado, y creo que hoy ha sido ese día. Y cuando el médico ha dicho que estaba bien… No sé. —Lloró con la cara entre las manos—. No sé por qué no puedo parar de llorar.

—Tal vez no sea solo lo de hoy. Puede que haya algo más.

Gabrielle sollozó.

—Últimamente me he estado preguntando si lo mío con Jake puede funcionar. Quiero a tu hermano. De verdad, le quiero, pero ya no es el mismo de antes. No es el hombre del que me enamoré el día que le conocí.

No me sorprendió oírle decir eso. Tal vez fuera porque sabía que, por difícil que fuera oírlo, era la verdad.

—Y no me refiero al aspecto físico —se apresuró a aclarar Gabrielle —. A ver, eso es diferente, por supuesto, pero me refiero a todo lo

demás que ha cambiado desde el accidente.

—Lo sé —dije con suavidad.

Era evidente que Gabrielle se estaba quemando, y llevaba bastante tiempo sintiéndose así. Poniéndome en su lugar, si Liam y yo estuviéramos en la misma situación, estaría aterrada. Liam ya era bastante gruñón cuando las cosas iban bien, así que seguramente sería imposible de aguantar si tuviera que adaptarse a un cambio tan dramático en su vida. Era muy duro seguir junto a alguien que lo estuviera pasando tan mal y, aunque sabía que Gabrielle hacía todo lo que podía, me daba la sensación de que estaba a punto de llegar al límite.

—¿Sabes? Después del accidente, estaba decidida a seguir con él —continuó—, porque pensé que, en cuanto empezara a encontrarse mejor, habríamos pasado lo peor. Pero las cosas no dejan de empeorar. Es como si… cada vez que avanzamos un paso, empezamos a darle vueltas a todo hasta que ya no sé dónde estamos y, mucho menos, hacia dónde tenemos que ir.

Asentí en silencio y la dejé hablar.

—Puedo soportar los cambios físicos en nuestra vida, lo que me está matando son las discusiones. Y en los últimos tiempos, parece que no hacemos otra cosa.

—Jake está luchando contra el mundo —confirmé.

—No me cuenta lo que piensa, y no me deja ayudarle. Se está esforzando hasta el punto de arriesgar su recuperación, porque quiere hacer cosas que sabe que no puede hacer. Y no soporto ver cómo se hace daño, ni que me grite por preocuparme por él. A mí… Él da por sentado que estaré ahí, que tengo algún interés en ver cómo se autodestruye.

Sus palabras eran más tristes que amargas, y la resignación que escuché en ellas me resultó preocupante. Si algo no cambiaba pronto, Jake iba a perderla. A Liam le preocupaba que Gabrielle se

estuviera alejando de Jake, pero a mí me parecía que, más bien, era él quien la estaba apartando de su lado, poco a poco. En algún momento, llegaría a un punto sin retorno, y no sería porque hubiera decidido que ya no lo quería, o que no merecía la pena seguir con él, sino porque no soportaba lo negativo y huraño que se había vuelto.

—Durante este último año me he estado matando —dijo Gabrielle—. He intentado ser todo lo que necesita, pero él ni siquiera se da cuenta de la cantidad de estrés que estoy aguantando.

Jake estaba atrapado en su propia espiral de angustia. Yo lo sabía, Liam lo sabía, y Gabrielle también lo sabía, pero había un límite para lo que una persona podía aguantar antes de necesitar apartarse. Jake era mi hermano, y le quería, pero si no espabilaba y empezaba a pensar en algo que no fuera su propia angustia, Gabrielle ya no seguiría allí cuando decidiera abrir los ojos.

—Echo mucho de menos al hombre que era cuando nos conocimos. Ese hombre amable, simpático y cómodo consigo mismo. Y sé lo mucho que le está costando tratar de asimilar quién es ahora, pero yo… No sé si puedo seguir aguantando todo esto por él y esperar a que llegue a alguna clase de acuerdo consigo mismo.

—No te estoy juzgando, Gabrielle, créeme.

Ella se apoyó contra la pared.

—¿Crees que el amor tiene que ser así de difícil? ¿Por qué tengo la sensación de ser yo la única que está haciendo un esfuerzo?

La entendía mucho mejor de lo que quería admitir. Estuve a punto de contarle lo mío con Liam, antes de recordar que debíamos mantenerlo en secreto. Apreté los brazos de la silla con fuerza. Desde que Liam y yo estábamos juntos, le había permitido dictar todos los términos de nuestra relación, e imponer la regla de que no podía saberlo nadie en el trabajo, ni tampoco Jake.

Además de eso, también había estado haciendo toda clase de esfuerzos para adaptarme a trabajar con Lyle y Damien, porque no quería ocasionar ningún problema que afectara a VeriTV. Quería a mi hermano, y me encantaba la serie, pero también me habría gustado saber que Liam se preocupaba por mí tanto como lo hacía por Jake y por *Morir a fuego*.

Suspiré y puse una mano en el brazo de Gabrielle.

—Sé que ahora te resulta muy difícil, y que hace tiempo que es así. Yo también echo de menos al antiguo Jake, pero seguro que todo se arreglará —dije, tratando de creer mis propias palabras—. Jake y tú lo superaréis.

Gabrielle dejó escapar un murmullo de duda, pero me apretó la mano. La opresión que sentía en el pecho me dejó claro que ninguna de las dos sabíamos si las cosas iban a mejorar alguna vez.

29

LIAM

—No vayas tan rápido —dijo Mia—. No quiero llegar antes de tiempo.

—Pero si has sido tú quien prácticamente me ha sacado a empujones diciendo que no querías llegar tarde —dije, sorteando el tráfico de la autopista.

El trayecto hasta *The Sound Station*, un estudio de *podcasts* en West Hollywood, no debería habernos llevado más de veinte minutos en un día normal sin obras ni atascos, pero, por supuesto, nos habíamos encontrado las dos cosas.

Mia jugueteó con sus uñas y luego empezó a alisarse la falda con las manos. Llevaba dos días seguidos hablando de Ellie Park y *La mancha de tinta*, escuchando episodios antiguos y practicando posibles respuestas a sus preguntas. En cambio, ahora estaba en completo silencio.

—¿Nerviosa? —pregunté, lanzándole una mirada rápida.

—No —respondió, demasiado rápido.

—Mia —dije con suavidad, y le tomé una mano antes de que pudiera empezar a tirarse del pelo.

Enlacé mis dedos con los suyos. Me parecía adorable lo nerviosa que estaba, y cómo se había estado arreglando y preparando toda la mañana.

—Estás preciosa, y lo vas a hacer superbien.

—Es tu obligación decir eso —respondió, tratando de contener una sonrisa—. Está en el manual del buen novio, o lo que sea.

—Pues yo aún no he recibido mi ejemplar —dije, soltándole la mano para coger la salida hacia Sunset Boulevard—. Y no estoy obligado a decir nada.

Un coche me cortó el paso, y pegué un bocinazo que dejara al conductor bien claro lo capullo que era. Mia dio un respingo.

—Todo va a ir bien —dije, con la intención de tranquilizarla.

—Pero ¿y si no le caigo bien? —espetó Mia—. ¿Y si no le gusta *Corazón Apresurado*?

—Dudo que te hubiera invitado a su programa si no le gustara lo que haces —señalé—. ¿Por qué iba a malgastar todo un episodio en algo que no le interesa?

—Pero ¿y si…?

—No —interrumpí, quizá en un tono más alto de lo que pretendía, a juzgar por cómo se sobresaltó Mia.

No me gustaba nada verla dudar de sí misma, de su talento, dedicación y compromiso. Había estado trabajando muchísimo para preparar la versión impresa, promocionarla y asegurarse de que llegara a los lectores que adoraban la historia.

—Ellie Park tendría que ser una auténtica idiota para que no le gustara *Corazón Apresurado* —continué—. ¿De acuerdo? Es

increíble. Tú eres increíble, y eso es evidente para cualquiera que tenga, al menos, dos neuronas.

Mia levantó una comisura de la boca.

—Además —continué—, a la vista de que Ellie Park ha tenido el sentido común de invitarte, está claro que debe tener más de dos neuronas. No tienes de qué preocuparte.

Le cogí una mano y le besé los nudillos. Puede que mi forma de dar ánimos no fuera del tipo cariñoso y amable, pero esperaba que comprendiera que creía en ella y no tenía la menor duda.

—Gracias —dijo al cabo de un instante, en un tono tan bajo que casi no lo escuché—. Has dicho todo eso en serio, ¿no?

—¡*Mia*! —gruñí entre dientes.

—De acuerdo —dijo ella, riendo un poco—. *Vale*.

Me sonrió, de un modo que quizá demostraba más confianza, pero sus dedos tamborileaban sobre su muslo de una forma que me dijo que seguía nerviosa. Cubrí su mano con la mía, y acaricié con el meñique la piel suave que quedaba al aire donde terminaba su falda. Ella inhaló con fuerza y yo sonreí al ver la entrada del aparcamiento. Dejé que mis dedos subieran un poco por su pierna y, aunque solo fueron un par de centímetros, ella gimió.

—*Liam…*

—¿Sí? —pregunté, con inocencia fingida.

—Déjalo.

—Yo no soy el que está separando las piernas —dije, cuando ella me dio más acceso—. ¿Qué estás haciendo?

Ella emitió un sonido, a medio camino entre un gemido y un gruñido. Le apreté el muslo, pero antes de que pudiera seguir, ella me sujetó la mano y puso fin a la diversión.

—Sabes, si no puedo calmar tus nervios con palabras —expliqué—, puede que sea capaz de hacerlo de otro modo.

—No podemos —dijo ella.

Aparté la mano y entré en el aparcamiento situado al sur de *The Sound Station*.

—Claro que podemos —insistí, mientras subía a una planta tras otra del garaje, buscando una plaza libre.

—Alguien podría vernos —objetó Mia.

El corazón me dio un salto en el pecho, y el pulso se me aceleró, porque eso no era una negativa. Tenía que encontrar una maldita plaza, preferiblemente situada en un lugar discreto.

—¿Quieres que te ayude a olvidar tus nervios? —pregunté cuando por fin encontré el sitio perfecto.

Aparqué el Porsche, pero dejé el motor en marcha.

Ella tendió una mano para coger la mía, y la volvió a poner sobre su muslo.

—¿Y si nos ve alguien?

—Las ventanas están tintadas —respondí con una sonrisa traviesa—. ¿Y crees que algún guardia de seguridad va a pasar por aquí y mirar dentro de los coches? Eso solo pasa en las películas.

El pecho de Mia subió y bajó con agitación cuando mis dedos acariciaron su ropa interior. Sus ojos se cerraron y sus largas pestañas acariciaron sus mejillas. Dios, era preciosa.

—Dime lo que quieres —pedí.

Ella extendió un brazo y me sorprendió cuando agarró el bulto en mis pantalones para apretar mi erección.

—A ti —dijo.

Sonreí satisfecho mientras reclinaba mi asiento hacia atrás todo lo que era posible.

—Pide y recibirás —dije, señalando mi regazo.

Sin más palabras, Mia se deslizó de su asiento y se sentó encima de mí. Yo le acaricié la parte posterior de los muslos y le apreté el culo mientras ella se situaba con una pierna a cada lado de mí. Después, bajó la cabeza y me besó. Yo le mordisqueé una oreja.

—Vas a ser muy buena, ¿verdad? —dije con voz ronca.

—Sí —gimió ella, frotándose contra mí.

—Y cuando consiga que te corras, vas a entrar ahí y demostrar cómo se hace un *podcast*.



En el edificio de *The Sound Station* se grababan, al menos, doce *podcasts* diferentes, así que tardamos un poco en averiguar a qué piso debíamos ir, pero, en cuanto salimos del ascensor, vimos el logo de *La mancha de tinta*, en enormes letras neón. El estudio era pequeño pero cómodo, con una zona de descanso, dos oficinas, y la sala de grabación.

Ellie Park, con su inusual combinación de estilos —pelo color lavanda, camiseta con un dibujo, maquillaje atrevido y largas uñas con motivos de Hello Kitty—, acudió a saludarnos y estrechó la mano de Mia y, después, la mía. Era una mujer simpática y charlatana que enseguida hizo a Mia reír. Eso hizo que yo me relajara también, al comprobar que Mia iba a encontrarse a gusto. Al cabo de unos instantes, Jenn, la productora del programa, salió de su oficina, y resultó ser tan callada como Ellie era ruidosa. Llevaba unos vaqueros y una chaqueta y, a decir verdad, parecía un poco cansada.

—Disculpad —dijo cuando se hubo presentado—. Hay plazos que cumplir.

Eso me resultaba familiar.

Ellie hizo un gesto con la cabeza en dirección a la sala de grabación.

—Si estás lista, podemos pasar.

—Claro —dijo Mia—. Empecemos cuando quieras.

Las dos se marcharon juntas y, cuando la puerta se abrió, vi una mesa grande, el equipo de grabación y dos grandes micrófonos.

—¿Quieres sentarte aquí conmigo? —preguntó Jenn, refiriéndose a su oficina—. Así podremos empezar a grabar.

—Estupendo, gracias —dije, siguiéndola.

En su oficina había un pequeño sofá de cuero, un par de sillas y varios monitores sobre un escritorio estrecho. También había montones de papeles, por todas partes.

—Puedes sentarte… donde sea —dijo ella con timidez.

Retiré algunos papeles de la silla más cercana a la ventana que daba a la sala de grabación. Mia y Elle estaban sentadas en los extremos opuestos de la mesa.

—Jenn, ¿lo tienes? —dijo Ellie por el micrófono.

Jenn tecleó en su ordenador y mostró un pulgar hacia arriba por la ventana.

—Mia, ¿puedes hacer una prueba tú también? —pidió Ellie.

—Sí, claro —dijo Mia, y habló al micrófono un tanto cohibida—: ¿Hola?

Jenn levantó los dos pulgares y, sin más, empezó la entrevista. Al parecer, los *podcasts* eran un negocio muy eficiente. Me impresionó lo rápido que Ellie se metió en su papel. Tal vez, Nexus Media debería investigar ese mercado.

—Damos la bienvenida a nuestra invitada de hoy, Mia Collins —empezó Ellie.

—Muchas gracias —contestó Mia—. Estoy encantada de estar aquí.

—Bien, veamos si mi información es correcta —dijo Ellie—. Eres miembro del equipo de guionistas de la serie de éxito *Morir a fuego*, en VeriTV, ¿verdad?

—Sí —confirmó Mia.

—Y también eres la autora del cómic viral *Corazón Apresurado*. ¿De dónde sacas tiempo para todo?

—He renunciado a dormir —rio Mia.

—Pues nadie lo diría, chica, porque estás radiante.

—Oh, ¡gracias! —Mia se sonrojó y me lanzó una mirada rápida. Cuando le guiñé un ojo, sus mejillas enrojecieron aún más.

—En el episodio de hoy de *La mancha de tinta* —dijo Ellie—, vamos a hablar de la historia que ha creado Mia y dejaremos que os cuente cómo ha creado su cómic en internet. Pero, antes de nada, escuchemos un mensaje de nuestros patrocinadores.

Se hizo el silencio. Mia me miró a través de la ventana y me saludó con la mano. Yo le respondí con una sonrisa, mientras Jenn llevaba una cuenta atrás con los dedos para Ellie.

—Muy bien —continuó Ellie—. Empecemos por el principio. ¿De dónde sacaste la inspiración para *Corazón Apresurado*?

Mia le contó la historia a Ellie y, después, hablaron de su vida, su pasión por el dibujo y por contar historias, lo difícil que le había resultado seguir sus sueños y cómo había querido reflejar sus experiencias para compartirlas con su público. Yo ya sabía todo aquello, pero al verla contarlo en ese momento, estuve seguro de que habría algún niño escuchando a Mia que se animaría a seguir sus sueños gracias a ella.

—¿Y a qué tipo de público quieres llegar con esta edición impresa? —preguntó Ellie.

—Bueno, por supuesto que quiero llegar a los fans actuales de la serie, a todos los que quieran ser propietarios de una copia física de la historia. He incluido algunos detalles sorpresa y pistas divertidas para quienes han seguido la historia desde el principio, pero también espero que mis personajes encuentren nuevos lectores. Espero que el público de todas las edades siga encontrando mi historia divertida, que se identifique con ella y les inspire. Aunque esté ambientada en un instituto, creo que sus mensajes pueden llegar a todo el mundo, sin importar su edad: la identidad, la sensación de pertenecer, y seguir los sueños.

Las respuestas de Mia estaban resultando excelentes. Me tomé unos instantes para apreciar lo increíble que era. No podía creer que hubiera dudado nunca de sí misma o de su trabajo. Cuando me miró desde el otro lado de la ventana, intercambiamos sonrisas una vez más.

Mi teléfono comenzó a vibrar en mi bolsillo. *Paula*.

—Tengo que contestar esta llamada —susurré a Jenn, antes de salir al pasillo y cerrar la puerta detrás de mí.

—Tienes que venir cuanto antes —dijo Paula en cuanto contesté.

—¿Qué pasa? —pregunté, sintiendo que se me erizaba la piel.

—Nos han dicho que no tenemos el permiso de rodaje correcto y nos quieren parar la producción.

—¿Qué quieres decir? —espeté—. Hace semanas que pedimos esos permisos.

—El productor está tratando de resolverlo, pero, por ahora, sin suerte —dijo Paula—. Creo que debió haber algún tipo de confusión cuando Lyle cambió el episodio de mitad de temporada para eliminar

el incendio en el silo. Creo que nadie se acordó de solicitar un permiso actualizado.

La hostia. ¿Cómo cojones se nos había pasado eso por alto? Solté un suspiro entrecortado. ¿Cuál sería la forma más rápida de arreglar el problema?

Me concentré en tratar de pensar una solución. En teoría, podría delegar esa tarea en el director de localizaciones o en el coordinador de producción, pero Paula me había llamado a mí porque los dos sabíamos que yo podría arreglarlo más rápido. Yo conocía a gente. Cuando uno necesitaba que le dejaran las calles libres, o rodar incendios, acababa haciendo amigos en los departamentos de policía y bomberos. Yo había trabajado con ellos durante años, lo que me había ayudado a agilizar la burocracia. Si alguien sería capaz de evitar complicaciones mientras resolvíamos el papeleo, ese era yo, pero necesitaba ponerme en marcha ya.

—Voy para allá. —Corté la llamada con Paula y llamé a Carl inmediatamente—. Te voy a enviar una dirección en un mensaje. ¿Puedes enviar allí un coche como en una hora?

—Por supuesto —dijo Carl.

Colgué y volví a entrar en la oficina de la productora.

—¿Me prestas un papel y un boli?

—¿Te va bien esto? —preguntó Jenn, enseñándome una pequeña pizarra blanca.

—Perfecto.

Anoté un mensaje en rotulador negro y se lo mostré a Mia a través de la ventana.

MORIR A FUEGO. TENGO QUE IR, ES URGENTE. TE ESPERARÁ UN COCHE ABAJO.

Mia se desilusionó al verlo. Yo encogí un poco los hombros al verla, borré el mensaje y devolví la pizarra a Jenn. Sabía que había decepcionado a Mia, pero estaba seguro de que lo entendería cuando se lo explicara después. Los dos queríamos lo mejor para la serie, y perder un día entero de rodaje por culpa del papeleo afectaría a todo el calendario de producción.

Cuando volví a mirar a Mia, se había recuperado, y asintió en mi dirección. Ya estaba, lo había entendido.

Siempre lo hacía.

30

MIA

Bostecé y traté de contener una oleada de agotamiento. Notaba el inicio de un dolor de cabeza en la base del cráneo, y no sabía si se debía al tiempo que llevaba encerrada en esa habitación, a la falta de azúcar o a que Lyle había hecho que me reventara un vaso sanguíneo.

—¿Te estoy aburriendo? —preguntó Lyle, en un tono que destilaba sarcasmo.

Contuve el impulso de poner los ojos en blanco.

—No, pero me parece que Cade no diría algo así. Aunque siempre piense lo mejor de todo el mundo, no es un ingenuo, y ahora mismo, parece tonto.

Los guionistas nos habíamos quedado trabajando hasta tarde, tratando de hacer correcciones en el penúltimo episodio, y era evidente que yo necesitaba cafeína. Hasta Ceniza estaba acurrucado en un rincón cerca de la mesa de la comida, medio dormido y con una oreja que se contraía de vez en cuando. Si no fuera por él, me parecería que estar allí me estaría robando el alma.

—Y luego dices que soy un tiquismiquis —protestó Lyle.

Y lo era. Mucho.

—Solo intento que el personaje sea coherente.

—Si fuéramos coherentes, lo habríamos dejado como personaje secundario.

—No puede ser solo un elemento decorativo —apuntó Tanya.

—No estoy de acuerdo —dijo Damien, arqueando una ceja de un modo que daba grima—. No hay nada malo en tener a alguien ahí solo porque sea guapo.

Tanya lo miró irritada, pero Damien no se molestó en hacerle caso, porque estaba intentando llamar mi atención.

—De acuerdo, aceptamos la corrección —dijo Lyle—. Usad el diálogo anterior.

Jerome levantó una ceja, pero hizo el cambio en el ordenador.

Eso había sido demasiado fácil. Entorné los ojos, preguntándome qué le estaría pasando a Lyle por la cabeza. Me daba miedo preguntar, porque no quería darle la oportunidad de cambiar de opinión, así que me apresuré a pasar a la siguiente página de mis notas.

—Creo que deberíamos añadir algo más de tensión en este momento, antes de que la unidad atienda la llamada. Podríamos hacer que el capitán dudara antes de dar la orden.

—Ay, sí, eso —dijo Kait—, como si se lo estuviera replanteando.

Lyle se reclinó hacia atrás y se frotó la barbilla.

—Ya hay demasiada tensión en ese momento. El capitán es el jefe, no vacilaría delante de su unidad.

—Eso podría minar su autoridad —dijo Damien con una amplia sonrisa.

Esa vez, tuve que reprimir las ganas de fulminarle con la mirada. No era el momento de armar jaleo en el equipo. En lugar de eso, me centré en Lyle, decidida a resolver todo lo que tenía apuntado en mis notas para que pudiéramos irnos todos a casa.

—No creo que eso vaya a afectar su autoridad. Se trata de hacer que la decisión de precipitarse a meterse en el incendio para salvar a uno de los suyos parezca aún más difícil. Ya hemos establecido que es un hombre competente, pero esto es personal para él. Hay que aumentar el conflicto interno.

Lyle se quedó en silencio, dándose golpecitos con un dedo en el hueso de la mandíbula, en su pose pensativa. Si había aprendido algo de él desde que trabajábamos juntos, era que necesitaba estar preparada para discutir con él, y eso le permitía avasallar a la mayor parte de la gente, porque podía resultar un capullo controlador muy desagradable. Pero también era brillante, y reconocía una buena idea cuando la veía. Una vez que nos sentamos a revisar mis ideas, había admitido que las decisiones que había tomado durante la primera mitad de la temporada habían mantenido la coherencia con los argumentos de la primera temporada, y eso le había sorprendido. Me lo había tomado como un cumplido, aunque seguía siendo un tremendo perfeccionista.

—No… —dijo Lyle después de unos instantes—. Si mostramos demasiados conflictos internos, la reacción posterior no será tan chocante. Además, nos arriesgamos a ralentizar la progresión de la historia. —Hizo un gesto de asentimiento—. En este momento hay mucho en juego, necesitamos acción.

Asentí también, pues comprendía su punto de vista.

—Estoy de acuerdo en que no queremos alargarlo demasiado, pero creo que necesitamos una o dos frases que hagan referencia a lo que hay en juego, al menos. ¿Y si no ocurre delante de toda la unidad, sino que se lo dice solo al teniente, justo antes de salir? Creo que eso establecería mejor el tono de la escena siguiente.

Lyle emitió un zumbido, y supe que podía decantarse por cualquiera de las opciones. Estaba empezando a comprender a Lyle Clemmens, por mucho que eso me horrorizara, y yo era lo bastante cabezota como para seguir luchando por esa historia en la que tanto creía.

—Quiero leer el nuevo diálogo antes de aceptarlo —dijo Lyle—. Aseguraos de que sea bueno, algo que enganche a la audiencia. Si sois capaces de darme eso, puede que consigamos algo.

—Marchando una de golpe emocional —dije, agotada, pero determinada a lograr lo que nos pedía, aunque no sabía de dónde sacaría el tiempo.

La fecha de impresión de *Corazón Apresurado* se acercaba a toda velocidad, y había intentado hacer toda la publicidad que podía, pero resultaba difícil encontrar horas suficientes, sobre todo cuando los días trabajando con el equipo de guionistas acababan cada vez más tarde. Además, aún estaba intentando encontrar tiempo para estar con Liam, aunque eso significara escondernos de Jake y mantener las distancias en el trabajo.

—Creo que este es un buen momento para hacer una pausa para cenar —dijo Lyle—, y luego podéis impresionarme con el nuevo diálogo. Nos vemos en treinta minutos.

Se dirigió a la puerta, con James y Damien a la zaga.

—Deberíamos haber parado para cenar hace dos horas —dijo Jerome, que se puso en pie con un bostezo—. Si vamos a seguir aquí mucho más tiempo, yo necesito alimento.

Suspiré. Si no lograba clavar este diálogo, no acabaríamos nunca el episodio, y necesitábamos terminarlo esa noche para cumplir los plazos de rodaje. De lo contrario, a Liam le daría algo.

—¿Vienes, Mia?

—¿Qué? —dije, levantando la vista.

—¿Pizza? —Jerome esperaba en el umbral de la puerta; Tanya y Kait ya se habían ido—. No tardaremos mucho.

—Estoy bien. Id vosotros.

—¿Quieres que te traigamos algo? —preguntó.

Negué con la cabeza. Después de nueve asaltos con Lyle, lo único que quería era quedarme en paz durante unos minutos para leer mis mensajes.

—No, pero gracias de todos modos.

Jerome asintió, se marchó y la sala quedó por fin vacía. Me bastaría con lo que quedaba en la mesa de la comida, hasta que pudiera llegar a casa y asaltar la nevera. Abrí mi portátil y entré en mi bandeja de correo electrónico.

Había recibido varias peticiones de algunos blogs para hacer entrevistas sobre *Corazón Apresurado*, así que respondí a esos mensajes mientras me comía una barrita de proteínas a toda velocidad. Seguí revisando los correos, hasta que vi uno de Damien. Estuve a punto de atragantarme con el bocado de chocolate que tenía en la boca. Debía haberlo enviado mientras Lyle y yo discutíamos sobre la escena.

Estuve a punto de soltar un gemido solo de pensar en lo que podría decir ese mensaje. Últimamente, había intentado ligar conmigo varias veces, y me ponía de los nervios. ¿De cuántas formas distintas podía una chica decir que no estaba interesada? ¿Qué iba a tener que hacer, tatuarme las palabras en la frente?

La puerta se abrió de golpe y, hablando del rey de Roma, Damien entró con un cuenco de ensalada y un batido de color verde neón.

—Vaya, mira quién está aquí —dijo, lanzándome una mirada sórdida.

—Dije que me iba a quedar a trabajar —murmuré.

—Debe de ser mi día de suerte.

Oh, por el amor de… Si empezaba otra vez con sus asquerosos intentos de ligar conmigo, iba a volverme loca. Volví a mirar la pantalla, pero la piel de los brazos se me erizó cuando Damien dio la vuelta a la mesa y se sentó a mi lado. Me puso una mano en el hombro, y tuve que apelar a todo mi autocontrol para no estremecerme.

—Tienes que comer algo más que eso —dijo, señalando mi cena improvisada.

Un gruñido que resonó en la esquina de la sala atrajo mi atención. Ceniza seguía tumbado junto a la mesa de la comida, pero había levantado la cabeza, tenía las orejas tiesas y la vista clavada en Damien. No movía la cola.

Damien no se dio cuenta.

—Toma mi ensalada —ofreció.

—En serio, estoy bien. Si quisiera algo, habría ido a comprarlo yo misma.

—Eh, no creerás que tienes que matarte de hambre para resultar atractiva, ¿verdad? —preguntó—. Porque a mí, personalmente, me gustan las mujeres con algo de carne en los huesos.

Al decir eso, me pellizcó la cintura, y eso fue lo que agotó mi paciencia. Había intentado ser profesional, había intentado ser buena «compañera», había intentado adaptarme para llevarme bien con todos, pero todo tenía un límite. Me puse en pie de un salto, y mi silla salió despedida contra la pared.

—No me pongas las manos encima —dije, dando un paso atrás.

Damien parpadeó, se mordió el labio y sacudió la cabeza despacio.

—Oh, Mia. Eres la misma fierecilla de siempre. Todas esas discusiones constantes con Lyle… —Dio un paso hacia mí, y yo retrocedí otro—. Sabes bien cómo calentar a un hombre, ¿verdad?

Puaj, ¿pero es que este tío no se había enterado del movimiento *#MeToo*? ¿Creía que aún seguíamos en la era dorada, cuando los hombres podían comportarse en el trabajo como auténticos pervertidos asquerosos con las mujeres, sin consecuencias? ¿Y cómo se le había pasado por alto el detalle de que, allí, yo estaba por encima de él? ¿O acaso aún me veía como la estudiante universitaria que había sido en su clase de escritura de guiones?

Pues aquella jovencita había crecido mucho desde entonces, mientras que él parecía haber retrocedido. Siempre había sido un asqueroso, pero, al menos, en aquella época su comportamiento había sido más o menos aceptable. Hacía bromas de mal gusto y se quedaba mirando demasiado tiempo, pero lo suyo habían sido más las insinuaciones y sugerencias. No estos ataques descarados que apestaban a una grotesca seguridad en sí mismo. ¿Qué diablos habría hecho yo para que pensara que él me interesaba lo más mínimo?

—Tenemos que cuidarnos mutuamente —dijo Damien—. Es un negocio muy difícil, puede acabar contigo, yo lo sé bien. Sé lo frustrante que puede resultar. —Se acercó aún más—. Y ¿sabes lo que necesitas? Algo que te relaje un poco.

Tendió una mano hacia mí, pero le aparté el brazo de un golpe.

—Te he dicho que no me toques, Damien.

—Venga ya, Mia. Somos viejos amigos, ¿verdad?

Con otra sonrisa babosa, volvió a intentar tocarme y, esta vez, su mano llegó a mi cintura y sus dedos intentaron agarrarme.

—¡He dicho que *no*! —Le di un empujón en el pecho, lo más fuerte que pude.

Él retrocedió un paso y… Ceniza se lanzó desde su rincón con un ladrido furioso, mostrando los dientes. Se plantó entre nosotros, gruñendo por lo bajo, con la piel del lomo erizada. Damien se quedó quieto.

—Jesús —murmuró, dando un paso atrás.

Observé un movimiento por el rabillo del ojo y, al volverme, vi a Liam de pie en la puerta, furioso como un toro a punto de embestir. Nunca lo había visto tan enfadado.

—Recoge tus cosas —escupió a Damien—. Aquí ya has terminado. —Entró con paso decidido y los dientes tan apretados que casi podía oírlos rechinar—. Y ya puedes olvidarte de trabajar en VeriTV, ni en este proyecto, ni en ningún otro. Ni siquiera fregando los malditos suelos. Aquí no eres bienvenido, bajo ningún concepto.

Agarró a Damien por el cuello de la camisa y temí que fuera a hacer alguna tontería, algo que pudiera exponerle a una demanda o a una acusación de agresión. Pero resultó que no tenía de qué preocuparme. Liam no intentó golpearle ni nada por el estilo. Simplemente lo agarró y se lo quedó mirando.

—Y también puedes olvidarte de trabajar con nadie que esté asociado con nosotros.

Damien intentó plantarle cara.

—No puedes tratarme así —dijo con voz estrangulada.

Liam soltó un resoplido de desdén y, cuando habló, lo hizo en un tono helado que destilaba desprecio.

—Puedo, y lo haré. Buena suerte tratando de intentar vender tu serie a otros. En menos de una hora, hasta el último productor del país sabrá que sería una estupidez perder el tiempo contigo.

La puerta se abrió de nuevo.

—Seguro que Lyle tiene algo que decir sobre esto —protestó Damien, haciendo un gesto a Lyle, que acababa de entrar y miraba confuso la escena que tenía delante.

Lyle miró de Damien a Liam y a mí, y luego sacudió la mano con gesto indiferente.

—A mí no me metáis en lo que esté pasando aquí.

Al oírlo, Damien se quedó boquiabierto, como si, por primera vez, comprendiera que la situación podía no acabar bien para él.

—Pero… pero… —tartamudeó— ¡si tú eres quien me ha traído! ¡Eres tú quien me quería aquí!

—Porque pensé que necesitaría ayuda para arreglar el desastre que habría liado la nueva guionista con la segunda temporada —contestó Lyle—. Pero resulta que no había ningún desastre. —Se volvió hacia mí y me hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Después, miró a Damien—. Así que parece que ya no te necesito. Si la has cagado, ese es tu problema. Yo no pienso jugarme el cuello por ti.

—¿Qué haces aún aquí? —espetó Liam.

Aunque no había levantado la voz, no se me había escapado la forma en que todo su cuerpo estaba tenso, como una serpiente lista para atacar. Damien recogió sus trastos y salió por la puerta, sin apartar la vista de Liam. Casi había esperado que dijera algo ridículo, como «ya recibirás noticias de mi abogado», pero debió de pensárselo dos veces, porque se limitó a marcharse.

Liam llamó por teléfono al mostrador de seguridad de la entrada.

—Echadlo del edificio —dijo en un gruñido—. Me da igual si lo arrojáis al Pacífico, pero no quiero que vuelva a poner un pie aquí. ¿Entendido?

Jerome, Kait y Tanya entraron entonces en la sala.

—Esto… —dijo Jerome—. Hemos visto salir a Damien ahora mismo. Parecía cabreado. —Miró a los que estábamos allí, consciente de la tensión en la sala—. ¿Qué ha pasado?

Ceniza soltó un resoplido leve desde su puesto, a mis pies, como si él también estuviera esperando saber qué pasaría después. Su cuerpo estaba tenso, tenía las orejas tiesas y no quitaba ojo a Liam.

Tampoco se había movido desde que Damien se había marchado, como si no estuviera convencido de que hubiera pasado el peligro.

—Mia —dijo Liam de repente, cuando colgó el teléfono—. Tenemos que hablar. Vamos a mi despacho. Ya.

31

LIAM

Traté de mantener la calma mientras avanzábamos por el pasillo, consciente del personal que todavía estaba en el estudio y podía vernos, pero, en mi interior, me sentía como un volcán a punto de entrar en erupción. Confiaba en que llegaríamos a un lugar donde pudiera cerrar la puerta antes de saltar por los aires.

Cuando llegamos a mi despacho, abrí la puerta y dejé pasar a Mia delante de mí. Antes de entrar, volví a donde estaba Carl, sentado a su mesa con el teléfono en la mano.

—No quiero que me molesten salvo que haya un incendio en el estudio, ¿de acuerdo?

—Entendido —afirmó él.

Entré en el despacho, cerré la puerta, y solo entonces me volví hacia Mia.

—¿Qué cojones ha sido eso? —exigí.

Ella pareció sorprenderse un momento, y me miró confusa.

—Y yo que pensaba que me habías traído aquí para reconfortarme.

—No cambies de tema.

Apreté los dientes con la rabia a flor de piel. No podía evitarlo. El recuerdo de la sonrisa presuntuosa y acosadora de Damien me asaltaba cada vez que parpadeaba, como si se me hubiera grabado en el cerebro.

—Me sorprendería que esta fuera la primera vez que ese desgraciado se ha pasado de la raya. ¿Cuánto tiempo llevaba comportándose así?

—Desde el primer día —dijo ella, con los ojos en blanco.

—¿Y no me lo ibas a decir?

Mia parpadeó, dolida.

—¿En serio? ¿Eso es lo que piensas hacer? ¿Me vas a echar la culpa a mí?

—Le echo la culpa a él —expliqué—, pero si me hubieras contado lo que pasaba, podría haberme librado de él mucho antes. ¿Por qué te lo has callado? Mia, podría haberte hecho daño. Podría… —Me detuve, incapaz de terminar la frase.

¡Joder!

Se me llenaba el estómago de bilis solo de pensar en lo que le podría haber hecho. Me ponía enfermo.

—Soy muy consciente de lo que podría haber pasado —replicó Mia.

—¿Y por qué no dijiste nada? —protesté—. ¿Por qué no me contaste que ese cabrón te estaba acosando?

Quería agarrarla por los brazos y sacudirla un poco para hacerla entrar en razón, exigirle que me explicara por qué no me había pedido ayuda.

—¿Por qué me gritas? —preguntó ella.

—Porque no entiendo por qué cojones has preferido estar sola con ese tío en una sala, a contarme lo que estaba pasando. —Mis palabras sonaron iracundas y cortantes—. Si me hubieras dicho que tenías un problema, podría haberlo resuelto.

—Esa es una respuesta propia de un tío. No soy yo la que tenía el problema, era él quien no sabía cómo comportarse como un profesional. ¡Yo no le pedí que me acosara, Liam!

—Eso no es lo que quiero decir —dije, frotándome la cara.

—¿Estás seguro? —Mia escupió la pregunta.

—Es evidente que sé que tú no se lo pediste, pero, aun así, deberías haberme contado lo que pasaba.

—Lo tenía controlado. —Me miró recelosa—. Sí, es un asqueroso, pero tampoco es el primer tío de esta ciudad que me lanza insinuaciones desagradables.

Aquello no me hizo sentir mejor, precisamente.

—Lo entiendo, pero no debería ocurrir en mi estudio.

—Y justo por esa razón, no te dije nada —replicó Mia—. No me interesaba convertirme en otro problema que tengas que arreglar para no perjudicar al estudio.

Me aparté de ella. Pero ¿qué hostias…? ¿En serio pensaba que todo aquello era por el estudio?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Mira, tú siempre tienes un montón de problemas que resolver —explicó con voz tensa—. Sé cuáles son tus prioridades, y soy consciente del puesto que ocupo entre ellas. ¿De verdad creías que iba a causar un revuelo en el equipo de guionistas? ¿A ti te parece que haría algo así, cuando me he estado matando para conseguir que las cosas vayan bien? Por supuesto que no. Cuando Damien se

convirtió en un problema, hice lo que hago siempre y lo intenté resolver yo.

—¿Y a eso lo llamas «resolver»? —estallé.

Si Damien llevaba semanas comportándose así, sin sufrir consecuencias, no me sorprendía que creyera poder seguir haciéndolo indefinidamente. Ella llevaba aguantando sus mierdas durante *semanas*, solo porque pensaba que debía encargarse ella sola, y no había confiado en mí, en que yo podría encargarme de todo y protegerla. Sentí que se me helaba la sangre en las venas.

—Me pone enfermo pensar en lo mucho que se podían haber torcido las cosas.

—Bueno, pero no ha sido así —dijo Mia, que se había rodeado el cuerpo con los brazos, con gesto protector—. Y lo que quiero es que dejes de hablar de lo que podría haber pasado, cuando aún estoy procesando lo que sí ha pasado. ¿Se te ha ocurrido pensar que podrías parar un par de segundos y preguntarme qué tal estoy?

Aquello me sentó como un puñetazo en el estómago.

—No, no se te ha pasado por la cabeza. En lugar de eso, me has sacado de la sala delante de todo el mundo, y te has puesto a gritarme, como si fuera culpa mía que Damien sea un cabrón asqueroso. Como si fuera yo quien le hubiera pedido que me acosara. ¿Tienes idea de lo insultante que resulta, de cómo hace que me sienta que no valgo nada?

—No sé qué esperas que conteste a eso —dije, sintiéndome entre irritado y culpable.

Por supuesto que no había querido avergonzarla ni alterarla, pero me dolía el hecho de que aquello hubiera llegado a ocurrir. ¿Cómo se suponía que iba a protegerla, si ni siquiera sabía de qué? Enterarme de que era yo quien había dejado entrar a aquel desgraciado en mi equipo de guionistas me había pillado por sorpresa. No sabía que había creado un riesgo para todos ellos.

—¿Cómo esperas que reaccione? —añadí.

—¡Por Dios, Liam! Como mi novio —exclamó Mia—. Como si te importara algo.

—¿Es que crees que me estoy comportando así porque no me importa? —Levanté los brazos.

—¿Y qué has hecho para demostrarme que sí te importa? —argumentó ella—. Llevo semanas sudando tinta para intentar calmar los ánimos en el equipo de guionistas, tratando de que todo vaya bien, como tú esperas, y siendo agradable con todos los capullos a los que has contratado.

Apreté los dientes. Había sido consciente de lo que significaba volver a meter a Lyle en el equipo, pero lo de Damien… Eso era injusto. Nunca habría puesto a Mia en aquella situación si hubiera sabido cómo era. Jamás.

—He hecho todo lo que me has pedido —continuó ella—, aunque eso significara mentir a Jake, y trabajar con uno de los tíos más desagradables de mi pasado. He intentado que todo fuera perfecto para ti. Y durante todo este tiempo, ¿cuánto has pensado tú en lo que necesito yo? ¿Cuánto tiempo has tardado en levantar la vista y fijarte en lo que estaba pasando a tu alrededor?

Sus palabras eran como disparos, algunas más certeras que otras.

—¿Qué has querido decir con eso de «uno de los tíos más desagradables de tu pasado»? —pregunté. ¿Ella conocía a Damien de antes?

Mia hizo una larga pausa, como si estuviera considerando si responderme siquiera. Al cabo de un rato, dejó escapar un largo suspiro y, por fin, contestó.

—Conocí a Damien en la universidad —dijo—. Era uno de mis profesores.

—¿Y ya era así entonces?

—Básicamente, sí —confirmó ella—, aunque entonces no era tan descarado. O, tal vez, yo era más inocente, y no me lo pareció.

—¿Y decidiste no contarme nada de eso porque…?

—Cuando apareció aquí, pensé que sería mejor no causar más problemas de los que ya teníamos con la vuelta de Lyle. Me imaginé que, como íbamos a trabajar en grupo, no pasaría nada. Además, yo era una de las codirectoras del equipo, así que ya no estaba en posición de hacerme nada.

—¿Qué pasó? —gruñí.

Lo veía todo rojo. Por todas partes.

Mia levantó un hombro, sin querer mirarme.

—No es lo que tú crees. Nunca me tocó. Él… Supongo que era paciente y lo que intentaba era conquistarme, conseguir que fuera yo quien acudiera a él. Al principio, se comportó como mi mentor: elogiaba mi trabajo, me ayudaba a mejorar mi forma de escribir… Me animó a presentar uno de mis proyectos a un estudio y, con su ayuda, conseguí que me recibiera uno de los ejecutivos, que pareció muy interesado. Al menos, al principio.

—¿Y luego? —mascullé entre dientes.

Era una historia tan vieja como Hollywood. Hombres asquerosos que hacían cosas asquerosas. Ella apretó un poco más los brazos alrededor de su estómago.

—El acuerdo se vino abajo, por supuesto. Yo me quedé destrozada. Volví a recurrir a Damien, con la esperanza de que me ofreciera algún tipo de consejo. Estaba desesperada por comprender en qué me había equivocado, o qué podría hacer mejor la próxima vez. Pero entonces le oí hablar por teléfono con el productor que había dado largas a mi propuesta. Le daba las gracias por retrasar el acuerdo por un tiempo.

—Mia… —empecé, pero ella continuó hablando.

—Me quedé allí, escuchando cómo aquel gilipollas explicaba su plan para consolarme por haber perdido el contrato y, después, intervenir en persona para reactivar la negociación y quedar como mi héroe. Su amigo, el productor, y él, se reían comentando cómo yo se lo agradecería con sexo, sin duda. Qué diablos, seguramente se lo agradecería acostándome con los dos porque, al parecer, eso es lo que se espera de las mujeres por aquí —terminó, escupiendo las palabras con amargura.

Me sentí asqueado. No podía creer que hubiera permitido a aquel hombre acercarse a menos de tres metros de ella.

—¿Y qué pasó después de todo eso? —pregunté.

—Por suerte, no mucho. Para entonces, ya había terminado el curso, y me aseguré de no coger ninguna otra clase con él durante el año y medio que me faltaba hasta la graduación. Me dediqué en cuerpo y alma a no tener nada que ver con él, nunca más. Y funcionó —añadió, mirándome al fin—, hasta que apareció en el equipo de guionistas.

—Tenías que haberme contado esa historia tan pronto como llegó aquí.

Ella sacudió la cabeza de nuevo, con el ceño fruncido.

—No me puedo creer que esa sea tu única respuesta.

—¿Y qué quieres que te diga? Podíamos haber evitado todo esto si hubieras sido honesta conmigo.

Ella rio, con una carcajada incrédula.

—¿Y si dijeras algo como: «Vaya, Mia, eso debió de ser muy duro. Algunos hombres son unos cabrones»? O, no sé, ¿qué tal si me dieras un abrazo? Pero claro, eso sería esperar demasiado de ti.

Sus palabras fueron como un cuchillo que se hundía en mi pecho.

—No entiendo por qué estás enfadada *conmigo*. He despedido a ese hijo de perra al momento.

—Sí, le has despedido en cuanto tú has visto algo, pero esto llevaba ocurriendo semanas, y no te has molestado en prestar ninguna atención en todo ese tiempo. Durante todos los años que me has conocido, nunca te ha interesado saber nada de mí, aparte de reírte con Jake de mis relaciones.

—Eso no es cierto.

—Lo es. Y ahora que soy tu novia, tampoco ha cambiado nada. La mitad del tiempo no sabes cómo me siento porque estás demasiado ocupado haciéndote cargo de todos los demás. Y hoy, cuando por fin me has prestado atención, me has arrastrado hasta aquí para poder gritarme sobre lo ocurrido. Así que, ¿por qué demonios iba a sincerarme contigo y contarte nada, si al final solo vas a hacer que me sienta de pena?

—No tenía intención de hacerte sentir…

—Pero lo haces. Haces que me sienta como un obstáculo. Como si tu vida hubiera ido bien hasta que yo te la compliqué. Y hoy, cuando he necesitado que me reconfortaras, me has traído hasta aquí como si fuera otro de tus problemas del trabajo y me has interrogado.

—Mia, soy tu novio. Por Dios, estaba preocupado por ti.

—¿Y lo estás? —espetó—. Porque últimamente no me das la sensación de ser mi novio. Me ocultas a tu mejor amigo, me dices que sea discreta en el trabajo, me haces sentir como si fuera un secreto vergonzoso. O peor, como un problema que tienes que resolver.

—¿Qué estás diciendo? —El corazón me latía en el pecho como un tambor de guerra—. ¿Es que quieres que lo dejemos?

—¿Y si quisiera? —preguntó, con los ojos brillantes por las lágrimas que no había derramado.

Hubo una pausa. Un maldito segundo en el que hubiera podido pararlo todo, cogerle la mano y pedirle que no me dejara. Podría haber sido el hombre que ella quería, uno en el que pudiera confiar.

Pero yo no era ese hombre. No en ese momento.

—Pues ahí tienes la maldita puerta. —No grité, me limité a señalar.

Mia me miró parpadeando, como si estuviera esperando que terminara el chiste. Como si fuera a echarme a reír y acercarla para darle un beso. Pero no lo hice.

Ella se puso en movimiento. Pasó por mi lado, abrió la puerta de un golpe, y se marchó.

32

MIA

Abrí la puerta de mi piso o, más bien, le pegué una patada, y entré, sintiéndome agotada. Después de aquella desastrosa conversación con Liam en la que, al parecer, habíamos roto, aún había conseguido aguantar dos horas más de trabajo con Lyle y los guionistas para terminar el episodio, aunque no sabía cómo lo había logrado.

A decir verdad, debía estar en *shock*, demasiado enfadada y confusa para asumir el hecho de que Liam me había dejado salir de su despacho. Y, en cuanto me había metido en el coche, a duras penas había conseguido contener las lágrimas hasta llegar a casa.

Al entrar, sin embargo… Me quedé helada, notando el peso de las lágrimas en los ojos, pero sintiendo un escalofrío de pánico. ¿Por qué estaban encendidas las luces? ¿Quién diablos había entrado en mi casa? Se suponía que Sophie estaba en el trabajo. Le había escrito desde el estudio para contarle lo ocurrido y ella había ofrecido tomarse la noche libre para hacerme compañía y atiborrarnos de helado juntas, pero le había dicho que no se molestara. Así que, ¿quién cojones había entrado en el piso?

Fffffff. *Pum.*

Era la puerta de un armario. Oh, por Dios, ¡había alguien en la cocina!

Glu-glu.

¡Habían abierto la nevera! ¡Nos estaban robando la comida! Maldita sea, ¡la comida era cara!

¿Qué podía hacer? Estaba emocionalmente agotada, lo único que quería era meterme en la cama. No quería tener que enfrentarme a un ladrón; solo de pensarlo, me daban más ganas de llorar.

Saqué el teléfono del bolsillo e intenté decidir si salía corriendo, o si llamaba a la policía. En esas estaba, cuando escuché un sonido que me resultó familiar; entones vi una rueda asomar por la puerta de la cocina, a la que siguió el resto de la silla de ruedas de Jake.

—¡Por Dios, Jake! —grité—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¡Casi me matas del susto!

Él dio un mordisco al sándwich que había en un plato sobre su regazo. No tenía muy buena pinta.

—Lo siento —murmuró—. No tenía comida en casa, nos lo comimos todo antes de irnos de viaje.

—¡Creía que eras un ladrón!

—¿Haciendo un sándwich?

—¡No sabía que era eso! —protesté.

Al irme tranquilizando y pasarse el subidón de adrenalina, volví a sentirme agotada e irritada. Lo único que quería era estar sola. Me apreté el puente de la nariz e inspiré hondo, tratando de calmarme.

—¿Y por qué estás ya de vuelta?

Hacía solo dos días que se había marchado para hacer el crucero. ¿Cómo había vuelto? ¿Qué estaba pasando? No entendía nada.

—Bueno, el crucero ha sido un desastre —dijo Jake, que pasó a mi lado en dirección al salón.

Yo no estaba de humor para compañía. Pero ni un poquito.

—Jake…

Él dejó el plato sobre la mesa y, haciendo impulso con los brazos, se pasó de la silla al sofá, donde se acomodó.

—Gabrielle y yo hemos tenido una discusión enorme, catastrófica. Tan grande, que preferimos bajar del barco en uno de los puertos, en lugar de aguantar dos días más encerrados.

Apreté las manos y me obligué a controlar mis emociones, aunque me sentía muy tentada a dejarme llevar y echarme a llorar. Por mí. Por Jake. Por Gabrielle. Por el horrible desastre en el que se había convertido aquel día.

—¿Y dónde está Gabrielle ahora? —pregunté.

—En mi piso, recogiendo sus cosas. —Hizo un gesto hacia allí con la cabeza—. He pensado que sería mejor venir aquí un rato, para no estar en medio.

Oh, Jake. Así que también era el fin para él, ¿no?

—Siento mucho que haya salido tan mal.

Él se encogió de hombros.

—Se estaba viendo venir desde hacía tiempo. El crucero solo ha servido para dejarlo claro. Y en un barco, no hay donde escapar, por muy grande que sea.

Así que el plan de Liam para arreglar su relación había fracasado. Solté un bufido. Pues claro que había fracasado, joder. Me acerqué para mirar a Jake con atención y, a decir verdad, incluso bajo la tenue luz del salón, tenía un aspecto horrible. Pálido, cansado, sin afeitar…

Seguramente llevaba horas de viaje, atrapado en aeropuertos y aviones por los que no le habría sido fácil desplazarse con la silla. Debía de estar tan agotado como yo, o incluso más, y sus respuestas sin entonación dejaban claro que había tirado la toalla. El aspecto derrotado con el que miraba su triste sándwich hizo que, por fin, algo se rompiera en mi interior, y me eché a llorar sin consuelo, hasta casi no poder respirar.

—¿Mia? —dijo Jake, alarmado, y haciendo ademán de levantarse, antes de recordar que no podía hacerlo.

Me tapé la cara con las manos y sacudí la cabeza. No podía contarle lo ocurrido con Liam, menos aun cuando él mismo estaba pasando por su propia ruptura.

—Mia, ven aquí —dijo, utilizando su tono de hermano mayor, mientras daba unos golpecitos al sofá a su lado.

Me acerqué tambaleándome y, cuando me dejé caer sobre los cojines del sofá, me abrazó tan fuerte que me costó seguir respirando. Eso era justo lo que necesitaba en ese momento.

Mis lágrimas le empaparon la camisa, y yo no conseguía dejar de llorar. Él no intentó hacerme parar ni me preguntó qué me pasaba. Se limitó a abrazarme mientras yo procesaba el estrés del trabajo, lo ocurrido con Damien y el fin de mi relación con Liam.

~

Fue como si me hubieran puesto pegamento en los ojos durante la noche.

Me froté las legañas que se me habían formado en los ojos cuando se secaron las lágrimas, y parpadeé unas cuantas veces para despegar las pestañas. Uf, debía tener un aspecto horrible.

Miré a mi alrededor. ¿Dónde había dejado el teléfono? ¿Qué hora sería? A juzgar por la luz del sol que entraba por la ventana del

salón, era por la mañana, pero podían ser tanto las siete, como la hora de comer. En cualquier caso, debía ducharme y ponerme presentable; aunque… ¿para qué?

Al cambiar de postura en el sofá, vi que Jake seguía dormido en el otro extremo. Los dos habíamos pasado allí la noche y, a juzgar por lo que me dolían el cuello y la espalda, lo iba a lamentar durante un tiempo.

—¿Estás viva? —preguntó Jake con voz ronca, levantando la cabeza con un solo ojo abierto.

—Por desgracia —murmuré—. Me siento fatal.

En todos los aspectos posibles. Me sentía mal por dentro y por fuera. Por hacer a Jake dormir en mi sofá, porque mi relación se hubiera evaporado en el aire y la de Jake se hubiera ido a pique en el aniversario de su accidente. Aunque dijeran que las cosas parecen mejor a la luz del día, para mí, en ese momento, todo parecía mucho, pero que mucho peor.

—Tienes una pinta horrible —replicó Jake—. Como una especie de criatura del pantano.

Eso me hizo reír, a pesar de todo, y extendí un pie para darle un golpecito en la pierna.

—Eh, calla la boca.

Él se pasó la mano por la cara y el pelo, y bostezó con ganas, antes de negar con la cabeza.

—¿Estás listo para volver a tu piso? —pregunté.

—Hmmm…. Aún no. Y tú, ¿vas a contarme lo que te pasa? ¿O debo prepararme para otro mar de lágrimas? Avisa si voy a necesitar una barca para no ahogarme.

—Ja, ja —contesté con voz ronca.

La sonrisa de Jake se debilitó un poco, pero él seguía ahí, haciendo lo posible para apoyarme. Siempre podía contar con él cuando lo necesitaba.

—En serio, Mia. —Habló en un tono tan suave que volví a tener ganas de llorar—. ¿Qué ha pasado?

Me aclaré la garganta y clavé la vista en mis manos.

—Estaba… bueno, medio saliendo con alguien, pero rompió conmigo ayer.

—¡Pedazo de gilipollas! ¿Liam ha roto contigo? —exclamó Jake.

Se enderezó y empezó a mirar alrededor, buscando algo.

—¿Qué haces? —pregunté con voz rota.

—¿Dónde está mi teléfono? Voy a llamarle. —Metió una mano entre los cojines del sofá, de donde sacó su teléfono—. Joder, le voy a llamar y pienso mandarle a to…

—No. —Le di un manotazo en el móvil antes de que pudiera pulsar el botón de llamada, haciendo que el aparato cayera al suelo con un golpe—. No lo hagas, por favor.

—No puede tratarte así. Ni de coña. Soy tu hermano y…

—Lo sé y te lo agradezco mucho, pero… Espera un momento. —Acababa de caer en la cuenta, por fin—. ¿Tú sabías lo mío con Liam?

—¿Que estabais saliendo a mis espaldas? —preguntó con sarcasmo —. Pues claro que lo sabía.

Sacudí la cabeza, incrédula.

—¿Cómo es posible? Hemos hecho todo lo posible para ser discretos. Liam no quería que lo nuestro afectara a tu recuperación, ni nada de eso.

—Ya, bueno. —Jake puso los ojos en blanco—. Yo diría que escabulliros durante mi fiesta de cumpleaños para liaros en el baño no fue demasiado discreto.

—Ya.

Me mordí el labio, mientras la vergüenza se unía a la desesperación que me atenazaba el estómago. ¡No podía creer que mi hermano lo supiera! Pero, enseguida, el enfado superó aquellas otras sensaciones. Todo el tiempo perdido ocultándonos y, ¿para qué?

El hecho de que estuviéramos juntos no parecía molestar a Jake en absoluto. Lo que le fastidiaba era cómo había terminado todo. No pude evitar pensar que las cosas habrían sido muy diferentes si Liam hubiera estado dispuesto a tener una sola conversación con Jake. Pero era inútil. ¿Qué importaba nada de eso ahora? Habíamos terminado.

—Supongo que esto no es más que otro capítulo en mi historia ridícula y lamentable con los hombres.

—Hubiera preferido que no añadieras a Liam a tu lista —murmuró Jake—. Pienso matarlo en cuanto lo vea.

—Jake —dije con suavidad—. Te agradezco todo ese rollo de hermano mayor protector, pero no necesito que te pelees por mí. Ya soy mayor, y soy capaz de tomar mis propias decisiones.

—Mi obligación es cuidarte. Siempre.

Tragué con dificultad y, por un instante, eché de menos la sensación de ser una niña pequeña, segura de que su hermano mayor lo arreglaría todo. Pero ahora era una mujer adulta y, aunque Jake seguía siendo tan increíble y maravilloso como siempre, sabía que había algunos problemas que él no podría resolver.

—Sé que quieres protegerme, Jake —dije con dulzura, en tono más bajo—. Pero esto no lo puedes arreglar tú. Esta vez, no. Además, no

quiero fastidiar las cosas entre Liam y tú. No quiero echar a perder vuestra amistad.

—Me parece que ya es demasiado tarde para eso —contestó Jake—. No voy a quedarme aquí, fingiendo que no ha pasado nada. Liam no es un tío cualquiera que te haya roto el corazón. Era mi mejor amigo. Yo confiaba en él. Sí, bueno, se me hace raro pensar en mi mejor amigo con mi hermana pequeña, pero, al menos, creía que era un buen tío y te trataría como te mereces. Pero no ha sido así. Si iba a romperte el corazón como un desgraciado, podía haber dejado las manos quietas, para empezar.

—En su defensa, diré que me rechazó varias veces —dije.

—Pues parece que no se esforzó demasiado —gruñó Jake.

—Ya sabes que puedo ser muy persistente cuando quiero algo. Y, cuando por fin decidimos intentarlo, al principio las cosas fueron genial —admití—. Lo cierto es que, por un momento, pensé que había encontrado al hombre adecuado, ¿sabes?

—¿Y qué pasó?

Suspiré, tratando de pensar en cómo explicárselo. Esa era la ventaja de haber tenido novios gilipollas en el pasado. Cuando pillan a tu novio con los pantalones bajados y otra chica en la fiesta de fin de curso, es facilísimo explicar por qué has roto con él. Las cosas con Liam eran mucho más complicadas.

—Solo… Parecía que yo le importaba menos cada día. Cuando estábamos juntos y éramos solo nosotros dos, todo iba bien, pero enseguida pasaba algo más, y él siempre se marchaba a toda prisa, sin mirar atrás. Si algo iba mal con la serie, se ponía con ello al momento; si te pasaba algo a ti, salía corriendo a verte. Pero si a mí me pasaba algo… Bueno, al final me pasó algo, y a él le costó semanas darse cuenta.

Le expliqué lo ocurrido con Damien, y a continuación tuve que calmar a Jake para que abandonara la idea de salir a buscarlo para

darle un puñetazo en la nariz.

—El caso es que, cuando por fin estuvimos solos en su despacho —terminé—, lo primero que hizo fue echárseme encima.

—¿Te echó a ti la culpa de que ese gilipollas fuera un gilipollas? —Jake me miró incrédulo.

—Me culpó por no contárselo. Yo me había dedicado a tratar de evitar problemas y no ponerle las cosas difíciles, y él se enfadó conmigo por eso. Pero lo cierto es que, en algún momento, Liam empezó a dar nuestra relación por sentado y dejó de preocuparse por mí y lo que yo necesitara. Todo lo demás era prioritario: la serie, el estudio, tú, su familia… Lo que fuera, menos yo. Tengo la sensación de que yo no seré nunca lo más importante para él. Jamás.

Eso había quedado claro el día anterior, cuando me había señalado la puerta. Cómo deseé que me detuviera, que me pidiera que no me fuera y dijera que estaba dispuesto a hacer un esfuerzo para que las cosas funcionaran entre nosotros. Hubiera querido que luchara por nosotros, pero, al parecer, la única que creía que teníamos algo por lo que luchar era yo.

—Yo nunca he querido ser un problema para tu relación —dijo Jake, tenso.

—Jake, no, ¡por Dios! No es culpa tuya —respondí con rapidez.

—Pero el hecho de que a Liam le preocupara más alterarme a mí que demostrarte cuánto te aprecia…

—Oye, tú no eres responsable de las decisiones de Liam.

—La ha cagado —dijo Jake—, y a base de bien. Voy a asegurarme de dejárselo bien claro.

—Yo solo quiero olvidarme de él, aunque no va a ser fácil, trabajando en su empresa. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y no liarme con él.

—Si encuentras una máquina del tiempo, avísame, que yo también quiero usarla —dijo Jake con una carcajada amarga—. Tal vez pueda retroceder a una época en la que la vida aún tenía sentido para mí.

Me acerqué a él y apoyé la cabeza en su hombro.

—¿Aún te sientes así? —pregunté.

No solía atreverme a hacer esa pregunta, porque temía que mencionar su depresión pudiera agravarla aún más. Sin embargo, tal vez había llegado el momento de que ambos nos dijéramos unas cuantas verdades difíciles.

—Me asusta, ¿sabes? A veces sueño que estamos en la playa, como cuando éramos pequeños, ¿te acuerdas? Nos metemos en el agua… Y entonces tú empiezas a flotar y a alejarte de mí y, haga lo que haga, no consigo llegar hasta dónde estás —le dije.

Jake tragó con dificultad.

—A veces tengo esa sensación —dijo—. Como si estuviera a la deriva. Durante el último año, he estado a la expectativa, esperando el momento en el que me hubiera curado lo suficiente como para decidir qué hacer con el resto de mi vida. Ahora, parece que estoy llegando a ese punto, y no tengo ni idea de qué voy a hacer.

—¿Qué es lo que querrías? —pregunté—. ¿Más que nada en el mundo?

Él abrió la boca, la volvió a cerrar y dejó caer la cabeza en el respaldo del sofá.

—Si te soy sincero, no lo sé —confesó.

—Bueno, tal vez sea hora de averiguarlo.

Él volvió la cabeza para mirarme.

—Es posible.

33

LIAM

No me apetecían lo más mínimo los tacos, ni mis hermanos, ni la reunión semanal, pero tampoco es que tuviera otra opción, así que ahí estaba: mirando la carta, sin leer más de un par de líneas antes de perder el interés. Tenía la impresión de que, desde hacía un tiempo, no me interesaba casi ninguna cosa.

Entonces, alguien abrió la puerta del restaurante y atravesó la sala con paso decidido.

—¿Qué diablos le pasa a este? —murmuró Finn, sentado a mi lado, lo que me hizo levantar la cabeza para ver a Connor acercándose—. Oh, oh ¿qué ha pasado?

—Te voy a decir lo que ha hecho este cabrón —gruñó Connor, que se detuvo con la cara muy cerca de la mía.

Me miraba desde arriba, como una tormenta a punto de estallar. Lancé un vistazo alrededor del restaurante que, por suerte, estaba casi vacío, tratando de comprender por qué estaba Connor tan enfadado. Lo último que necesitaba era montar una escena en público. El nombre de nuestra familia ya había salido en bastantes periódicos, gracias a Finn.

—¿Dónde estabas anoche? —preguntó.

—¿Anoche? En casa. —Miré a Connor, parpadeando confuso.

Finn frunció los labios, claramente recordando algo que yo debía haber olvidado. Eso tenía sentido, porque concentrarme no era lo único que me había estado resultando difícil en los últimos tiempos. Esa última semana, había tenido la sensación de ir sonámbulo por la vida. Lo único en lo que podía pensar era la ruptura, y Mia. *Mia, Mia, Mia*.

O, más bien, la ausencia de Mia en mi vida.

Lo cierto es que no estaba ausente del todo. Ella seguía viniendo a trabajar, y seguía siendo parte del equipo de guionistas. Pero su sonrisa, sus carcajadas, su calor en mi cama durante la noche, sus bromas mientras tomábamos el café por la mañana, sus miradas seductoras, su entusiasmo incontenible por *Corazón Apresurado*. Todo aquello… había desaparecido.

Y era evidente que yo no lo estaba llevando bien. Apenas era capaz de levantarme por la mañana para ir a trabajar y volver a casa cada día, y casi no podía enfrentarme a mi interminable bandeja de entrada y los cientos de preguntas de Carl sobre la infinidad de problemas relacionados con el estudio que exigían mi atención.

Hasta Ceniza sabía que algo iba mal. Esa semana no me había seguido hasta casa ni una sola vez. Se limitaba a quedarse acurrucado en el aparcamiento, como si estuviera esperando que las cosas volvieran a la normalidad.

—¿Y dónde se suponía que tenías que estar? —gritó Connor, lo que me sacó de mi abstracción.

Me invadió una mezcla de frustración y enfado. No sabía de qué me estaba hablando, y no estaba de humor para jugar a las adivinanzas en ese momento.

—No sé a qué te refieres —gruñí, y me froté la sien—. ¡Suéltalo de una maldita vez!

—¡Se suponía que tenías que llevar a mamá a cenar! —espetó Connor.

—¿Te has saltado la cena? —interrumpió Finn, sacudiendo la cabeza —. Venga ya, tío.

Los miré, enfurecido. Sí, tenía la cena con mi madre apuntada en la agenda, pero cuando había saltado el recordatorio, no me había sentido con fuerzas para ir hasta San Francisco a visitarla.

—Tuve un día muy largo, y sabía que no sería buena compañía, así que escribí a mamá para quedar otro día, encargué una cena estupenda y pedí que se la llevaran a su casa. ¿Qué tiene de malo? La veré en un par de semanas.

—Lo que tiene «de malo» —explicó Connor, y durante un segundo pensé que estaba a punto de darme un puñetazo en la mandíbula—, ¡es que ayer fue el aniversario de boda de mamá!

Saqué el teléfono para mirar la fecha. *No*. No, no podía ser. En la agenda solo había escrito CENA CON MAMÁ, pero no que era el aniversario. *Mierda*. No podía haber metido la pata hasta ese punto, ¿verdad?

—¡Lo acordamos hace semanas! —continuó Connor con dureza—. Habíamos planeado quién estaría con ella para que no se quedara sola el día de su aniversario. ¡Dijiste que te encargarías tú!

—¡Lo hice! —Al menos, creía que lo había hecho.

—Entonces, ¿qué cojones ha pasado?

Dejé caer la cabeza en mi mano. Tenía razón. Se me había olvidado por completo el *motivo* por el que mi madre y yo habíamos quedado para cenar, y la había dejado plantada sin ninguna excusa.

—La has cagado —dijo Finn—. A base de bien.

—¿Se lo ha tomado muy mal? —pregunté débilmente.

Connor se dejó caer por fin en una silla.

—Si con lo de «tomárselo mal» te refieres a si me llamó llorando para suplicarme que le prometiera que yo no la abandonaría también, entonces sí, yo diría que se lo tomó la hostia de mal.

—Tío, si pensabas escaquearte —dijo Finn—, tenías que habernos llamado a uno de nosotros para que te sustituyéramos.

—¡No tenía intención de escaquearme! —gruñí. *Mierda*. *Joder*—. Todo es un maldito desastre.

La expresión de Connor se relajó un poco, tal vez al verme tan derrotado. Intercambió una mirada con Finn, y me dio un golpe con el pie por debajo de la mesa, para llamar mi atención.

—No te vayas a poner melodramático con nosotros.

Sabía que lo decía como una especie de ofrenda de paz, pero me limité a sacudir la cabeza. Me sentía como un fracasado. Había fracasado como novio y ahora, al parecer, también como hijo.

—Mira —dijo Connor en un tono algo más calmado—. Pude tranquilizarla, y puse a Grace al teléfono para que hablara con ella un rato. Cuando la he llamado esta mañana, sonaba mucho mejor.

—Ah, ¿sí? —pregunté, escéptico.

Él asintió.

—También ha dicho que su terapeuta le había hecho hueco para verla esta tarde, y eso es buena señal.

—Al menos, ahora tiene más recursos que antes para enfrentarse a los problemas —murmuró Finn.

—No creo que debamos preocuparnos porque vaya a quedarse en blanco de nuevo —observó Connor.

Desde que éramos pequeños, nos referíamos a los episodios depresivos de nuestra madre como «quedarse en blanco». Y pensar que, el día anterior, podría haber caído en uno de ellos porque yo estaba demasiado ensimismado como para recordar la importancia de esa fecha… Necesitaba ponerme las pilas.

—De acuerdo, entonces mamá está estable por ahora —dijo Finn—. Eso está bien, pero no explica qué diablos te pasa a ti. —Me miró con intensidad, aunque no sonaba enfadado, sino preocupado—. No es propio de ti cancelar una cita.

—Lo sé —respondí, sin dejar de recriminármelo—. En serio que no quería dejarla tirada. Es solo que… Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Yo arreglaba las cosas. Veía un problema y encontraba una solución. Era yo quien se había ofrecido para estar con ella esa noche, y la había decepcionado.

—¿Cómo cuáles? —dijo Finn—. ¿Has roto con Mia, o algo? —Lo dijo como una broma; lo supe porque me dirigió una ligera sonrisa, que desapareció en cuanto vio que yo no lo corregía—. Oh, *mierda*, tío. No quería decir… ¿En serio?

Tragué con esfuerzo y asentí; no fui capaz de decir nada más.

—Lo siento, ha debido ser difícil —dijo Connor con un profundo suspiro.

Él sabía mejor que nadie lo horribles que eran las rupturas. Yo solo había querido cuidar de Mia y protegerla, pero ella no me lo había permitido. No se había fiado de mí porque, al parecer, se me daba fatal apoyarla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Finn.

—Solo que… —Levanté un hombro—. Las cosas acabaron fatal. Hubo un problema en el trabajo, y a Mia le pareció que yo no la había apoyado, ni en el trabajo, ni de ningún otro modo. Y ella…

Bueno, ya no estaba segura de lo nuestro. El caso es que… Le dije que ahí estaba la puerta, y ella se marchó.

—¿Que le dijiste «ahí está la puerta»? —repitió Finn—. Pero tío, ¿cómo se te ocurre?

—Y qué iba a hacer, ¿obligarla a estar con alguien a quien no quiere? ¿Alguien en quien no confía? —Me encogí de hombros, como si eso pudiera aliviar la horrible tensión que se apoderaba de mí cada vez que recordaba cómo se había marchado de mi despacho.

—Y qué vas a hacer ahora, ¿limitarte a evitarla? ¿Cómo podrías hacerlo? Trabaja en el mismo edificio que tú, vive en el mismo descansillo que tu mejor amigo, al que visitas todo el tiempo y, además, es la hermana de dicho mejor amigo.

—Bueno, Jake me dio con la puerta en las narices la última vez que fui a visitarlo, y cada vez que llamo, solo contesta para gritarme, así que el título de «mejor amigo» está en el aire en estos momentos —suspiré—. Y es una mierda, porque Jake rompió con Gabrielle cuando estaban en el crucero. Me gustaría apoyar a Jake con su ruptura, pero él está demasiado enfadado conmigo por la mía.

—¿Y por salir con su hermana, para empezar? —preguntó Finn.

—¿Quién sabe? —gruñí—. Además, aún estoy haciendo de niñera de los guionistas, para conseguir que lleguen al último capítulo de *Morir a fuego*, porque ahora están sumidos en una especie de hostilidad y resentimiento silenciosos.

—¿Por lo vuestro? Pensaba que no sabían que estabais juntos. ¿Crees que Mia les contó lo ocurrido?

Lo pensé durante un minuto, pero negué con la cabeza.

—No me parece propio de ella, no es de las que lo echan todo por la borda. Quizá lo hayan deducido ellos por su cuenta. Lo único que sé es que Jerome me lanza miradas asesinas cada vez que entro por la puerta.

—Entonces, para resumir —dijo Finn, interrumpiendo mis pensamientos—. El señor Arreglalotodo está rodeado de problemas, la mayor parte de los cuales son culpa suya, y nadie le deja arreglarlos. ¿Lo he entendido bien?

Abrí la boca para discutirlo, pero ¿qué iba a decir? Era cierto que estaba rodeado de problemas, y, sí, aunque no todos ellos eran culpa mía, mi relación con Mia era irreparable, y no tenía ni idea de cómo empezar siquiera a resolver las cosas con Jake. Así que, sí, se podía decir que la opinión de Finn era bastante acertada. Me limité a resoplar y poner los ojos en blanco ante la expresión arrogante de Finn.

—Pero la pregunta importante es, ¿has aprendido algo de todo esto? —dijo Connor, en el tono de un profesor de guardería que intentara animar a los niños a recitar el abecedario.

—Que nunca debí liarme con Mia, para empezar. —Lo miré con furia —. Lo pillo, he aprendido la lección.

Si me hubiera guardado para mí los sentimientos, y las manos, los guionistas no estarían enfadados conmigo, Jake no habría dejado de hablarme, y no habría tenido ningún motivo para dejar a mi madre plantada.

Connor y Finn intercambiaron una larga mirada.

—¡No! —dijo Finn, que emitió una especie de zumbido—. Respuesta incorrecta.

Connor resopló.

—Está claro que no ha aprendido nada.

—¿De qué estáis hablando? —gruñí. Me sentaba fatal que hablaran de mí como si no estuviera delante.

—La respuesta que esperábamos era: «Tengo que arreglar las cosas con Mia» —explicó Connor.

—No, necesito mantenerme alejado de ella.

Finn sacudió la cabeza.

—Hacer las paces con Mia significa hacer las paces con Jake, y también con los guionistas; pero, sobre todo, te haría feliz.

—Y si hubieras sido feliz, anoche no habrías dejado plantada a mamá, y tampoco estarías aquí sentado con aspecto de no haber dormido en una semana —añadió Connor—. ¿No te das cuenta de que todo está relacionado con una sola cosa?

—No es tan fácil —dije, con un bufido.

—Podría serlo —dijo Connor—. Discúlpate. Arréglalo con ella.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque Mia dejó muy claro lo que quería cuando salió de mi despacho aquella noche.

—¿Y qué es lo que quieres tú, hermano? —preguntó Finn.

—Quiero retroceder a antes de dejarme llevar por mis sentimientos hacia ella.

Antes de saber lo que era amarla. Y perderla.

34

MIA

Contuve la respiración. La tensión palpitaba en la sala como un latido, y todos teníamos los ojos clavados en Lyle, mientras esperábamos a que leyera el capítulo final de la segunda temporada. Yo acababa de entregar los últimos retoques después de una cena apresurada.

Kait tenía los ojos cerrados y las manos juntas, apretadas contra la boca como en una plegaria silenciosa, mientras Tanya estaba encogida en su silla, como un muelle enroscado a presión. Daba la impresión de que saldría disparada por los aires si Lyle tardaba mucho más en decir algo. Por su parte, Ceniza roncaba con suavidad desde debajo de la mesa, totalmente ajeno al hecho de que las decisiones que se tomaran esa noche podrían acabar con la carrera de alguien. Lo envidié por eso.

—¿Y bien? —dije, cuando no pude aguantarlo más.

Lyle se limitó a levantar una mano y sisearme para que me callara. Tuve que recurrir hasta al último ápice de mi autocontrol para no poner los ojos en blanco. ¿Es que pensaba tenernos allí toda la noche?

Miré a Paula, que se encogió de hombros e hizo una mueca. En teoría, ella tenía la última palabra sobre el guion, como directora de la serie, pero todos sabíamos que la única aprobación que contaba era la de Lyle, si es que queríamos que la producción acabara a tiempo. Era importante respetar aquella jerarquía tan peculiar, pero hasta entonces, lo habíamos conseguido, y estábamos a punto de llegar a la meta.

Jerome caminaba de un lado a otro detrás de Paula, demasiado nervioso para quedarse sentado. El único que daba la impresión de estar tranquilo era James Singh, aunque yo no pensaba que el resultado le importara demasiado. Él no se jugaba tanto como los demás con la serie, la temporada y el guion.

—Lyle, necesitamos saber si nos tendremos que quedar hasta tarde esta noche —dije, haciendo lo posible por mantener un tono ligero —. Tienes que decirnos algo, sea bueno o malo. A estas alturas, me da igual, pero dinos qué podemos esperar.

Lyle levantó la vista de la pantalla de su portátil y miró a los que estábamos allí, uno por uno. La tensión me estaba asfixiando.

—Está bien —dijo, al cabo de un momento.

Solté una exhalación que no sabía que había contenido.

—¿Bien? —Casi no podía creer lo que oía—. ¿Bien, en el sentido de que está terminado? ¿Das tu aprobación?

—Sí —dijo, tecleando en su ordenador—. Ya está en la bandeja de entrada de Paula.

—La hostia —dijo Jerome, que se dio una palmada en la frente, alucinado—. ¿Significa eso que, oficialmente, hemos terminado?

Abrí la boca para decir algo, pero las palabras se me atascaron en la garganta. ¿En serio habíamos terminado? ¿Lyle, aquel perfeccionista, controlador y puntilloso, había dado el visto bueno de verdad? Era imposible que no tuviera otros cien comentarios para sacar punta a

un montón de cosas; pero había dicho que estaba *bien* y, tratándose de Lyle, eso era casi como si ya nos hubiera dado un Emmy.

—Oh —dijo Kait, antes de soltar algo entre una risa y un sollozo.

Se puso en pie y se lanzó a mis brazos. Yo la abracé, soltando una risa sorprendida que no pude contener.

—¡Lo hemos conseguido!

De repente, la sala entera estalló en vítores. Jerome soltó un aullido y chocó los cinco con Paula.

—¡Sí, joder! —gritó Tanya, haciendo girar su silla.

Hasta Lyle sonrió un poco.

El ruido despertó a Ceniza, que salió de debajo de la mesa con un ladrido sorprendido, y se nos quedó mirando, como si pensara que no éramos nada profesionales.

—Relájate —le dijo Jerome con una risa—. No estamos ardiendo.

Ceniza soltó un bufido, nada convencido, y se dirigió a donde estábamos Kait y yo, sacudiendo la cola con cautela, como si tratara de comprender de qué diablos iba todo aquel escándalo.

Jerome se acercó a mí cuando Kait me soltó.

—¡Sí, chica, ya lo creo! —exclamó—. ¡Estamos que ardemos!

—¡Y tanto que sí! —dije, mientras él me apretaba hasta dejarme sin respiración.

Lo que siguió fue una confusión de abrazos, risas y apretones de manos, hasta que, poco a poco, una corriente de tristeza se fue apoderando del ambiente. Ninguno de nosotros había esperado que Lyle aprobara el último guion ese día, pero ahora que lo había hecho, estábamos asimilando que habíamos terminado nuestro trabajo, y era hora de disolver el equipo.

Mientras no se anunciara de forma oficial que VeriTV emitiría una tercera temporada, lo que no ocurriría hasta que se conociera el número de espectadores inicial de la temporada dos, nosotros habíamos terminado. Tanya, Kait y yo nos encontramos enlazadas en una especie de abrazo a tres, y yo tuve que parpadear para contener las lágrimas. No había esperado que esa experiencia me permitiera encontrar tan buenos amigos.

—Bueno —dijo Jerome—. Yo digo que lo celebremos este fin de semana. En plan a lo grande, a muerte, para olvidar todos nuestros problemas.

—¿Sabes qué? Me apunto —dije.

En serio, ¿por qué no? Liam y yo habíamos terminado. El trabajo también se había terminado. ¿Qué tenía que perder?

Jerome soltó otro grito.

—Conozco un sitio estupendo.

—No será *Lavish* otra vez —protestó Tanya, arrugando la nariz—. Cualquier sitio menos ese.

—¿Qué pasa con *Lavish*? —pregunté, intrigada.

—Es donde rompió con su ex —explicó Jerome con un susurro teatral.

—Ah —dije, sintiendo que esa información me afectaba más de lo normal—. Lo entiendo. Bueno, mi mejor amiga es copropietaria del Salón Escarlata —propuse—. Creo que nos acogerá encantada, e igual hasta conseguimos que nos invite a alguna bebida.

—¡Venga ya! —dijo Jerome—. ¿Y por qué no lo habías dicho antes? ¡Me encantan sus espectáculos de cabaré!

—Se lo preguntaré esta noche y os digo algo —ofrecí.

Los dejé charlando y me dirigí a donde estaban hablando Lyle y Paula, aunque ella se disculpó y se alejó justo cuando me acercaba a

ellos. Supuse que, como trabajar con Lyle había ido mejor de lo esperado, lo menos que podía hacer era estrecharle la mano.

En un sorprendente giro de los acontecimientos, había acabado aprendiendo mucho de él sobre cómo diseñar argumentos que durasen varias temporadas y crear suspense, aunque también me había enseñado bastante sobre cómo *no* se debía dirigir un equipo de guionistas. En conjunto, todas las lecciones me habían resultado valiosas.

—Supongo que esto es todo —empecé.

Era un momento agridulce: estaba despidiéndome de VeriTV, pero también quería despedirme, por razones personales.

—Eso parece —dijo él—. Me ha gustado trabajar contigo, Mia.

Lyle me tendió una mano y yo se la estreché.

—¿En serio? —pregunté, levantando una ceja—. Ahora ya se ha acabado todo, no hace falta que finjas ser agradable.

—¿Cuándo me has visto fingir que soy agradable? Jamás he ocultado el hecho de que has sido una molestia para mí —confirmó —, pero has hecho un trabajo excelente. Eso no puedo negarlo. Me acordaré de ti si alguien me pide que les recomiende un guionista — terminó, soltándome la mano.

Traté de asimilar lo que decía. En boca de cualquier otra persona, la promesa no me habría parecido sincera. La habría tomado por la clase de cliché tipo «seguiremos en contacto», o «a ver si quedamos para comer algún día» que dice la gente para despedirse con cortesía y quedar bien; pero Lyle había admitido que no era una persona cortés y, aunque podía ser muy difícil, era un veterano del sector con montones de contactos. Una recomendación suya podría servir para abrirme puertas de verdad, y no creía que lo hubiera ofrecido si no lo dijera en serio. Además, lo mejor de todo era que la oferta se debía a mi capacidad para escribir, no a mi cuerpo.

—Gracias, Lyle —respondí, sorprendida—. Te lo agradezco mucho, en serio. La verdad es que he aprendido mucho con esta experiencia —para bien, o para mal—. Supongo que, entonces, ¿ya nos veremos?

—Yo creo que sí —confirmó él.

Asentí, y me dirigí a donde había dejado mi ordenador y mis notas. Me alegraba cerrar aquel capítulo en buenos términos. Habíamos trabajado como colegas y, aunque el proceso no había sido especialmente sencillo, al final habíamos completado nuestro trabajo, y había mucho de lo que sentirse orgulloso.

—Mia, escríbeme luego —dijo Jerome de camino hacia la puerta—. Sobre lo del Salón Escarlata.

—Claro —respondí.

Cuando recogí mis cosas, me dirigí hacia la salida del edificio con Ceniza pegado a mis talones. Al atravesar el pasillo donde estaba el despacho de Liam, eché un vistazo más allá de la mesa de Carl y vi que la puerta estaba cerrada. No podía saber si Liam estaría dentro o no, así que seguí andando. Sin embargo, Ceniza no lo hizo: se dirigió a la puerta cerrada y se sentó delante. No gimió ni ladró, sino que pareció esperar, como si supiera bien quién estaba dentro.

Yo seguí caminando.

¿Qué me importaba que estuviera allí? Desde que rompimos, Liam no se había dejado ver mucho, ni se había molestado en supervisar tan de cerca el equipo de guionistas, lo que, probablemente, había sido mejor para todos.

Aunque yo no había mencionado lo nuestro a Jerome, Tanya o Kait, ellos me dijeron que lo sabían desde hacía un tiempo. Por lo visto, no habíamos sido tan discretos como creíamos, y Kait nos había pillado en una ocasión jugueteando con las piernas por debajo de la mesa. Cuando se dieron cuenta de que la relación había terminado, me hicieron saber que estaban de mi parte, y Tanya había cogido la

costumbre de mirar a Liam como si estuviera decidiendo la mejor manera de deshacerse de su cadáver. Si eso no lo amedrentaba, debía ser tonto, porque Tanya era quien escribía la mayoría de las escenas de asesinatos de la serie, y era *muy* creativa.

Así que no había visto mucho a Liam en los últimos tiempos, y no tenía ninguna duda de que eso era lo mejor. No tenía nada que decirle, ni siquiera que le echaba de menos; porque, ¿qué importaba que se me acelerase el corazón cada vez que lo veía? Nada cambiaba lo difícil que era amarlo, y lo mucho que dolía que no me correspondiera. Terminar *Morir a fuego*, despedirme del equipo de guionistas y salir de VeriTV era lo mejor para todos.



No había planeado celebrar nada por mi cuenta esa noche, pero, aun así, acabé en el Salón Escarlata. Me prometí que solo tomaría una copa, que eso bastaría para relajarme y celebrar un trabajo bien hecho. Aunque, para ser sincera, también quería compañía, alguien que llenara el hueco con forma de Liam en mi pecho. Estaba tratando de no cargar a Jake con el dolor de mi ruptura, ya que él estaba lidiando con la suya propia, así que Sophie era mi mejor opción.

Atravesé el local y la saludé al verla en el escenario, antes de tomar asiento. Era una tarde de miércoles y había poca gente en el club. Sophie me devolvió el saludo, dio unas indicaciones a uno de los bailarines y bajó del escenario para dirigirse al bar, donde pidió a Ollie un par de copas. Después, se dirigió a donde yo estaba y me puso delante un vodka con zumo de arándanos.

—Toma —dijo—. Me he planteado traerte toda la botella, pero no estaba segura de en qué momento post ruptura te encuentras ahora. ¿Ya has llegado al punto de emborracharte hasta perder el sentido?

—Puede que este fin de semana —repuse—. Mis amigos guionistas quieren venir a celebrar aquí que hemos terminado el guion de *Morir a fuego*.

—Oh, Mia —contestó ella, apretándome la mano—. ¡No me habías dicho que ya estabais terminando!

—Lo cierto es que no creía que fuéramos a acabar esta noche. Con todo el lío, ni me di cuenta.

—Bueno, estaré encantada de acogeros. Di a tus amigos que les pondremos la alfombra roja.

—Eso hará feliz a Jerome. —Tomé un trago de mi copa—. Pero esta noche me voy a portar bien.

—Eso lo decidiré yo —dijo ella con un resoplido, y tendió la mano—. Dámelas.

—Lo digo en serio —insistí, aunque le entregué mis llaves—. Una copa, y punto.

Sophie se guardó las llaves en el corsé.

—No es necesario. Mañana no tienes que madrugar, y la noche es joven.

—Pero solo es miércoles.

—Y tú eres una mujer libre —señaló ella—. Puedes hacer lo que te dé la gana.

Puse los ojos en blanco.

—Lo único que quiero es irme a la cama y descansar bien por una noche. Esta última semana, me he dormido llorando cada noche —expliqué.

—Así es como empieza siempre, guapa, pero luego pasamos a la bebida, y a tirarle cosas al Porsche.

Eso me hizo soltar un bufido.

—Pero, dejando a un lado los planes de venganza, ¿qué piensas hacer ahora que tendrás tanto tiempo libre? —preguntó Sophie.

Suspiré. En los últimos meses, apenas había tenido un momento para pensar en eso. Pero ahora que había terminado *Morir a fuego*, podría centrarme por completo en *Corazón Apresurado*.

—Aún me quedan cosas por hacer para promocionar el libro. —La fecha de publicación estaba a la vuelta de la esquina—. Aún no he planeado nada para el día en que salga a la venta. Se me había ocurrido llamar a un par de librerías y preguntar si acogerían una presentación del libro.

—Ya sabes que te dejaría hacerlo aquí si quieres —dijo Sophie—. Tenemos sitio, y podrías hacer una sesión de preguntas y respuestas desde el escenario. Aunque no estoy segura de que sea el lugar adecuado para tu público.

Tapé una carcajada con mi copa.

—¿Te imaginas las caras de horror de los padres que acompañen a sus hijos adolescentes?

Sophie sonrió con suficiencia.

—Creo que es un mercado sin explorar.

—¿Cuál? ¿El de librería independiente de día y cabaré por la noche?

—Eh, lo mío son los negocios. —Sophie se encogió de hombros—. Podría conseguir que funcionara.

—Pues mientras tú te dedicas a eso —dije, sacudiendo la cabeza con una sonrisa—, yo ayudaré a Jake con su rehabilitación.

—Ah, ¿ya puede empezar con eso?

—Sí, ya está lo bastante recuperado de la última operación. El cirujano no ha visto ningún motivo para retrasarlo más.

—¿A pesar de la caída el día de su cumpleaños?

—Le han dado el visto bueno para todo —asentí— y, como Gabrielle ya no está, yo me encargaré de echarle una mano. Ya sabes: llevarle a las citas, asegurarme de que haga los ejercicios en casa. —Esos siempre le daban mucha pereza—. También se me han ocurrido algunas ideas para un nuevo guion de ficción, así que me parece que me esperan muchas noches escribiendo hasta las tantas.

—Todo eso suena genial —comentó Sophie después de beber un poco—. Pero ¿qué vas a hacer para ti misma?

Fruncí el ceño, y me costó pasar el siguiente trago.

—No entiendo tu pregunta.

—Me refiero a tu corazón roto.

—Ah, *eso*.

—Sí, esa cosilla tan inoportuna —dijo Sophie, dándome un golpecito en la nariz.

—No lo sé —murmuré—. Supongo que esperaré a que se me pase.

¿Qué otra cosa podía hacer? Ya había pasado antes por una ruptura y sabía cómo funcionaba, aunque, por alguna razón, esta vez el dolor era más intenso. Liam se había hecho un hueco en lo más hondo de mi corazón, y me iba a costar tiempo volver a llenarlo.

—Y seguiré trabajando mientras tanto, hasta que mi corazón se ponga al día —añadí.

—Eso me recuerda la historia de mi vida —dijo Sophie, que chocó su copa con la mía.

—Y desde luego, es la historia de mi cómic —suspiré.

—Al menos, no te quedarás sin contenidos —observó Sophie.

Reí, aunque sonó triste y sin gracia.

—Dios, a veces, la vida es un asco.

—Brindo por eso —dijo Sophie, y volvimos a chocar nuestras copas.

35

LIAM

—Hay que tener valor para presentarse aquí, después de cómo has tratado a mi hermana —dijo Jake al abrir la puerta de su piso.

Ceniza olisqueó la entrada y, al reconocer el olor de Jake, sacudió la cola. No había previsto traerlo, pero aquel día se había negado a separarse de mi lado ni un maldito segundo.

—Bueno, al menos esta vez has abierto la puerta —observé—, así que no debes estar tan enfadado conmigo.

Jake resopló y me lanzó la misma mirada despectiva que reservaba para todos los exnovios de Mia.

—A lo mejor solo he abierto para poder darte con la puerta en las narices.

Aguanté su mirada despiadada y no me moví. Sabía que, si me marchaba en ese momento y dejaba aquella herida abierta entre nosotros, sería el fin de nuestra amistad. No sabía si podríamos volver a recuperarla, si podría compensarle el dolor que le había causado, pero debía intentarlo.

—¿Qué haces aquí, Liam? —preguntó Jake al cabo de un momento.

—Quería verte. Y ya sé que tú no quieres verme a mí, pero…

—¿Pero?

La puerta del ascensor se abrió en el descansillo detrás de mí, y Jake saludó con la mano a uno de sus vecinos, antes de retroceder un poco con la silla.

—¿Y bien? —me espetó cuando no me moví—. ¿Vas a entrar, o no?

No quise que tuviera que repetírmelo y entré en la casa al momento. Jake cerró la puerta detrás de mí.

—Maldito chismoso —le oí murmurar, antes de girar en redondo para mirarme.

Ceniza había entrado en el piso detrás de mí como si fuera el dueño del lugar y, tras hacer una pausa en el recibidor, se lanzó directo a Jake y dejó caer la cabeza en el reposapiés de su silla, como si fuera lo más natural del mundo. Jake levantó una ceja.

—¿Has traído al perro?

—No me dejó otra opción —murmuré—. Por lo visto, ahora se estresa si nos separamos.

—Vaya —dijo Jake, que se había inclinado para acariciar a Ceniza entre las orejas—. Pues yo creo que no le iría muy mal sin ti.

Al cabo de un momento, se volvió a mirarme.

—Bueno, y ahora, tú. ¿Qué tienes que decir que pueda interesarme? —exigió—. Porque sé que estabas saliendo con mi hermana a mis espaldas, y sé que has cambiado de opinión y le has roto el corazón. —Me miró con ojos entornados—. Lo sé todo, tío, así que, ¿qué más tienes que decir?

Solo había una cosa que pudiera decir.

—Lo siento mucho.

Jake soltó un bufido.

—No es a mí a quien tienes que pedir disculpas por tu comportamiento.

—Vale, tienes razón —dije, y me dirigí al salón, donde me fijé en que Jake había colgado un calendario en la pared, y tenía por allí varias hojas con ejercicios—. ¿Has vuelto a empezar la rehabilitación?

—El cirujano me ha dado el visto bueno —masculló él.

—Eso es fantástico. ¿Necesitas ayuda con los ejercicios de hoy?

—La tuya, no —dijo Jake, molesto.

Cogí una banda de resistencia, algo gastada, del rincón donde almacenaba un par de pesas y pelotas medicinales.

—Si vas a seguir enfadado conmigo, de acuerdo, pero, al menos, convirtámoslo en algo productivo —dije, tendiéndole la banda de goma—. Sabes que esto será mucho más fácil si te ayudo.

—No te necesito —dijo una vez más.

—Vale, pero estoy aquí y te lo ofrezco de todos modos.

Jake soltó un largo suspiro, me quitó la banda de resistencia con un movimiento brusco y la tiró a un lado.

—¿Qué pasa? ¿Es que crees que te voy a perdonar porque me ayudes a hacer unos cuantos ejercicios?

Era evidente que estaba enfadadísimo conmigo. Conocía bien su cara de enfado, desde que éramos adolescentes, y reconocía la arruga que se formaba entre sus cejas, la forma en que hinchaba las mejillas al inspirar, y los labios fruncidos. Jake no solía guardar rencor a nadie, pero siempre estaba dispuesto a hacer excepciones con los exnovios de Mia. Nunca se me había ocurrido que yo acabaría en esa lista.

—No lo hago para que me perdones —dije—. Solo intento… ayudar a mi amigo.

—¿Y tú crees que, cuando te miro, veo a un amigo, y no al gilipollas que ha roto el corazón de mi hermana? —preguntó.

No pude evitar una mueca. Por un lado, sabía que, si llegábamos a una confrontación, Jake se pondría de parte de Mia, y así debía ser. Pero ¿de verdad acabaríamos enfrentados por eso? Jake era una de las personas más importantes de mi vida, y no soportaba la idea de que nuestra amistad hubiera terminado. Tenía que resolver aquel problema, para que pudiéramos seguir adelante y olvidarlo todo.

—Eso es lo que pensaba —murmuró Jake—. No tienes nada que decir.

—¿Y qué quieres que te diga? —repliqué—. Nada de lo que diga va a cambiar lo que sientes, ni lo que ocurrió entre Mia y yo.

—Eso es, colega. —Su voz se quebró—. ¡Se trata de *Mia*!

Eso era todo lo que tenía que decir. Solo *Mia*. Porque yo ya sabía cómo se había sentido desde el momento en que se enteró. Ya sabía por qué estaba tan enfadado, y había ocurrido justo lo que yo había temido. Todo lo que había intentado evitar, aquello de lo que había intentado protegernos a todos. Había creído que sabría encontrar el modo de resolverlo y estar con Mia sin perder a Jake, pero aquella idea había sido mi primer error.

—Decidiste intentar algo con ella, y luego le hiciste daño —añadió Jake—. Lo de herirla fue tu decisión.

—No quería hacerlo —expliqué—. Creo que, después de todos estos años, me conoces demasiado como para creer algo así.

—Yo también creía que te conocía mejor, tío —repuso él, sacudiendo la cabeza.

Tragué con dificultad, con el peso de sus palabras atenazándome el pecho. No había esperado sentirme tan destrozado por perder a Mia,

y que volviera a destrozarme después el intento de arreglar las cosas con Jake. Me froté la nuca mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—La he cagado. No pretendía hacerlo, pero ha sido así. Ella se merece mucho más.

—Y tanto que lo merece —dijo Jake, en un tono lleno de decepción —. Te ofreció todo lo que tenía y tú… Tú le diste con la puerta en las narices.

Quise discutir, explicar a Jake que las cosas no eran tan sencillas como parecían, pero no podía defenderme en lo que se refería a Mia. Ya no, no después de haberlo fastidiado todo hasta ese punto.

—¿Tienes la menor idea de lo jodido que ha sido verla derrotada por lo que le hiciste? ¿Escuchar cómo se quedaba dormida llorando sobre mi hombro?

—Lo sé, y lo siento muchísimo —dije, con voz rota—. Jamás quise hacerle eso.

No pude seguir hablando, y la opresión que sentía en el pecho me hizo apretar los puños. Odiaba pensar en el dolor de Mia, sobre todo porque lo había causado yo. Me podía imaginar lo que estaría pensando Jake: que jamás me habría querido a mí para ella.

Ceniza soltó un resoplido por lo bajo y golpeó el suelo con la cola una vez. Aunque el sonido fue muy leve, pareció sonar como una sentencia. No supe si era mi tono, o la expresión desesperada de mi cara, pero Jake se relajó un poco y me miró de un modo algo menos agresivo.

—Tienes suerte de que esté en esta silla —observó—. Solo te digo eso.

—Seguro que aún podrías dejarme fuera de combate si quisieras.

—Tendrías que agacharte y, aun así, me costaría un esfuerzo. No sé si lo mereces.

—No sé cómo compensártelo —dije, entristecido—. No quiero que nuestra amistad acabe aquí.

Jake suspiró profundamente. Yo me hundí en el sofá, y los dos nos quedamos largo rato sumidos en un silencio incómodo.

—Eres un gilipollas —dijo Jake al fin, aunque su tono ya no sonaba tan combativo como antes. Solo parecía agotado.

—Lo sé —asentí.

Recogí la banda de resistencia que había tirado antes y se la volví a ofrecer. Como gesto de reconciliación, era bastante lamentable, pero no tenía otra cosa. Jake pareció comprenderlo, pero siguió sin aceptarla.

—Tienes que hacer los ejercicios —le recordé.

Los dos sabíamos que le resultaba mucho más sencillo si le ayudaba alguien, sobre todo alguien con mi fuerza y mi tamaño, que pudiera ayudarle a adoptar las posturas adecuadas y le ofreciera resistencia suficiente.

Jake recogió la banda con un gruñido y le ayudé a situarla bajo su pie izquierdo. Después, le asistí mientras estiraba la pierna, utilizando la banda para crear resistencia.

—¿Qué es todo esto? —pregunté, señalando con la cabeza un libro de texto enorme que había sobre la mesa de centro.

Jake le lanzó una mirada rápida.

—He empezado a estudiar para sacarme el título de inspector de incendios.

—¿En serio? —La noticia me sorprendió, pero me alegré al oírlo.

Jake tensó la banda de resistencia entre las manos.

—He pensado que era hora de dejar de lamentarme y seguir adelante con mi vida.

—Eso es estupendo —dije—. Me alegro de oírlo.

En realidad, me aliviaba muchísimo saberlo. Me había preocupado que su ruptura con Gabrielle le hubiera sumido aún más en la apatía y hubiera podido retrasar su recuperación durante semanas, incluso meses, si su depresión empeoraba. Sin embargo, parecía que la ruptura había tenido justo el efecto contrario.

No lo dije en voz alta, por supuesto, pero me pregunté si, tal vez, el que Gabrielle le dejara habría sido lo mejor para los dos. Una vez que dejó de distraerse con aquella relación tan complicada, y de intentar demostrar que todo iba bien, había tomado las riendas de su vida.

—¿Y qué hace falta para sacarse ese título de inspector? —preguntó.

—Tengo que hacer unos cuantos cursos de la Jefatura de Incendios del estado de California, y aprobar un examen. He pensado que, si hacía los cursos a la vez que la rehabilitación, puede que esté listo para examinarme cuando el cirujano me dé el alta definitiva.

—Y vas a… —empecé—. ¿Es eso lo que quieres hacer?

Jake lanzó una mirada rápida al libro, y luego volvió a mirarme y asintió.

—Me ayudará a sentir que formo parte de algo importante, incluso a pesar de todo esto. —Señaló la silla de ruedas con un ademán—. Me he pasado la vida entrando en edificios en llamas e intentando salvar gente. Necesito algo que me dé la misma sensación de que tengo un objetivo, sin llevar mi cuerpo hasta el límite todos los días. No estoy dispuesto a ser un simple espectador, y creo que este es un compromiso que podría funcionar. Me permitirá utilizar mis conocimientos y mi experiencia, solo que de otro modo.

—Eso es… Vaya, hombre. Parece que has dado un paso muy importante.

La boca de Jake empezó a curvarse, pero luchó contra la sonrisa, haciendo un esfuerzo para no ofrecer ninguna demostración de amabilidad o amistad. Aun así, lo consideré una victoria. Y, tal vez, yo debería seguir su ejemplo y reorientar mi vida también.

VeriTV estaba a punto de empezar la postproducción de la segunda temporada de *Morir a fuego*. Los otros programas de telerrealidad que teníamos en marcha iban muy bien, y estábamos preparándonos para poner en marcha otras tres series. Nuestras cifras de suscriptores estaban aumentando y, por otro lado, mi familia seguía adelante. El divorcio de Connor todavía era un lío infernal, pero él lo sobrellevaba como podía. Mi madre parecía haber superado el bajón ocasionado por la fecha de su aniversario. Y con Jake haciendo sus propios progresos… Parecía que las principales cuestiones de mi vida se estaban resolviendo. Aun así, yo no era feliz, y tal vez debía centrarme en eso.

Como si el universo hubiera decidido torturarme un poco, la puerta se abrió de golpe y Mia entró en el piso, cubierta de bandas de resistencia de todos los colores.

—Traigo nuevos accesorios —anunció con gesto triunfante, justo antes de verme y detenerse en seco, como si se desinflara—. Oh.

Ceniza se puso en pie de golpe y se lanzó hacia ella, meneando la cola como loco, hasta chocar con sus piernas con toda la sutileza de un ariete.

—Hola, amigo —dijo ella con suavidad, agachándose para acariciarle la cabeza.

Su voz sonó temblorosa, como si no hubiera esperado recibir consuelo, pero lo agradeciera de todos modos. Observé cómo enterraba la cara en el pelaje del perro durante un instante y… Aquello me dolió mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. Tragué saliva con esfuerzo.

—Hola, Mia.

—Parece que los dos hemos tenido la misma idea de ayudar a Jake con sus ejercicios. —Me dedicó una sonrisa tensa—. Pero si te ocupas tú, yo me marcho.

Abrí la boca para hablar, pero no supe qué decir. No podía dejar de mirarla, en parte porque la había echado de menos muchísimo, y en parte por la forma en que se había encajado las bandas elásticas en los hombros, de un modo que me recordaba cómo se había puesto la boa de plumas de Sophie cuando había bailado para mí en el vestuario del Salón Escarlata. Nuestros ojos se encontraron por un instante, y una parte de mí se preguntó si ella estaría recordando también aquel momento.

Jake carraspeó un poco, lo que disipó la tensión que se había establecido entre nosotros. Mia le dedicó una sonrisa genuina, y yo intenté no sentirme celoso.

—Nos vemos luego —prometió a su hermano, y ya no pude negar que eso sí que me ponía celoso.

No tenía derecho a sentir celos, pero no podía evitarlo. Quería que me volviera a mirar como lo hacía antes, como si solo verme le alegrara el día. O, al menos, eso era lo que había sentido yo cuando la miraba a ella.

Mia dejó las bandas de resistencia junto al sofá y dio media vuelta sin decir otra palabra, aunque tuvo tiempo de acariciar la cabeza de Ceniza una vez más, antes de salir y cerrar la puerta. El perro, que la había seguido hasta la entrada, se quedó mirando la puerta como si no comprendiera por qué no se volvía a abrir. Yo también me quedé mirando el lugar por el que había desaparecido, como si intentara grabar aquella última imagen en mi cabeza, hasta que Jake me empujó con ganas.

—Ni de coña, tío. No puedes mirar a mi hermana así, salvo que sea tu novia.

Me volví hacia él, sorprendido.

—Creía que dirías que no me dejabas mirarla bajo ningún concepto. Y menos aún, que fuera mi novia —añadí.

Jake puso los ojos en blanco.

—¿No estábamos discutiendo por eso? —continué—. ¿Por el hecho de que salía con tu hermana pequeña a tus espaldas, aunque se suponía que no debía hacerlo?

—No —dijo él, clavándome el dedo en el pecho—. Estábamos discutiendo por el hecho de que has tratado a mi hermana de pena. Hace mucho tiempo que me quedó claro que no tengo voz ni voto sobre con quién sale Mia, pero sigo siendo su hermano mayor, y lo que quiero es que sea feliz con alguien que comprenda lo increíble que es y le haga sentirse querida.

Oh.

—Si hubieras conseguido hacer eso, me habría parecido bien: salvo por la parte en que os enrollasteis en mi baño, porque eso fue asqueroso. Ten un poco de decencia, tío.

Un momento. ¿Cómo? ¿Le habría parecido bien? ¿No habría hecho falta que Mia y yo nos ocultáramos y se lo escondiéramos a Jake? Me iba a estallar la cabeza.

—Pero no fuiste capaz —continuó Jake mirándome a los ojos, en un tono que ya no sonaba enfadado ni amenazador, sino, simplemente, muy seguro de lo que decía—. Así que ahora más vale que la dejes en paz. Se merece a un hombre que la quiera más que a nada en el mundo y, si tú no eres ese hombre, quítate de en medio.

La cabeza me daba vueltas, pero recibí el mensaje alto y claro: *Ya la has cagado una vez*.

Fui a decirle que lo había entendido, que había aprendido la lección y la dejaría tranquila, a pesar de lo mucho que me dolía pensarlo. Pero antes de poder decir nada, llamaron a la puerta, y me puse en pie para ver quién era.

Cuando abrí la puerta, Gabrielle me miró sorprendida.

—Hola, Liam.

36

LIAM

—¿Qué diablos haces aquí? —exigí, apretando el pomo tan fuerte que los nudillos se me pusieron blancos.

Gabrielle no se molestó en contestar, sino que miró por encima de mi hombro, directa a los ojos de Jake.

—Cariño, lo siento mucho —dijo, con voz ahogada por la emoción—. Lo siento muchísimo. Por favor, podríamos… ¿hablar?

No sabía qué me disgustaba más, si el hecho de que se hubiera plantado allí, o la disculpa que estaba tratando de colarle.

—Puedes coger tu disculpa —escupí— y metértela por…

—Liam. —Jake me interrumpió en un tono que no era brusco, pero sí muy firme—. Déjala pasar.

Me volví a mirarle con los ojos muy abiertos.

—No lo dirás en serio. Después de cómo…

—Mira, tío —empezó Jake, mientras se acercaba. Su expresión era neutra, controlada, y su voz sonaba mucho más tranquila de lo que me sentía yo—. Te agradezco que me protejas, pero Gabrielle y yo

necesitamos tener esta conversación. ¿Por qué no nos dejas, y ya te llamaré más tarde?

Quise decir que no, que era ella la que debía irse. Tenía que proteger a Jake de ella, porque le había hecho mucho daño. Pero ¿tenía algún derecho a decir algo así, considerando lo que yo mismo le había hecho a Mia? Era probable que no, pero, aun así… Jake parecía estar tomando las riendas de su vida, y Gabrielle tenía el poder de echarlo todo por tierra.

Eso no me gustaba nada.

No me gustaba que Gabrielle se hubiera presentado allí, con la esperanza de que Jake la hubiera estado esperando, y aún me gustaba menos que eso fuera cierto. No necesitaba que volviera a jugar con él, pero la mirada en sus ojos mostraba una especie de aceptación tranquila que no supe cómo interpretar. Su vulnerabilidad me hizo relajar la mano que agarraba el pomo de la puerta.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

Asentí a desgana, aunque notaba un nudo en el estómago.

—De acuerdo. Llámame luego —dije, mirando a Gabrielle con desconfianza al salir.

Ceniza se dirigió a la puerta detrás de mí, pero no me siguió. Me volví, esperando que se acercara para acompañarme como siempre, pero no lo hizo. Se quedó allí sentado, mirándome. Abrí la boca para llamarlo, pero la volví a cerrar.

—Supongo que ya has tomado tu decisión —murmuré en voz baja para que no me oyera nadie más.

El perro no se movió. Y, esa vez, me marché solo.



Jake no me llamó hasta la mañana siguiente, mientras estaba en un avión privado a punto de despegar del aeropuerto de Van Nuys, para ir a San Francisco a comer con mi madre y ponernos al día.

—¿Y bien? —pregunté, recostándome en el asiento sin terminar el correo electrónico que estaba escribiendo—. ¿Qué clase de excusa de mierda te ha dado?

—Ninguna —dijo Jake—. Solo una disculpa sincera, y una explicación de cómo se había sentido en los últimos meses. Ya sabes, con todo lo que estaba pasando, yo nunca me molesté en preguntarle nada. Me limité a asumir las cosas.

Aquello me irritó mucho. ¿Por qué diablos sonaba como si fuera a admitir ser responsable de que Gabrielle le hubiera dejado?

—No fue culpa tuya —dije, esperando poder servirle de apoyo en esa situación—. No fuiste tú quien rompió con ella.

—Puede que no —suspiró Jake—, pero tampoco le dejé demasiadas opciones.

—No hagas eso. No te culpes.

—Había dos personas en esa relación, y las dos cometieron errores —explicó—. No sería justo echarle la culpa de todo a Gabrielle. Los dos sabemos que yo no estaba bien, y cada vez que ella intentaba sacarme de la depresión, yo acababa arrastrándola conmigo.

Dudé, sin saber bien qué decir. Debía admitir que aquello era cierto. Jake lo había pasado muy mal, pero la había necesitado, y ella había desaparecido.

—¿Y qué pasa ahora? —pregunté—. ¿Vais a volver?

—No lo sé —admitió Jake—, pero significa mucho para mí que haya estado dispuesta a dar la cara y disculparse. Estoy abierto a volverlo a intentar. Creo que esta vez nos puede ir mejor. —Hizo una pausa —. Ceniza me ha ayudado mucho.

—¿Ceniza? —No lo entendí.

—Sí, no sé, tío. Tan solo estaba ahí. Cada vez que creía que me iba a venir abajo, me ponía la cabeza debajo de la mano, como diciendo «hoy no, colega». Supongo que su compañía ha hecho más difícil que me deprimiera.

Miré por la ventanilla del avión, sintiendo una opresión en el pecho.

—Ha sido un buen acompañante —añadió Jake.

Asentí despacio, sin apartar la vista de la ventana. Lo entendía. De algún modo, Ceniza hacía las cosas más sencillas. Las aligeraba. Pero eso no significaba que el resto de su relación fuera a ser más fácil. Después de todo, ¿por qué estaba Jake exponiéndose a que le hicieran daño otra vez? ¿No acabaría todo igual de mal, pero con él aún más perjudicado?

—Estabas empezando a encontrarte mejor —dije, con una súplica en mi tono, intentando hacerle razonar—. Cuando no tenías una relación que te distrajera, has hecho bastantes progresos. Estabas siguiendo la rehabilitación y estudiando para el título de inspector de incendios. Si decides volver con ella, y ella… —*vuelve a jugar con tu corazón*, pensé—, te vuelve a defraudar, eso podría afectarte mucho.

—Tienes razón —dijo Jake—. Pero, aunque sea así, creo que Gabrielle lo merece.

—O te estás exponiendo a un problema que puede distraerte de cosas más importantes.

—¿Y qué puede ser más importante que querer a alguien, y ser correspondido? —señaló él.

No supe qué decir a eso.

El vuelo duraba una hora y media, así que, para cuando terminé la llamada con Jake, estábamos a punto de aterrizar en el aeropuerto internacional de San Francisco. Al bajar del avión, me dirigí al coche que Carl había enviado a recogerme y atravesé la ciudad para

reunirme con mi madre en su restaurante italiano favorito, Dolce Vita. Le encantaba su *risotto* de setas, y después de haberla dejado plantada en la cena de su aniversario, quería compensarle bien.

Cuando entré en el restaurante, la encontré sentada en *nuestra* mesa, la que siempre ocupábamos los Lockhart. Al cabo de los años, habíamos entablado una gran amistad con los propietarios, y siempre se aseguraban de que esa mesa estuviera disponible para nosotros cada vez que íbamos.

—Hola, mamá.

Me acerqué a ella para darle un beso en la mejilla y ella me dedicó una gran sonrisa, al parecer, de buen humor. Cathleen Lockhart aparentaba menos edad de la que tenía y conservaba los mismos ojos azul brillante y el mismo pelo rubio rojizo de su juventud, aunque ahora veteado de gris.

Cuando era más joven, solía mirarme al espejo para preguntarme qué facciones habría heredado de aquel padre impresentable que nos había abandonado. Solía desagradarme mucho la idea de que alguna parte de mí fuera suya. ¿Habría heredado su nariz? ¿Sus ojos? ¿La forma de su mandíbula? Mi pelo y ojos castaños ciertamente no procedían de mi madre. Con la edad, había superado aquella preocupación, pero seguía estando agradecido por todos los pequeños detalles en los que me parecía a mi madre.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Bien —me contestó ella, mientras yo me quitaba la chaqueta del traje y me sentaba.

Después de pedir las bebidas, mi madre continuó hablando.

—Esta mañana me he reunido con mi tutor para revisar la investigación para mi tesis.

La historia no era lo mío, pero me impresionaba mucho que mi madre se hubiera animado a terminar su doctorado después de

tantos años. Era evidente que llevábamos la capacidad de trabajo en los genes.

—¿Y qué tal vas?

—Me ha hecho muchos comentarios positivos —dijo ella, animada—, y ahora estoy haciendo una ronda de correcciones.

—Eso es estupendo. Me alegro de que todo vaya bien por ese lado.

—Por cierto, me ha dicho Connor que has estado muy ocupado haciendo cambios en el trabajo —preguntó después de beber un poco de agua—. ¿No sé qué sobre nuevas políticas?

Asentí y me aclaré la garganta.

—Hubo un… incidente, no hace mucho.

Aunque no iba a hablarle de lo que le había ocurrido a Mia sin que ella me diera permiso, al reflexionar después comprendí lo mal que había gestionado lo ocurrido entre ella y Damien. Me había dejado llevar por mis propios miedos y por la preocupación de no haberla protegido, ni a ella, ni al resto de mi plantilla, de aquel desgraciado. Y, al dejarme llevar por mis propios temores, había sucumbido al pánico. En lugar de apoyarla, había terminado por ignorar sus sentimientos.

Ya no podía volver atrás y cambiar mi reacción, pero sí podía asegurarme de implantar las políticas necesarias para asegurar que no volviera a ocurrir algo similar en VeriTV nunca más.

—He actualizado las antiguas políticas de acoso y puesto en marcha una serie de medidas nuevas, que espero que mejoren la experiencia de trabajar en el estudio.

—Es fantástico que te tomes esas cosas tan en serio —dijo mi madre, con los ojos muy abiertos.

—Debía haberlo hecho hace mucho tiempo —admití.

También se trataba de un asunto del que estaría más pendiente en el futuro. Mi equipo y yo habíamos dado la vuelta a todas las políticas anti-acoso y habíamos preparado unos cursos de formación obligatoria que se deberían hacer con regularidad a partir de ya, además de establecer mecanismos confidenciales de comunicación de problemas. Nunca más daría a nadie la impresión de que no podía hablar con libertad, como había hecho aquella noche con Mia.

La había cagado, eso lo sabía bien, pero no estaba dispuesto a permitir que ocurriera dos veces. Quería que VeriTV fuera un lugar en el que todo el mundo se sintiera seguro al venir a trabajar, que supieran que habría tolerancia cero con ese tipo de comportamientos.

—Estoy orgullosa de ti, cariño.

Sacudí la cabeza, porque no me sentía merecedor de su elogio.

—Debería haber tratado mejor a mis empleados. —*Y, sobre todo, a Mia*, pensé—. Solo quiero asegurarme de hacerlo en el futuro.

—Eso es lo único que podemos hacer cada uno de nosotros. Intentar ser mejores cada día.

Sus palabras me calaron hondo y asentí, pero desvié la conversación de nuevo hacia ella.

—¿Y qué tal va todo lo demás? —pregunté con delicadeza.

—Puedes mencionar la terapia, Liam. —Me sonrió con afecto—. No es una palabrota. Y, para responder a tu pregunta, va muy bien. De hecho, me encuentro… asentada. —Tendió una mano para apretar la mía.

—Quiero que sepas que me siento fatal por no haber venido a cenar contigo la otra noche.

—Lo sé —confirmó ella—. Y no pasa nada. Sigo aquí, saliendo adelante.

Aunque me gustaba oír aquello… no estaba seguro de creerlo. Mi enfoque habitual era esperar que mi madre pudiera venirse abajo en cualquier momento, aunque debía admitir que tenía muy buen aspecto.

—¿Cómo van tus clases de dibujo?

—¿Sabes? No creo que sea ninguna artista —rio ella—, pero estoy disfrutando de descubrir hasta qué punto se me da mal el dibujo. En cambio, jugar al tenis con mis amigas me está viniendo muy bien.

Cuanto más hablaba, más me parecía que la mala noche de su aniversario había sido tan solo un bache. El hecho de que ese tipo de cosas ya no cambiaran el rumbo entero de su vida durante semanas… Empecé a pensar que mi madre tenía mucho más control sobre su vida que yo sobre la mía.

—¿Qué te pasa, cielo? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Tienes esa expresión tensa que pones cuando algo te preocupa.

Me miré las manos y busqué las palabras adecuadas.

—Es solo… Me alegro de que seas feliz, mamá. En serio. Creo que aún no me hago a la idea de verte contenta, después de lo mal que lo has pasado durante tanto tiempo.

—Creo que subestimas lo útil que es la terapia —respondió ella, con una risa ligera.

—No la subestimo, pero ¿cómo es posible cambiar el pasado con solo hablar con alguien?

—No se trata de cambiar el pasado, sino de asumirlo y determinar qué clase de vida quieres tener en adelante —explicó ella—. Al principio, nos centramos más en ayudarme a desarrollar mecanismos para asimilar las cosas, pero todo empezó a cambiar de verdad

cuando el psicólogo me ayudó a comprender que debía desprenderme de mis miedos.

—¿Miedos?

—Durante mucho tiempo, tuve miedo de dejar de querer a tu padre —dijo ella, asintiendo—. Estaba segura de que nunca volvería a sentir un amor como el que sentí por él y, aunque me doliera, no estaba dispuesta a olvidarlo. Parece una tontería, pero una parte de mí creía que, si dejaba de sentir dolor, olvidaría cómo habían sido las cosas cuando aún iban bien entre nosotros. Pero aferrarme al pasado no me devolvía la felicidad que había sentido en esa época, así que tuve que aprender a olvidarlo todo, con mucha reflexión interna y gracias a la ayuda profesional.

—Eso es… —Suspiré.

—Tal vez no sea la única que necesita aprender a olvidar algo —me dijo, con una mirada llena de intención que me hizo soltar un resoplido.

—Yo no me estoy aferrando a papá, te lo garantizo. Ese hombre apenas es un vago recuerdo para mí.

—No me refería a tu padre. Me refería a desprenderte de tus propios temores.

—¿A qué te refieres?

—Al temor de no ser suficiente, cariño.

Fruncí el ceño. Quería decirle que se equivocaba, pero recordé las palabras que yo mismo había dicho a Mia una vez: *No sabía cómo arreglarlo. No comprendía por qué el hecho de que la quisiéramos no era suficiente para compensar el abandono de mi padre*.

Mi madre tenía razón. Me había pasado la vida creyendo que no era suficiente y, para compensarlo, me había dedicado a demostrar mi valía a base de resolver todos y cada uno de los problemas que encontraba.

—Connor me ha contado lo ocurrido con Mia —admitió mi madre, con una sonrisa triste.

—No quiero hablar de eso. —Mis palabras borraron su sonrisa.

—Pues creo que deberías hacerlo, porque a mí me parece que la has dejado marchar solo porque tenías miedo.

—Fue ella la que decidió marcharse —repliqué.

—¿Pero tú le pediste que se quedara? ¿Intentaste arreglar las cosas?

Tragué saliva. No, no lo había hecho. Había cometido muchos errores.

—Cielo, solo podrás ser suficiente para alguien cuando dejes de temer quedarte corto. No es necesario que tengas las respuestas para todo, Liam, ni tienes que ser capaz de arreglar cualquier cosa. Solo tienes que estar dispuesto a intentarlo, a escuchar, a dejar acercarse a otras personas. En eso consiste el amor.

No sabía qué decir. Me daba cuenta de que, al intentar arreglarlo todo, había situado a Mia al final de mi lista de prioridades, cuando ella debía haber sido lo primero, siempre. Había dado su interés por sentado. Y ya no sabía si podría arreglarlo. Ella no se había fiado de mí antes, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

—¿Y si ya es demasiado tarde para Mia y para mí? —pregunté, con una voz que era poco más que un susurro—. ¿Y si ella ya no quiere nada conmigo?

Mi madre me miró con el cariño reflejado en los ojos.

—Tendrás que dar un salto de fe —dijo con delicadeza—. No es fácil, pero, si la quieres, tendrás que creer que podéis solucionarlo entre los dos. Eso, si ella es la mujer a la que quieres…

—Lo es —interrumpí, sintiendo en ese momento todo el peso de la verdad.

¡*Pues claro que ella es a quien quiero*! Solo había tenido miedo de reconocerlo.

—Entonces tendrás que demostrarle lo mucho que te importa —repuso mi madre, mirándome a los ojos—. Solo así encontrarás la felicidad que mereces.

Asentí, aunque el temor de que fuera demasiado tarde me latía en las sienes. ¿Y si *yo* era un riesgo que Mia no podía permitirse correr dos veces? Recordé entonces a Jake y su relación; Jake, que había admitido sus errores, pero mantenía el corazón abierto a la posibilidad de construir algo nuevo con Gabrielle. Él también había tenido miedo, lo había visto en sus ojos el día anterior, pero había accedido a hablar con ella. Él había dado el salto.

Y eso era exactamente lo que yo tenía que hacer ahora.

Tenía que empezar a dejar que mis temores me controlaran y demostrar a Mia que estaba dispuesto a luchar por ella.

Por nosotros.

37

MIA

—¿Y si mañana no viene nadie?

Sophie soltó una carcajada al otro lado del teléfono.

—Tía, eso es imposible.

—¡Pero podría pasar! He leído historias de terror sobre autores que no han tenido a nadie en la firma de sus libros.

Me imaginaba sentada a la mesa, con un montón de copias de *Corazón Apresurado* apiladas a ambos lados, el bolígrafo dispuesto para firmar y…. nadie.

—Sí, bueno, seguramente ninguno de ellos tiene un montón de seguidores en internet ni docenas de fans que acudieron a la GeekCon para conseguir un autógrafo. La gente te quiere, Mia, y les encanta tu trabajo. En serio, es probable que haya tanta gente que superen el aforo del local y tengan que impedirles la entrada.

Aquello me hizo soltar un resoplido.

—No estoy segura de eso, pero soñar es gratis.

Me detuve en un cruce de calles, esperé a que no pasaran coches y corrí para atravesar la calzada. La librería de mi barrio, Tinta y Hiedra, estaba en una calle lateral con poco sitio para aparcar, así que había dejado el coche dos manzanas más lejos. Verónica, la propietaria, y yo nos habíamos hecho amigas en las últimas semanas, después de que ella incluyera un artículo sobre mí en el boletín mensual que enviaba a sus clientes, y había estado encantada de acoger la fiesta de lanzamiento de *Corazón Apresurado* el día siguiente.

Habíamos preparado una pequeña campaña de venta anticipada, que yo había promovido a través de mis redes sociales y, ahora que habían llegado los ejemplares, habíamos quedado en que me pasaría para firmar los libros pedidos por adelantado y los que esperábamos vender durante el evento.

—No te agobies por nada de esto. Tienes que aprovechar y disfrutarlo. Eres una escritora estupenda y con mucha experiencia. Te mereces este momento.

Inspiré hondo. Si me paraba a pensarlo, lo cierto era que Sophie tenía razón. Me había esforzado mucho para llegar hasta ese momento y debía disfrutar de él. No sabía cómo sería la recepción de *Corazón Apresurado*, y cabía la posibilidad de que, al final, todo se viniera abajo, pero eso no me impediría disfrutar del momento. Por primera vez, vería mi obra en las estanterías de una librería, y eso ya era todo un logro en sí mismo.

—Te voy a enviar buenas vibraciones —continuó Sophie.

—Me alegro de que una de nosotras las sienta —dije con sorna.

Después de romper con Liam y terminar de escribir la segunda temporada de la serie, había sufrido una especie de bajón. No es que no tuviera nada que hacer, pues estaba bastante ocupada con toda la preparación de *Corazón Apresurado*, pero toda mi vida había cambiado de repente. Había perdido a Liam y terminado con *Morir a fuego* en muy poco tiempo, así que había mañanas en las que me

despertaba y no sabía qué hacer conmigo misma. Mentiría si dijera que no sentía un dolor en el pecho cada vez que pensaba en Liam, así que intentaba evitarlo en todo momento.

—Además, no tienes que preocuparte, porque yo misma me aseguraré de que la firma esté abarrotada —añadió Sophie—. Voy a llevar a todo el club conmigo. Nos lo tomaremos como una actividad de grupo.

—Ay, Soph, no hace falta que hagas eso.

—¿Estás de broma? Están todos ilusionadísimos, y yo estoy superorgullosa de ti. Quiero presumir de mi mejor amiga delante de todo el mundo. Y si la cosa se pone demasiado aburrida, Craig y Duncan saldrán a la calle para animar a la gente a entrar. Nadie como un artista de cabaré para vender algo, tanto desde el escenario como fuera de él, créeme.

Sus palabras me llegaron al alma, y se me formó un nudo en la garganta.

—Vas a hacer que me eche a llorar.

—Lo sé, porque soy estupenda.

¿Cómo había tenido la suerte de encontrar una amiga tan maravillosa? ¿Y quién necesitaba a los hombres? Lo importante era que tenía a Sophie y mi escritura, y que Jake iba haciendo progresos. Todo lo demás no era más que ruido de fondo. Aparté una vez más el recuerdo de Liam y mi temor de que no se presentara nadie a la firma, y caminé con paso firme por la calle.

—Bueno, me voy a ensayar. Tú ve y firma un millón de libros, y ya hablaremos esta noche.

—Hasta luego —me despedí, antes de cortar la llamada.

Al llegar a Tinta y Hiedra, me invadió una oleada de emoción. Me sobrepuse al resto de los sentimientos que me abrumaban, y me permití disfrutar de aquella sensación positiva. Abrí la puerta e

inspiré hondo durante un instante, en el que todo estuvo bien en el mundo. Siempre tenía esa sensación al entrar en una librería, sobre todo una tan agradable como Tinta y Hiedra, cuya iluminación tenue lanzaba un resplandor cálido sobre las estanterías y exposiciones. En el local, que olía a papel nuevo y madera encerada, había cómodos sillones distribuidos en varios huecos y alcobas, y las paredes estaban decoradas con cuadros de artistas locales.

Aquel lugar ofrecía una escapatoria del mundo real, pero lo que más me gustaba era su personal. Todos ellos habían sido muy amables y cariñosos conmigo, y su entusiasmo por mi libro era auténtico. Cómo me gustaban las librerías, siempre llenas de entusiastas de los libros como yo. No era de extrañar que Verónica y yo nos hubiéramos caído bien desde el primer momento.

Y, hablando del rey de Roma… Allí estaba ella, detrás del mostrador. La saludé con un gesto.

—Hola, Mia —saludó, al tiempo que se ponía las gafas.

Verónica tenía el pelo corto y rizado, y solía vestir con prendas vaporosas que, aunque no conjuntaban bien del todo, siempre parecían elegidas a la perfección.

—Hola… —respondí, sorteando a los clientes para dirigirme al mostrador—. Cuánta gente hay hoy.

—Siempre estamos así antes del fin de semana —sonrió ella—. A la gente le gusta asegurarse de tener algo que leer durante su tiempo libre. Por eso cerramos más tarde los viernes.

—Buena idea.

—Bien, ya está todo preparado para mañana —dijo, cogiendo un cuaderno en el que empezó a revisar una lista—. Prepararemos un espacio en el que puedas hacer una sesión de preguntas. Espero que venga bastante gente, porque tenemos una buena base de clientes regulares y he estado entregando tus folletos con todas las ventas.

Era cierto que el montón de folletos de promoción que yo le había entregado, situado sobre el mostrador, se había reducido considerablemente. Entre eso y el plan de Sophie, estaba empezando a creer que vendría un buen número de gente al evento.

—Te lo agradezco mucho, Verónica.

—No, soy yo quien te lo agradece. Me encanta trabajar con autores locales, y las cifras de venta anticipada han sido fantásticas. Ya tengo los ejemplares preparados para que los firmes.

Hizo un gesto para que pasara tras el mostrador y me condujo a una habitación trasera, donde había una mesa enorme cubierta de copias de *Corazón Apresurado*. Al ver allí mi obra, noté otra oleada de emoción. Si hubiéramos estado en una serie de televisión, ese sería el momento en el que los ojos se me llenarían de lágrimas y se oiría un coro de voces angelicales.

—Esas son las ventas anticipadas —explicó Verónica—. Si los firmas todos hoy, el personal añadirá los marcadores de página y el resto de los regalos mañana, y los enviaremos por correo.

—Perfecto —dije, aunque estaba algo confusa. Miré a mi alrededor —. ¿Quieres decir que todo esto ya está vendido?

Ella asintió.

—¿Y dónde están los libros para mañana?

—El caso es que… —Verónica me dedicó una sonrisa tímida—. No sé muy bien qué ha pasado, pero todas las copias que había pedido para mañana ya se han vendido.

—Que se han… ¿Qué quieres decir? —reí, incómoda.

Eso no podía ser cierto. Me había imaginado que conseguiría un volumen decente de ventas durante el evento de lanzamiento, pero era imposible asegurar que todos los asistentes comprarían un libro. Sin embargo, que los hubieran comprado todos incluso antes del lanzamiento me había dejado atónita.

—Ya he hecho otro pedido —se apresuró a confirmar Verónica, con una mano en mi brazo—. No te preocupes, llegarán mañana por la mañana, con tiempo de sobra para el evento.

Aún estaba tratando de asimilar el hecho de que ya se hubieran vendido todos los ejemplares encargados por la librería. Solo era una tienda, por supuesto, y tomándolo todo en consideración, tampoco era una cantidad de ventas muy relevante, pero no dejaba de parecerme increíble.

—No puedo creerlo.

—Yo tampoco —corroboró ella—. En todos los años que llevo de propietaria, no me había pasado nunca algo así. Pero ese hombre dejó muy claro que quería todas las copias que tuviéramos, las ciento veinte.

—¿Un hombre? —pregunté, notando que se me caía el alma a los pies. ¿Por qué, de repente, estaba segura de saber de quién se trataba? Mi emoción dio paso a la irritación—. ¿Era alto? ¿Con el pelo castaño oscuro?

—Y tan guapo como una estrella de cine —continuó Verónica—. Ya lo creo. ¿Lo conoces?

Suspiré profundamente. ¿Qué diablos había hecho Liam ahora?



Cuando sonó mi teléfono aquella noche, tendí la mano hacia él con un gruñido. ¿Por qué lo había dejado al otro extremo del sofá? Había terminado con agujetas en la mano después de firmar todos los libros, aunque no me quejaba. Para nada. Seguía encantada por el hecho de que hubiera habido tantos pedidos anticipados. Era solo que no había tenido ni idea de que firmar tantos libros fuera como hacer ejercicio. Tendría que empezar a entrenar los músculos de los

dedos, era evidente que les faltaba práctica. Tal vez debería empezar a hacer ejercicios con Jake.

Me incliné hacia el otro lado del sofá y me estiré para alcanzar el teléfono. Cuando lo atraje hacia mí, miré el mensaje que había recibido. Sophie me había escrito hacía un rato para decir que traería la cena para celebrar el lanzamiento del día siguiente. Pensé que sería ella de nuevo para avisar de que ya estaba de camino. Pero no era ella…

El corazón me dio un vuelco, y me incorporé inmediatamente.

El mensaje era de Liam. No sabía nada de él desde… Bueno, la última vez debió ser aquella tarde en casa de Jake, cuando lo había encontrado ayudando a mi hermano con sus ejercicios. Después de aquel día, había tenido mucho cuidado de no volver a presentarme en su casa sin avisar, y escribía siempre a Jake antes de ir.

El pulso se me aceleró mientras leía el mensaje.

Hola, Pulgarcita. Me he pasado el día pensando en ti.

Había adjuntado también una serie de fotos. Noté que se me llenaban los ojos de lágrimas, pero no estaba dispuesta a llorar por aquel hombre más de lo que ya lo había hecho. Amplié las fotos con el dedo y las miré, irritada. ¿Aquello era…? Sí, lo era.

Se había llevado consigo todos los ejemplares de *Corazón Apresurado* que había comprado, y los había dispuesto por su mansión, en exposiciones ridículas. La primera foto mostraba una especie de maqueta de los estudios VeriTV hecha con los libros, donde había pegado un cartelito de cartón en el que ponía Callejón de los escritores. En la siguiente foto, los libros estaban colocados en el sofá viendo *High School Musical* con un cuenco de palomitas delante de ellos.

Después de las fotos, había enviado otro mensaje:

Por fin he conseguido encontrar algo interesante para leer.

No pude evitar una carcajada. ¿Cambiaba aquello las cosas entre nosotros? Por supuesto que no, pero, aunque en aquel momento no nos habláramos, era capaz de apreciar aquel pequeño gesto tan divertido, que me decía que esa era la forma que tenía Liam de animarme.

Gracias, escribí, para ser cortés, *pero lo que realmente quiero es que estos libros encuentren un montón de lectores nuevos. Por muy monas que sean tus fotos, eso no va a hacer que se lean los libros.*

Lo sé, contestó él. *Las fotos de los libros eran solo para ti, pero ya los he recogido y los he donado al Club de la juventud. Me ha parecido que es el público perfecto para tu historia. Estoy seguro de que inspirarás a un montón de chavales a seguir sus sueños*.

Contuve la respiración mientras volvía a leer su mensaje. Él continuó escribiendo.

Son muy especiales, y tú también lo eres.

Los ojos se me volvieron a llenar de lágrimas. ¡Por Dios! Pero ¿es que nunca iba a parar de llorar por aquel hombre? Su mensaje me llegó al alma, pero hice un esfuerzo por recordar que solo eran *palabras*. Liam tenía palabras de sobra. Sabía cómo utilizarlas a su favor, y podía llamarme especial todas las veces que quisiera, pero cuando habíamos estado juntos, nunca me había tratado como si lo fuera. Lo único que importaba eran sus acciones.

Se había pasado toda nuestra relación demostrándome que yo no era lo bastante importante como para ocupar el primer puesto en su lista de prioridades, así que, por muy cariñoso que se mostrase ahora, no podía permitirme olvidar aquello.

Estoy seguro de que a los chicos les gustarán mucho, escribí. *Gracias por la donación.*

¿Puedo hablar contigo?, propuso. *Podríamos ir a tomar café.*

Creo que no, contesté.

Mia… por favor.

Tragué con esfuerzo. Debía admitir que una parte de mí ansiaba decir que sí. Tal vez las cosas fueran mejor esta vez. Quizá ahora… Pero no. No pensaba dejar que me hiciera cambiar de opinión con un estúpido gesto grandioso. Al final, ¿qué había hecho? Nada más que soltar un poco de dinero, como si eso fuera a arreglar algo. No se había disculpado, no me había dicho que había cambiado y no había hecho nada para demostrarme que, si volviéramos a intentarlo, nuestra relación sería distinta. Y si lo único que me iba a ofrecer era más de lo mismo, entonces, ni hablar. Pasando. La primera ronda había sido más que suficiente para mí, no me interesaba repetirla. Cogí el teléfono para enviarle un último mensaje.

No tenemos nada de qué hablar.

38

LIAM

—¡Mierda!

Resistí las ganas de lanzar el teléfono contra la pared. No pensaba rendirme, ni hablar.

Piensa, Lockhart.

Miré las cajas de libros. No había mentido al decir que había planeado donarlos, y eso pensaba hacer. ¿Y qué más sería necesario?

Cuando sonó mi teléfono, durante un breve instante pensé que podría ser Mia.

—¿Connor? —Miré el teléfono con el ceño fruncido.

—Hola, tío Liam.

La voz de mi sobrina siempre me ponía de buen humor, por muy irritado que estuviera.

—Hola, Grace. Oye, ¿sabe tu padre que me has llamado? —El silencio en la línea me dio la respuesta—. ¿Grace?

—Ahora sí lo sabe. —La voz más grave de Connor había reemplazado a la de su hija—. Oye, perdona, tío. Grace sabe que tiene que pedirme permiso antes de usar mi teléfono. Te dejamos tranquilo.

—No, papá, espera. Es importante —dijo Grace por detrás.

No me sentía de buen humor, y no estaba seguro de tener ganas de hablar con mi sobrina, pero si ella necesitaba algo, pensaba escucharla.

—No pasa nada. Si es lo bastante importante como para romper las reglas, déjala hablar conmigo.

Los escuché hablar lejos del teléfono y, poco después, Grace volvió a ponerse.

—¿Tío Liam? —susurró.

—¿Por qué susurramos? —pregunté en el mismo tono, lo que le hizo reír. El sonido llegó directo a mi corazón, y me froté un poco el pecho.

—No, tonto, tú no tienes que hablar en voz baja. Es que no quiero que me oiga papá.

Oh.

—Vaya, esto parece muy serio. ¿Qué pasa?

—Es que no sé por qué estás enfadado conmigo —dijo ella, y se me cayó el alma a los pies.

—Oh, cariño, yo nunca me enfadaría contigo. ¿Por qué piensas eso? —Grace no contestó, y pude oír cómo se removía, inquieta, mientras yo intentaba imaginar por qué creería tal cosa.

—Es que no has venido a la noche de juegos. Dos veces. Y no has llamado. He intentado jugar sola, pero se me han escapado algunas ovejas y no las encuentro, y…

Mientras ella describía el lamentable estado actual de nuestra granja, inicié sesión en el juego, dispuesto a arreglar cualquier problema que se hubiera encontrado, pero conseguí detenerme a tiempo.

—He entrado en el juego. ¿Quieres que lo arregle, o prefieres esperar a que estemos los dos conectados y así lo resolvemos juntos? —pregunté.

—¿Podemos hacerlo juntos? Así, la próxima vez, sabré cómo arreglarlo yo.

La forma casual en que lo dijo me partió el alma. Sabía que, seguramente, volvería a desilusionarla, y me dolía que ella también lo supiera.

—Claro, podemos hacer eso —prometí, y salí del juego—. Oye, Grace, no estoy enfadado contigo. Es que tenía muchas cosas en la cabeza y… Bueno, se me olvidó.

—No pasa nada, tío Liam. —Una pausa—. Solo tienes que decir que lo sientes, y yo te perdonaré.

—Es así de fácil, ¿verdad? —Juré que podía escuchar a mi sobrina encogerse de hombros.

—Bueno, igual no siempre, pero no pasa nada por intentarlo. Solo tienes que decirlo.

—No lo olvidaré. Gracias por el consejo, y te prometo que te avisaré la próxima vez que tenga que cancelar —dije.

—Vale, pero aún no lo has dicho. —Su tono delataba su impaciencia.

Suspiré. ¿Quién habría dicho que era tan difícil hablar con una niña de siete años?

—Tienes razón. Lo siento, Grace.

—¿Lo ves? No es tan difícil. Te perdono, tío Liam. Adioooosss.

La llamada se cortó, y me quedé mirando el teléfono durante un largo rato, con las palabras de Grace resonando en mi cabeza. Tenía razón. Recordé todo lo ocurrido entre Mia y yo, y luego retrocedí aún más en el tiempo. No conseguía recordar la última vez que me había disculpado con alguien de forma sincera. Había estado demasiado ocupado, intentando arreglarlo todo y tratando de seguir adelante.

No podía ser tan sencillo, ¿verdad?

Saqué el teléfono y escribí dos palabras: *Lo siento*.

Pulsé enviar, y esperé. Vi cómo aparecían los tres puntitos que indicaban que ella estaba escribiendo algo, y seguí esperando.

Oooh, qué bonito, tío. Pero creo que deberías decirle eso a alguien que esté enfadado contigo.

—Mierda.

Había enviado el mensaje a Connor, no a Mia. Volví a escribir y, esa vez, me aseguré de enviarle el mensaje a ella.

Lo siento.

No ocurrió nada. Decidí que no iba a obsesionarme, pero no dejé de mirar al teléfono hasta que, por fin, ¡*por fin*!, recibí una respuesta.

¿Por qué?

El corazón me martilleaba en el pecho mientras escribía la repuesta.

Por todo.

Esta mañana he pillado todos los semáforos en rojo, contestó ella. *¿También vas a disculparte por eso?*

No, por eso, no.

Entonces tendrás que ser más concreto.

—Joder. —Me pasé una mano por la cara.

Siento mucho haber sido un capullo.

Yo también siento mucho que hayas sido un capullo, escribió ella.

Aquello iba a ser mucho más complicado que la conversación con Grace. Tal vez debía pasar al siguiente nivel. Presioné el botón de llamada y…

Fue directo al buzón de voz. Maldita sea.

Aun así, no pensaba rendirme.



Escribí a Mia todos los días. Por la mañana, le daba los buenos días. Le decía que lo sentía. Lo hice todos los días. A veces, me disculpaba de forma aleatoria. Le decía que sentía que la puesta de sol no fuera espectacular esa noche, o que la lluvia seguramente le habría dejado el coche embarrado, y le ofrecía enviar a alguien que se lo limpiara. Le enviaba fotos de flores que me parecían bonitas, o de los tacos que había comprado en el camión de comida callejera.

Estaba desesperado. Le enviaba fragmentos de mi día como si fueran migas de pan, esperando que las siguiera hasta mí. No podía hacer nada más. Por mucho que ansiara que hablase conmigo, también sabía que ella lo haría en sus propios términos.

Aun así, me negaba a rendirme.

VeriTV empezó a buscar un director de operaciones. Tanto si Mia aceptaba darme otra oportunidad como si no, sabía que necesitaba delegar muchas de mis tareas diarias en otra persona. Era hora de dedicar mi energía a lo que importaba de verdad.

Estábamos recibiendo muchos currículos, y tenía que resistir el impulso de leerlos uno por uno. Para eso estaban los de recursos humanos. Ya me avisarían cuando encontraran candidatos adecuados. Por otro lado, estaba la iniciativa de las bibliotecas. Lo

que había empezado como una idea difusa, había empezado a florecer. Tenía muchas ganas de contársela a Mia, pero ella no había contestado a ninguno de mis mensajes desde hacía semanas. Tal vez me había bloqueado.

No tenía intención de rendirme… Pero estaba desesperado. Había intentado apelar a Jake para que me echara una mano, pero él se había echado a reír con ganas durante un buen rato. Me encontraba solo ante aquel problema, y me lo tenía merecido. Había pasado mucho tiempo tratando de arreglar los problemas de los demás, pero ahora me tocaba arreglar el mío. Aunque Mia se negara a saber nada de mí nunca más, yo estaba haciendo cambios motivados por las razones correctas. Claro, que ninguno de ellos significaría una mierda si no podía compartirlos con la mujer a la que amaba.

Porque estaba enamorado de Mia, y todas las disculpas, todos los hábitos que corrigiera, todas las noches sin dormir, me estaban sirviendo para convertirme en el hombre que ella merecía.

El hombre que debía haber sido desde el principio.

39

LIAM

Los días se confundían en una bruma de mensajes sin responder y esperanzas frustradas. Llevaba semanas sin recibir nada más que silencio, me estaba quedando sin energías. Estaba desesperado, solo me quedaba un último intento.

Preparados para el impacto.

Las palabras resonaron en mi cabeza mientras pulsaba el botón de enviar en el teléfono. Un mensaje no sería suficiente, así que intenté algo completamente distinto.

Solté una exhalación que no sabía que había estado conteniendo, y sujeté bien mi taza de café al sentarme de nuevo en una silla en Beans & Brews, la cafetería donde Mia y yo habíamos tenido aquella discusión cuando me salté la fila sin querer. Me había atendido la misma camarera que me había tratado tan mal aquel día. Era evidente que me había reconocido, porque me miró como si estuviera considerando escupir en mi café. Al recordar aquel día, y el fogoso temperamento de Mia, pensé una vez más en lo mucho que la echaba de menos, y deseé con todas mis fuerzas que mi plan funcionara.

No sabía si era una buena idea, pero ninguno de mis intentos anteriores había dado resultado, así que necesitaba intentar algo distinto. La había jodido, la había perdido y, aunque una parte de mí temía que ella hubiera pasado página, no conseguía borrar de mi mente las palabras de mi madre.

Tendrás que dar un salto de fe… Si la quieres… Si ella es la mujer a la que quieres.

No tenía la menor duda de que Mia era la mujer a la que amaba, y no pensaba rendirme. Le deseaba lo mejor, pero quería ser yo quien la hiciera feliz. Solo necesitaba que me diera una oportunidad.

Solo una más.

Miré el teléfono, con el estómago revuelto. *Que funcione, por favor…*

Los tres puntitos que anunciaban una respuesta aparecieron en el chat. ¡Sí!

Traté de controlar los nervios que amenazaban con apoderarse de mí. Parecía que el corazón quería salirse de mi pecho, y puede que me lo mereciera, por lo mal que había llevado todo el tema. La había tratado fatal, no le había dicho que lo sentía o lo importante que era para mí, y que la echaba de menos muchísimo.

Los tres puntos desaparecieron. No, ¡un momento! ¿A dónde había ido?

Los puntos volvieron a aparecer.

Desaparecieron.

La decepción se apoderó de mí. Mi plan no funcionaría si no conseguía que ella hablara conmigo. Pero entonces…

Mia envió un solo signo de interrogación.

El alivio disipó mi decepción, y la reemplazó con una peligrosa cantidad de esperanza. Su mensaje no era gran cosa, pero me daba

algo por donde empezar. Me preparé para contestar, pero, en ese momento, llegó otro mensaje.

¿Qué diablos es esto?, había escrito Mia.

Una invitación para tu calendario, respondí, agradecido de que hubiera roto por fin su silencio.

Sí, eso ya lo veo. Gracias, Einstein.

Casi podía oír el sarcasmo en su tono, y no pude evitar una sonrisa al recibir otro mensaje.

Dice: «Rueda de prensa con el alcalde». ¿Es un error?

No lo es, respondí. *Te estoy invitando a una rueda de prensa con el alcalde, en serio.*

Me da que se te ha ido la olla, Sonrisas.

El corazón me dio un vuelco. Jamás me había alegrado tanto de leer aquel apodo. A continuación, ella escribió una hilera de signos de interrogación que me hicieron reír. Se estaba impacientando.

Respondí reenviándole la nota que había enviado Estudios VeriTV para anunciar que yo daría una rueda de prensa al día siguiente, con el fin de ofrecer al alcalde un cheque con un donativo para la red de bibliotecas públicas de Los Ángeles.

Mia desapareció durante un instante, supuse que mientras leía la nota de prensa. Intenté que no me invadiera el pánico mientras esperaba su respuesta.

¿Esto va en serio?, escribió al cabo de un par de minutos.

Sí, contesté.

La nota de prensa explicaba que el dinero estaba destinado a la construcción y mantenimiento de una serie de salas de escritura en las bibliotecas de la ciudad, diseñadas especialmente para niños con intereses artísticos. Serían lugares donde pudieran desarrollar sus

ideas y dar rienda suelta a su imaginación de forma segura. Mi objetivo era crear un espacio que promoviera la creación de historias y mundos nuevos, utilizando las mejores tecnologías, herramientas y materiales artísticos, todo ello proporcionado por la nueva Iniciativa para creadores jóvenes de VeriTV.

Hubo otra larga pausa, y me volví a preocupar por haberla perdido, que mi plan hubiera sido un error, pero entonces…

¿La Iniciativa para creadores jóvenes?

He pensado que ya era hora de que VeriTV hiciera algo bueno de verdad, escribí. *Recordé que me habías contado lo difícil que fue no tener el apoyo de tus padres cuando eras pequeña. Se me ocurrió que habría otros niños como tú, brillantes, con talento y que necesiten un lugar seguro en el que desarrollar sus talentos.*

Otra larga pausa. Tal vez no se lo había explicado con claridad.

¿Dónde estás? escribió Mia al cabo de un instante.

Me hice un selfi, asegurándome de que se viera bien el expositor de bollería y la caja registradora, detrás de la cual estaba el logo de Beans & Brews. Se lo envié, pero no recibí respuesta.

Cinco minutos más tarde, Mia entró por la puerta de la cafetería, y me quedé sin respiración. Se detuvo para mirarme un instante, con un destello en los ojos, y se acercó a mi mesa con la mandíbula apretada y una expresión suspicaz. Me puse en pie.

—¿A ti te parece que esto es romántico? —preguntó—. ¿Quedar en una cafetería?

Sabía que pretendía ser mordaz, pero noté su tono inseguro y la forma en que le temblaba la voz. Me pareció que estaba muy nerviosa.

—Este es el lugar en el que, con toda la razón, me pusiste en mi sitio por ignorarte —expliqué—, y eso es algo que no voy a volver a hacer jamás. Supongo que me pareció adecuado. Era como cerrar el

círculo. —Intenté sonreír—. A los escritores os gustan esas cosas, ¿no?

Mia se cruzó de brazos y sacudió la cabeza. Tuve que contenerme para no abrazarla.

—Lo digo en serio, Mia. A partir de ahora, solo estás tú. Serás mi prioridad.

Ella soltó un bufido y parpadeó.

—Liam… Esto no son más que palabras bonitas, y no es lo que necesito escuchar.

—Lo sé. —Incliné la cabeza para mirarla a los ojos—. De verdad, y por eso ya no habrá más de esas palabras bonitas.

Ella frunció los labios.

—Dijiste que, durante todos los años que nos hemos conocido, nunca me he interesado por lo que pasaba en tu vida, pero eso no es cierto, Mia. Presté atención cuando me contaste que habías crecido sin el apoyo que necesitabas de tus padres. Y ojalá yo hubiera podido dártelo en su lugar. Ojalá hubiera podido decirte en qué escritora tan fantástica ibas a convertirte al crecer.

Su mandíbula volvió a temblar.

—Pero has encontrado el éxito por tu cuenta porque eres una mujer fuerte y decidida, y tienes el talento necesario para lograrlo. Así que, aunque yo no pude cambiar las cosas para ti, tal vez aún puedo dar una oportunidad a otros niños con problemas. Puedo ofrecerles un lugar en el que dar rienda suelta a su creatividad y encontrar una comunidad que crea en ellos.

Mia se frotó un ojo.

—Eso va a suponer una diferencia enorme para muchos niños —dijo ella—. Si yo hubiera tenido un lugar así en aquella época. Si yo…

—Lo sé —dije, y por fin le tendí una mano, incapaz de resistir ni un minuto más. Cogí las suyas, y me sentí muy aliviado cuando ella no me rechazó—. He pensado que, si te interesa, podríamos formar un equipo de creadores que den clases gratuitas. Tú podrías enseñar a los niños a escribir cómics y podríamos organizar cursos de escritura de guiones. —Le apreté las manos—. Ofreceremos a esos niños lo que tú siempre quisiste: apoyo, y la posibilidad de soñar con libertad.

Ella me miró parpadeando muy rápido, y supe que estaba tratando de contener las lágrimas.

—Te *conozco*, Mia —dije, poniendo las cartas sobre la mesa—. Y quiero seguir aprendiendo más cosas de ti. —Necesitaba decirle lo que significaba para mí, tanto si me quería como si no—. Quiero hacerte feliz, hacer que te sientas segura. Y siento haberte tratado como si todo el mundo me importara más que tú. Siento no haberte hecho sentir que eras lo primero. Que eras *mi* prioridad.

Su barbilla tembló de nuevo y se le escapó una lágrima. Extendí la mano para limpiarla con el pulgar.

—¿Tú crees de verdad que yo podría ser tu prioridad absoluta? —preguntó—. Tienes muchas cosas a tu cargo, Liam. El trabajo, tu familia, mi hermano... Nunca ha habido mucho sitio para mí.

—Ya eres mi prioridad absoluta —dije—. Todo lo que he cambiado, y cada decisión que he tomado estas últimas semanas… Todo ha sido para convertirme en alguien digno de ti. Porque tienes razón. Llevo demasiadas cosas a cuestas y eso no es sostenible. Así que, desde esta semana, VeriTV cuenta con un nuevo director de operaciones.

—¿Qué? —dijo ella con el ceño fruncido—. ¿En serio?

—No voy a dejar el puesto de director ejecutivo —expliqué—, pero es hora de dejar que otro se preocupe de los problemas, los imprevistos y las emergencias de última hora. Porque te quiero, Mia, y quiero que tengamos tiempo para nosotros. Quiero apoyarte con

Corazón Apresurado, o con lo que vayas a hacer a continuación. Quiero volver a casa contigo al final del día y despertarme junto a ti.

Le cogí la cara entre las manos, y seguí hablando.

—Eres lo más importante del mundo para mí, Mia, y si me das otra oportunidad, dedicaré cada día a asegurarme de que lo sepas. Sé que no podré asegurarme de que todo sea perfecto siempre, y seguramente la cagaré un montón de veces; pero, si me aceptas, te prometo que serás lo primero para mí. Para nosotros. La prioridad será reforzar nuestra relación.

Mia levantó las manos, rodeó mis antebrazos con ellas y me sujetó como si no tuviera intención de soltarme nunca. Yo, por mi parte, pensaba retenerla conmigo para siempre, si me daba otra oportunidad. Sus ojos brillaban.

—Dime que podemos intentarlo de nuevo —pedí—. Dime que tú también lo quieres.

—Sí —dijo ella en voz baja, mirándome a los ojos.

—¿Estás segura? —pregunté.

—Lo estoy. —Inspiró entrecortadamente—. Te he echado de menos, Liam.

Se puso de puntillas, se acercó a mí y me besó. Yo me entregué al beso, disfrutando de sus labios sobre los míos y de la sensación de tenerla apretada contra mí. La había echado de menos muchísimo, y no pensaba volver a estropearlo de nuevo.

—Te quiero —susurré—. Te quiero de verdad.

Besé su mandíbula, y después enterré la cara entre sus rizos y la acerqué a mí. La abracé hasta que el latido de mi corazón en mis oídos fue reemplazado por el sonido de una ovación.

Me aparté, sin quitar los ojos de Mia, que sonreía de oreja a oreja, y comprendí que toda la cafetería había estallado en una ronda de

aplausos, dirigida por la camarera más antipática del mundo.

40

LIAM

No había nadie en el pasillo, así que extendí el brazo para apretar el culo de Mia. Ella me apartó la mano y se echó a reír, mientras intentaba encontrar la llave.

—¡No hagas eso! Podría vernos alguien.

—Entonces, date prisa, mujer —gruñí, acercándome a ella para morderle el lóbulo de la oreja—, o te tomaré aquí mismo, contra la puerta.

Ella gimió y volvió la cabeza para mirarme por encima del hombro, con ojos entornados.

—Entonces, igual me tomo mi tiempo —dijo, provocativa.

—¿Te gusta esa idea? —pregunté, apretándome contra ella.

Ella movió las caderas hacia atrás y mi polla latió dentro de mis pantalones, en una respuesta ansiosa a la proximidad de su cuerpo. *Dios*, cómo la había echado de menos. Había echado de menos su contacto, la forma en que el deseo corría por mis venas de un modo que solo ella podía inspirar. ¿Cómo había aguantado estar separado

de ella, ni siquiera durante un solo día? ¿Cómo nos había negado aquello a los dos?

Le rodeé la cintura con un brazo y metí la mano en la cintura de sus pantalones. Ella echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en mi hombro, mientras se mordía el labio. Era tan exigente, tan explícita, que me moría de ganas de tenerla tumbada en la cama y disfrutar de cada delicioso centímetro de su cuerpo. Le di un tirón al elástico de sus braguitas.

—Aunque me encantaría follarte contra esta puerta, creo que a tus vecinos no les haría ninguna gracia.

—Me da igual —dijo ella en voz baja.

—Ten en cuenta que uno de esos vecinos es tu hermano, y preferiría no volver a entrar en su lista negra tan rápido.

Eso le hizo entrar en razón.

—Ay, tienes razón. ¿Por qué tienes que ser tan bueno?

—Créeme —gruñí—, casi no me puedo contener, así que más vale que abras esa puerta. Rápido.

Mia consiguió por fin abrir la puerta, y entramos a trompicones, recordando a duras penas cerrar detrás de nosotros. Le rodeé el cuello con una mano y la atraje hacia mí para darle un beso apasionado. La lengua de Mia se deslizó contra la mía con un gemido, y yo le masajeé el culo con la otra mano. Chocamos con la pared.

—Sophie no está en casa, ¿verdad? —pregunté.

—Creo que no —contestó, intentando subirse encima de mí.

—Mia —gruñí, situando mis manos en la parte posterior de sus muslos para levantarla y sujetarla contra la pared—. Antes de quitarme los pantalones, me gustaría saber si va a entrar alguien sin previo aviso.

Ella sonrió con suficiencia contra mis labios.

—Cuando has propuesto que viniéramos, eso no parecía preocuparte mucho.

—Es que tu casa está más cerca que la mía, y *tú* has dicho que Sophie estaba pasando el día fuera. —Le mordí el labio con cuidado, y su risa se convirtió en otro gemido cuando apreté las caderas contra ella.

—¿Soph? —llamó, con voz estrangulada.

Los dos nos quedamos quietos, esperando una respuesta. Dios, cómo deseaba que no contestara nadie.

—¿Ves? —dijo Mia al cabo de un instante.

Me sonrió, enlazó las manos detrás de mi cuello y tiró de las puntas de mi pelo con suavidad.

—No juegues conmigo —advertí.

—¿Y si lo hago? —dijo ella, con falsa timidez.

Le besé la mejilla, la mandíbula, el cuello.

—Es mejor que no sepas lo que pasaría.

—Oh, pero es que quiero saberlo —dijo ella, aunque soltó un gemido cuando la apreté contra mí.

Tenía la polla durísima, casi me dolía, y sabía que ella la estaba sintiendo apretada contra su cuerpo. Me froté contra su centro, como una tortura divina, hasta que batió las pestañas con rapidez. Se apoyó en mis hombros e intentó controlar la forma en que nos movíamos el uno contra el otro, pero yo me detuve, negándole la fricción.

—Liam —protestó.

—¿Sí, Pulgarcita? Parece que te has perdido por el camino a tu dormitorio.

—¡*Liam*! —gimoteó ella.

—¿Necesitas algo?

—Que me folles —dijo, casi sin aliento y sin dejar de retorcerse—. *Por favor*.

La separé de la pared. Ella me rodeó el cuerpo con las piernas y yo la llevé por el pasillo hacia el dormitorio, sin despegar mis labios de los suyos. Quería follarla hasta que viera las estrellas. La dejé caer en la cama, donde rebotó una vez, y empezó a desnudarse a la velocidad del rayo. En cuanto estuvo desnuda, empezó a acariciar la humedad entre sus piernas, gimiendo, mientras yo me desprendía de mi camisa y mis pantalones a toda prisa. Estábamos desesperados hasta el frenesí.

Ansiaba ponerle las manos encima, reclamar cada cálido milímetro de su cuerpo. Ella se recostó en la cama y yo hundí la cabeza entre sus piernas. Mi polla, desesperada por hundirse en su cuerpo, casi dolía, pero antes quería oírla gemir mientras se entregaba al placer. Quería excitarla de tal modo que no pudiera parar de gritar. Presioné la cara entre sus piernas y lamí su clítoris, rodeando su muslo con una mano y acariciando uno de sus pezones con la otra. Describí círculos con mi lengua hasta que su cuerpo se arqueó sobre la cama.

—Oh… —dijo, en una exclamación que se convirtió en un gemido—. Dios, sí.

Alterné entre lamerla y deslizar mis dedos entre sus pliegues hasta que se deshizo contra mi boca y sus gemidos resonaron por toda la habitación.

—Joder —siseó cuando empezó a recobrar el sentido.

—Buena idea —dije, subiendo por su cuerpo para besarla con cariño en la frente.

—Mmm —murmuró ella, tendiendo una mano hacia mi polla.

Le dedicó unas cuantas caricias lentas, y yo me tumbé sobre la espalda para dejarle hacer. Mia se recostó despacio y se inclinó sobre mí para meterme en su boca. La sensación de su lengua cálida cuando empezó a lamer la punta me hizo gemir. Enseguida, me introdujo más a fondo, y me acarició con la mano y la boca al mismo tiempo. Joder, era increíble. Tanto, que no sería capaz de aguantar mucho y, después de tanto tiempo apartado de ella, prefería follarla en condiciones.

—¿Un condón? —gemí, tratando por todos los medios de mantener el control y no explotar hasta estar dentro de ella.

—No tengo ninguno —dijo Mia después de sacarme de su boca.

—¿Cómo que no tienes ninguno? —Abrí mucho los ojos, dramáticamente.

La expresión de mi cara debió de ser muy divertida, porque ella se echó a reír.

—No suelo invitar a hombres a casa. Se supone que es el hombre el que debe encargarse de… Bueno, ya sabes.

—Mia, ¿me estás diciendo que no podemos…?

—¡Un momento! —interrumpió ella, saltando de la cama.

—¿A dónde vas?

Se dirigió al otro lado del dormitorio, y aproveché para admirar el movimiento de sus caderas desnudas y la curva de su culo, antes de que abriera la puerta y saliera al pasillo. Al cabo de un momento, volvió con un condón en la mano.

—He cogido uno de los de Sophie. Siempre se me olvida que tiene como un millón en su cuarto.

—¿No hará que se me ponga de algún color raro, ¿no? —pregunté con una mueca.

Mia se rio y volvió a meterse en la cama.

—¿Quién sabe? Igual te brilla en la oscuridad. O a lo mejor te da superpoderes…

—Bueno, eso no estaría demasiado mal —comenté mientras me ponía el condón.

—¿A que no? Si te diera energía infinita, sería la leche. Vamos a probarlo.

Se situó sobre mí y se inclinó para besarme, mientras yo le rodeaba los pechos con las manos. Después, se levantó un poco y se dejó caer sobre mi polla. Yo gruñí, y su cara reflejó durante un momento el placer que sintió al penetrarla. El encaje fue perfecto y ella se deslizó sobre mí con facilidad, apoyando las manos sobre mi pecho para levantarse un poco y volver a dejarse caer una y otra vez, haciéndome llegar más adentro cada vez. Dejé que utilizara mi cuerpo, gimiendo y jadeando, hasta que se cansó. Entonces, la sujeté por las caderas, apoyé los pies en el colchón y la follé empujando desde abajo.

—Oh, sí… ¡*Sí*, Liam! —gritó, lanzando la cabeza hacia atrás y tendiendo una mano para tocarse. Al verlo, casi me corrí en el acto.

Continué moviéndome, entrando y saliendo de ella con fuerza, hasta llevarla al orgasmo. Todo su cuerpo se contrajo y empezó a temblar sin control, mientras ella se dejaba caer contra mi pecho. Nos hice girar a los dos, para estar en una posición que me diera más apoyo, y continué follándola durante su orgasmo. Quería sentir cada convulsión, cada contracción de sus músculos, y disfrutar de los gemidos de satisfacción que escapaban de sus labios.

—Eso es —le dije al oído—. Te quiero, Mia. Te quiero, te…

Me corrí con un gruñido y mi cuerpo también se puso tenso mientras me derramaba dentro de ella. Fue un orgasmo muy intenso, que pareció eterno, hasta que mi cuerpo no fue más que un envoltorio

para el placer. El placer fue tan fuerte que me quedé sin fuerzas y vi borroso durante un momento, antes de volver en mí mismo.

—Yo también te quiero —estaba diciendo ella, mientras me besaba el cuello con suavidad.

Comprendí de repente que debía estar aplastándola, así que me aparté con cuidado y me encargué del condón. Después, volví junto a ella y la acerqué a mi cuerpo, con su espalda contra mi pecho. Estuvimos así un buen rato, sin hacer más que respirar juntos y, cuando volvió la cabeza para mirarme, supe con exactitud lo que sentía, porque yo lo sentía también.

Estábamos en casa. No en aquel piso, sino el uno junto al otro. *Ella* era mi hogar.

—¿Puedo tentarte a que te duches conmigo? —pregunté al cabo de un rato.

Mia ahogó un gruñido con el edredón. Se había quedado tan quieta que pensé que se habría dormido. Besé su espalda, siguiendo la curva de su columna hasta su culo. Ella lo sacudió contra mí de un modo que me hizo reír, con el corazón contraído por la felicidad de tenerla de nuevo entre mis brazos, a mi lado una vez más después de haber estado a punto de perderla…

Nunca más.

—Creo que no me puedo mover —admitió—. Me parece que me has roto algo.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Eso es lo que era.

Me puse en pie sonriendo y recogí la pila de ropa que nos habíamos quitado tan precipitadamente.

—¿Qué haces? —preguntó ella, apoyándose en un codo al ver que había dejado caer sus bragas en el suelo, delante de mí.

Plop. Dejé caer mis pantalones y di un paso hacia el baño.

Plop. Un calcetín.

Plop. Su blusa.

Plop. *Plop*. *Plop*.

Ella se echó a reír, se sentó en la cama y me miró intrigada. Yo seguí dejando caer prendas de ropa como un rastro que conducía hasta el baño.

—En serio —dijo ella—. ¿Qué estás haciendo?

—Dejarte un rastro de prendas —expliqué, mientras agitaba un calcetín de un modo muy sugerente, antes de dejarlo caer en el suelo.

Subí y bajé las cejas con rapidez, y me dirigí a abrir el agua en la ducha. Después, me apoyé en el marco de la puerta del baño y la miré.

—Sé que no tienes buen sentido de la orientación, pero no tienes más que seguir la pista de la ropa, Pulgarcita.

Ella hizo una mueca, se levantó para cruzar la habitación con rapidez y se lanzó a mis brazos.

—Me he podido orientar lo bastante bien como para volver a ti —dijo.

—Eso es cierto —corroboré, mientras el baño se llenaba de vapor—, y no pienso dejar que vuelvas a perderte, porque eres mía. —Le sujeté la cara entre las manos—. Y voy a pasarme el resto de la vida demostrándote que es cierto.



Tardamos más de lo previsto en ducharnos, porque nos entretuvimos enjabonándonos el uno al otro, pero, después de

vestirnos, escribí a Jake para contarle que mi plan había funcionado. Mia y yo volvíamos a estar juntos oficialmente, y estábamos en su apartamento, en caso de que quisiera pasarse a amenazarme de muerte si le hacía daño.

Había dicho lo de las amenazas en broma, pero si quería hacerme advertencias, estaba más que dispuesto a escucharlas. Estaba decidido a empezar con buen pie mi segunda oportunidad siendo sincero con Jake.

Cuando él llamó a la puerta quince minutos más tarde, acompañado de Gabrielle, Mia les abrió con una sonrisa.

—¡Hola! —saludó.

—Me he enterado de que has vuelto con este —dijo Jake con una sonrisa sarcástica.

—Es muy mono, creo que me lo voy a quedar —contestó ella, levantando un hombro.

—¿Mono? —protesté desde el salón.

Mia me guiñó un ojo y vino a sentarse en el sofá.

—¿Os apetece cenar algo? —preguntó Gabrielle—. Podríamos pedir comida china.

—¡Sí! —exclamó Mia al momento. Después de toda la actividad, debía estar muerta de hambre.

Gabrielle y ella buscaron un restaurante en internet y se pusieron a revisar la carta.

—Arroz frito con gambas, seguro. Y sopa agridulce.

—Si no pedís costillas con miel y ajo, paso —dijo Jake, acercándose a mí en su silla.

Cuando estuvo a mi lado, me dio un golpe con el hombro. No fue demasiado fuerte, pero su mirada era muy seria.

—Lo sé, lo sé —dije—. Como vuelva a hacerle daño…

—No voy a amenazarte. Es solo que… —Suspiró y torció un poco la boca—. Pórtate mejor esta vez, ¿vale? Porque no quiero tener que elegir entre mi hermana y mi mejor amigo.

—Tampoco es que sea una elección difícil. —Los dos elegiríamos siempre a Mia.

—Tú solo quiérela mucho, ¿de acuerdo? —dijo Jake—. Más que a nada.

—Lo haré —prometí.

Durante el resto de mi vida.

41

MIA

—Estás preciosa —dijo Liam—. ¿Te lo había dicho ya?

—Solo unas docenas de veces —respondí.

Sonreí con cariño y aparté la mirada de la ventana de la limusina, a través de la cual veía la alfombra roja, donde los flashes de las cámaras centelleaban y los de seguridad indicaban a los asistentes dónde debían posar. ¿Qué diablos pintaba yo en los premios Emmy? Aún no podía creerlo.

Me distraje admirando hasta el último centímetro del cuerpo de Liam, y vaya si era una distracción. Llevaba un esmoquin de Dior color granate oscuro, el pelo peinado hacia atrás y sus ojos castaños parecían más oscuros que nunca. El corazón me dio un vuelco muy agradable.

—Tu tampoco estás nada mal.

Él me guiñó un ojo.

—A una parte de mí le encantaría quitarte ese vestido aquí y ahora.

—Eso sería muy peligroso —dije, mientras el coche avanzaba un poco—. Está tan ajustado que no creo que fuera capaz de volver a

ponérmelo.

—Eso no te pondría en las listas de mejor vestidas —dijo él con una carcajada.

Deslicé las manos por el cuerpo de mi vestido. Había elegido uno negro clásico, aunque las aberturas del corpiño aportaban un poco de diversión y atrevimiento, y ya había pillado a Liam admirando mi escote varias veces.

—Por muy increíble que fuera hacerlo en la limusina, creo que nos acabaríamos perdiendo el espectáculo —dije.

Liam torció un poco la boca, como si lo estuviera considerando.

—Te aseguro que el espectáculo aquí dentro sería mucho mejor —dijo, inclinándose hacia mí.

Le paré con una mano en el pecho.

—No te atrevas a estropearme el maquillaje.

Él sonrió como aceptando el desafío, inclinó la cabeza y me dio un beso en el cuello, lo bastante intenso como para hacer que el corazón me latiera a toda velocidad, pero no para dejar una marca. A pesar de la tentación, los dos sabíamos que debíamos tener cuidado. La primera temporada de *Morir a fuego* había sido nominada para un montón de premios esa noche, y las cámaras nos estarían enfocando todo el tiempo. Teníamos que estar perfectos, no podíamos cometer errores.

—Seré bueno —me susurró al oído—, pero te prometo que, cuando acabe, haré contigo lo que quiera.

—Estoy segura de que te invitarán a algún tipo de fiesta para después de la ceremonia.

—La única fiesta que me interesa es contigo —dijo él, que se apartó un poco, subiendo y bajando las cejas muy rápido.

—Qué cursi eres —reí.

—¿Es cursi que te abra la puerta para salir? —preguntó cuando nuestra limusina se detuvo por fin ante la alfombra roja.

—Te lo voy a permitir por esta vez —murmuré.

Liam salió del coche, dio la vuelta e hizo un gesto para alejar al guardia de seguridad y poder abrirme la puerta él mismo. Una oleada de emoción se apoderó de mí y, durante un momento, reemplazó los nervios que sentía. Liam me dio la mano y tiró de mí con suavidad.

—Bienvenida a los Emmy, Mia —dijo con una sonrisa.

—Muchas gracias por invitarme.

—No habría querido venir con ninguna otra persona —dijo él, sujetando uno de mis rizos detrás de mi oreja.

Estaba a punto de contestarle cuando, de repente, se escuchó un ladrido por encima del sonido de los coches.

—Oh, Dios mío —dije, girándome para buscarlo.

Ceniza estaba en el lado opuesto a la zona de llegada, detrás de los cordones de seda, como un pequeño fotógrafo peludo. A su lado estaba Jake, que nos miraba con una sonrisa de complicidad.

—¿Los has traído? —pregunté, sonriendo también.

—Técnicamente, han venido ellos solos —observó Liam—. Ceniza vive con Jake ahora, ¿te acuerdas? Pero sigue teniendo derecho de asistencia a todos los acontecimientos relevantes de VeriTV.

—Pues tiene un sitio mejor que el de muchos de los nominados —murmuré.

—Y más fans también —añadió Liam—. Al parecer, ahora sale incluso en los artículos de promoción.

Les saludé con la mano y Jake me devolvió el saludo. Señalé a Ceniza, quien volvió a ladrar como si nos estuviera animando. Me

agarré al brazo de Liam con el corazón tan lleno que apenas podía soportarlo.

—Sigue viniendo al estudio unos cuantos días a la semana —dijo Liam, llevándome hacia la línea de prensa—. Se niega a dejarlo, creo que está esperando a que alguien le ofrezca su propia serie.

—*Morir ladrando* —dije.

—No des ideas a internet —gruñó Liam, aunque él también sonreía.

Los de seguridad nos indicaron que avanzáramos para dejar paso a quienes llegaban después, así que Liam me rodeó la cintura con el brazo y me llevó hacia el caos. Avanzamos por la alfombra roja, y nos situamos ante el enorme panel de fondo, donde posamos para las fotos. Respondí a un par de preguntas sobre la segunda temporada, pero me aseguré de no revelar nada importante.

El recorrido por la alfombra fue como un torbellino, en el que nos encontramos a otros actores y miembros del equipo. Leo estaba espectacular, y me imaginé que todos los foros de sus fans estarían llenos de fotos suyas al día siguiente, con la etiqueta #Guaperasdelaestacion14. Hablamos con unos y otros y, para cuando llegamos a la entrada del edificio, las mejillas me dolían de tanto sonreír.

Un asistente nos condujo a nuestros asientos, donde nos reunimos con Jerome, Kait, Tanya, Paula y Lyle. Las filas a nuestro alrededor se llenaron con otros ejecutivos del estudio y sus invitados, y Liam se dedicó a saludar y hablar con ellos. Jerome me lanzó un silbido.

—Chica, estás impresionante.

—Gracias —le sonreí—. Intento no respirar muy hondo, para no reventar ninguna costura.

Todos se echaron a reír. Cuando llegaron Sophie y Craig, algo más tarde, Craig fue derecho a Jerome para darle un beso en la mejilla, y Sophie giró sobre sí misma a petición de Jerome para hacer brillar su

vestido, que centelleaba como una bola de discoteca. Después, avanzó por la fila en la que estábamos situados para sentarse a mi lado.

—¿Dónde estabas? —pregunté.

—Repartiendo tarjetas de visita. —Sonrió con aire de suficiencia—. Craig me ha apostado cincuenta dólares a que no me lío con un famoso antes de que acabe la noche.

—¿Y cómo lo llevas?

—Digamos que no pienso perder.

Sacudí la cabeza. Yo no habría apostado contra ella.

La sala se quedó en silencio cuando comenzó la ceremonia. Me había preocupado por si las bromas eran demasiado ridículas, pero los presentadores eran geniales y su diálogo resultaba muy divertido, así que me acabé riendo mucho más que si hubiera estado viendo la gala en casa.

La primera temporada de *Morir a fuego* recibió varios premios iniciales a la mejor dirección, coordinación de especialistas y composición musical. Lyle y los guionistas habían sido nominados al premio al mejor guion, aunque lo ganó otra serie increíble, pero siempre quedaba el año siguiente. Cuando Leo ganó el premio a mejor actor invitado en una serie dramática, por un episodio de otra serie en la que había participado, todo el equipo de *Morir a fuego* nos pusimos en pie para aplaudir.

—Estoy seguro de que va a ganar el premio al mejor actor de reparto por *Morir a fuego* el año que viene —dijo Jerome por encima de la ovación.

Yo asentí. Si el público recibía la actuación de Leo como esperábamos, estaba segura de que se llevaría un montón de premios.

Nos volvimos a sentar. Tuve la impresión de que la entrega de premios transcurría muy rápido, mientras esperábamos ansiosamente el resultado de la categoría de mejor serie dramática, la más prestigiosa de todas. Ese año, la competición estaba muy reñida.

Cogí la mano de Liam para darle un apretón de ánimo. Tampoco es que el resultado fuera a afectar mucho a nuestra serie, porque la producción de Liam había sido increíble y a los fans les encantaba, pero siempre era agradable ser reconocido.

—Y el ganador es… —dijo el presentador cuando abrió el sobre con el resultado.

Contuve la respiración.

—¡*Morir a fuego*!

Me puse en pie de un salto para gritar y aplaudir con el resto del equipo. La locura se desató en las filas donde estábamos situados. Liam me agarró la mano y tiró de mí para unirnos al montón de gente que se dirigía al escenario para aceptar el premio. Yo no tenía nada que ver con la primera temporada, así que no pintaba nada en aquel reconocimiento, pero me dejé llevar por la corriente.

Lyle fue el primero en acercarse al micrófono y dio las gracias a la Academia de Artes y Ciencias de la Televisión, a los fans, los actores, el equipo, y a Liam por creer en su historia. Paula le sucedió, para dar otro pequeño discurso de agradecimiento a los fans por darnos la oportunidad de seguir contando la historia en la segunda temporada, y después dejó el micrófono a Liam.

—Quiero dar las gracias a este equipo tan entregado que me acompaña esta noche —empezó—, y también al resto de actores y al equipo, que tanto han trabajado y que nos están viendo desde casa. A todos los que han participado en esta serie y creído en ella. No estaríamos aquí sin el increíble trabajo que habéis hecho, y nos

hace mucha ilusión que nos acompañéis en la siguiente temporada. Pero la persona que más me ilusiona es la que está aquí, a mi lado.

La sonrisa se me heló en los labios cuando comprendí lo que decía Liam. Él le pasó el micrófono a Paula y, antes de que pudiera asimilar lo que estaba pasando, había sacado una cajita del bolsillo y clavado una rodilla en el suelo.

—Mia —dijo en tono cariñoso, mientras todo el mundo daba un respingo a nuestro alrededor, en especial los miembros de *Morir a fuego*, que lanzaban toda clase de exclamaciones—. ¿Me harías el hombre más feliz del mundo?

Una explosión de felicidad me bloqueó la garganta.

—¿Lo dices de verdad? —conseguí decir por fin, sin poder creerlo aún.

—Esta es la historia más importante que produciré en mi vida, si aceptas compartirla conmigo —dijo Liam, tomándome una mano para acercar el anillo a mi dedo—. ¿Quieres casarte conmigo?

Asentí, aún tan anonadada que no pude hacer más que permitirle deslizar el anillo en mi dedo, antes de caer en sus brazos y estallar en lágrimas de felicidad. El sonido de mi *sí* fue ahogado por el estruendoso aplauso de los asistentes, y los destellos del apuntador electrónico, que nos instaba a marcharnos del escenario.

—No te van a invitar el año que viene, ni en broma —dije a Liam.

—Me da igual —contestó él—. Acabo de ganar el mejor premio de todos.

42

MIA

—¡Sube el volumen! —gritó Jerome desde el otro lado del enorme salón de Liam—. Quiero poder oír bien esa música.

Liam cogió el mando, y el tema de *Morir a fuego* resonó por la habitación.

—¡Esa melodía ha ganado un Emmy, chicos! —dijo Jerome, alzando su copa de champán en un gesto de saludo.

Ya estaba un poco achispado, pero la noche era joven, y Sophie se había presentado en la fiesta que habíamos organizado para ver el primer episodio de la segunda temporada, con la mitad del personal del Salón Escarlata y con lo que ella llamaba *buen material*.

Me imaginaba que nos esperaban muchas más noches de locuras motivadas por la bebida en el futuro.

Ceniza ladró desde debajo de la mesa, y golpeó el suelo con la cola como si fuera el animador oficial. Alguien le había puesto un pañuelo alrededor del cuello en el que ponía VERITV MVP, y había estado dando vueltas por la sala como si fuera el dueño del lugar.

Tanya pasó el brazo por los hombros de Kait para darle un apretón justo cuando empezó la cabecera con los créditos iniciales, y Liam me sonrió desde donde estaba sentado, cerca de los enormes altavoces de su sistema de cine doméstico. Él se había ocupado de la electrónica, mientras yo me encargaba de la comida y las bebidas.

Habíamos transformado la cocina y el salón para la fiesta, e invitado a todos nuestros amigos a celebrar con nosotros. Jake y Gabrielle habían venido con algunos de sus amigos bomberos, y habíamos invitado también a un montón de gente del equipo de la serie.

La familia de Liam también había venido, excepto su sobrina, Grace, que se había quedado en San Francisco con una canguro, por ser demasiado pequeña para ese tipo de fiesta. Aun así, Liam la había llamado hacía un rato, y le había enviado por adelantado unos cuantos artículos promocionales de *Morir a fuego*, para que se sintiera incluida en la celebración.

Yo también había invitado a mis padres. Por supuesto, habían visto la ceremonia de los Emmy en la tele, y me habían llamado llorando (bueno, era mi madre la que lloraba, mi padre estaba emocionado a su manera) cuando ganamos y Liam me pidió matrimonio en el escenario. Había sido la primera vez que había escuchado un tono de orgullo auténtico en sus voces. Una parte de mí esperaba que, tal vez, el éxito haría que algo cambiara entre nosotros y les permitiera dejar de considerar mi carrera como una afición arriesgada y empezaran a pensar que, tal vez, había sabido desde el principio lo que estaba haciendo.

Por primera vez en la vida, la enorme casa de Liam parecía estar demasiado llena de gente, y yo estaba disfrutando de cada instante, a pesar de que mis padres llegaban tarde, como siempre.

Cuando Cade apareció en la pantalla sin camisa, Jerome y Craig se pusieron a gritar por encima del estruendo.

—¡Leo! ¡Leo! ¡Leo! —canturrearon.

Liam se acercó a donde yo estaba, en la isla de la cocina, con una sonrisa de suficiencia.

—No sé por qué me he molestado en instalar esos altavoces, porque no vamos a oír ni una palabra, con tanto ruido.

—No te preocupes, lo volveremos a ver mañana —dije.

—En la cama, mientras se nos pasa la resaca —confirmó él, y bebió un trago de su copa de champán.

—Y comiendo la montaña de comida que habrá sobrado.

—Me parece la mejor forma de empezar el fin de semana.

Sonreí y serví más champán. Había tanto alcohol que casi parecía una fiesta de Nochevieja. Miré el anillo de compromiso en mi dedo, y pensé en todas las fiestas que tendríamos por delante.

—¡Shh! —siseó Tanya de repente—. ¡Callaos todos! ¡Acaban de publicar la crítica en *The Hollywood Reporter*!

—¡Ya ha salido? —preguntó Jerome, agarrándose al brazo de Craig —. Ay, ¡Dios mío! ¿Qué dice?

Apenas oíamos a Tanya, porque todo el mundo seguía hablando a nuestro alrededor.

—¡Silencio! —gritó Sophie, en un tono que resonó como un trueno e hizo callar todas las conversaciones de inmediato.

Di la vuelta a la isla a toda prisa para acercarme a Tanya y mirar por encima de su hombro. Liam se situó detrás de mí.

—¡Vamos! ¡Léela ya! —dijo Kait—. No, espera, aún no estoy preparada. —Se mordió una uña.

—La voy a leer de todos modos —repuso Tanya, que estaba ya leyendo el principio del artículo.

Ceniza se había encajado entre la silla de Tanya y la televisión, con las orejas levantadas y la cola quieta, como si hasta él supiera lo importante que era ese momento. Yo gemí, nerviosa, y Liam me rodeó la cintura con un brazo. Sentí sus labios en la parte posterior de mi cabeza, y noté que contenía la respiración.

Tanya se aclaró la garganta.

—Bien, allá voy. ¡La segunda temporada de esta serie de éxito continúa ofreciendo una historia intensa y cargada de emoción! —leyó, con voz temblorosa por la emoción, y en un tono que se iba haciendo más agudo a medida que las palabras salían de su boca—. Gracias a una dirección maestra y unas actuaciones que llegan al corazón, esta serie no solo trata de los incendios a los que se enfrentan los protagonistas, sino también de unas batallas personales que arden con la misma intensidad. ¡Despejad vuestras agendas, porque *Morir a fuego* sigue siendo una de las series que hay que ver!

Yo me había puesto a dar saltos entre los brazos de Liam, antes de darme cuenta siquiera de lo que estaba haciendo. El ruido a nuestro alrededor fue aumentando de volumen, y las copas de champán se vaciaron con rapidez mientras todo el mundo celebraba.

—¿Has oído eso? —pregunté a Liam.

Él se limitó a inclinarse para besarme.

—También ha salido la crítica de *Variety* —dijo Kait, con la vista clavada en su teléfono. Liam y yo nos separamos—. ¡La leche! ¡Dicen que somos un éxito rotundo!

Los hermanos de Liam comenzaron otra ronda de vítores.

—Dice que esta temporada es fantástica y que mejora la primera —continuó Kait, resumiendo el artículo.

—¡Ja! —dijo Jerome—. No se lo digáis a Lyle. —Me dedicó una sonrisa malvada.

Habíamos invitado a Lyle, al igual que al resto de guionistas, pero no había podido venir. No le echaba de menos, exactamente, aunque al final habíamos entablado una relación de colaboración razonable. No siempre había sido fácil con él, pero, a pesar de todo, esperaba poder colaborar con él otra vez. Me moría de ganas de averiguar lo que se nos ocurriría para una tercera temporada.

—Bueno, jefe, ¿qué decides? —gritó Jerome por encima del ruido—. ¿Vamos a seguir cosechando éxitos, o qué?

Me volví a mirar a Liam. Su expresión solía ser inescrutable para los demás, pero yo me daba cuenta de que estaba intentando contener una sonrisa, por la forma en que vi contraerse un músculo en su mandíbula. Había guardado silencio sobre el futuro de la serie, incluso conmigo, pero estaba bastante segura de que ya teníamos nuestra respuesta.

—Sacaremos la nota de prensa mañana —anunció Liam—. Es oficial: vamos a empezar la preproducción de la tercera temporada. Espero que vuestros agentes empiecen a llamar muy pronto.

Jerome, Tanya y Kait organizaron un abrazo de grupo, con una Paula muy fastidiada en el medio. Ceniza soltó un ladrido que coincidió a la perfección con su exclamación de triunfo, y se lanzó al centro del abrazo. A Paula no pareció hacerle mucha gracia, pero tampoco lo apartó.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó Liam, que me cogió de la mano cuando intenté dirigirme a la isla a por más champán. Acababa de fijarme en que ya casi no quedaba más.

—Tengo que acercarme al garaje —dije, pues era allí donde habíamos guardado el resto de la bebida.

—Déjame que te acompañe, Pulgarcita. —Me pasó un brazo por los hombros—. No queremos que te equivoques de camino.

Nos dirigimos juntos al pasillo.

—No hace falta que diga que te quiero en el equipo de guionistas —dijo cuando abrió la puerta del garaje—. Si es que puedes aguantar una temporada más con Lyle.

Recogimos unas botellas de champán para llevarlas a la cocina.

—¿Sabes? Creo que por fin he descubierto cómo lidiar con él —dije con una sonrisa—. Aunque esta temporada ha sido una especie de prueba de fuego.

Liam echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¿Cuánto tiempo has estado esperando para decir eso?

Sonreí aún más, disfrutando de la alegría que sentía al verlo feliz, y de lo feliz que me hacía sentir a mí. Entrelacé mis dedos con los suyos.

—Hablando en serio, una parte de mí disfruta con el reto. Hace que escriba mejor.

—Y así nos haces mejores a los demás —dijo Liam—. Sobre todo, a mí.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta, y nos miramos intrigados.

—¿Mis padres?

Liam asintió y miró en su teléfono la aplicación conectada con el timbre. Con una sonrisa, me mostró la pantalla, en la que vi a mis padres delante de la puerta.

—Parece que han conseguido venir, después de todo —dijo, y tuve ganas de protestar por lo tarde que llegaban—. ¿Les abro?

Agradecí que Liam me dejara decidir, aunque, tras la lacrimógena llamada después de los Emmy, me daba curiosidad saber lo que me dirían en persona. Fui a abrir la puerta.

—Mamá, papá. Me alegro de que hayáis podido venir.

—Mia, cariño —dijo mi padre, con ojos que ya empezaban a humedecerse, y me dio un abrazo—. Mírate. Nuestra ganadora de un Emmy.

—Frank, Harriett, me alegro de veros —dijo Liam, rodeándome con un brazo para atraerme a su lado, y estrechándoles las manos con el otro.

—Liam —dijo mi madre, en un tono no exento de calidez—. Tu petición de mano fue muy bonita. La hemos visto en YouTube como cincuenta veces.

—¿Cincuenta veces? —reí—. No demostrasteis tanto entusiasmo ni cuando conseguí mi primer crédito como guionista.

Mi madre tuvo el detalle de parecer algo avergonzada.

—Bueno, vamos aprendiendo.

—Hemos traído champán para celebrar —dijo mi padre, mostrando una botella—. Estamos muy orgullosos de todo lo que has conseguido.

No se me había escapado el momento en el que me felicitaban, pero lo que contaba era que habían venido, y lo estaban intentando. ¿No?

—Gracias —respondí—. Venid, os voy a presentar a los actores.

Nos dirigimos al salón, donde la fiesta estaba en todo su apogeo. Mis padres parecían interesados de verdad en conocer a todo el mundo, e hicieron preguntas relevantes sobre la serie y el proceso de redacción del guion. La verdad es que fue… Agradable. Diferente, pero agradable.

Al cabo de una hora o así, Liam me tomó la mano.

—¿Quieres alejarte de todo esto un momento? —preguntó en voz baja.

Asentí, agradecida por tener una excusa para hacer una pausa y procesar la situación.

—Ahora volvemos —dijo Liam a mis padres, y me llevó hacia otra salita, donde dejó el champán sobre la mesa, se dejó caer en un sillón y me atrajo para sentarme en su regazo.

—Hola —dijo.

Yo apoyé la frente contra la suya.

—Hola —susurré.

Él inclinó un poco la cabeza y me mordisqueó los labios antes de iniciar un beso que, poco a poco, se fue haciendo más intenso. Me recordó aquella Nochevieja, hacía ya tres años, cuando los dos nos escabullimos para rendirnos por fin a la atracción mutua que sentíamos… Al menos durante unos minutos, antes de volver de golpe a la realidad.

Sin embargo, en aquel momento, Liam me rodeó con sus brazos, con mucha seguridad, como si no tuviera intención de soltarme nunca, y no hubo ninguna duda en aquel beso, que había empezado con un mordisqueo juguetón y se había vuelto tan ardiente. Me encantaba sentirme tan deseada. Me gustaba saber que yo era su prioridad, mientras el resto de la fiesta continuaba en la otra habitación.

Cuando sonó mi teléfono, estuve a punto de ignorarlo, pero algo me hizo mirar la pantalla. Al ver de quién se trataba, me enderecé y mis dedos volaron por la pantalla mientras leía el mensaje que acababa de recibir.

—¿Sabes qué? —pregunté.

Él se apartó un poco para poder mirarme a los ojos.

—¿Qué?

Agité el teléfono, sin dejarle ver el mensaje.

—Es mi agente. Parece que la edición limitada de *Corazón Apresurado* ha tenido tan buena acogida que…

—Que… —dijo, apretándome la cintura con las manos para hacerme reír.

—Acabo de recibir una oferta de una editorial importante para escribir tres libros.

—¡Mia! —exclamó Liam, que estuvo a punto de dejarme caer de su regazo, en su ansia por felicitarme—. ¡Es una noticia increíble!

—Bueno, también lo es que vaya a haber una tercera temporada —dije—. Enhorabuena, Sonrisas.

—Ven aquí, Pulgarcita —dijo, atrayéndome hacia sí.

Volvió a besarme, de un modo apasionado que me encantó. Desde el salón, se escuchó un fuerte golpe, seguido de un coro de risas y un ladrido muy característico.

—¿Qué crees que era eso? —preguntó Liam entre un beso y otro—. ¿Se habrá subido Ceniza a la mesa de la comida?

—La verdad es que me sorprende que haya tardado tanto —contesté, riendo.

—Este lugar va a ser un desastre mañana —rio él también.

—Es probable —dije, pasándole los dedos por el pelo—, pero no querría limpiarlo con nadie más en el mundo.

Liam sonrió y volvió a besarme con ganas. Yo suspiré, pensando con satisfacción en el futuro porque, aunque sabía que nuestra historia no había hecho más que empezar, y probablemente nos enfrentaríamos a muchos desastres más, habíamos encontrado nuestro final feliz.

FIN DE EL JEFE AL QUE ODIO

LOS HERMANOS LOCKHART LIBRO 1

El jefe al que odio, Enero 6, 2026

El tirano de mis pesadillas, Febrero 17, 2026

P. D.: ¿Te encantan los multimillonarios rebeldes? Entonces, lee estos fragmentos exclusivos de ***El tirano de mis pesadillas*** y ***Una pareja (im)perfecta.***

¡GRACIAS!

Muchas gracias por comprar mi libro. Las palabras no bastan para expresar lo mucho que valoro a mis lectores. Si disfrutaste este libro, por favor, no olvides dejar una reseña. Las reseñas son una parte fundamental de mi éxito como autora, y te agradecería mucho si te tomaras el tiempo para dejar una reseña del libro. ¡Me encanta saber qué opinan mis lectores!

Puedes comunicarte conmigo a través de:



CÓMO ALEGRARLE EL DÍA A UNA AUTORA

No hay nada mejor que leer buenas reseñas de lectores como tú, y no lo digo solo porque me haga feliz. Al ser una autora independiente, no tengo el respaldo financiero de una gran editorial de Nueva York ni la influencia para aparecer en el club de lectura de Oprah. Lo que sí tengo (mi arma no tan secreta) es a ustedes, ¡mis increíbles lectores!

Si disfrutaste el libro, te agradecería muchísimo que te tomaras unos minutos para dejar una reseña. Simplemente haz clic aquí o deja una reseña cuando te lo pida Amazon al terminar el libro. También puedes ir a la página de producto del libro en Amazon y dejar una reseña allí. En ese caso, debes buscar el link que dice "ESCRIBIR MI OPINIÓN".

Sin importar el largo que tengan (¡incluso las más breves sirven!), las reseñas me ayudan a que la saga tenga la exposición que necesita para crecer y llegar a las manos de otros lectores fabulosos. Además, leer sus hermosas reseñas muchas veces es la parte más linda de mi día, así que no dudes en contarme qué es lo que más te gustó de este libro.

ACERCA DE LESLIE

¿Aún no conoces a Leslie North? Los lectores recomiendan empezar con «El más prepotente». Imagínate una niñera como Mary Poppins, pero aún más encantadora y de Minnesota, que trabaja para un multimillonario irlandés muy antipático. Su historia lo tiene todo: humor, venganza, pasión, desilusión y esperanza, además de unos diálogos muy entretenidos. En las palabras de una lectora: «¡Los momentos románticos y las escenas divertidas de esta historia me hicieron chillar!»

Leslie North es el pseudónimo de una misteriosa autora superventas del periódico USA Today que idea comedias románticas y romances contemporáneos como una campeona (¡los jefes de sus historias te robarán el corazón!). La protección del anonimato le permite dar rienda suelta a toda su creatividad, sobre todo cuando se trata de escribir unas escenas tan apasionadas y emocionantes que harán que te sonrojes.

De hecho, la autora ha confesado que… ¡casi le gusta más su identidad como Leslie North, que su personalidad cotidiana! Sus novelas superventas son conocidas por el carácter fuerte de sus personajes, sobre todo sus heroínas: mujeres mordaces y atrevidas, que no tienen reparos en plantar cara a un jefe capullo y dominante. ¿Y su sentido del humor? Bueno, digamos que tal vez debas avisar a quienes te rodean de que no se sorprendan si sueltas una carcajada inesperada.

El interés de Leslie por las novelas románticas comenzó cuando encontró una muy desgastada en su biblioteca local. Poco después de leerla, ella misma se animó a escribir y, como se suele decir, el resto es historia, una de lo más divertida y conmovedora. En la actualidad, Leslie vive en un acogedor chalet en la costa británica, donde le gusta dar largos paseos relajados con sus dos dálmatas, George y Fergie, que son de lo más traviesos.

A Leslie le encanta escuchar las opiniones de sus lectores, así que, si tienes algo que decirle, no te cortes y escríbele. ¡Le alegrarás el día!

Facebook: facebook.com/leslienorthlibros

Instagram: instagram.com/leslienorthlibros



SINOPSIS

Una mezcla de *Cariño, cuanto te odio* y *Cualquiera menos tú*, pero en esta historia, ella es diseñadora de ropa, él es el hombre más problemático de Hollywood, y un incidente con

unos gemelos acaba dando pie a un compromiso falso, en el que los sentimientos son reales y no hay plan de escapatoria.

Genial, estoy comprometida… con el tío más imbécil de Hollywood.

Si Finn Lockhart hubiera sido una de esas personas que preguntan en internet si son un capullo, la respuesta habría sido un sí rotundo.

¿Que por qué me he comprometido con un hombre al que no aguanto? Es una historia curiosa. Yo trabajo para Finn, soy la diseñadora de vestuario en su última película. Un día, durante el rodaje, se me cayó una caja de gemelos. Finn se agachó para ayudarme, un periodista nos hizo una foto y… El compromiso está servido.

La noticia corre como la pólvora y, de repente, el soltero más conocido y atractivo de Hollywood ha dejado de estar disponible. Ah, y su equipo de relaciones públicas está obsesionado con la historia.

Finn está estresado con la película, y yo no voy a ser responsable de que la producción se vaya al traste, así que tengo que seguir el juego. Me mudo a su lujosísimo ático, donde aguanto las malas caras que me pone su gato desde el alféizar de mármol.

Evidentemente, el desprecio y el mal humor son cosa de familia.

Pero yo sé cómo termina esta historia. Los hombres como Finn no se enamoran, y mucho menos, de mujeres como yo.

Pero, entonces, sus labios se apoderan de los míos y, de repente, fingir es lo más peligroso que he hecho en mi vida.

Obtén tu ejemplar de *El tirano de mis pesadillas*
Disponible Febrero 17, 2026
www.LeslieNorthBooks.com



FRAGMENTO

Capítulo uno
Sierra

Siempre había creído que caer muy bajo tendría algo que ver con el tequila y un corte de pelo espantoso. No pensé que implicaría sudar el sujetador bajo una blusa de poliéster mientras mi madre y yo discutíamos sobre los méritos de la organza.

Miré con anhelo los bonitos rollos de tela de lino situados en la estantería que tenía al lado, y me imaginé envuelta en un tejido ligero, transpirable, que absorbiera la humedad…

—Sierra, ¿me estás escuchando?

—Sí, aquí estoy —contesté, acercándome el teléfono a la oreja mientras una gota de sudor me recorría mi espalda.

¡*Uf, qué asco*!

En general, me encantaba estar a cargo de Puntadas, una diminuta tienda de telas en Burbank, en las pausas entre un proyecto y otro, pero aquel día parecía que el local intentaba acabar conmigo. Habría dado mis tijeras favoritas por que funcionara el aire acondicionado.

—Me imagino muchas capas —estaba diciendo mi madre—. ¡Volumen!

—Volumen —repetí, sin apenas prestar atención.

Aquel día de junio, más caluroso de lo habitual, había envuelto la ciudad en un horrible calor húmedo, y la tienda se había convertido en un infierno.

¿Estaba incómoda? Sí. ¿Sudaba por sitios en los que no sabía que se pudiera sudar? También. Y ¿estaba contando los minutos hasta que acabara mi turno? ¡Pues claro, maldita sea!

—¿Qué te parece si añadimos organza?

Aquello me devolvió al planeta Tierra.

—¿Organza? *Vaya…* Bueno…

—Creo que le aportará ese algo extra que buscamos.

Hice una mueca, y cogí la lata de RevX que tenía en el mostrador. Vacía. Y, diablos, ya no me quedaban más.

Me encantaba ser diseñadora de ropa, al menos, casi siempre, pero por lo general, mi trabajo no implicaba hacer un vestido de novia para mi madre. Además, sería gratis. Y mi madre tenía muchas, pero que muchas, muchas ideas. Ideas que cambiaban cada cinco minutos. Ideas que requerirían horas y horas de alteraciones complicadas. Ideas que eran *horribles*.

—¿Y si lo hacemos sin mangas?

—¿Sin mangas? Mamá, un vestido sin mangas acabaría en el suelo en cuanto lleves dos copas y empieces a bailar sin control.

—Oh, no pasará nada —rio mi madre.

A pesar de que me había tenido con diecinueve años, y mi padre la había abandonado después, Maggie Banks era una romántica empedernida. Cada romance fracasado solo había servido para lanzarse al siguiente con más ganas, segura de que, *esa vez,* encontraría la rana que se convertiría en príncipe. ¿Sería Larry, su prometido, el que por fin demostrara que tenía razón? Era imposible saberlo.

Mientras me explicaba cómo quería la cola del vestido, yo seguía soñando con volver a casa, donde me esperaba un aire acondicionado como Dios mandaba. Sacaría el helado del congelador y me lo comería viendo programas malos de telerrealidad con Ro. Y, cuando me hubiera refrescado un poco, me centraría en preparar la entrevista que tendría al día siguiente, para una película cuyo vestuario me moría por diseñar. Era una producción mucho más

grande de las que había hecho hasta entonces, pero estaba segura de ser la persona perfecta para ese trabajo.

Me apoyé contra la mesa de cortar y miré el reloj colgado en la pared. Ya casi era hora de cerrar, y seguro que nadie me culparía por echar el cierre unos minutos antes de tiempo.

Saqué las llaves de debajo del mostrador, pero me detuve al ver la peor imagen del mundo: un tío, vestido con un traje muy caro, que se acercaba a la puerta como alguien que trata de escapar de una cita horrible.

Oh, no, gruñí. *No, no, ¡no*! Quería mi helado.

—Mamá, tengo que dejarte. Ha entrado un cliente.

—Vale, cariño. Llámame cuando recibas las revistas de novia que te he enviado. He marcado un montón de vestidos para que nos sirvan de inspiración. Ya los comentaremos.

—Sí, claro. Te quiero. Adiós.

Debe haber un lugar especial en el infierno para la gente que entra en una tienda cinco minutos antes del cierre.

Me sequé el sudor de la frente, justo antes de que la puerta se abriera para dar paso al señor Armani. Se acercó a mí, un tanto falto de respiración, pero demasiado elegante como para estar en una tienda de telas. Parecía la clase de hombre que mandaría a otros a las tiendas de telas en su lugar. Se pasó la mano por el pelo, y tragué saliva al sentir una especie de… *algo*. Como calor, y tensión, y emoción, todo en uno. Mis ojos fueron de su cara —mandíbula cuadrada clásica, nariz recta, ojos castaños— a unos hombros anchos que llenaban aquel traje de un modo delicioso. No necesitaría un metro para calcular sus medidas: eran de una perfección que daba escalofríos.

Durante un instante, casi olvidé lo sudada y malhumorada que estaba. *Espabila, chica. ¡Solo es un hombre que se ha interpuesto*

entre tu helado y tú!

Entonces, él se quitó la chaqueta con un solo gesto, y la tiró en el mostrador como si fuera el dueño del lugar.

—Aquí hace un calor horrible. Deberías arreglarlo.

Su tono condescendiente rompió el hechizo al momento. *Gracias por hacer constar lo evidente*, pensé. Apelé al último átomo de paciencia que me quedaba y me dirigí a él con voz tensa.

—Cerramos en cinco minutos. ¿Cómo puedo…?

Él levantó una mano para interrumpirme, y me dirigió una enorme y arrogante sonrisa de plástico.

—Solo quiero echar un vistazo.

—No hay mucho tiempo para eso —dije, señalando el reloj en la pared—. Faltan cinco…

—Minutos. Sí, ya lo he pillado. Sé leer la hora.

¡*Caray, que grosero*! Forcé mi mejor sonrisa de atención al cliente.

—Entonces, espero que disfrute de…

Él dio media vuelta antes de que terminara la frase. y desapareció entre los rollos de tela.

Pues vale, daba igual. El cliente siempre tenía la razón, al menos, hasta la hora de cierre. Inspiré para calmarme e intenté no lanzar miradas asesinas al reloj mientras contaba hacia atrás los minutos que faltaban: cuatro… tres… dos… uno.

Se acabó. Aquel hombre no iba a seguir impidiéndome llegar a mi helado. Me dirigí a donde se encontraba, justo cuando oí sonar su teléfono.

—No, ¡no vamos a pasarlo a otro día! —gruñó a quien fuera el pobre que le había llamado—. Si no pueden hacer la entrevista mañana,

están fuera.

Vaya capullo.

El señor Armani apareció al final del pasillo, ceñudo y con el teléfono pegado a la oreja. ¿Quién demonios era aquel hombre, y por qué me resultaba familiar?

—¡Eh! —grité, mientras me daba unos golpecitos en la muñeca, como si llevara un reloj—. ¡Es hora de cerrar! —Él se volvió a mirar unos rollos de tela. ¿Me acababa de ignorar a propósito? Me quedé mirándolo—. Eh, oiga, voy a cerrar.

Nada. Ni siquiera me había mirado.

Eché a andar hacia don Paso-de-todo, y lo encontré deslizando la mano por un rollo de tela, sin dejar de hablar por teléfono.

—Diles que no me interesa, Brenna. No hay más que hablar.

Hice una mueca al escuchar aquel tono.

—¿Señor? —llamé—. La tienda está cerrada. Necesito pedirle que se marche.

Él se alejó, dejándome allí plantada. Le seguí, cada vez más irritada. Cuando doblé la esquina, él ya estaba a la mitad del siguiente pasillo.

—Oiga, ¡usted! —exclamé.

Él sujetó el teléfono entre la oreja y el hombro para poder examinar un rollo de seda. Hizo un gesto de desagrado y se alejó. ¡Otra vez! ¿Qué tenía que hacer para llamar su atención!

—¡Fuego! —grité—. Hay que evacuar, ¡rápido!

Ni se molestó en levantar la cabeza. Me había quedado sin ideas, y resultaba evidente que, de todos modos, él no iba a hacer caso de nada de lo que dijera, así que decidí aprovechar y divertirme un poco.

—Creo que el incendio lo ha provocado un rayo láser alienígena —anuncié—. Ya sabe, de esa nave espacial que ha aterrizado en el aparcamiento. ¡Fíjese! Se ha posado justo encima de su coche. ¿O es que el adorno de su capó es un platillo volante?

Nada. Hmm, tal vez podría llamar su atención con algo más absurdo.

—Y ahora se está acercando a la entrada un ejército de ardillas, con cañones de cacahuetes. Están exigiendo que le entregue, para poder asarlo a fuego lento para su banquete anual. —O algo así—. Dicen que, a cambio, me regalarán todas las almendras que quiera para el resto de mi vida. Me parece que voy a salir ganando con ese trato. ¿Tiene idea de lo caras que se han puesto las almendras últimamente?

Por fin, aquel hombre colgó el teléfono y se volvió hacia mí. Tenía la mandíbula apretada, y me miraba como si fuera una enorme molestia.

—La he oído sin problema, pero no consigo entender por qué me está siguiendo, si es verdad que hay un incendio en la tienda. Y los alienígenas no son el embellecedor de mi coche, son de una empresa de limpieza, que ha prometido dejar mi coche tan brillante como las estrellas. —Parecía muy inspirado—. Y, sí, sé muy bien lo caras que están las almendras, aunque hay gente que se ocupa de eso por mí, pero creo que las ardillas se están aprovechando de usted. No acepte nunca la primera oferta. Ah, y antes de que lo vuelva a preguntar *otra vez* —gruñó—, creo que es evidente que estoy buscando algo, y esa es la razón por la que he venido a esta tienda.

Sentí que me sonrojaba. Noté un calor traidor que me subía por el cuello, a pesar de la irritación que me atenazaba las sienes. No había creído que estaba escuchando lo que yo decía.

—Y, sí, soy muy consciente de que está a punto de cerrar —continuó él—. Lo ha dicho varias veces.

—Corrección —dije, levantando una mano para interrumpirle, como él había hecho antes conmigo—. Ya hemos cerrado, cosa que sabría si fuera cierto que sabe leer la hora.

—¿Y esto le parece buena atención al cliente? —preguntó con una mirada suspicaz—. ¿Se le ha ocurrido que, tal vez, me marcharía más rápido si no me estuviera haciendo perder el tiempo con estas tonterías?

—¿Es que no ha oído lo que he dicho? —Ya estaba harta, y ese cliente había dejado de tener la razón—. La tienda está cerrada, y eso quiere decir que usted ya no es un cliente, así que no tiene derecho a nada más que a mi irritación.

—He llegado *antes* de cerrar —observó él.

—Sí, bueno, pero ya es diez minutos después del cierre, así que, o me dice lo que está buscando, o se va derecho a la puerta.

Preferiblemente, lo segundo.

Él levantó la cabeza y me miró de arriba abajo con aquellos ojos castaños, de un modo que me revolvió el estómago. Los hombres altos, morenos e irritantes no solían ser mi tipo, pero no pude evitar contener un poco la respiración.

—Muy bien —dijo él, en un tono que destilaba desprecio—. Si quiere ayudarme, escuche con atención.

Aquello me sentó fatal. ¡Menuda desfachatez!

—Busco tela para un traje de hombre, que sea adecuada para el periodo de los años veinte. U tejido modesto, para un hombre de clase trabajadora muy agobiado. Debería ser práctico y decente, no muy llamativo. —Lanzó una mirada rápida a mi cara—. ¿No debería estar tomando notas?

—Tampoco es tan complicado, señor Importante. —Sacudí la cabeza —. A pesar de que, antes, parecía muy confundido mirando un rollo de seda.

Él soltó un gruñido y volvió a mirarme con los ojos entornados.

—También necesito tela para un vestido de mujer. Un vestido de diario, adecuado para el té de la tarde, o una fiesta en un jardín. Y, por último, necesito tela para un vestido de noche. Todas deben ser adecuadas para el periodo de los años veinte, en otoño. Las prendas femeninas deberían ser propias de la clase alta de Boston, en términos de calidad y tendencias conservadora. Y los tonos de todas las telas deben fotografiar bien.

Él me sonrió, orgulloso y desafiante.

—¿Cree que podrá ocuparse de todo eso?

¡*Menudo gilipollas*!

Di media vuelta y le conduje al otro lado de la tienda. Mi cerebro iba a toda velocidad, pensando en las muestras de tela que teníamos en el inventario. Saqué un rollo de lana gris y se lo planté en los brazos.

—Esta es para el traje masculino.

—¿Y por qué ésta? —preguntó, lanzándole una mirada crítica.

—Necesita una mezcla de lana —expliqué—, y, si es para alguien de clase baja, debería llevar un poco de *tweed*.

—Parece bastante básica —dijo.

—Es una mezcla clásica de los años veinte —rebatí. Sabía que estaba tratando de hacerme dudar, pero sería yo quien riera la última, porque era una experta en telas—. Ha dicho que es un hombre de clase trabajadora, así que no debería llevar un diseño de pata de gallo. Es demasiado llamativo. Necesita un tejido sencillo y sólido, con una textura un tanto basta, no el acabado refinado de la lana de mayor calidad.

Me dirigí a otra sección de la tienda y le tiré otro rollo de tela. Ese era una gasa de seda color lavanda pálido, para el vestido de diario; después, saqué un terciopelo negro para el vestido de noche. El

Señor Importante encontró más cosas de las que quejarse, pero yo me mantuve firme en mis elecciones.

—Esto es exactamente lo que llevaba la gente de clase alta en aquella época. Sobre todo, las élites aristocráticas de Boston. Telas sutiles y lujosas.

—No creo que entienda el significado de la palabra «sutil» —protestó él con una mueca.

—O, tal vez, a usted le cuesta reconocer el buen gusto —dije, con los brazos cruzados—. Bueno, ¿le parecen bien esas muestras?

Su nariz se dilató un poco, como si se estuviera preparando para quejarse, pero solo dejó escapar un resoplido frustrado.

—Si eso es lo mejor que tiene…

Me mordí la lengua. Había hecho un trabajo estupendo, y los dos lo sabíamos.

—Se lo cobraré en el mostrador —dije, dirigiéndome hacia allí.

Él me siguió, cargado con los rollos, y yo corté las muestras bajo su mirada furiosa. Cuando terminé, marqué el precio en la caja registradora y añadí un recargo por mi «asesoramiento especializado», porque me lo había ganado, maldita sea.

De hecho… No me corté, y añadí un cargo adicional por IC. Ese era el código que usábamos la dueña de la tienda y yo para referirnos al Impuesto por Capullo.

Cuando pagó, le entregué la bolsa con las muestras y su recibo. Él la aceptó y recogió su chaqueta del mostrador mientras yo retiraba los recortes de tela. Entonces, se fijó en el montón de tarjetas de visita que tenía sobre el mostrador.

—¿Debería llevarme una de estas, por si necesito más «asesoramiento especializado»? —Se metió una en el bolsillo sin

esperar mi respuesta—. ¿O también me va a cobrar otro cargo por IC?

Me tragué un gemido. No había creído que fuera a leer el recibo.

—Sírvase —dije, tratando de mantener la calma y no parecer avergonzada ni nerviosa por el hecho de que me hubiera pillado.

—Y, a todo esto, ¿qué es ese cargo por IC? —preguntó mientras se ponía la chaqueta.

Le miré de mal humor, preguntándome si debería haberle cobrado el doble por el impuesto.

—¿Y bien?

Me iba a hacer falta un litro entero de helado, al menos.

—Es el Impuesto por Capullo, algo que estoy segura de que le sonará, Señor Armani.

Él se arregló el cuello de la chaqueta, e intentó fulminarme con la mirada.

—Me muero de ganas de recibir más «asesoramiento especializado» por su parte mañana por la mañana.

¿Es que pensaba volver? Que los dioses se apiadaran de quien tuviera el turno de mañana.

—Pues, por desgracia, yo no estaré aquí.

—Lo sé —dijo, y volvió a dedicarme aquella enorme sonrisa arrogante—. Mañana será usted quien vendrá a mí.

Dejó caer su propia tarjeta de visita en el mostrador y se dirigió a la puerta. Cuando la leí, se me heló la sangre en las venas. *Finn Lockhart*. *Presidente*. *Producciones Hart of Gold*.

Era la productora con la que tenía una entrevista al día siguiente. El corazón se me cayó a los pies.

Menuda mierda.

Obtén tu ejemplar de *El tirano de mis pesadillas*
Disponible Febrero 17, 2026
www.LeslieNorthBooks.com



SINOPSIS

Algunas personas se conocen de una forma muy bonita. Yo, en cambio, no le conocí, sino que choqué con él.

Cuando Vincent Forde embistió mi coche marcha atrás, esperé que, por lo menos, me pidiera perdón. En lugar de eso, me lanzó una mirada despectiva capaz de fundir el plomo, y reaccionó como si toda la culpa fuera mía.

Encantador, ¿verdad?

Con su traje caro, esa mirada intensa y un ego tan enorme como su cuenta corriente, Vincent es la definición andante de un jefe capullo engreído.

Había pensado que esa sería la última vez que vería al señor Demasiado Rico y Absurdamente Guapo, pero la vida tiene un sentido del humor muy peculiar. ¿Adivinas quién se presentó en la fiesta de compromiso de mi hermano, actuando como si fuera el dueño del lugar?

Sí, el señor Demasiado Sexi Para Conducir Bien, apoyado en la barra del bar como si estuviera posando para la revista GQ.

Creo que le odio a muerte.

Sin embargo, él quiere algo de mí. Necesita un ingrediente muy escaso para la nueva fragancia que lanzará su imperio de perfumes. Y el Señor Malhumorado está dispuesto a pagarme una cantidad ridícula de dinero para que le ayude a conseguirlo.

Ah, y también quiere que finja ser su novia. Como si él fuera algo remotamente parecido a un buen novio.

Tal vez Vincent sea el rey del ceño fruncido y tenga un ego desmesurado, pero me ha hecho una oferta que no puedo rechazar. Aunque eso signifique fingir que me gusta un hombre que me pone de los nervios.

Aun así, cuanto más fingimos, más se desdibuja la línea entre nuestra actuación y la realidad. Su encanto me fastidia, su seguridad en sí mismo es irritante, y su sonrisa me distrae demasiado.

Esto no era parte del plan. Se supone que debería odiarle, no desearle, pero fingir que soy la novia perfecta me está empezando a parecer demasiado real...

Una pareja (im)perfecta *es un apasionante romance de enemigos a amantes, lleno de diálogos ágiles, una química ardiente y todos tus temas favoritos: un novio multimillonario capullo, una relación fingida y el mejor amigo del hermano. Con un héroe gruñón y reservado, y una heroína más que dispuesta a bajarle los humos, prepárate para una tormenta perfecta de ingenio, tensión y giros inesperados.*

Obtén tu ejemplar de *Una pareja (im)perfecta* ingresando a
eBook
Paperback
www.LeslieNorthBooks.com

~

FRAGMENTO

Capítulo uno
Piper

Con lo poco que me gustaba conducir, me encontraba embutida en el Toyota de la abuela de mi compañera de piso, que ella apenas utilizaba, aferrada al volante con manos sudorosas y atravesando Manhattan en plena hora punta.

Lo mío era el metro, pero una empresa de reciente creación que vendía bebidas energéticas para hombres jóvenes, con nombres como Trueno Destrozagargantas y Té Balístico, me había contratado para una sesión de fotos, y no había tenido más remedio que ir en coche. Ellos no podían permitirse alquilar un estudio donde hacer las

fotos y yo, una autónoma desesperada por conseguir el trabajo que fuera, había accedido a acarrear hasta su oficina mi propio equipo para el fondo y la iluminación de las imágenes.

Cuando llegué por fin al garaje del edificio donde se encontraba la oficina, ya dudaba de haber tomado la decisión correcta. Me habían prometido que encontraría plazas de aparcamiento disponibles, pero se les había olvidado mencionar lo estrecho que era el garaje. Me estaba costando muchísimo maniobrar en los estrechos espacios, a medida que me hundía más y más bajo las calles de la ciudad.

Fui avanzando a la menor velocidad posible, sin dejar de repetirme a mí misma que era una buena conductora, que no iba a darle un golpe a aquel Mercedes que sobresalía tanto, ni a arañar uno de los enormes pilares de cemento. Como no encontrara pronto un hueco en el que aparcar, no sabía si podría contener la claustrofobia.

Suspiré irritada. ¿Qué diablos estaba haciendo con mi vida? ¿Por qué había aceptado hacer de mula de carga y trasladar hasta allí equipo suficiente para llenar un estudio entero, solo por un trabajo que apenas pagaría lo que me iba a costar la gasolina? Pues por desesperación, esa era la triste verdad. Tenía un sueño que cumplir y pensaba conseguirlo. Lo único que me faltaba era el dinero.

Cuando ya había descendido algo así como una docena de niveles, encontré por fin una plaza libre que, por suerte, estaba junto al ascensor. Cerca de ella, había un deportivo rojo con el motor en marcha que parecía acabar de salir del hueco. ¡Premio! Las cosas empezaban a mejorar.

Pero ¿y si era demasiado bueno para ser verdad? Miré la pared por si se trataba de una plaza para minusválidos o había alguna indicación de que estuviera reservada, pero no vi ninguna señal.

Aunque parecía que la suerte me sonreía, tan pronto como inicié un giro de noventa grados, recibí un bocinazo del coche rojo. ¿A qué venía eso? Esa plaza estaba libre para quien la quisiera, y yo la quería. Me acerqué un poco más, con cuidado de no rozar a ninguno

de los coches aparcados a ambos lados, pero la concentración me impidió percatarme de que el coche rojo también estaba intentando aparcar en el mismo sitio. En ese momento…

¡Crash!

Di un respingo del susto. ¡Aquel imbécil acababa de darme un golpe!

Un hombre se bajó despacio del coche y, a juzgar por su actitud rígida, supe que era consciente de que tenía la culpa. Se detuvo a inspeccionar su coche, y las arrugas de su frente se hicieron más profundas. Con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, no cabía duda de que estaba muy cabreado. Me lanzó una mirada hostil desde el otro lado del parabrisas y… Un momento, ¿acaso estaba enfadado conmigo?

Lo primero que se me pasó por la cabeza fue cómo conseguiría una persona tan grande meterse en un coche tan diminuto. Supuse que se trataba de uno de esos casos de «coche pequeño, ego enorme». Cuando aquel hombre se detuvo ante a mi ventanilla, me preparé para el segundo impacto.

—¿Es que no miras por dónde vas? —ladró, como si no pudiera contener la furia—. Estaba justo delante de ti, y me has embestido sin más. ¿De qué cojones vas? Esto es un Bugatti Chiron, para que lo sepas.

Ah, no, ni hablar. No iba a aceptar esa versión de la historia, ni en broma. Tanteé hasta encontrar la manilla de la puerta, lo que redujo bastante el efecto del estallido de ira que estaba a punto de dedicarle, y por fin conseguí salir del coche.

Al encontrarme delante de él, tuve que ocultar el pequeño escalofrío que sentí cuando sus brillantes ojos azules se clavaron en los míos. Con aquellos pómulos, y esa mandíbula pronunciada, aquel hombre parecía uno de esos tipos malos, pero sexis, a los que se supone que una debería odiar, pero que resultaban irresistibles. Iba vestido de negro de pies a cabeza, lo que me hizo pensar en un demonio muy

atractivo al que una se tiraría solo por pura rabia. En cualquier otra circunstancia, un hombre como aquel habría sido justo mi tipo, pero el hecho de que fuera tan capullo arruinaba el efecto por completo. Por eso, en lugar de quedarme mirándole atontada como habría sido normal en mí, me sentía a punto de explotar de furia. Había prometido que tendría cuidado con el coche, y ahora aquel desgraciado del traje negro lo había echado todo a perder. Y encima, me estaba retrasando aún más.

—Eh, Satanás, a ver si te fijas mejor. Eres *tú* el que me ha dado a mí —insistí, señalando a los coches para enfatizar lo ocurrido—. ¡Has visto que iba a aparcar ahí!

—Esa es *mi* plaza —dijo él, señalando la pared sin dejar de mirarme —. Y por supuesto que no te he visto, porque no pensaba que nadie sería tan imbécil como para intentar aparcar en mi plaza.

Miré hacia donde estaba indicando.

—Lo siento, ¿puedes decirme dónde pone «reservado para capullos»? ¿O es que esperas que todo el mundo sea vidente y sepa, por arte de magia, que esta es la plaza del Señor Importante?

Él abrió la boca para replicar, pero se detuvo en seco.

—¿Dónde está el maldito cartel?

Me acerqué un poco más a donde estaban los dos coches y señalé mi parachoques destrozado.

—¿El cartel que dice que necesitas aprender a conducir? Lo tienes aquí mismo.

—Esta es mi plaza, soy el dueño —insistió él, enfadado.

—¡Ja! Tal vez creas que ese coche tan pijo te otorga privilegios especiales, pero eso no significa que este trozo de cemento te pertenezca.

—Este trozo de… —Vaya, parecía que por fin me estaba entendiendo —. Pues te informaré de que todo el puto edificio es mío.

—¡Venga ya! ¿Te crees que soy idiota? —Me reí en su cara—. Si fueras el dueño de este edificio no estarías discutiendo conmigo por una plaza aquí, en el fondo del infierno; tendrías un chófer. Pero ¿sabes qué? Ojalá eso fuera cierto, porque entonces te habría dejado en la puerta de entrada, justo delante de tu ascensor privado vetado a los plebeyos, y yo no llegaría tarde a una reunión muy importante.

—Vaya, ¿llegas tarde? —resopló él—. ¿Y qué clase de reunión podrías tener tú? Tienes pinta de vivir en el coche y, si es así, que no se te pase por la cabeza intentar acampar en este garaje.

Señaló mi coche, cargado con todo el equipo, y me sentí incómoda. De acuerdo, estaba tan abarrotado que, tal vez, parecía que alguien vivía en él, pero *yo,* desde luego, no daba esa impresión. Aunque llevaba ropa cómoda, porque iba a hacer trabajo físico, me había maquillado y me había arreglado el pelo, para variar, y había comprobado mi aspecto antes de salir de casa. Y, aun así, aquel individuo me estaba observando de un modo que me hizo pensar que, tal vez, los nervios habían hecho que se me corriera la máscara de pestañas durante el trayecto.

De hecho, me miraba de un modo que me estaba poniendo muy nerviosa. No me había quitado ojo de encima, como si pensara que iba a intentar robarle el coche. Como si a mí me interesara un coche tan pequeño. ¿Dónde iba a meter la compra? Maldita sea, si no cabría ni mi bolso.

—Yo soy quien llega tarde a un trabajo de verdad —continuó él antes de que pudiera defenderme.

—¿Y cuál es ese «trabajo de verdad»? —Estaba segura de que se dedicaría a algo como recoger almas en pago de deudas—. ¿Abogado de divorcios? ¿Relaciones públicas para deportistas con problemas de droga?

—Ni de lejos. —Me miró con expresión burlona—. Pero esta conversación ha terminado. Ya se encargarán de ti los de seguridad.

Al decir eso, sacó el teléfono, dio unos toques en la pantalla y comenzó a alejarse sin decir una palabra más.

—¡Eh, espera! —grité a su espalda—. ¿Vas a dejar tu coche ahí, empotrado contra el mío? Tienes que darme la información de tu seguro. ¡Ni se te ocurra dejarme aquí plantada! ¿Cómo te llamas? Yo me llamo Piper Doyle, y tú ¿quién cojones eres?

Llegué a su lado justo cuando se abrían las puertas del ascensor.

—¿Quieres saberlo? —La sonrisa de aquel desconocido se había vuelto siniestra—. ¿Por qué no asomas esa cara bonita a la calle, y miras el nombre que hay en lo alto del edificio en el que estás? Ahí lo tienes.

¿Bonita? ¿Me acababa de llamar *bonita*? Sentí que me sonrojaba sin remedio, pero, considerando lo enfadado que estaba, seguro que el piropo iba cargado de ironía.

Y tras decir eso, aquel maniquí vestido de negro tuvo la osadía de *guiñarme* un ojo, justo antes de que se cerraran las puertas del ascensor.

Obtén tu ejemplar de *Una pareja (im)perfecta* ingresando a
eBook
Paperback
www.LeslieNorthBooks.com